

*World of Darkness - Mundo de Tinieblas:*  
**EL TAMIZ DE LAS CENIZAS AMARGAS**

(Trilogía: "Vampiro. La Alianza del Grial", vol.1)

David Niall Wilson

*To Sift Through Bitter Ashes*  
Traducción: Carlos Lacasa Martín

\_\_\_\_\_ 1 \_\_\_\_\_

Los aldeanos se partaron como pudieron cuando el enorme corcel negro entró al galope en la plaza. El jinete, un hombre alto de hombros anchos, desmontó desdeñosamente frente a la taberna, deslizándose de la silla como si fuera oscuridad líquida. Antes de que el animal se calmara ya se encontraba frente al caballerizo.

El viejo hizo pasar rápidamente al visitante nocturno con miradas nerviosas y urgentes. No se trataba de un mercenario, ni de un señor rural. Iba engalanado como un noble y sus rasgos, afilados, aguileños y arrogantes, eran los de un guerrero. Una combinación formidable que nadie debía desdeñar. El extraño se pasó las largas trenzas negras por encima del hombro y se acercó un poco más.

—¿Sí, señor? —dijo el caballerizo con voz apagada, como si temiera la respuesta o como si cualquiera de sus movimientos pudiera provocar la ira de aquel hombre oscuro. Ya había visto a otros como él, más veces de las que recordaba, y su temperamento siempre era imprevisible como el viento. Había visto a amigos y familiares sin el seso suficiente como para aprender aquella lección y sobrevivir.

—Soy Montrovant —dijo el hombre. Sus palabras denotaban fuerza, a pesar de la suavidad con las que las pronunciaba—. Cuidarás de mi montura —ordenó—. La vigilarás durante el día y te la pediré mañana al anochecer. No puedo precisar la hora de mi regreso, pero

ten el caballo preparado. Tu cabeza depende de ello. Tu futuro depende de mi capricho.

El viejo inclinó la cabeza, aceptando sin discusión y dirigiendo al estupendo animal hacia las cuadras del fondo. No había llegado a su edad siendo un idiota, y a algunos hombres era mejor obedecerles sin rechistar. Nunca antes había visto a aquel noble y esperaba no volver a hacerlo, salvo para entregarle su caballo. Cuanto menos supiera más a salvo se encontraría. Aquella era una época peligrosa y era mejor evitar cualquier asomo de problema; eso le había enseñado su padre.

Desde la puerta llegaron voces apagadas y el sonido de pasos. El viejo sabía que aparecerían. También sabía que se ocultarían en las sombras, demasiado curiosos para marcharse pero inseguros de cómo acercarse. Deseaba que hubieran aprendido la lección. Uno de ellos era su propio nieto, y esperaba verle llegar a adulto.

Montrovant ignoró el sonido, o al menos no dio a entender que lo había oído. Se encaminó hacia la puerta sin mirar atrás, como si creyera que sus palabras, una vez pronunciadas, no podían ser rechazadas. No se dirigió a la taberna, sino que se volvió hacia los acantilados que dominaban la aldea. En lo alto, la luna brillante delimitaba la silueta del monasterio contra un fondo de brumas oscuras. Las líneas austeras y achatadas del edificio descansaban como una capa de seda sobre la cima de la montaña. El monasterio también era un motivo de preocupación, ya que durante años habían circulado historias, historias siniestras; sin embargo, no había prueba alguna de nada y la Iglesia no se preocupaba mucho por la gente de la aldea. Nadie insistía en determinados asuntos.

Los susurros se hicieron más osados. El extraño no parecía representar una amenaza inmediata, pero de algún modo, en el fondo del estómago el viejo sabía que no se trataba más que de una máscara. Quería llamar a los jóvenes y decirles que se marcharan, pero era incapaz de hablar.

Vio a un muchacho arrastrarse junto al muro, acercándose al oscuro. El niño contenía el aliento y medía cuidadosamente cada uno de sus pasos. Estaba casi en la puerta del establo a espaldas del extraño, y durante un segundo interminable el caballerizo rezó porque lo consiguiera. Podía ver los ojos del muchacho, grandes como platos. En el silencio mortal de la noche creyó oír el corazón del chico reuniendo coraje.

De repente el hombre ya no se encontraba mirando las montañas.

Se había girado y sostenía en el aire al niño, que gritaba aterrorizado. Lo tenía aferrado con una mano bajo cada hombro y lo sostenía sobre su cabeza con la facilidad con la que una madre acuna a su bebé. Acercó al chico tanto que sus caras casi se encontraron. El cautivo peleaba. El olor del sudor dio paso al de la orina, y el silencio que reflejó su grito se convirtió en un gemido rasgado.

El oscuro le observó durante unos instantes y después echó la cabeza hacia atrás. Su risa resonó por todo el establo, y para su vergüenza el viejo dio un paso atrás, hacia las sombras.

Montrovant bajó al niño con la misma facilidad con la que lo había levantado.

–No deberías convertir en costumbre acechar en las sombras, muchacho –gruñó. Su voz aún estaba afectada por la risa impía que no dejaba de tañer en la mente del viejo. De un lateral apareció repentinamente una mujer que se arrodilló para tomar al chico en sus brazos, alzando temerosa la mirada hacia Montrovant.

–Lleváoslo y lavadlo, mujer –dijo suavemente–. Mostró más coraje que los demás. Algún día será todo un hombre.

Sin una palabra, la mujer levantó en brazos al niño y huyó hacia las sombras. Montrovant se giró y miró desdeñoso al caballero.

–Espero que cuides de mi corcel mejor que de los niños.

Sin más, el hombre *desapareció*. Un momento estaba en el umbral y al siguiente, después de que el viejo echara una rápida mirada por encima de su hombro, se había esfumado dejando atrás solo la oscuridad y el indeleble sabor del peligro, la agria corrupción de la muerte. Volviéndose con un escalofrío que recorrió su espalda artrítica, el viejo llevó al caballo hasta el establo más grande y cálido disponible. Despidió con un gesto al joven al que había contratado para ayudarlo con los animales y dejó un momento al corcel mientras buscaba su equipo. Aquel animal requería sus mejores esfuerzos.

La sombra del monasterio quedaba perfectamente enmarcada por el pequeño círculo de luz que se formaba en la puerta del establo. Por algún motivo, la visión de la silueta familiar de aquel lugar santo le inquietó más en ese momento que en todos sus largos años de vida. La sombra parecía reptar, bajando por el acantilado para buscarle. No pudo evitar otro escalofrío.

Entornó la puerta y cerró los ojos por un momento, alejando aquellas imágenes de su mente y tratando de despedir a los espíritus de la noche. A su espalda oyó agitarse al caballo y decidió volver al trabajo, deseando por primera vez en muchos años haber regresado a

casa antes del anochecer.

\* \* \*

Las ropas de seda se deslizaban sobre la piedra como una serpiente mientras el obispo Claudius Eugenio recoma a buen paso la coronación de la muralla. La luna pintaba el paisaje de plata y gris, capturando sus rizos blancos y reflejando el color escarlata y dorado de sus prendas. No era alto, pero no se podía negar que le rodeaba un aura de autoridad y poder. Sus movimientos eran precisos y gráciles, y el gesto de sus hombros indicaba una confianza rayana en la arrogancia. Éstas eran las cosas que trataba de ocultar; no parecían adecuadas en un hombre de Dios, aunque fuera uno de su posición.

Se detuvo repentinamente y observó en silencio la lejanía. Muy abajo podía ver las luces de Roma, y más cerca divisaba los fuegos tranquilos de la aldea. Hacia allí dirigió su atención. En el pueblo le temían, lo sabía: era parte integral de la seguridad que había creado a su alrededor. Lo que más les espantaba era ser conscientes de qué era lo que provocaba aquel temor.

Dejó que sus sentidos se ampliaran. Las imágenes, sonidos y olores más cercanos se difuminaron mientras se concentraba en los hogares y chimeneas de abajo. Podía oír voces débiles y sentir el latido comunitario de la aldea mientras cada uno se dedicaba a sus quehaceres. Todo aquello le era familiar y lo ignoró con disgusto. Se apoyó sobre el parapeto y dio una profunda bocanada. El control del momento era exquisito: su mente estaba unida a la de ellos, su destino se encontraba en sus manos. La aldea era su reino, más que la propia Roma, aunque su monarquía solo existiera en las sombras. A él le bastaba con *saber* que tenía el control.

El monasterio a su espalda estaba en silencio. Todos los hermanos a los que había adoctrinado y entrenado estaban en sus celdas asignadas, comulgando con Dios cada uno a su estilo... y algunos con su propio Dios. Claudius no era muy exigente en lo teológico, pero sí en lo disciplinario. El Señor no era una de sus principales preocupaciones, no desde que su reunión eterna se había pospuesto indefinidamente. Ninguno de sus seguidores le molestaría a aquella hora, por lo que no les dedicó más pensamientos.

Llevaba días esperando la llegada de Montrovant. Hasta la paciencia de un inmortal tenía sus límites, y con aquel hombre todo era mucho más difícil. Su mensaje no era nada claro, para variar.

Eugenio sentía furia y curiosidad al mismo tiempo. El peligro de que los dos se reunieran públicamente, complicado por los votos de la propia hermandad, le ponían nervioso.

Montrovant siempre había sido demasiado arrogante. Era una cuestión de edad y de madurez en la sangre. No era ni joven ni débil, pero carecía de la disciplina que le permitiría avanzar hacia los siglos posteriores. Había protocolos para cada ocasión, engaños que había que mantener escrupulosamente. Montrovant los conocía todos, pero no solía hacerles caso. Carecía de sentido común. Por supuesto, eso formaba parte de su encanto.

Claudius dio otra bocanada y se tensó. Sintió la proximidad de su visitante, un soplo de viento vampírico contra el fondo de la noche. Su progenie se movía allí abajo, más rápido de lo que el ojo mortal podía seguir; incluso para la vista sobrenatural de Eugenio era poco más que un borrón. No necesitaba distinguirlo claramente, ya que no había forma de confundir el vínculo de la sangre.

El Obispo Eugenio no solía ver a ninguno de los otros, y siempre a regañadientes. Si el clan no buscaba en él su liderazgo por su sabiduría, sus años y su cargo, prefería no verlos. Se había labrado el nicho perfecto, protegido y controlado, y no le gustaba poner en peligro su posición. Por otra parte, en ocasiones tenía que actuar para mantener el control y conservar el respeto. Por muy peligroso que fuera ser descubierto por los hermanos o por la Iglesia, ser cazado por los suyos era un peligro mucho mayor. Era importante que todos comprendieran su fuerza.

Aunque no estaba bien concebido, el mensaje de Montrovant y la posterior visita eran una oportunidad para hacer el contacto necesario. Además, si las cosas se torcían siempre era posible que terminara demostrando su fuerza...

Montrovant se movía con velocidad sobrenatural. Claudius asintió aprobatorio, incluso con orgullo, aunque nunca lo admitiría. Al menos el muy estúpido no había llegado cargando con un caballo de guerra y despertando a todo el mundo. Esa había sido la primera imagen que se le había venido a la cabeza, y se alegró de poder descartarla. Montrovant era el más fuerte y viejo de la progenie que le quedaba, pero en su audacia y su negación de la realidad no dejaba de burlarse de su ancestro en todo momento.

El visitante se acercó a la muralla y no dudó ni un segundo, escalando la superficie vertical con gracia y facilidad. No era más que una sombra sobre la pared de piedra iluminada por la luna. Claudius

se alejó del parapeto y se ocultó en la oscuridad, aguardando.

El joven llegó hasta lo alto con un salto y aterrizó fácilmente, silencioso como un gato. Dudó un mero instante mientras arreglaba su equipo y después giró hacia las sombras, formando en su rostro elegante una lenta sonrisa. Los dos sabían que aquel momento habría bastado para terminar con su vida una segunda vez. Había entregado su confianza a su sire, delimitando la línea entre los dos.

Claudius esperó y observó a Montrovant mientras éste se acercaba. Quería oír lo que tenía que decir antes de dar paso alguno.

—Ha pasado demasiado tiempo, Claudius --comenzó. A pesar de hablar en susurros, su voz era rica y poderosa. El obispo resistió la tentación de sonreír. Aquella voz, el cabello largo y la energía inagotable eran las cualidades que le habían atraído desde el principio. Aquel primer encuentro se había producido hacía tanto tiempo que los gobernantes, hasta la tierra habían cambiado. También habían variado sus propios nombres, pero Euginio no olvidaba la primera vez que vio aquella sonrisa, la arrogante fuerza interior que se ocultaba en el corazón de su chiquillo.

Su altura, su delgadez y la musculatura que se adivinaba bajo la ropa también hablaban elocuentes de su fuerza. Otros habían cometido el error de creer a Montrovant demasiado flaco para tener potencia física, pero era una impresión que Claudius aprobaba.

—Nunca pasa el tiempo suficiente entre estas ocasiones --dijo al fin--. ¿Qué es lo que te ha traído hasta mí, con tal peligro? ¿Qué es lo que no puedes decidir o afrontar sin arriesgarte a corromper todo lo que he creado? Me cuesta creer que busques un rato en mi compañía.

Montrovant no abandonaba ni un momento su sonrisa. Siguió acercándose, inclinando la cabeza de forma enigmática y respondiendo a la precaución de su sire con una mueca felina.

—No corres más peligro que las montañas, viejo. Si tu trono de terciopelo y tu ejército de "hermanos" te abandonaran, no harías más que deslizarte hacia las sombras y construir un nuevo mundo. Ya ha ocurrido antes. Te conozco demasiado como para creer que temes a esos mortales.

—Tu ignorancia me asusta --gruñó Claudius. Ahora era incapaz de ocultar su sonrisa, una debilidad que le provocó un súbito ataque de furia. Montrovant tomó su mano, acercándose más todavía.

—Me alegra verte.

—No has viajado todo este camino para hacer comentarios sobre mi salud, ni para adularme --suspiró Claudius--. Si quisieras mi

compañía nunca me hubieras abandonado. Dime qué te trae a mí.

Montrovant volvió a dudar, preocupado.

--Sabes que nunca hubiera sobrevivido aquí --dijo con suavidad--. Se parece demasiado a una jaula.

El obispo apartó su comentario con un gesto.

--¿A qué has venido?

El gesto de Montrovant se hizo grave e intenso. Su sonrisa se oscureció por el ceño fruncido, y sus profundos ojos verdes parecieron encontrarse repentinamente a millas de distancia. Era evidente que estaba midiendo cuidadosamente sus palabras. Se trataba de una expresión pensativa, extraña en Montrovant pero no totalmente ajena. Claudius se tensó. Ya le había visto así y siempre era señal de problemas.

Tomando las dos manos de su sire entre las suyas, el joven siguió.

--Eres viejo --dijo lentamente--, y has visto muchas más cosas que yo. Recordarás. Yo también he visto grandes maravillas, pero carezco de los conocimientos que desearía tener. Necesito tu guía y tu bendición.

Claudius permaneció en silencio, esperando.

--La noche en la que Jesús de Nazaret cenó por última vez con sus discípulos le sirvieron vino en una copa --comenzó con los ojos brillando como tizones en las sombras--. Bebió el vino y lo bendijo, e hizo de él su sangre... haciendo que todos los demás bebieran de ella y que probaran su carne, para así no morir jamás.

--No necesito lecciones sobre las Sagradas Escrituras --señaló Claudius--. ¿Qué pretendes?

--Busco esa copa --susurró Montrovant--. El Grial. Quiero encontrarlo y traértelo de vuelta. Es la clave, la respuesta a todos los tristes conflictos por el poder entre los clanes. Si es cierto que existe, ha tenido en su interior la sangre de alguien que no es de este mundo. ¿Qué poder puede tener esa sangre? ¿Qué representaría beber de ese recipiente, de ese objeto poderoso? Si lo consiguiéramos, nada podría interponerse en nuestro camino.

--¿Eso es lo que crees? --preguntó Claudius dando un paso atrás, conteniendo apenas una sonrisa cínica que ahogó sus rasgos--. ¿Para eso has venido a verme, arriesgando mi posición y el poder que he tardado generaciones en conseguir? ¿Una búsqueda de un talismán sagrado? Sabía que eras impetuoso, que no comprendías las cosas del mismo modo que yo, pero nunca imaginé que fueras tan ingenuo.

¿Qué te hace creer que ese "Santo Grial" existe? Una pregunta mejor: ¿qué te hace creer que si existe, y pareces convencido de que así es, no te convertiría en cenizas con solo tocarlo?

–Hay historias sobre otros –siguió Montrovant sin parecer afectado por el sarcasmo–, sobre otros que lo han tocado y que incluso han bebido de él. Kli Kodesh...

–Kli Kodesh –escupió Claudius mientras se echaba hacia atrás con los ojos encendidos–. Ahora quieres contarme historias de duendes. Conozco las leyendas tan bien como tú: fui yo el que te las conté. No son más que eso: leyendas. Me defraudas, Salomón, te lo digo en serio. Estás empezando a hacerme dudar de mi buen juicio por haberte presentado a las tinieblas.

Montrovant se encogió al oír su verdadero nombre. Había vivido en tantos lugares, bajo tantos disfraces, que a veces olvidaba a aquellos que le habían conocido siendo un hombre. También olvidaba de vez en cuando que no era omnipotente. Era viajar entre humanos lo que le hacía pensar así. En su mundo, en las horas oscuras, era invencible. Aquí corría peligro, y la enormidad de esa amenaza le resultó evidente al ver la furia de Claudius.

–No pretendo faltarte al respeto, Claudius –dijo rápidamente. En su voz no había compromiso, pero su tono era menos enérgico–. No he llegado a esta decisión a la ligera, ni pretendo molestarte con la búsqueda de un loco. No me he quedado sentado esperando a que la eternidad me engulla. He estado indagando, aprendiendo. Pensé que después de todos estos años me conocerías mejor.

–No estoy seguro de saber quién eres –respondió Eugenio–. Pareces haber abandonado el poco sentido de nuestra realidad que parecías haber logrado en tus muchos años de existencia. –Claudius había comenzado a pasear lentamente, aumentando la velocidad y el tono de su voz a medida que su enfado crecía.

»Me pides demasiado. No puedo arriesgarme, ni puedo descansar este peso sobre los demás sin su conocimiento o su consentimiento. Deberías haber llamado al concilio, haber presentado tu caso al clan...

–He hablado con los otros. –Las palabras surgieron antes de pensarlas, y Montrovant dio un paso atrás al comprender su error. La expresión de Claudius se hizo aún más grave y su mirada se oscureció. Estaba dispuesto a perdonar la falta de respeto, pero aquello era un asunto totalmente diferente. Sé había enfrentado a su control sobre el clan. Aquel no era modo de que Montrovant consultara



con los demás, no sin haber acudido primero a él.

Claudius se detuvo y se quedó quieto como la piedra durante unos instantes, un tiempo que al joven le pareció una eternidad. Cuando al final rompió el silencio, su voz restalló en el aire como el hielo en un estanque helado.

—¿Qué has hablado con los otros? Por favor, dime que no he oído correctamente o que se trata de algún tipo de farsa. Si eso es cierto no solo has comprometido mi propia posición, sino también la de ellos, y los has hecho todo por... ¿Por qué? ¿Deseas la muerte definitiva? ¿Estás dispuesto a abandonar la vida y arriesgarte a encontrar tu alma perdida en el más allá? ¿Estás loco? ¿O quizá el cachorro cree que ha llegado el momento de hacerse con el control de la manada? No se me ocurre ninguna otra razón para lo que dices haber hecho, viniendo después a mí para admitir tu culpa.

Se giró para encararse totalmente con Montrovant. Con su rostro convertido en una máscara de furia, dio un paso adelante. Sus palabras tenían la fuerza de un reto aceptado. El chiquillo dio medio paso hacia atrás, pero al final se detuvo para defender su posición.

—No pretendía faltarte al respeto —dijo—. Sabía cómo reaccionarías, pero quería que supieras lo que sentía antes de que tomaras una decisión. Sabía que no reunirías al concilio por mí para tratar este asunto. Acudí primero a ellos pues creo que puedo devolverte el poder. No hay reto. Solo creí que la petición merecía una oportunidad sincera. —Claudius no respondía, así que continuó—. Los otros creen como yo. Al menos piensan que el asunto merece ser investigado.

—No puedo poner en peligro nuestra posición, aunque supieras la puerta exacta a la que tienes que acudir para hacerte con ese "Grial" tuyo. ¿Lo entiendes? ¿Comprendes lo que te digo? De algún modo, la realidad del mundo que te rechaza también es rechazada por tu propia mente. No podemos vagar por los campos buscando este tesoro sin preocuparnos por los nuestros, o por aquellos que querrían acabar con nosotros.

—No habrá riesgo alguno ni para ti ni para el clan —dijo Montrovant lentamente—. No estoy pidiendo tu ayuda, solo tu bendición. Necesito saber que actuaré sin miedo a tu furia o a tu retribución. Lo haré solo y devolveré el poder al clan. Lo haré o no regresaré jamás, y tú podrás continuar con tu destino. Ese es mi juramento.

—Qué arrogante —susurró Claudius acercándose a él—. Tienes tantos sueños y aspiraciones que eres incapaz de ver. ¿Qué te hace

creer que no "continuaré con mi destino" a pesar de tu petición? ¿Qué te hace pensar que no te enviaré a la muerte definitiva aquí y ahora por tu imprudencia? ¿Qué le hace pensar a tu mente retorcida y confusa que estás destinado a llevarnos de nuevo hasta la gloria?

–Veo más de lo que crees –respondió Montrovant firme–. Veo a los demás reunirse, aumentar su poder, moverse en las ciudades y en las iglesias para tomar lo que nos pertenece por derecho. Veo a mis propios hermanos asesinados a la luz del día por hordas de fanáticos mortales, destruidos por los seguidores reptantes del Wyrn, moribundos en la decadencia y la pereza. Veo cómo nos retiramos hacia las esquinas y las cavernas para escondernos, esperando que todo pase y que nos dejen en paz. No lo toleraré. El mundo no es algo estático y no ha sido creado para sentarnos a esperar, sino para marchar hacia delante. No hay nadie más adecuado que nosotros para liderar a los clanes hacia el futuro. Está en nuestra sangre y sé que tú sientes lo mismo, a pesar de tu precaución y tu incertidumbre. Todo eso veo, y veo también un modo de superar nuestros problemas. Veo un nuevo mundo, una nueva era, y veo un modo de lograr este sueño. Puedes acusarme de muchas cosas, pero no lo hagas de no prestar atención a lo que sucede a mi alrededor. Me conoces mucho mejor de los que das a entender. Fuiste tú el primero que plantó en mi mente el conocimiento del Grial. Fuiste tú el que se reunió con el loco, Kli Kodesh, el que contó la leyenda de cómo había recorrido el mundo desde los días del propio Jesús. No puedes decirme que todo aquello no eran más que historias entretenidas. Estamos más unidos que eso. Siento el poder de tus palabras. Puede que no quieras arriesgar nada en tu búsqueda, pero conoces más sobre la verdad que ningún otro ser de este mundo.

Claudius se giró.

–No es tan sencillo. Si así fuera, ¿no crees que yo mismo hubiera ido tras él? ¿No crees que tendría la cabeza de ese loco Kodesh colgando de mi muralla, en vez de esconderme durante el día mientras mis píos "hermanos" rinden homenaje a un dios tan ajeno a mi mente que me cuesta recordar que una vez creí en él? Hay factores que no comprendes, riesgos que no quieres ver.

–¡Entonces házmelos ver, Claudius! –saltó Montrovant ignorando toda precaución y poniendo las manos en los hombros de su sire. Se acercó tanto a él que pudo ver su propio reflejo en los gélidos ojos grises.

El obispo se zafó y se volvió en silencio hacia la muralla, pero

Montrovant insistía.

–El Grial se oculta en las ruinas del Templo de Salomón --dijo--. Tengo espías por toda Tierra Santa, informadores en la Iglesia. Han visto las cámaras y conocen los secretos que se ocultan tras las murallas de Jerusalén. Corren rumores sobre grandes tesoros y talismanes sagrados, y se dice que el Grial es uno de ellos. Esta *allí*, Claudius. Está allí, y pienso tenerlo.

–¿El Templo de Salomón? --preguntó el obispo mientras se giraba una vez más hacia su progenie y comenzaba a andar de nuevo. Su ira se había fundido en una sombría máscara de concentración; Montrovant pudo ver que estaba cediendo--. ¿Cómo es posible? El Grial era uno de los grandes tesoros de la Iglesia. Se rumoreaba que había abandonado Tierra Santa hacía mucho tiempo... El propio Kli Kodesh lo aseguraba. Dijo que estaba siendo vigilado, que estaba a salvo, pero que nunca revelaría su paradero; asumí que en realidad lo decía porque no sabía nada. También estaban los turcos. Nunca hubieran dejado un objeto así a los Cruzados, ni siquiera al abandonar la Ciudad Santa. Construyeron una mezquita sobre el templo maldito... ¿cómo podría escapárseles un tesoro oculto? El Papa lo hubiera *sabido*. Los nuestros lo hubieran sabido.

–Muy pocos lo saben --dijo firmemente Montrovant--, y no debería sorprenderte. Para los turcos no es más que una copa, Claudius. No brillaría en la oscuridad ni sería de oro. Procedería de la casa de un hombre pobre de gran fe y tendría magia, pero para alguien que no creyera, ¿qué sería? Una vieja copa. Así son los verdaderos artefactos de poder. Siempre ha habido gente en el sacerdocio que, por la seguridad y la santidad de la Iglesia, ha controlado las reliquias. Urbano II no sabía de la presencia del Grial cuando retomó el templo y la ciudad de los turcos, y aunque hubiera sabido algo el secreto murió con él antes de que pudiera conseguir nada. Estuve allí. Cabalgué junto a de Bouillon. Paseé por las salas del templo y vi a los guardianes. Estaban allí. Nadie se lo podía explicar. No se conocían sus nombres ni se sabía cómo aparecieron en el templo en cuanto lo recuperamos, pero nadie se preguntó *por qué* estaban allí. Pero así era. Habitaban en los túneles inferiores, un laberinto de pasadizos y salas ocultas. Fueron enviados por alguien poderoso con un objetivo determinado: proteger el Grial.

–¿Enviados? --preguntó Claudius deteniéndose para clavar a Montrovant con una mirada gélida--. ¿Quién los envió?

–No estoy seguro --admitió el joven girándose para contemplar la

oscuridad más allá de la muralla—. Su líder es antiguo. No es un Vástago, pero es viejo. Pude sentir su poder, incluso desde el exterior del templo. Me encontré con uno de sus seguidores en un pasillo y me miró a los ojos. No sabía exactamente qué era yo, pero sí que bajo mi aspecto se ocultaba algo. Sentía curiosidad, no miedo.

La mirada de Claudius seguía firme.

—Intentó leerme. Entró en mi mente y, si no hubiera erigido a tiempo mis murallas y hubiera abandonado el lugar podría haberme roto para encontrar las respuestas que buscaba.

Montrovant se giró para enfrentarse directamente a la mirada de Claudius.

—Me *sonrió...* Me sonrió, se dio la vuelta y se marchó. El Grial está allí. Está allí y pienso obtenerlo.

—Si ese guardián del que hablas es tan viejo y poderoso, ¿cómo lo superarás? —se preguntó el obispo en alto. Para él pensó otra cosa: *¿Y por qué no se nada sobre ellos? Si te conocen, ¿me conocen a mi? ¿Pueden alcanzarme a través de ti?*

—Usaré su propio disfraz contra ellos —respondió—. Me acercaré a los cargos importantes de la Iglesia y encontraré un modo de convertirme en el defensor del Grial. Con su apoyo suplantaré la autoridad de estos... guardianes. Una vez sepa quiénes son y hasta dónde están dispuestos a llegar planificaré sus muertes. Si sangran, me alimentaré de sus almas. Si no... bien: polvo al polvo.

—Interesante —respondió Claudius—. ¿Puedo presumir que tienes un plan? ¿Puedo presumir que puedes explicarme, para mi descanso, cómo piensas terminar con la existencia de alguien tan viejo como aseguras es el líder de ese guardián? No sabes nada sobre él, ni sobre sus seguidores, y de repente te estás bebiendo sus almas.

Montrovant sonrió ante aquella respuesta, con una expresión al tiempo divertida y cauta.

—Me conoces demasiado bien como para responder a eso. Mis hombres están situados y no esperan más que mi palabra. He trabajado muchos años para llegar a este momento. *Tu* palabra —corrigió rápidamente al ver regresar el fuego a los ojos de Claudius.

—Serás completamente apartado de todos nosotros hasta que esto termine —dijo al fin Claudius. Cuando Montrovant se preparó para responder, el obispo levantó una mano para que guardara silencio—. No entrarás en contacto conmigo y te apartarás de los demás. Sabrán lo que estás haciendo, pero salvo que su ayuda se ofrezca libremente y sin riesgo para nosotros, estarás solo. Tampoco pedirás auxilio. Te

valdrás totalmente por tus medios y, si fallas, serás cazado y colgado de los muros de este mismo monasterio para que el sol se alimente de tus huesos y de tu carne corrompida. ¿Ha quedado claro?

–Así es --respondió Montrovant, bajando la mirada al suelo para que su sonrisa no delatara sus emociones--. Será como dices. Si en un año o en cien vuelves a verme, lo tendré. Tienes mi juramento.

–No lo necesito --susurró Claudius. La fuerza que ocultaban sus palabras casi hizo que Montrovant se arrodillara--. Eres mío, y siempre lo has sido. No puedo controlar tu mente cada momento de cada día, pero puedo llamarte de vuelta a casa y ponerte fin por toda la eternidad. Nunca dejes que eso se te olvide. Jamás.

Montrovant asintió, inseguro de qué decir. Sin más palabras, saltó por encima de la muralla y se precipitó al vacío. Su figura oscura ya recorría los bosques antes de que Claudius descubriera que se había marchado. Tan rápido, tan arrogante, tan lleno de pasión... De estas tres características, solo la primera era una verdadera virtud para los Vástagos.

Girándose, el obispo Eugenio bajó la mirada. Aun después de tantos años parecía que podía sorprenderse. ¿El Grial oculto bajo las piedras del templo de Salomón? Había recorrido aquellas salas... quizá hubiera pasado sobre el lugar en el que reposaba. Era irónico que su progenie tuviera el nombre del gran rey. El templo de Salomón. Quizá lo fuera de nuevo antes de que todo aquello terminara.

Y esos guardianes... Nunca antes había conocido algo como lo que acababa de escuchar. Las palabras de Montrovant le habían recordado vagamente a las historias que había oído sobre Egipto, pero no era capaz de situar los hechos. ¿Había estado ciego o siempre se habían ocultado allí, tras el telón? ¿Eran otro factor en el que tendría que emplear valiosos recursos, o no eran más que un producto de la fértil imaginación de Montrovant? Una cosa era cierta: si existían eran una amenaza, y Claudius nunca dejaba las amenazas sin respuesta. Enviaría algunos ojos y oídos propios. Que no prestara su ayuda a Montrovant no significaba que no estuviera interesado en el resultado.

Y había otra pregunta: ¿Podría su progenie encargarse de ellos? Podía haber enviado a otros con la cabeza más clara, pero Montrovant era el mayor de todos. Aparte de ir él mismo, no tenía más opción. Demasiadas preguntas. Claudius recorrió las salas del monasterio hasta llegar en silencio a su celda. No se encontró con nadie en su camino.

No podía evitar una sensación de anticipación. Era posible que el

siglo venidero no careciera por completo de interés...

## \_\_\_\_\_ 2 \_\_\_\_\_

Montrovant frenó a su montura hasta un lento trote, observando las sombras a medida que recorría el bosque hacia la abadía. Claudius y su monasterio quedaban ya a varias millas de distancia, pero no podía olvidar la imagen de los ojos de Eugenio en el momento en el que había admitido por error haber hablado a espaldas de su sire. Había habido momentos similares, pero nunca tan intensos, y desde luego había sido hacía muchos años.

Montrovant conocía los riesgos de sus acciones, pero solo en aquellos segundos eternos había comprendido *realmente* qué era lo que estaba jugándose. Llevaba mucho, mucho tiempo recorriendo la tierra, pero de algún modo toda su vida se reducía a un instante en el que el fin de su existencia le había mirado a la cara.

Su capa estaba cubierta de polvo y su montura resoplaba. Había sido una larga cabalgata y no quedaba demasiado hasta el amanecer. Como esperaba, el viejo caballerizo había cuidado bien de su corcel: estaba alimentado y descansado. No había visto al niño o a su madre. De hecho, no había visto señal alguna de vida en la aldea.

No se encontró con nadie en el camino, lo que representaba todo un alivio. Su mente no dejaba de pensar en planes y preguntas, y no había tiempo para distracciones. Ahora que tenía la bendición de Claudius no quería perder ni un instante para poner sus planes en funcionamiento. Apretó el paso y llegó hasta la abadía en menos de una semana. Temía que su montura se derrumbara y que hubiera tenido que seguir sin ella o robar otra, pero el animal había demostrado su fuerza y su resistencia. Un estupendo compañero en el camino.

Solo se había alimentado una vez, y descansaba lo mínimo que le permitía el mordisco asesino del sol. La última noche no se había permitido ni un momento de reposo. Quería llegar hasta la abadía para no tener que volver a buscar refugio en la carretera. Antes había parecido una decisión prudente, pero cuanto más tiempo permanecía en la silla al acercarse el amanecer, más riesgos corría. No por primera vez se descubrió pensando cuidadosamente en las palabras de Claudius. Quizá tuviera que proceder con precaución.

Tenía que recorrer las últimas millas hasta la abadía de Bernard sin ser visto y contaba con que las puertas de las celdas y las cámaras subterráneas estuvieran abiertas, tal y como había ordenado. Bernard nunca le defraudaba, pero no tenía sentido arriesgarse tanto. A fin de cuentas, se trataba de un humano; era fiable e inteligente, pero no dejaba de ser mortal. No era una buena práctica poner el futuro de uno en manos de un factor desconocido. Eso era contra lo que Claudius le había intentado advertir una vez más: su total deprecio por el peligro. Sonrió.

¿Qué sentido tenía vivir sin un poco de riesgo? Espoleó a su montura y abandonó los árboles para salir a los campos que rodeaban la abadía. No se veía a ninguno de los hermanos, pero sabía que muy pronto todos acudirían a la misa de la mañana. Bernard tenía tres pasiones: Dios, las reglas y el cumplimiento de las mismas.

Montrovant dejó que sus pensamientos se le adelantaran. El sacerdote, en general, había demostrado ser un aliado notable. Era pequeño y menudo, enfermizo de nacimiento, y su futuro se presentaba sombrío en contraste con el de sus poderosos y bulliciosos hermanos y con el de su padre dominante. Todo eso cambió cuando Montrovant entrenó su mente para compensar los defectos. Si se le devolvía una cierta civilización, la mente bien aplicada siempre vencía a la espada. Si Bernard sabía algo era cómo aplicar el axioma que Montrovant le había enseñado.

El único defecto que el joven sacerdote tenía en abundancia era su insistente fe en la Iglesia. El vampiro había obrado cuidadosamente sus engaños y enseñanzas teniendo en cuenta aquel rasgo. Empleaba el rostro más pío que era capaz de conseguir, pero a veces dudaba de que fuera suficiente. Podía lograr mediante la intimidación que Bernard hiciera lo que él quisiera, pero era mucho más importante ganarse su confianza, por muy tenue que ésta fuera. Los humanos y su fe no eran cosas con las que tratar a la ligera, por muy inofensivos que pudieran parecer ambos.

Se dirigió hacia los establos en la parte trasera del edificio y dejó a su caballo atado a un poste. El animal estaba empapado y respiraba pesadamente, pero no le prestó más atención. Bernard se encargaría inmediatamente de él. Sin más preocupaciones, regresó al cielo grisáceo que anunciaba la inminencia del amanecer. Podía ver las luces a través de las ventanas cuadradas moviéndose por las salas interiores hacia la capilla.

Se trataba de una abadía pequeña y baja, como otras de aquel

tiempo. Parecía surgir de la roca de la montaña en vez de haber sido construida desde el suelo, como si fuera una con la tierra y solo hubiera estado esperando a ser descubierta por las manos del hombre. Más allá del pequeño anillo de tierras de labor, donde los hermanos cultivaban algunos alimentos, el bosque separaba la abadía del resto del mundo, salvo por un pequeño camino que serpenteaba entre los árboles.

El número de hermanos había aumentado lentamente desde que Bernard fundara el lugar, y el propio edificio había crecido. Montrovant había estado todo aquel tiempo junto al joven, observando, aconsejando y ejerciendo su propia voluntad y su poder allá donde fuera posible, cuidando siempre de permanecer en las sombras. No era sencillo crear a un santo, y mucho menos desde las horas nocturnas y la necesidad de hallar un refugio seguro durante el día. Siempre existía el peligro de que Bernard descubriera su engaño y tratara de "enderezar las cosas".

La puerta se abrió fácilmente y entro con una rápida inspiración de alivio. En realidad no esperaba traición alguna, pero era tranquilizador saber que su juicio había vuelto a ser correcto. Hablaría con Bernard cuando se pusiera el sol. Había llegado el momento de poner su proyecto en movimiento, y ni siquiera la amenaza de la luz del sol consiguió que bajara a dormir antes de tener todos los planes preparados.

Descendió un empinado tramo de escaleras, ignorando los almacenes inferiores y siguiendo hasta la bodega inferior. Allí había barriles y toneles ordenadamente dispuestos en filas, fijados a los muros por marcos de madera que podían alcanzar fácilmente la altura de un hombre. Los hermanos no solían estar inactivos, ya que para ellos perder un solo momento de un día de Dios era pecado. Elaboraban uno de los mejores vinos de Francia.

Aunque los campos que rodeaban el edificio no eran grandes, los viñedos de las montañas tras la abadía eran otra historia. Cuidadosamente cultivado y elaborado mezclando las mejores uvas disponibles, el "fruto de Dios" era realmente abundante.

Montrovant introdujo la mano tras uno de los marcos más antiguos que sostenían los toneles y dio con una gran argolla metálica. Tiró fuertemente de ella y una losa de piedra se separó del muro, permitiendo escapar una bocanada de aire frío y mustio. Abrió un poco más y se arrastró dentro.

Aquella cámara era una modificación que solo él y Bernard



conocían. Había sido construida por un pequeño grupo de albañiles durante la noche. Todos los hombres habían sufrido un terrible destino poco después de terminado el proyecto, pero para ello Montrovant había empleado agentes externos. Hubiera sido demasiado arriesgado matarlos él mismo. Si Bernard sabía de la desaparición de los hombres, o si había llegado a relacionar su trabajo con sus muertes, no había dicho nada... sabiamente.

No había necesidad de esperar a que sus ojos se acostumbraran, ya que para él la oscuridad era mucho más natural que la luz. Colocó la piedra rápidamente en su sitio y comprobó el sello. Perfecto. No había peligro, y aunque un monje curioso (o tres, ya puestos) descubriera la argolla nunca sería capaz de moverla. De momento estaba seguro.

Se movió hacia una losa de piedra en la esquina de la pequeña estancia y se tumbó sobre ella. No estaba realmente cansado, pero el letargo que le producía el amanecer comenzaba a adueñarse de sus miembros. Sentía el tirón familiar de la tierra a sus pies, el lento sopor aferrando su mente y borrando sus pensamientos. Por una vez dio gracias de que así fuera. De haber tenido que tumbarse allí con sus planes corriendo por su cabeza, pero incapaz de actuar, se hubiera vuelto loco. Eso, claro, si no lo estuviera ya. Comprendía la inmensidad de la tarea que se había asignado, a pesar de las dudas de Claudius.

En aquel momento la oscuridad le pareció confortable y se durmió rápidamente. Era cuestión de horas, nada más, el que pudiera poner sus planes en movimiento. Esperaba que Bernard estuviera a la altura de aquel reto.

\* \* \*

Sobre las cámaras y la bodega los hermanos se dirigían en silencio hacia la capilla y se alineaban en filas y columnas con la mirada gacha. Cada uno llevaba una vela que situaba al entrar en los estantes elevados de piedra que rodeaban la estancia. En el aire se podía palpar la humildad. Se dirigían hacia el centro de la habitación y se desplegaban, formando alrededor del altar en largos semicírculos. Se arrodillaban cuando lo hacía el hombre que tenían frente a ellos. Caían como macabras piezas de un dominó humano, y sobre todos ellos Bernard observaba. Se encontraba en una pequeña alcoba cerrada y oculta en las sombras, con una extraña sonrisa en los labios.

A medida que sus seguidores entraban en el lugar y se arrodillaban junto al altar, el aura de fuerza y determinación de la abadía cobraba fuerza. Era una sensación calmada y pacífica que aumentaba la energía espiritual. Cada vela añadía un poco de luminiscencia haciendo que las sombras se alargaran y bailaran a su alrededor, apenas contenidas por la silenciosa plegaría.

Bernard era un hombre de gran fe, pero su pasión y su visión personal le impelían a la acción. Tanta iniquidad, tanta carga para el espíritu y para la carne... Aquellos hombres eran su pequeña respuesta a los problemas del hombre en el mundo de Dios. Los estaba preparando, enseñándoles y reforzándolos en su fe. Estaba marcando la diferencia.

Los frailes de la capilla eran la prueba palpable. Todos eran hombres creyentes y temerosos de Dios. Veían el don de la voz del Señor trabajando junto a él y escuchaban sus palabras. Ya había otros en otras abadías, seguidores que habían salido al mundo para llevar su mensaje a los fieles. Eran como una hueste que se extendía para conquistar en el nombre del Señor. No era el tipo de ejército que había soñado con dirigir siendo un niño, pero las implicaciones y el poder inherentes en aquel espíritu eran inmensos. El padre de Bernard y sus fuertes hermanos mayores se habían burlado de su condición, de su cuerpo frágil y sus manos delgadas. Había superado sus insultos y sus palizas, sus arteros comentarios sobre sus "costumbres femeninas" y su "debilidad". Había entregado su vida y su corazón a la Iglesia, y Dios le había concedido el poder para ganárselos. Lo que no había logrado en el campo de batalla de la sangre y el polvo, lo lograría con creces en una comunidad de fe y espíritu.

Entre los que se arrodillaban a sus pies estaban el padre y los hermanos que habían dudado de él. Esperaban, como los demás, su bendición. Aguardaban para compartir la sabiduría de Bernard. Sabía que el orgullo era un pecado, pero a la vista de lo que había tenido que aguantar pensó que el Santo Padre le perdonaría aquella falta. La revancha era placentera, y era feliz por haber logrado llevar tan completamente a su familia hacia Dios.

Su mente se concentró en el ángel oscuro, Montrovant. Lo consideraba un ángel porque cualquier otra correlación hubiera sido mucho menos pía. A pesar de lo extraño y enigmático que aquel hombre había demostrado ser a lo largo de los años, Bernard se había convencido de que Dios lo había enviado hacia él. No se podía poner en duda la diferencia que aquel hombre siniestro y oscuro había

marcado en su vida, en la vitalidad de su fe y en la respuesta a sus plegarias. Si Dios había decidido probar su devoción enmascarando a su mensajero en las tinieblas y las sombras, negando la luz del día y la comunión con la hermandad, ¿quién era él para protestar? Además, sabía que si preguntaba llevaba todas las de perder, lo que pesaba no poco en sus decisiones.

En realidad, aquel era otro pequeño fallo de su fe. No hubiera renunciado al apoyo de Montrovant aunque descubriera que había sido enviado por el mismo Diablo. Sus favores habían logrado cosas maravillosas para la Iglesia. Aunque aquellas cosas no fueran el objetivo directo del mensajero, ¿estaba mal escuchar su mensaje?

No lo creía. Había meditado largamente tratando de ver el mundo a través de los ojos de Montrovant, y lo que había vislumbrado valía la pena el precio.

Pero también tenía otras preocupaciones, y entre ellas estaba la idea de que, al menos en parte, su padre había tenido razón. El poder de las armas era un don de Dios tanto como la sabiduría y la profecía, y había causas que merecían a sus campeones. Había cosas que la Madre Iglesia podría hacer de forma más eficaz y completa. El propio Montrovant le había indicado algo similar recientemente. Aunque Bernard nunca sería fuerte físicamente, sabía que en el campo de batalla había ciertos papeles en los que podía encajar. Ansiaba discutir de todo aquello con su mentor. Tenía ganas de volver a hablar con él. Siempre resultaba interesante.

Tierra Santa había sido arrebatada a los infieles, y tras un tiempo los hombres de Dios se habían hecho cargo de los despojos. Las Cruzadas habían sido un golpe brillante, una eficaz obra maestra. Se había liberado la más sagrada de las ciudades, el lugar donde Jesús había muerto y renacido nada menos, pero eso no bastaba.

Se había logrado el premio, pero cada vez era más evidente que todos los involucrados buscaban su ganancia personal, no la de la Iglesia. El poder que Roma tenía sobre las ciudades en Tierra Santa era débil, y la defensa de aquellas conquistas se veía fragmentada por los deseos, objetivos y vanidades de un gran número de casas. En teoría la Iglesia lo dominaba todo, pero la realidad era que los nobles hacían su voluntad. No existía control formal. Era frecuente que un Papa que se atrevía a discrepar con el monarca que estuviera al mando fuera exiliado, torturado o incluso muerto antes de que alguien le hiciera caso.

Montrovant le había prometido a Bernard una respuesta a este

problema, una solución digna de un santo, y el sacerdote rezaba para que su extraño consejero apareciera pronto con ella. También suplicaba estar a la altura de sus palabras, ya que quedaban muy pocos santos en la Iglesia. Tenía la profunda convicción de que todo lo que le había sucedido había sido en interés de un objetivo superior. Se sentía predestinado a ser un líder, pero con las limitaciones que todos los hombres sufrían en su camino hacia el éxito. Sus obstáculos eran la libertad de elección y la capacidad de elegir de forma incorrecta. Casi todas las plegarias de Bernard incluían la petición de sabiduría.

De momento tenía a sus seguidores, su deber y su Dios. Con eso bastaría. Cuando el último de los hermanos cayó obediente de rodillas se acercó hacia las escaleras que conducían a la capilla y pasó junto a las filas en silencio. Con todas las velas en su lugar la luz bailaba juguetona con las sombras, haciendo que su túnica pareciera deslizarse sobre el suelo, lo que le daba una misteriosa aura de santidad. Por un segundo, mientras subía los escalones hacia el altar, un viento frío recorrió la capilla e hizo temblar todas las velas. Bernard dudó. No se trataba de un buen augurio para el comienzo de una misa. La corriente cesó y se dio la vuelta para comenzar.

*Cambio, se dijo. Era el aliento del cambio en mi cuello.* En lo más profundo de su corazón, las sombras se burlaban de él.

Alzó su poderosa voz, dejando que se combinara con la de sus hermanos a medida que éstos cantaban como respuesta a su letanía. El sonido retumbó en la pequeña cámara de piedra hasta que en el alma de Bernard no quedaron más que Dios y el sacrificio de su único hijo. La misa le purificó como siempre hacía, revitalizando su espíritu y reorientando sus pensamientos para hacerlos más próximos al Todopoderoso.

Abajo, Montrovant se movía en su reposo como si sintiera la vibración de las voces en el fulgor de su fe, como si las paredes y el suelo de piedra que le rodeaban se agitaran. Su cuerpo se tensó y se apretó fuertemente contra la losa, aunque su rostro seguía impassible. El día murió.

\* \* \*

Bernard estaba sentado solo en su cámara. Como siempre, el muro estaba cubierto de velas que proporcionaban un falso aire diurno para mantener alejadas a las sombras de la noche. Junto a él había una gran jarra de vino y a su lado descansaba abierto un gran libro

encuadernado en cuero. Estaba tratando de concentrarse, de comprender la sabiduría de aquellas páginas (un comentario sobre Roma en la Epístola de San Lucas), pero su mente no cooperaba. Las palabras le sonaban huecas, e incluso la magia de las Escrituras parecía débil y carente de visión. Eran pensamientos peligrosos, pero no lograba apartarlos a un lado.

Lo había intentado arrodillándose en el suelo frío. Se había azotado con un látigo de cuero hasta que la sangre había manado de su espalda y su aliento se había convertido en un sollozo. No comía desde primeras horas de la mañana, el comienzo de un ayuno de varios días. Su fe ya le había fallado con anterioridad, y sabía cómo controlar a su mente recalcitrante.

Casi saltó cuando una oscuridad más profunda cruzó la noche a través de la única ventana de la celda, haciendo que las velas comenzaran a saltar enloquecidas hasta casi apagarse. Montrovant había llegado. No hubo un solo ruido, ni una llamada a la puerta. Estaba allí.

El oscuro podría ser un ángel o un demonio, pero no era un hombre. No había duda de que aquella criatura obraba la voluntad de Bernard; la pregunta era si Montrovant era consciente de ello. *Es mejor ser frío como el hielo que tibio y dubitativo.* La cita no era exacta, pero cuadraba muy bien a aquel ser. Su toque tenía el frío de la muerte, el aliento del viento invernal. No sería un hombre, pero no por ello dejaba de ser una bendición. Era su conocimiento lo que hacía que Bernard siguiera adelante. Como siempre, tembló ante su presencia.

–Has venido –dijo simplemente.

–Traigo noticias. Buenas noticias –respondió Montrovant–. Del obispo Eugenio de Roma.

Bernard enarcó una ceja. Eugenio era uno de los más viejos y reverenciados dirigentes de la Iglesia. Su piedad y los votos que había realizado eran legendarios. Eran aquellos votos los que habían inspirado muchas de las creencias del propio sacerdote, y se encontraban escritos en las reglas que toda la abadía debía seguir.

–No has tardado mucho para haber cabalgado hasta Roma y haber regresado –observó Bernard, poniéndose en pie con las rodillas doloridas. Se acercó lentamente hacia el catre de piedra de la celda y se sentó, apoyándose contra el muro.

–Te sorprendería lo que la fe apropiada puede conseguir –sonrió Montrovant, tan enigmático como siempre. El sacerdote nunca era

capaz de juzgar la sinceridad de las palabras de aquel hombre. Siempre decía lo correcto y tenía el aspecto de los mayores santos, pero le rodeaba un aura corrupta, el sabor del peligro y de la muerte, tan cercanos a los extremos de su esencia. Aquello era lo más cerca que había estado nunca de la aventura y del fin.

Cuando Montrovant llegaba la temperatura de la estancia parecía descender, pero lo que más le inquietaba era el modo en el que controlaba a los hombres con la mirada. Era asombroso... probablemente impío. Más de una vez se había tenido que cuestionar si sus propias acciones eran controladas de igual modo.

Vistas todas las cosas buenas que habían surgido de la presencia del extraño, el sacerdote creía que aquella aura tenebrosa no era más que una ilusión, una prueba. Hacía muchos años había decidido superar ese examen, y aquel no era el momento de poner en duda la veracidad de su propia fe.

–Vengo con un plan –comenzó Montrovant–. Exigirá un alto grado de compromiso, pero bien puede ser la misión más importante que acometa la Iglesia en los próximos cien años. Es posible que se trate de lo más grande que se haya hecho en los años de historia que nos preceden.

–Grandes palabras –susurró Bernard tratando de ocultar el temblor de su voz–. Ya ha habido antes grandes hombres, y los volverá a haber. ¿Qué podemos hacer nosotros para crear nuevas leyendas?

Montrovant se detuvo un mero instante. La suavidad de sus facciones desapareció y sus ojos brillaron como los de un lobo. Se trataba de una luz intensa y terrorífica. Su rostro fue suplantado brevemente por el de una inmensa bestia depredadora, y su altura aumentó tan repentinamente que el corazón de Bernard casi se detuvo. Pero entonces la ilusión (si se trataba de eso, y no de una revelación) pasó, y el hombre volvió a ser él mismo. El sacerdote sintió ganas de pellizcarse el brazo para demostrarse que no había soñado aquella imagen. Aún no estaba convencido en uno u otro sentido cuando Montrovant siguió hablando.

–Debemos crear un ejército. No una Cruzada, sino una guardia de todas las cosas sagradas.

Repentinamente se encontraba a un palmo del rostro de Bernard, con aquellos ojos ardientes tan cerca que el hombre podía verse reflejado en ellos. Era como mirarse a uno mismo ardiendo en las llamas del infierno. ¿Una advertencia?

–¿Te gustaría devolver el Grial a la Iglesia, Bernard?

Se produjo un largo silencio mientras el sacerdote trataba de comprender lo que le acababan de decir. ¿Qué tenía que ver un ejército con el Grial y qué podía hacer él, un hombre de paz y espíritu? ¿No sería grandioso?

Su mente se llenó de imágenes y recuerdos, historias y leyendas. Sabía del Grial, por supuesto. Había visto muchas otras reliquias; había tenido más de una en sus manos y había sentido el poder de Dios emanando de sus profundidades y reflejándose en su esencia. Esperó, pues no estaba seguro de cómo responder.

Montrovant giró sobre sus talones y siguió hablando.

–Cuando los infieles fueron expulsados del templo dejaron secretos enterrados que nunca llegaron a descubrir. Hay gente en Roma que los conoce, que siempre los ha conocido, y cuando estuvieron a salvo regresaron. Son los guardianes de antaño, los que nunca han fallado. Los he visto.

Entonces se volvió hacia el sacerdote, como si quisiera comprobar si albergaba dudas.

–Recorrí aquellas salas, Bernard, y los vi. Son criaturas viejas y sabias. Hombres, quizá, pero más viejos que el propio tiempo, guardianes de una época anterior a nosotros. Dudo incluso que el Papa sea totalmente consciente de ellos, de sus orígenes o de sus objetivos.

El sacerdote estaba a punto de hablar para expresar su incredulidad, pero la mirada de Montrovant le detuvo. Aquel hombre era razón suficiente para creer cosas más allá del mundo natural en el que había nacido. Guardó silencio y el oscuro prosiguió.

–Tienen la misión de proteger las reliquias más sagradas, los tesoros que incluso la Madre Iglesia cree perdidos o demasiado poderosos como para manejarlos. Llevan mucho tiempo dedicados a esa tarea, y ahora son débiles. No contuvieron los ejércitos invasores del Turco y no liberaron los tesoros del templo. Los abandonaron. Ahora no son capaces de ofrecer una protección mejor, no sin nuestra ayuda. Si los Cruzados no hubieran liberado Jerusalén aquellas reliquias seguirían esperando a cualquiera que entrara en el templo. Nuestra gente viaja sin descanso a Tierra Santa. A diario los bandidos y los esclavistas musulmanes les asaltan en los caminos, matando, robando y vendiéndolos en la servidumbre, mientras la Iglesia y el Rey Baldwin en Jerusalén no hacen nada. –Montrovant había comenzado a acercarse, pero Bernard decidió no amedrentarse.

»Nos están aislando --siguió, aproximándose cada vez más y empleando toda la fuerza de su mirada para ahogar al sacerdote--. Debemos hacer algo antes de que la brecha esté completa. Los líderes de Jerusalén refutan las órdenes de Roma tan a menudo como las siguen. Incluso el Patriarca enviado para representar a la Iglesia en aquellas ciudades ha sido infectado por la corrupción. Hay que hacer algo al respecto.

--¿Que tiene esto que ver conmigo? --preguntó Bernard hallando por fin la voz--. ¿A qué te refieres al mencionar el Grial? No es más que una leyenda.

--Es un hecho --afirmó Montrovant, su rostro tan cercano al del hombre que podían haberse besado--. ¿Dudas de mí?

Se retiró y prosiguió sin pausa, pero dándole tiempo a Bernard para recuperar el aliento.

--Es un hecho que guardan estos tesoros en una cámara bajo el antiguo templo de Salomón. He visto el lugar y me he encontrado con los guardianes. ¿Por qué negar su existencia? Tú mismo has sostenido y comulgado con la Reliquia de la Cruz.

--¿Te dijeron ellos todo esto? --preguntó Bernard, incapaz de ocultar su tono escéptico a pesar de la sensación de peligro inminente--. ¿Hablaron contigo esos guardianes?

--No hubo necesidad de ello --respondió secamente Montrovant--. Tengo ojos y mente propia, y no soy ningún idiota. ¿No me estás acusando de ser un idiota, no, Bernard? Sé cosas sobre la Iglesia que el padre de tu padre hubiera olvidado, si es que aún viviera. Sé de lo que me hablo.

La amenaza regresó rápidamente a la mirada de aquel ser alto y enjuto, y Bernard sintió cómo cedía a la presión y se retiraba ligeramente, apretando la espalda contra la piedra, aunque aquel acto le avergonzara. Nunca había visto tal intensidad en Montrovant. Sus respuestas no eran más impertinentes de lo habitual, pero se sentía a la defensiva.

--Claro que no --respondió al fin--. Nunca he dudado de ti.

--Entonces debes atender, y actuar. Todo podría depender de tu rapidez. He aquí mi plan.

Bernard escuchó hasta altas horas de la madrugada y después comenzó a hacer preguntas y a añadir ideas propias. La visión que se abría ante sus ojos era vasta y maravillosa, y podía sentir a Dios en su base con la misma seguridad con la que había oído la llamada al sacerdocio. Antes de que el sol despuntara en el horizonte con el oro



de un nuevo amanecer, las cartas necesarias estaban escritas y todos los planes estaban firmemente dispuestos.

El resto es historia.

### \_\_\_\_\_ 3 \_\_\_\_\_

La Torre de Hugues de Payen destacaba solitaria contra la luz de la luna, a la que le faltaban tres días para estar llena. La muralla de piedra estaba cubierta de enredaderas y en la base había mucha humedad. Se trataba de un edificio muy viejo. Numerosas generaciones de la sangre de Payen habían crecido y caído en su interior. Hugues no era un gran señor, pero tampoco carecía de seguidores y de propiedad, y la historia de su familia hundía sus raíces en la antigüedad. Montrovant avanzaba cauteloso por el camino, supervisando la zona en busca de alguna señal de movimiento. Todo parecía calmado.

Los muros eran empinados, pero a él le parecían una escalera. Se deslizó por las sombras tras acercarse a caballo todo lo posible y cubrir las últimas millas a pie. Podía moverse más rápidamente sin el animal, pero al actuar abiertamente era adecuado guardar las apariencias. Si hubiera convertido en una costumbre correr por el campo a una velocidad imposible, alguien hubiera terminado por descubrirle. Incluso la credulidad de Bernard tenía sus límites. La fe que el sacerdote demostraba en la bondad de Montrovant no era más sólida que una bruma matutina. Si no hubiera sido por el ansia que tenía de dirigir, de demostrar su valía como hombre, le hubiera declarado demonio hacía mucho tiempo y hubiera dirigido su caza personalmente.

No podía arriesgarse a que nadie detectara aquella visita, y en aquel caso lo apropiado era acercarse a pie; era más probable que fuera descubierto si aparecía con el caballo. Si las cosas salían como había planeado entraría, cumpliría su objetivo y desaparecería sin que ni siquiera el hombre que buscaba comprendiera de dónde había salido o adonde había marchado. Necesitaba interpretar el papel de espíritu de la noche, y si alguien le hubiera visto escalando la muralla con el viento helado a su alrededor hubiera pensado que cumplía perfectamente con el mismo.

Aunque no existían amenazas inmediatas, era seguro que habría

guardias en las almenas. No temía nada de ellos. Ni siquiera toda la guarnición de aquella torre representaría un peligro. Sin embargo, si alguien le veía se echarían a perder varios meses de trabajo. Demasiadas cosas dependían de este aspecto de su misión como para arriesgarse a tener que matar a un soldado desafortunado o a una sirvienta... o a veinte. Necesitaba que aquella noche fuera limpia y pura a ojos del dueño de la torre. En aquella ocasión Montrovant no era la Muerte, sino un ángel.

Ganarse a Bernard había sido una cosa, ya que había sido su consejero desde su juventud. Otra muy distinta era lograr el respeto y la obediencia de un hombre adulto y pío. De Payen no era ningún estúpido, y Montrovant se recordaba constantemente que tenía que cambiar de estrategia a medida que se acercaba el momento. No tenía sentido aparecer y comenzar a dar órdenes a aquel hombre: debía hablar con la voz de Dios.

Sintió movimiento a su izquierda y se dirigió en sentido contrario sin pensarlo, superando una balaustrada y entrando en una alcoba. Esperó un momento para ver si sonaba algún grito de alarma, pero todo estaba en silencio. No creía que le hubieran visto, pero no estaba dispuesto a arriesgarse. En aquel momento aún era posible retirarse sin coste alguno, pero en unos instantes ya no habría vuelta atrás.

Se incorporó y expandió sus sentidos, revisando los muros y el interior de la estancia a la que se abría el balcón. El guardia que había oído en la almena aún se movía indolente hacia el otro lado de la torre. No había amenazas inminentes en la zona, y la mayoría de los guardias tenía funciones meramente decorativas. Sintió un ligero movimiento del aire en su mejilla y captó el olor de las lilas. Una sirvienta, o una de las damas de la torre. No estaba seguro de quien vivía en la habitación en la que estaba a punto de entrar, pero fuera quien fuese estaba levantada a horas inconvenientes.

La oyó cruzar el umbral y marcharse silenciosamente por el pasillo. Montrovant se quedó quieto, esperando a que desapareciera para moverse. Parecía que la suerte no le había abandonado. Si la mujer se hubiera quedado en el cuarto hubiera tenido que buscar otra entrada, arriesgándose a ser descubierto. Quizá fuera una señal.

Sin embargo, seguía dudando. ¿Y si la mujer se dirigía hacia el dormitorio que él mismo buscaba? Significaría el fin de sus planes y el de la vida de cualquiera que le hubiera visto. Aguardó en las sombras del balcón, sopesando los riesgos. Habría otras noches, pero su corazón le decía que aquel era el momento de atacar. Bernard estaba

convencido y las ruedas estaban en marcha. Si no lograba cumplir con su parte del acuerdo, ¿cómo estar seguro de que los demás no harían lo propio? La lealtad de Bernard dependía, al menos en parte, de la infalibilidad de las acciones de Montrovant. Mientras éste no hiciera nada que se opusiera directamente a la fe del sacerdote sería posible racionalizar todo lo demás.

Entró en la habitación y salió al pasillo, moviéndose lentamente frente a las puertas de madera y deslizándose por la pared de ladrillo hacia las escaleras que, sabía, se encontraban al fondo de la torre. Cuando pasó frente a la segunda puerta desde las escaleras se detuvo. El aroma de lilas era allí muy fuerte, lo que le arrancó una sonrisa. No era De Payen el que tenía una visita nocturna, sino su senescal Montclair. Más información que recordar sobre la que prometía ser una figura intrigante. Montrovant no sabía en qué momento podría necesitar la colaboración de aquel hombre, pero era de sabios estar preparado para cualquier ocasión.

Nadie más se movía dentro de las murallas, por lo que subió las escaleras sin incidentes. Había visitado la fortaleza más de una vez, nunca con el conocimiento del señor y nunca para un asunto de tal importancia. Siempre le había traído el hambre, pero incluso entonces había prestado atención. Recordaba cada giro de las escaleras y los pasillos. Su memoria le estaba siendo muy útil. Desde su muerte había demostrado ser una de sus herramientas más importantes.

Toda la planta superior pertenecía a De Payen. Tenía sirvientes durante el día, pero al ocaso los despedía a todos. Era un hombre religioso que pasaba las noches solo con su vino y con su Señor. Corrían rumores sobre un amor perdido, una mujer muerta en su juventud, pero eran muy vagos. Era callado, y su naturaleza devota no se prestaba a rumores como los que circulaban sobre los otros señores locales.

Montrovant estaba seguro de que aquellas escaleras no estaban totalmente libres del aroma de las flores y la lujuria, pero De Payen era un gobernante discreto y algunos llegaban a considerarle un santo. Era esta devoción la que había atraído al vampiro a esta fortaleza, y no a las otras muchas que podría haber visitado. Lo que se avecinaba dependía enormemente de los humanos a los que eligiera para cumplir sus planes. Si se equivocaba y elegía a un hombre codicioso, o a uno que fuera fácilmente engañado por los demás, todo estaría perdido. De Payen podía tener sus defectos, pero en cualquier caso los ocultaba lo suficiente como para engañar a sus iguales, lo que le

señalaba como una herramienta perfecta.

La puerta se abrió en silencio y Montrovant dejó escapar otro suspiro de alivio. No tenía intención de salir por allí, pero si hubiera delatado su aparición toda la charada se hubiera venido abajo. Normalmente no se esperaba de los ángeles que tuvieran que emplear cancelas y escaleras. Dejó que la puerta se cerrara silenciosamente a su espalda y se dirigió hacia las cámaras interiores. Por enésima vez desde que abandonara el monasterio, deseó haber estado un poco más seguro de la situación del balcón del propio de Payen.

En la estancia del fondo ardían velas e incienso. Montrovant se acercó lentamente, observando las sombras y atento a cualquier ruido que delatara que había sido descubierto. No era probable que los sentidos de Payen estuvieran tan desarrollados, pero no tenía intención de ponerlos a prueba.

Un cántico lento y discreto surgía de la estancia, y las numerosas velas hacían que las sombras bailaran sobre las paredes. Mientras se acercaba comprendió que el noble estaba rezando. Las palabras surgían de sus labios en un torrente continuo, mezclando textos de las escrituras y súplicas de perdón. Aunque casi todo lo que decía era incoherente, en el sonido y el ritmo de aquellas sílabas había un aire de misterio y poder que le recordaba a Montrovant el monasterio de Bernard, el aura de santidad que impregnaba sus muros, a pesar de la debilidad de los cimientos que constituían la fe del sacerdote.

No había tiempo para dudas. Montrovant avanzó y empleó toda su increíble agilidad y velocidad, moviéndose más rápido de lo que los sentidos humanos podían comprender. Hasta que no se detuvo directamente frente a él, de Payen no advirtió su presencia.

En vez de saltar o de mostrar miedo o asombro, el noble dejó que sus ojos ascendieran lentamente para observar el cuerpo musculoso de Montrovant. Sus miradas se encontraron y el vampiro pudo sentir la energía en el aire, las respuestas que aguardaban en la punta de la lengua de aquel hombre. El vampiro se descubrió envidiando la fe y el control de Payen. También estaba algo desconcertado por los pensamientos que captaba de su mente. No estaba acostumbrado a ser considerado la respuesta directa a una plegaría.

A pesar de sus peticiones de milagros, pocos hombres hubieran podido permanecer tan impasibles al enfrentarse a una manifestación física como la que de Payen estaba observando. Montrovant se había preparado para forcejear con él o para controlar su mente si daba la alarma, pero no contaba con aquel control inquietante. No estaba

asustado. En todo caso, la repentina aparición del vampiro parecía haberle dado confianza.

–¿Quién sois? –preguntó al fin–. Señor, ¿quién sois, y por qué habéis venido a mí en mis plegarias?

Montrovant no respondió inmediatamente; sostuvo la mirada del hombre con la suya y dejó que sus pensamientos se hundieran en los de Payen, ordenando su mente y moldeándola a su voluntad. Era sencillo. El caballero buscaba ayuda y su cerebro era una *tabula rasa* que esperaba a que él escribiera las respuestas. No podía haber pedido un recipiente más perfecto en el que verter su mente. Había rincones oscuros que no alcanzaba a comprender, pero no le importaba. Los pensamientos superficiales de Payen eran todo lo que le necesitaba, y se hizo con ellos de forma rápida y completa.

–He venido porque me has llamado. Tus plegarias no han sido en vano, Hugues de Payen. Buscas un propósito, una posibilidad de demostrar tu fe a los ojos de Dios. Yo soy la respuesta.

El hombre estaba ensimismado. No se movió para ponerse en pie, ni intentó volver a hablar. Bebía la presencia de Montrovant y dejaba que sus palabras le empaparan totalmente.

–La Tierra Santa necesita campeones, Hugues –recitó el vampiro–. Dios tiene más enemigos que el pecado y el espíritu. Hay necesidad de un brazo fuerte, incluso en la hueste del Señor. ¿Quieres ser ese brazo?

Con la mirada henchida por el orgullo y la determinación, de Payen respondió.

–Lo seré. Dirigidme y os seguiré, señor. Preguntad y responderé a vuestra llamada. He esperado toda mi vida un momento como éste. Como Jesús dio su vida por mí, yo daré la mía por vos.

–No es por mí, Hugues. Es por el pueblo de Dios, y es liderazgo lo que se quiere de ti, no servidumbre. Ve mañana al monasterio y busca a Bernard. Él te guiará, a ti y a otros... buenos hombres, hombres devotos a los que debes elegir. Es por Madeline.

El nombre llegó hasta él repentinamente y lo repitió sin pensar. De Payen se tensó al oírlo, pero el efecto fue el de avivar aún más la llama de la fe que ardía en el corazón del caballero. Otro hecho, otro nombre que dejar a un lado pero que era adecuado recordar.

Se produjo una larga pausa en la que parecía que de Payen hablaría. Estaba buscando algo en la mirada implacable de Montrovant. Lo encontrara o no, agachó la cabeza en silenciosa plegaria. Había recibido una dirección y no necesitaba más.

Demasiado fácil, pensó Montrovant. El estúpido tenía tal fe en sus propias oraciones, en su propio concepto de Dios, que no había sentido la traición al ver contestadas sus plegarias tan directamente. Allí de pie, con la cabeza del hombre inclinada ante él, pensó por un momento en lo sencillo que sería aplastar la vida de aquel loco. La idea pasó rápidamente, pero la imagen no dejaba de ser satisfactoria.

Entonces, solo por un instante, sintió envidia. Él había disfrutado en su tiempo de aquella fe, de una devoción hacia algo que iba más allá de sí mismo y de su hambre. Podía ser imprudente considerar a de Payen un loco viendo su coraje y su determinación.

Se giró lentamente hacia la ventana y dudó. Creyó que tenía que añadir algo, ya que las pocas palabras que había dicho apenas parecían el cimiento sobre el que construir un ejército. Miró hacia abajo una vez más y abrió la boca, pero el noble estaba perdido en sus rezos, concentrado en la piedra a los pies de Montrovant. Fuera suficiente o no, sabía que no era sabio romper aquel trance.

Con un suspiro, se retiró hacia la ventana. El hombre no levantó la mirada y el vampiro saltó hacia arriba con resignación, arrojándose a la noche. Deseó el cambio y adoptó la forma y la sustancia de un murciélago con una facilidad nacida de la práctica.

Le costaba un gran esfuerzo, pero el efecto merecía la pena. Dudaba de que de Payen se hubiera detenido para notar su marcha, pero si así fuera estaría totalmente asombrado. Montrovant planeó hacia los bosques más allá de la fortaleza en los que aguardaba su caballo, y a medida que el suelo se acercaba emitió un chillido que orientó sus sentidos con la imagen reflejada de la tierra. Detuvo su velocidad y volvió a cambiar, recuperando sus piernas y sus pies a tiempo para aterrizar con una pequeña carrera.

Sabía que el murciélago era una forma demasiado oscura para lo que muchos hubieran atribuido a un ángel, pero en el fondo sentía que era más apropiada que muchas otras. Los grandes artistas y los bardos pintaban imágenes brillantes de ángeles benévolos que concedían la paz y la eternidad a los hombres. Los ángeles de la Biblia, los de las leyendas, habían sido guerreros carentes de toda moral o culpa. Desde los comienzos del tiempo habían estado haciéndole el trabajo sucio a su Señor.

El caballo se asustó ante su repentina aparición, pero el vampiro lo calmó tanteando sus pensamientos. Habría ido más rápido dejando atrás al animal, pero por una vez el tiempo no era acuciante, y las cosas iban demasiado bien como para arriesgarse. Bernard y de

Payen serían fieles seguidores de sus consejos, pero su confianza se basaba en la fe. Si creyeran que se trataba de un demonio o un agente de la oscuridad, o si se empezaba a hablar de una extraña y poderosa criatura de sombras entre su gente, podían convertirse en enemigos igualmente peligrosos, sobre todo Bernard. Sin embargo, Montrovant sabía que el joven sacerdote le veía como una prueba oscura de su fe, de su visión.

Aún tenía varias horas de oscuridad por delante y el hambre empezaba a hacer mella en su concentración. Completado su objetivo, siguió sus instintos y los dejó liberarse por el campo que se abría ante él, buscando satisfacción. No tuvo que esperar demasiado.

Era una muchacha joven, puede que de diecisiete años, regresando a casa oculta en las sombras. Montrovant se concentró y enfocó su aroma, el calor latente de su sangre. Los pensamientos de la chica flotaban como emocionados hilos de seda, y se sació con ellos codicioso. Aquella inocencia era un donpreciado y escaso.

Había salido para encontrarse con un joven al que su padre no aprobaba. El vampiro pudo sentir el olor del sudor que la cubría y aspiró profundamente. La lujuria y la pasión surgían del cuerpo de la muchacha como un néctar mientras Montrovant espoleaba a su montura. No sentía la presencia del joven, por lo que no había peligro de que alguien le viera si no dejaba que la muchacha se acercara demasiado a su casa. No tenía la menor intención de cometer ese error.

A medida que se acercaba a ella se fundió con el aire de la noche, saltando hacia arriba con toda su fuerza. El caballo se asustó y dejó escapar un relincho que sabía paralizaría el corazón de la muchacha. Sintió cómo la chica se detenía un instante por el miedo, y en aquel momento cayó sobre ella.

No había tiempo para sutilezas, para miradas lentas o discursos seductores. Surgió de la oscuridad y la tomó en sus brazos, aferrando la vulnerable blandura de su garganta antes de que pudiera gritar y acercándola hacia él con facilidad.

Sintió la carne cálida contra su cuerpo y compartió las infinitas imágenes de miedo, lujuria y confusión que pugnaban en su frágil mente. Su calor le inundó. A medida que la joven se enfriaba, liberando su esencia para saciar su hambre, Montrovant sintió regresar las fuerzas. Su visión se aclaró y se alimentó más lentamente, saboreando las últimas gotas, absorbiendo la muerte y dando la bienvenida a las visiones.

El cabello largo de la joven cayó sobre sus brazos y el aroma del perfume, mezclado con el del deseo, expulsó todo pensamiento, salvo los de saciedad y plenitud.

Era bella. Ahora que había recuperado el control de sí mismo pudo apreciarlo. Se llamaba Monique y se había convertido en toda una mujer, se había enamorado y había encontrado su fin en las tinieblas. Tanto potencial había abandonado los brazos de su joven amante... Había sido una pieza en el arte del mundo, un paso más hacia la culminación. Con un golpe repentino él le había convertido en parte de la historia. En un suspiro.

Plenitud. Cómo ansiaba ese estado imposible. Tantas cosas dependían de los días venideros, de sus sueños y de sus planes... En aquel momento solo su pasión le diferenciaba de los locos. Quería que las cosas alcanzaran su culminación, que siguieran las líneas lógicas del poder y que el tiempo completara su círculo, pero también deseaba acelerar todo el proceso.

Bernard, de Payen. No eran más que piezas del gran rompecabezas que trataba de construir a partir de sus propias visiones. Había alcanzado la madurez en un mundo que veneraba a un único Dios y había visto a la Iglesia evolucionar y atravesar fases de locura y maldad, regresando al punto de partida. El poder para controlar la mente de los hombres dependía de su fe. El poder para controlar mundos residía en el pasado.

El Grial era algo más que un símbolo. La sangre que había descansado en aquella copa, aunque hubiera sido por un breve tiempo, era más poderosa de lo que se pudiera imaginar. Si se supiera de su existencia se arriesgarían reinos enteros para recuperarlo. Se abandonarían vidas y amantes ante la mera idea de que alguien pudiera poseerlo. Le concedería el poder que ansiaba, devolvería a Claudius a la supremacía, y... ¿por qué no? De todos los suyos, ¿quién lo merecía más? Desde luego, no los Nosferatu de las cavernas o los pomposos Ventrue. Era Claudius, antiguo y poderoso, el que debía gobernar, y con el Grial podría conseguirlo. Con él podría devolver el sol y tantas otras cosas que merecía la pena arriesgarse a la segunda muerte. Valía el riesgo.

Dejó que Monique cayera al suelo y observó cuidadosamente a su alrededor. No había nadie cerca, pero nunca estaba de más asegurarse. Un viajero perdido que hablara del "demonio del bosque" en el monasterio de Bernard podía arruinar meses, años de trabajo.

Trabajando con rapidez, reunió ramas y piedras grandes de entre



los árboles y los apiló alrededor de la forma inerte de la muchacha. Antes de cubrirla por completo tomó su daga del cinturón y le abrió la garganta. El corte era limpio, y borraba todo rastro de su alimentación. Tardarían un tiempo en dar con ella, y para entonces no quedarían muchas señales del motivo de su muerte. Sería atribuida a algún vagabundo, o a un bandido.

Cuando terminó se volvió una vez mas hacia el bosque. Sintió a su montura a una media milla y partió a la carrera, dejando que el viento de la noche fluyera por sus trenzas y le siguiera salvaje. Se sentía poderoso, invencible. El aire estaba cargado de una energía que se fundía con la sangre joven y fresca que fluía por sus venas.

El amanecer se acercaba lentamente por el horizonte y tenía que regresar a la abadía a tiempo para bajar a la bodega sin armar mucho revuelo. Sin embargo, en aquel momento la noche le llamaba. Sintió una comunión con las bestias del bosque; lobos sigilosos, lechuzas que volaban libres para caer sobre sus presas desprevenidas. Aquella sensación era espléndida, por lo que dejó que le inundara por completo. Le aliviaba deshacerse de sus preocupaciones y responsabilidades, aunque solo fuera por un momento fugaz.

Ya se acercaba al caballo cuando de repente sintió otra presencia. Sabía que se trataba de un Vástago, pues la sensación era clara. Sin embargo, la experiencia era diferente a la de cualquier otro encuentro que hubiera tenido antes. Muy diferente. Era un vampiro viejo, más aún que Eugenio. Era más viejo que cualquier cosa, que cualquier ser que Montrovant hubiera encontrado nunca. La misma esencia de aquella criatura tenía la mancha del polvo de la tumba y la magia de la antigüedad. Se trataba de una visión de su futuro.

Montrovant se detuvo, dejando que sus sentidos barrieran la zona para tratar de detectar el origen de la intrusión. No presentía animosidad ni peligro inminente, pero sabía que en aquellas situaciones no debía bajar nunca la guardia. Se sintió temblar, y sus nervios estaban tensos como las cuerdas de un arpa. Ahí estaba el verdadero peligro, el peligro que podía acabar con él como una débil vela en un huracán. Ahí estaba esa emoción, extraña desde que la muerte le robara su propia sangre.

Un ser tan viejo como el que ahora buscaba debía ser poderoso más allá de toda comprensión. Su sangre podía convertirle en una especie de Dios entre los hombres, si es que conseguía arrebatársela. La imposibilidad de obtener aquella vida sin un importante elemento de sorpresa y suerte no impedía que su mente siguiera pensando en

ello.

–¿Quién eres? --preguntó en voz alta. No había necesidad de hablar, pero de algún modo el formar aquellas palabras, su propio sonido, le hacía sentirse algo más tranquilo.

Silencio.

–¿Qué quieres? ¿Por qué me sigues?

A su derecha sintió un movimiento silencioso y rápido, demasiado veloz como para distinguirlo. En la brisa creada por aquel destello fugaz había quedado suspendida la respuesta, palabras susurradas en voz tan baja que Montrovant apenas pudo distinguirlas como tales. Trató de aferrárselas, de descifrar su críptico mensaje, pero se perdieron mientras la esencia se disipaba en las sombras anteriores al alba.

"...la sangre. Jerusalén... espera. Tú..."

Perdió la conexión y descubrió que llevaba mucho tiempo en pie, quieto y escuchando. Las palabras parecían haber confundido su mente, porque el cielo comenzaba a clarear y el amanecer se aproximaba a toda velocidad. Sacudió la cabeza violentamente, tratando de orientarse.

¿Qué había ocurrido? Sabía que no era tan tarde cuando descubrió aquella presencia. ¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie? ¿Hasta cuándo podía haber seguido si no hubiera recuperado el sentido? ¿Qué le habían hecho a su mente, y que significaba?

Descubrió a su caballo pastando a unos doscientos pasos. Corrió hasta su lado, montó con agilidad y se dirigió a toda velocidad hacia la abadía. No había tiempo que perder en conjeturas. Ya pensaría en ello cuando regresara la oscuridad y cuando Bernard le informara de lo que había sucedido con de Payen. Tendría todo el tiempo del mundo para pensar en aquella nueva situación. Por peligroso que pareciera aquel extraño, no representaría una gran amenaza durante las horas diurnas.

Cuando desapareció en las sombras, una forma surgió de entre los árboles. Un hombre alto y delgado observaba la marcha de Montrovant contra el sol naciente. No parecía tener prisa por huir de aquellos rayos. Esperó hasta que el vampiro desapareció de la vista, se giró hacia los árboles y se desvaneció con un parpadeo de las sombras. El bosque despertó a la soledad y el silencio.

El amanecer y de Payen llegaron al mismo tiempo, justo como Montrovant había previsto. Bernard, sorprendiendo a los hermanos, había cambiado los horarios en previsión de la llegada del señor local. Era la primera variación de la rutina que muchos de ellos recordaban, y la emoción que despertó era igual de extraña. Era evidente que iba a suceder algo, algo realmente importante.

Aunque las oraciones se desarrollaron como siempre en la capilla inferior, Bernard permaneció solo en su celda, esperando y observando por el balcón los bosques y los campos. No solía tener muchas ocasiones para pasar las primeras horas del alba observando el sol, no en los confines oscuros y cerrados de la capilla. A menudo se quedaba allí por la noche, preguntándose hacia dónde le dirigiría el Espíritu. Era agradable poder estar al comienzo del día, quizá como una señal del nacimiento de su mayor reto. Se trataba de un contraste drástico. Mientras la noche le dejaba preguntándose por el futuro, ahora ansiaba su llegada. Deseaba ser un líder, la voz de la razón que lograra arreglar los asuntos y las vidas de los demás. Quería proporcionar las respuestas que todos buscaban. Se trataba de una sensación embriagadora que le obligó a caer de rodillas sobre la fría y dura piedra. Apoyó la cabeza contra el muro. El orgullo no era un lujo que un servidor de Dios pudiera permitirse, y además impedía el pensamiento claro.

Sabía que de Payen acudiría. Montrovant le había dicho que así sería, y en todos los años que había durado su extraña sociedad siempre había cumplido su palabra. Esta verdad no se adaptaba siempre al conservadurismo teológico, pero todo se desarrollaba de forma clara y directa. Esta vez el oscuro había hablado del nacimiento de un ejército, y aquella visión había ocupado la mente de Bernard durante toda la noche. Sin embargo, no le había preparado para este momento. Una cosa era planear la formación de una hueste y otra muy distinta era ver al general que la dirigiría entrar por la puerta principal.

Su confianza en el oscuro, la relación que compartían, era difícil de comprender hasta para Bernard. El propio Montrovant no era una imagen precisamente divina. Era de furia rápida y propenso a la blasfemia, pero disponía de una energía que se derramaba en todas las situaciones en las que se involucraba. Bernard había rezado a su Dios toda la vida, había pasado cada uno de sus días al servicio de la fe. Esa devoción estaba basada en su relación personal con lo divino.

Oraba pidiendo guía, pero no había habido respuesta más directa y creíble que la presencia de aquel hombre. Aunque en Montrovant no brillaba la luz de la santidad tampoco hedía al mal, y para Bernard eso era lo importante. Creía que reconocería a su enemigo cuando se lo encontrara cara a cara, y sabía que Montrovant no era el Diablo. A lo largo del tiempo el trabajo del sacerdote para la Iglesia y para su señor había progresado. El oscuro le había ayudado en ello una y otra vez, a menudo cuando la situación era más desesperada. Tiempo... fuerza... formalidad... Todo eso le convertía en un aliado en el que confiar.

Sería fácil tomar el camino fácil, el que la mayoría hubiese cogido, y decir que Montrovant era un enviado del diablo. Había muchas cosas sobre él que Bernard no podía explicar de forma racional. Sin embargo, de ser cierto el sacerdote hubiera tenido que considerarse estúpido e indigno. Había sido Montrovant, con un aspecto idéntico al de hacía dos noches, el que se había acercado a él cuando no era más que un muchacho frágil y enfermizo de quince años y le había situado en su actual camino. Había sido aquel hombre, alto y orgulloso, un caballero en todos los sentidos de la palabra, el que había visto la fuerza y el compromiso en la mente de Bernard. Y en su fe. Había sido él el que le había mostrado que ésta última era el arma más fuerte, que los insultos de su padre y sus hermanos no eran más que tristes intentos de colocarse por encima de él.

Ahora conocía su propia fuerza y sabía que disponía de una maravillosa relación con su Señor, y todo eso se lo debía a Montrovant. No era una deuda que el sacerdote se tomara a la ligera. Le hubiera gustado disponer de una mayor libertad para perseguir sus propios fines, sí, pero parecía que eso sería colocar sus propios intereses por encima de los de Dios. No obstante, no podía explicar el comportamiento de Montrovant, ni su insistencia en vivir solo de noche. Tampoco su pasión desbocada, que se tornaba rápidamente en una calma gélida.

Había decidido que la aparente falta de respeto de aquel hombre por todo lo sagrado era una prueba de su propia fe. Quizá cuando uno se acercaba más a lo divino la relación cambiara. El comportamiento grosero de Montrovant era un escudo mundano que él debía penetrar, un intento de Dios de asegurarse de la sinceridad de su servidor. Cada nueva curiosidad, cada misterio asociado con aquel hombre que le hacía pensar en condenarlo, no era más que una nueva capa de aquella prueba.

Un espíritu menor, o uno más en línea con las enseñanzas más

estrictas de la Madre Iglesia, hubiera confundido sin dudarlo a Montrovant con un demonio. Craso error. En aquel hombre había una grandeza que emanaba de sus palabras y de sus actos, un rostro audaz y una pasión desbocada. Fuera quien fuese, Bernard estaba seguro de que no había sido enviado por Satanás. Tampoco le gustaba la idea de que fuera un emisario de Dios, pero hacía mucho tiempo había decidido que aquello no importaba. Lo que contaba era su fe y su mensaje de salvación.

Si Montrovant no era un hombre santo, al menos sería una herramienta santa. Había sido gracias a él que Bernard había alcanzado los conocimientos y la sabiduría que todos le atribuían. Si le diera ahora la espalda a todo eso, ¿qué clase de hombre sería? Y si se confundía sobre Montrovant, si el hombre era el mal encarnado y él no lo había sabido todo este tiempo... no había muchos motivos para vivir. A veces se tomaban decisiones siendo muy joven con las que había que cargar con gran pesar. Montrovant era parte de Bernard tanto como su propia familia, mucho más desde que había alcanzado la madurez.

Ahora le llamaba el destino. La forma solitaria de de Payen, que había aparecido momentos antes en el horizonte, se acercaba cada vez más. Se puso en pie, sintiendo sus rodillas doloridas y frías allá donde la piel había estado en contacto con la piedra. Se arregló la sencilla túnica marrón y se estiró para reactivar la circulación. No quería darle a de Payen una sensación de debilidad, o por lo menos no mayor de lo habitual.

Los dos estaban emparentados, pero habían tenido muy poco contacto a lo largo de los años. Conocía a de Payen como un hombre de sólida fibra moral y coraje indómito. El padre del sacerdote hablaba bien del señor, y no había oído nada que contradijera aquellas impresiones. En el campo de batalla era casi imparable, y las historias sobre su valentía estaban tan extendidas que no era posible que todas fueran falsas.

Por su parte, de Payen habría recibido informaciones contradictorias sobre su primo enfermizo. Durante sus primeros quince años de vida había sido poco más que una molestia, objeto de ridículo y una vergüenza para su padre, cuyos demás hijos eran fuertes y bizarros. Del propio Bernard dependía ganarse la confianza de Payen y hacerle ver la verdad. Estaba dispuesto a conseguirlo. Era necesario que lo hiciera.

En su favor, los pocos recuerdos de niñez que tenía sobre el

señor eran agradables. Aquel hombre grande y poderoso nunca le había insultado ni se había unido a las voces que le ridiculizaban, al menos no en su presencia.

El caballero desmontó en el jardín frente a la puerta frontal de la abadía y Bernard observó cómo los hermanos Miguel y Philippe salían con la cabeza inclinada para recibirle. De Payen vestía toda su armadura, brillante al sol de la mañana. Parecía que hubiera pasado toda la noche preparando el encuentro. Con aquel fulgor que le rodeaba, de Payen adoptaba un aura de luminosa pureza que dejó al sacerdote momentáneamente sin aliento.

La montura del noble era tan grande y orgullosa como el jinete. Se trataba de un caballo negro con blanco en tres de sus patas. Coceaba y resoplaba, alerta y listo para la acción. Los dos parecían una sola figura, una imagen magnífica.

Tras desmontar, de Payen empuñó a la bestia. Era todo un gigante. Se quedó de pie, mirando con ansiedad la balconada desde la que Bernard le observaba, con la mirada llena de preguntas y maravilla al mismo tiempo. El joven sacerdote permaneció oculto. La expresión del señor era de orgullo y humildad, un equilibrio perfecto de rasgos que le convertía en la elección ideal para dirigir a los caballeros de Dios.

Bernard sintió una punzada de celos cuando la figura desapareció y se dirigió hacia las escaleras interiores que conducían a la estancia en la que él se encontraba. El cabello largo y moreno del noble (recogido en una sola trenza a la espalda), sus ojos profundos y sus rasgos clásicos eran un gran contraste con el aspecto delgado y ajado de Bernard. Éste había pasado su niñez a la sombra de hermanos guerreros y activos, y de amigos que le ridiculizaban y abusaban de él a voluntad. Sabía que aquellos días habían quedado atrás y que el Señor le había dado el don de las palabras, una fuerza y un poder propios que reducían la desgracia de su físico. Sin embargo, no podía dejar de pensar en cómo hubiera sido su vida de no haber padecido sus debilidades.

Alguien llamó suavemente a la puerta y Philippe entró en la estancia delante de Payen, que tuvo que agachar la cabeza para salvar el marco de madera. Sin dudarlo, el gigante se arrodilló, desviando la mirada hacia el suelo. El corazón de Bernard se disparó desbocado. A pesar del poder y la gracia de aquel familiar, tenía su respeto.

–Levántate, primo –dijo rápidamente mientras se dirigía a él con

la mano extendida para ayudarle a ponerse en pie. El esfuerzo era tremendo, pero el sacerdote consiguió mantenerse con mano firme y mirada serena hasta que de Payen se puso en pie frente a él. Al desaparecer la presión lanzó un suspiro de alivio, agradecido por no haber dado muestras de debilidad nada más iniciarse el encuentro.

Los dos hombres pasaron un largo tiempo estudiándose antes de que Bernard hablara.

–Eres un hombre de Dios, Hugues. Eso es lo que he oído de aquellos que te sirven y de mi padre, y ahora se me ha revelado en mis plegarias. El Señor tiene un gran destino dispuesto para ti. Es un honor servir como su mensajero.

–El honor es mío, primo –respondió sincero de Payen–. He rezado largas horas en busca de un objetivo, de una señal que diera algún significado a mi vida. He esperado sirviendo como podía, pero había comenzado a temer que mis plegarias fueran en vano, que no tuviera más misión para mi Señor que aquella que ya me había sido presentada.

El guerrero dudó unos momentos como si temiera haber dicho demasiado, pero prosiguió.

»Hubiera servido como he hecho –dijo–, dirigiendo a mis pequeñas fuerzas y solucionando las disputas de aquellos que siguen mi humilde liderazgo. Me hubiera terminado casando y criando hijos para enseñarles el amor de Dios. Hubiera hecho aquello que el Señor me hubiera ordenado, pero yo rezaba para que llegara este momento.

Observó a Bernard con repentina intensidad, dando medio paso hacia delante. El sacerdote estuvo a punto de retroceder, pero logró mantenerse en el sitio.

»Sentía que mi destino tenía que ir más allá –siguió de Payen de forma rápida y furiosa. Bernard decidió callar para que el hombre expresara todos aquellos sentimientos, que evidentemente llevaban mucho tiempo esperando salir.

»He oído a los bardos hablar de la gloria de las Cruzadas, de la conquista de la ciudad santa de Jerusalén. He oído las atrocidades que acosan a los seguidores de nuestro Señor aun ahora y he esperado, y he rezado. Los hay entre los míos que me consideran loco, aunque no se atreverían a decírmelo a la cara.

–Tus plegarias han sido atendidas, Hugues de Payen, y tu visión es cierta. Serás el brazo del Señor, aunque para ello necesitarás fuerza y coraje más allá de lo que has conocido hasta ahora.

–Daría gustoso mi vida en tal servicio –respondió el noble,

arrodillándose de nuevo—. Decidme lo que debo hacer.

—Primero, primo --respondió Bernard casi divertido--, debes abandonar el hábito de arrodillarte ante mí. No soy tu señor, y desde luego no merezco la adoración de hombre alguno. Mi sabiduría procede en su mayor parte de la misma fuente que tu destino. El ángel oscuro te ha visitado, y yo también he hablado con él.

De Payen se levantó lentamente.

—El ángel oscuro. Apropiado. No he pensado en otra cosa desde que me dejara. Temí que hubiera sido enviado por el Otro... por los demonios. Temí que Satanás se hubiera burlado de mí, mandando a su sirviente para mostrarme un falso camino. Mas no. Vino a mí en mis oraciones, y en aquel momento supe que mi hora había llegado. Él me envió a ti. Si tú puedes dar el propósito que busco a mi vida, reverenciaré tu nombre y alabaré tu gloria hasta mi último aliento. Lo juro.

Bernard se quedó un tiempo en silencio, pensativo. Aquel hombre era de espíritu fuerte, casi desconcertante. Su piedad era un arma que había que utilizar, pero se necesitaba tacto y no poca sabiduría para situarle en el camino correcto. Bernard no quería que fuera una oveja que siguiera cada movimiento o cada palabra. Lo que necesitaba era un líder, un hombre que llevara la guerra hasta los caminos y derroteros de la misma Tierra Santa, una lucha para la que el sacerdote no estaba preparado. Necesitaba un hombre guiado por la confianza en su propia espiritualidad.

—Ambos hemos perdido un primo recientemente --siguió Bernard cambiando de tema—. Puede que aún no lo sepas, pero el hijo de nuestro primo, Ferdinand, dejó su hogar hará menos de tres meses para partir a Jerusalén en peregrinación. Llevaba presentes para el Rey Baldwin y ofrendas para el templo. Era algo que deseaba hacer antes de asumir su justo puesto como heredero de las tierras y el título de los de Montfort. Era el hijo mayor, pero nuestro Señor le tocó de algún modo y sintió que debía mostrar su deferencia hacia Dios antes de asumir el control de los hombres. Era un muchacho maravilloso. Nunca llegó a Jerusalén. Viajaba a pie, vestido con las ropas de los campesinos, y como único séquito tomó a unos pocos sirvientes y guerreros jóvenes y devotos. Murió en los caminos.

—¿Qué le sucedió? --exigió de Payen, estirándose repentinamente—. Conocía a Ferdinand. He cazado con su padre.

—Su grupo fue emboscado por bandidos turcos --respondió Bernard, dejando que su mirada cayera al suelo para perderse un



momento en el remordimiento—. No quería más que mostrar su amor por Dios y por la Iglesia, y así es como terminó su breve vida. Sin honor. Sin gloria. Sin protección de su hogar o del Santo Padre.

—¡Le vengaré! —dijo de Payen, que ahora caminaba furioso de un lado a otro. La fuerza animal que se ocultaba en su interior surgía poco a poco a medida que su enfado crecía—. Los buscaré y mataré como los perros que son. Les...

—Detente. —Bernard no habló en voz alta ni con una fuerza especial, pero algo en su tono paralizó al guerrero—. No harías justicia, Hugues, ni bien alguno a nuestro primo muerto. Escucha primero y actúa después. Éste es el mensaje que te doy.

De Payen quedó en silencio, pero no podía detenerse. Siguió recorriendo la estancia y la furia en su mirada no se había aplacado. Bernard dio las gracias a que aquella ira no estuviera dirigida hacia él. Se trataba de una llama más intensa de lo que el sacerdote había sentido nunca. La fe que motivaba a de Payen era un aura casi palpable. Emanaba en olas intimidatorias de sus ojos y de sus gestos, de su postura, de su mandíbula.

—Siento la misma rabia que tú por la muerte de nuestro primo —siguió Bernard obligándose a permanecer calmado—. De hecho, mi dolor es el mayor. Fueron mi consejo y mis enseñanzas los que le hicieron colocar a Dios por encima de su familia y marchar a Tierra Santa. De no haber intervenido en nombre de Jesús aún caminaría, respiraría, lucharía. No hubiera acontecido nada de esto. Las carreteras entre la Madre Iglesia y Tierra Santa deben ser abiertas. Tiene que haber un camino entre el pueblo y la tierra del Señor, pues si no, ¿cuál es el motivo de controlar dicha tierra? Hay necesidad de disciplina, de orden. Muchos de nuestros líderes tienen ejércitos, huestes de caballeros fuertes y decididos como tú. Se trata de hombres temerosos de Dios, pero flaquean cuando el coste personal o familiar supera a su propia fe. No es eso lo que necesitamos, Hugues. El Señor, tu Dios, exige obediencia total y apoyo hasta el final. ¿Estás dispuesto a concedérselos? ¿Deseas de verdad devolver con tu vida, tu brazo y tu fe el sacrificio de Su único hijo?

No había ningún motivo especial en esperar una respuesta, pero Bernard quedó en silencio.

Instintivamente, de Payen comenzó a arrodillarse una vez más, pero vio la mirada del sacerdote, dudó y se incorporó.

—Conoces mi respuesta, primo —dijo sombrío—. Serviré con toda la fuerza, la fe y la pasión que me han sido concedidas. Para esto he

vivido y he respirado toda mi vida. Para esto he rezado. Dime qué es lo que debo hacer.

–Debes marchar a Jerusalén –respondió Bernard–. Debe ser tu propia aventura, en la que yo no tenga decisión alguna. No debo planearla yo ni ningún otro, sino tú. Debes marchar a la Ciudad Santa con un séquito de devotos en los que confíes hasta la muerte y ofrecer tus servicios. Caballeros de Dios, guerreros del Santo Templo, vuestra misión será guardar las carreteras entre Roma y Jerusalén, dejando expedito el camino para todos los hombres que quieran buscar el lugar de nacimiento y la tumba vacía de su Redentor. Podrías convertirte en el cabo que salve a la Iglesia de morir ahogada.

El brillo en la mirada de Payen le indicaba a Bernard que había logrado su objetivo. Montrovant había elegido bien. La fe de aquel hombre le provocó una leve sensación de autorrecriminación. Sus creencias eran intensas... demoledoras. Estaba concentrado y era poderoso, un arma de carne, sangre y fe, guiada por el espíritu y la palabra de Dios.

–Primo –comenzó de Payen dubitativo–. Y-yo... no sé a quién más hablar de esto, pero el ángel que vino a mí en la noche... sé que debe ser un ángel, pues llegó en mis plegarias y me envió a ti. ¿Cómo es posible? ¿Cómo puedo ser digno de tal honor, de tal visita? ¿Cómo puedo estar seguro de su procedencia?

–Le volverás a ver –respondió Bernard asintiendo–. En este tiempo y lugar es conocido como "Montrovant". Confía en él y en todo lo que te diga. Le debemos... le debo mucho. Es una fuerza del Señor tan seguro como que lo soy yo, y no te hará desviarte del recto camino. Nunca dejes que tus ojos o tus oídos interfieran con lo que te he dicho. No es como tú o como yo. Sus métodos no parecen siempre los de Dios, pero no debes dejarte engañar por ello. Ha sido enviado para mostrarnos la senda de la justicia y para enseñarnos a usar nuestros corazones, no nuestros oídos o nuestros miedos supersticiosos. Su mensaje es que debemos concentrarnos en nuestra fe. Creo que te bendecirá cuando completes tu viaje hacia Jerusalén.

–Sería un gran honor –respondió de Payen.

*Tan dramático, pensó Bernard. Tan lleno de energía y pasión.*

–Reúne a tus hombres, Hugues de Payen, y elígelos bien. Debes partir lo antes posible, llevando contigo nada más que tu armadura, tus armas y tu fe. Que tu hueste sea pequeña, pero devota y justa. Sin duda, habrá ocasiones en las que deberás confiar tu vida y tu misión a todos y cada uno de ellos. Cuando llegues deberás convencer al Rey

de Jerusalén para que bendiga tus acciones. Será un comienzo. El nuestro no es un Dios pasivo. No se quedará de brazos cruzados y permitirá a los animales turcos arrasar nuestro mundo. Tú formarás la muralla que lo impida: tú, tu fe y tus seguidores. Es una misión bendita, una labor sagrada, pero siento en mi corazón que eres el hombre adecuado para llevarla a cabo.

–Comprendo –respondió de Payen–. No os abandonaré a nuestro Dios ni a ti, primo. Te agradezco la sabiduría que compartes conmigo, la visión que se convertirá en mi vida. Una cosa...

–¿Sí? –aguardó Bernard.

–Deseo tomar votos –afirmó el guerrero–, y deseo lo mismo para cada uno de los caballeros que escoja para cabalgar a mi lado. Tomaremos votos como tú has hecho y entregaremos tierras, títulos y avaricia en este servicio. Sin este compromiso creo difícil mantener su lealtad, aun con Dios y un ángel a mi lado.

Bernard estuvo a punto de protestar. Parecía absurdo: caballeros refrenados por la disciplina y los límites de los votos sagrados. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello más sentido le encontraba. Asintió lentamente.

–Así se hará –aceptó–. Eres un hombre sabio, Hugues. Montrovant ha elegido bien. Sin una chimenea o un hogar no hay necesidad de riquezas personales. Si se aparta la lujuria no habrá necesidad de violaciones y pillajes. Un ejército de Dios debería ser un modelo de justicia.

De Payen asintió. No quedaba nada más que decir. Abandonó la estancia y descendió por los pasadizos y escaleras de piedra hasta la entrada de la abadía. Bernard no le siguió, ni hizo movimiento alguno para que los hermanos lo hicieran. De Payen encontraría su propio camino, y él tenía muchas cosas en las que pensar... muchos planes que trazar. Se trataba de un día monumental, una jornada que quedaría marcada en los anales de la historia. Requeriría de plegarias y una mente clara, especialmente porque Montrovant iba a reunirse con él aquella noche.

Observó la figura de de Payen hasta que se perdió tras la línea de árboles que delimitaban los jardines principales, cayendo después de rodillas para regresar a sus oraciones. El hambre le castigaba el estómago pero ignoraba el dolor, dejando que sus visiones le transportaran muy lejos.

–Está bien –dijo al fin Montrovant tras escuchar atentamente el relato de Bernard sobre su reunión con de Payen–. Como habíamos esperado. Es un hombre apasionado y de voluntad férrea. Será el cimiento perfecto para nuestros planes, además de un líder que los demás respetarán.

–Tus planes, querrás decir –respondió suavemente Bernard–. Yo he tenido poco que ver en todo esto, salvo pasar las palabras de uno a otro. Me siento casi deshonesto, pues seré visto como aquel que está detrás de todo.

–Sabes que no es así, amigo mío –respondió Montrovant con una sonrisa pausada–. Eres grande entre los hombres de Dios. Bernard. Llegará el día en el que las mismas fuerzas de Roma estarán a tu servicio. La Fe conduce a la fuerza, y muy pocos pueden resistirse a ti en ese aspecto. Es tu destino. El mío se encamina en otra dirección. Seguiré a de Payen y vigilaré su viaje hasta Tierra Santa. Los dos regresaremos.

–Esperaré ansioso ese día –suspiró el sacerdote.

Montrovant mantuvo la mirada del hombre, obligándole a no apartarla hasta que el silencio se llenó de tensión y lo liberó.

–Igual que yo –dijo suavemente–. Ahora debo marchar. Es un largo viaje y dudo que tu primo pierda el tiempo en preparativos. Cabalgaré mañana por la noche para unirme a él, aunque al principio no revelaré mi presencia. Necesitará tiempo para establecer su autoridad y no estoy dispuesto a socavar sus esfuerzos. Oirás de mí. Escribiré y enviaré mensajeros. No serás dejado al margen de nada de lo que acontezca.

Bernard estaba hinchado por el orgullo. Sabía que aquella sensación era pecaminosa, pero ya habría tiempo para azotar su carne como expiación cuando Montrovant se hubiera marchado. Al mismo tiempo, los celos que había sentido breves momentos antes le avergonzaron. Podía tener sus dudas sobre Montrovant, pero una vez más parecía que todas sus sospechas eran infundadas. No veía maldad, no veía oscuridad en lo que iban a acometer. Esperaba que no se tratara de falta de visión por su parte.

–Ve con Dios –dijo.

–Gracias –sonrió Montrovant. Había tanto tras aquella expresión, tantas cosas sin decir que Bernard creyó en aquel momento que ese hombre era capaz de todo, y eso le dejó sin aliento. Girándose, Montrovant desapareció en las sombras tras la puerta del sacerdote

tan rápidamente que pareció esfumarse en, el aire.

Bernard se volvió hacia la ventana y observó las vastas tinieblas y el brillo de las estrellas lejanas.

–Hágase tu voluntad –susurró arrodillándose una vez más–.  
Hágase tu voluntad...

## 5

El grupo que atravesó las puertas de Jerusalén no era especialmente impresionante. Sus miembros avanzaban cabalgando muy juntos, observando las calles y las gentes a su paso con ojos salvajes y precavidos. El polvo cubría sus largas trenzas y sus ropas eran sencillas, desprovistas de color y sujetas con cinturones. A su cabeza marchaba un gigante que lo observaba todo con algo que hubiera sido considerado fascinación en alguien menor. Cabalgaba con la cabeza alta, y la fuerza de su enorme cuerpo se hacía evidente en cada movimiento.

Lo único que les diferenciaba de los peregrinos depauperados que llegaban a la ciudad prácticamente a diario eran sus caballos y sus armas. De las sillas y cinturones colgaban espadas, hachas y puñales largos y afilados. A sus costados cargaban con escudos, y una inspección más detenida revelaba que muchas de las alforjas de las bestias de carga transportaban armaduras. A pesar de su aspecto misterioso, nadie les hizo preguntas ni molestó su avance.

El líder giró sin titubeos por la calle central y se dirigió directamente hacia el palacio del Rey Baldwin, haciendo que a su paso las mujeres, niños y mercaderes se apartaran en todas direcciones. Las preguntas surgían a su estela a medida que el bullicio de la ciudad se cerraba tras ellos. En los umbrales de las tiendas y en las oscuras callejuelas se susurraba todo tipo de comentarios. No había nada especial en la llegada del pequeño grupo, pero su lento desfile hacia el palacio era de lo más significativo. Aunque su aspecto era el de mendigos cabalgaban como caballeros, y la llegada de éstos a la ciudad siempre era motivo de comentario y agradecimiento... especialmente si estaban dispuestos a ofrecer sus servicios al rey.

Se acercaron a las puertas menores de la muralla que rodeaba el palacio. No era la entrada que usaría un noble de visita, sino la que empleaban las patrullas y los guardias para abandonar el complejo. El

líder desmontó y dirigió a su caballo hacia las puertas, donde se detuvo para saludar a los guardias.

Tras una breve conversación que levantó todo tipo de especulaciones en las lenguas y oídos de los ciudadanos de Jerusalén, el pequeño grupo fue admitido de inmediato, cerrándose las puertas tras él.

Algunos de los que habían visto la llegada se acercaron a la muralla, haciendo preguntas y tratando de ver en persona la corte del palacio. Sin embargo, lo único que recibieron de los soldados fueron encogimientos de hombros e indiferencia. No se veía señal de los recién llegados.

\* \* \*

Baldwin admitió a los nueve casi de inmediato. Hacía meses que no recibía noticias de Francia, y podía ser que aquellos hombres trajeran información importante. Las circunstancias de su llegada eran extrañas y la descripción que le habían hecho los soldados levantaba todo tipo de preguntas, pero si había noticias no podían esperar ni un instante. El rey ya tenía suficientes preocupaciones como para ocupar diez reinos, y la mejor esperanza de liberación de tantos problemas era el apoyo de la Iglesia y de los distintos reinos de Europa. Esperaba que aquella fuera la señal de que se le había concedido la ayuda solicitada.

La ciudad estaba rodeada por los turcos y los egipcios, y en los frentes que sus hombres sostenían la disensión y la traición se cobraban su precio. Lo que había comenzado como una guerra santa para liberar la más sagrada de las ciudades había degenerado rápidamente en una lucha feudal de puñaladas políticas. Aquel trono había sido un honor deseable hasta que comprendió sus ramificaciones.

El rey se sintió ligeramente decepcionado cuando de Payen entró enérgicamente en la estancia y se arrodilló a sus pies, con su cabello y su barba salvaje llegando prácticamente hasta el suelo. Aquel hombre tenía aspecto de haber estado varios días sin agua y sin comida, y su mirada era tan salvaje como la melena oscura que se derramaba sobre sus hombros.

—Levantaos, señor —le pidió Baldwin—, y contadme el motivo de vuestra llegada.

—Soy un pobre caballero, mi señor —comenzó de Payen. Mientras

hablaba, los demás que se habían unido a él en su cruzada se pusieron a su espalda, arrodillados como había hecho su líder y con la cabeza inclinada—. Todos nosotros lo somos. Hemos hecho votos de pobreza, fe y castidad, y hemos venido para ofrecer nuestros servicios al Señor.

Aquello no era precisamente lo que Baldwin hubiera esperado de un caballero de visita, así que optó por responder con su silencio. Decidió que sería mejor dejar que aquel hombre extraño y grave le contara su historia.

—El camino que hemos recorrido para llegar hasta vos no ha sido fácil, mi señor. Hemos combatido larga y duramente y hemos traído a un pequeño grupo de peregrinos hasta la ciudad de nuestro Redentor. El Turco que los quería capturar para venderlos como esclavos ha sido enviado con su dios oscuro, y aquellos a los que protegimos con nuestro acero están a salvo tras las murallas de la ciudad. Mas no es suficiente.

De Payen se puso en pie al fin y buscó la mirada de Baldwin.

—Hemos venido para dedicar nuestros días a lograr la seguridad de esa carretera. Hemos formado una alianza, un vínculo que no puede ser roto por espada de este reino, ni ser disuelta por nadie que haya realizado el juramento. Haremos de la carretera de Jerusalén un lugar seguro para nuestros hermanos.

Baldwin, pensando a toda velocidad, se levantó y se acercó a de Payen. Los escalones que conducían a su trono le daban una ventaja sobre el gigante, a pesar de su altura. De algún modo sabía que aquel instante era importante para el futuro, por lo que trató de reunir toda la pompa y la arrogancia real que pudo conseguir para asegurar el control del momento. No era sencillo, enfrentado a alguien como aquel hombre.

—Acepto vuestro servicio --dijo señalando el suelo--, en el nombre de nuestro Señor.

De Payen se arrodilló inmediatamente, agachando la cabeza. En un gesto tan impulsivo como poco característico, Baldwin desenvainó la espada que colgaba a su costado y la reposó sobre el hombro polvoriento del caballero.

—Acepto vuestro servicio, Hugues de Payen, y el de aquellos que sirven a vuestras órdenes.

El caballero se levantó inmediatamente, estrechando la mano del rey entre las suyas y volviendo a encontrar su mirada.

—Gracias --dijo simplemente—. No os defraudaremos.

Aquel fue el comienzo.

\* \* \*

Baldwin II no solía beber demasiado, pero la noche posterior a la inesperada oferta de Hugues de Payen hizo una excepción. Sus sirvientes le habían llevado hasta sus aposentos una gran jarra de vino mientras él se tumbaba en un largo sofá con una copa en la mano, pensando en las implicaciones de lo que acababa de suceder. Sintió la necesidad de ordenar el asunto en su cabeza antes de consultar con sus consejeros, o de enviar noticias a Roma.

Los caballeros eran un lujo valioso a cualquier precio, pero aquel era un concepto totalmente singular. Nueve caballeros sin más coste que su comida, sus ropas y un establo para sus caballos. No buscaban ni tierras ni títulos. Aquel era un don de la fortuna sin precedentes. Al mismo tiempo, también era un don extraño. A Baldwin no se le había regalado nunca nada, y no tenía costumbre de aceptar las cosas sin cuestionárselas. Si había algún truco en aquella oferta, algo que de Payen quisiera obtener y que se mantenía oculto, debía descubrirlo y encontrar un modo de emplearlo en su propio beneficio.

Los hombres de Payen eran sombríos, y habían declinado toda oferta de hospitalidad más allá del reposo y el sustento de una noche. Parecían ansiosos por apartarse y diferenciarse, así que Baldwin debía hacer todo lo posible por conseguirlo. Pensó por un momento en acudir al Patriarca y dejar que la influencia de la Iglesia le ayudara en su decisión, pero al final rechazó la idea. Un acto así sería la admisión de que no era totalmente capaz de encargarse solo del asunto, y no tenía fe en la devoción de los mensajeros de Roma tan lejos del Papa. Además, creía que sería un error consultar con sus consejeros militares.

Daimbert, el Patriarca, ya había tratado de aliarse en el pasado con los enemigos de Jerusalén, preparando un golpe que hubiera situado a otro en el palacio. Baldwin había tolerado que permaneciera en su posición como líder espiritual de la ciudad y no le denunció ni humilló públicamente, pero no creía que Daimbert tuviera en mente a Dios en muchos de sus asuntos.

Si este nuevo grupo crecía y prosperaba, llegaría sin duda alguna a retar la autoridad de sus propios ejércitos. Se veía en su mirada. Baldwin no percibía en de Payen compromiso ni debilidad algunos. Era un hombre imponente que solo parecía contenido por su propia fe.



Si ese era el caso, el rey tenía que encontrar un modo de controlar la amenaza que representaba. Quizá pudiera llegar a usar a los recién llegados como un ejemplo para sus propios soldados. Ya estaba familiarizado con hombres gobernados por sus deseos y avaricias, a los que se podía pagar, sobornar o forzar de algún otro modo. Los hombres que realmente vivían por la fe podían ser peligrosos de muchas maneras... sobre todo si aquella fe se cruzaba permanentemente con los propios deseos de Baldwin.

Las horas avanzaron y el cielo se oscureció, pero solo las estrellas respondían a las respuestas del rey. El vino de la jarra se agotaba de forma lenta pero continuada, y sus pensamientos comenzaron a vagar. Fue justo cuando sus párpados eran tan pesados que apenas podía abrirlos para buscar su bebida cuando el primer aliento de... algo... cruzó por su mente, haciéndole caer hacia atrás y olvidar el vino. La copa rodó por el suelo.

Un momento de lucidez se abrió camino lentamente a través del cansancio y la nube del alcohol. Se formaron imágenes y descubrió que podía unirlos fácilmente. Eran tan evidentes... La mezquita. La mezquita de al Aqsa. Estaba construida sobre los mismos cimientos del templo de Salomón, un suelo antiguo y consagrado, aunque no hubiera llegado a hacer un uso completo de aquel magnífico edificio.

En realidad, dudaba en utilizarlo para nada realmente importante. Era algo que los musulmanes habían dejado atrás, un recordatorio de que Jerusalén no siempre había estado en poder de la Iglesia. Ahora tenía la ocasión de hacer una especie de declaración, de albergar al propio ejército de Dios dentro de los muros erigidos por el enemigo. Tendría que consultar a Daimbert, o al menos hacer el gesto públicamente, pero ya había tomado su decisión. Le inundó una visión de cien caballeros de armadura blanca saliendo al galope de la mezquita, y la magnificencia de la imagen casi le hizo llorar. Entonces regresaron la realidad y el recuerdo de nueve guerreros desastrados de rostro adusto, así que comenzó a apartar las visiones para elaborar un plan.

Habría problemas con el Patriarca, pero casi esperaba ansioso el enfrentamiento. Había visto a los delgados y pálidos hermanos que recorrían las salas del templo y sabía que se trataba de guardias que custodiaban algo que se encontraba en las cámaras interiores, guardias que él no había apostado allí, supuestamente a las órdenes del Santo Padre en Roma. Siempre le había molestado que en la ciudad sucedieran cosas sobre las que no tenía apenas conocimiento

o control. Alojar a los caballeros en la mezquita le daría un motivo para lograr ese control, y de ese modo también podría conseguir algunas respuestas que llevaba mucho tiempo esperando. Sería la excusa perfecta para investigar los tesoros que se guardaban en Jerusalén.

Baldwin estaba dispuesto a enfrentarse a la ira de la Iglesia, ya que asumía que el Patriarca no actuaba con el total beneplácito de Roma. Su propio primo, Baldwin I, había logrado pruebas suficientes de ello en su trato con Daimbert, antiguo obispo de Pisa. Lo que era mejor para el reino era lo mejor para el rey, y ese era el modo en el que tenía que enfocar aquel asunto. Lo que era mejor para la Iglesia tendría que esperar, al menos de momento.

Comenzó de nuevo a adormecerse y las imágenes desaparecieron lentamente de su cabeza, aunque continuaron en sus sueños. La mezquita de al Aqsa sería perfecta, el comienzo de la grandeza de aquellos nueve caballeros mendigos. Caballeros del templo de Salomón. Baldwin sonrió mientras la oscuridad lo envolvía. Los caballeros mendigos del templo de Salomón. Era un nombre cargado de poder.

\* \* \*

Tras la ventana del rey, Montrovant se arriesgó a echar un vistazo para comprobar que éste, ya inconsciente, se encontraba tumbado sobre un sofá. En aquel momento el monarca no podía tener un aspecto menos impresionante, y el vampiro le observó con desprecio.

*Tan fácil. Tan débil.* Sintió la tentación de entrar por la ventana y catar la sangre real, pero ignoró la idea y saltó hacia la noche. Eso no sería de ninguna ayuda para su plan, por muy satisfactorio que resultara. Necesitaba marcharse antes de que alguien le viera, y tenía necesidades propias de las que ocuparse, necesidades que tenían poco que ver con el grial o con el monarca, pero que habían saltado a su mente al sentir el pulso cálido de la sangre de Baldwin.

Montrovant ya había recorrido muchas veces aquellas calles con anterioridad, y siempre se sorprendía ante la enormidad de los recuerdos que le consumían, los relatos y las voces del pasado que se filtraban por las grietas de las piedras y que susurraban entre las hojas de los olivos. Sabía que allí habría otros que también recordarían, pero no creía sabio llamar su atención.

Tendría que haber presentado sus respetos a los hermanos del clan, pero aceptó las advertencias de Claudius; los miembros de las

demás casas no sentirían mucho amor por él. Estaba solo, más de lo que había estado nunca en el pasado, y el peso de la humanidad le lastraba por todas partes. Tendría que hallar su propio camino, hacer su propia suerte y confiar totalmente en sí mismo. Incluso Bernard, al que podía encomendarse hasta cierto punto, estaba muy lejos. De Payen todavía no había sido puesto a prueba, a pesar de la enormidad de su fe. Montrovant no estaba seguro de si él mismo podría vencer aquella devoción en caso de ser necesario.

Sin embargo, había otros, tanto clérigos como nobles, que podían demostrar su utilidad. Puede que tuviera que presentarse en su sociedad, y antes de que eso sucediera necesitaba encontrar un lugar que le proporcionara cobijo hasta que sus planes dieran fruto. Aquí no disponía de la abadía de Bernard. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo que dar diariamente con un lugar seguro, pero los viejos instintos no le fallaron y le hicieron buscar un escondrijo que le protegiera tanto de los humanos como del sol.

Los callejones oscuros le atraían, por lo que abandonó confiado las calles principales. Allí había lugares en los que era posible ocultar secretos durante miles de años. Entre ellos, en alguna parte, sería fácil añadir una reliquia más. Sonrió ante el humor de aquella expresión. Puede que él no fuera tan viejo como el grial o como Euginio, pero probablemente sí pudiera ser considerado una reliquia.

Desde la ocupación cristiana de la ciudad habían pasado muchas cosas. Donde antes había habido arboledas y pozos, mercados abiertos, ahora había viviendas y comercios. Los musulmanes habían dejado su huella y su mano era evidente en muchos de los edificios recientes. Jerusalén siempre había sido una ciudad de líneas rectas y estructuras sencillas, con la excepción de los templos. Ahora aparecían minaretes entre los edificios hebreos, más pequeños y recios. La ciudad tenía un sabor más rico, más metropolitano.

Gran parte del poder de aquel lugar se había disipado con aquellos cambios. La simplicidad que una vez le había caracterizado era la que le proporcionaba pureza. Aún se trataba de la ciudad más sagrada de los seguidores de Cristo, pero ahora vestía nuevos ropajes. Había más mercaderes, más motivos para permanecer allí cuando la visitabas para comprar algo en el mercado. Algunos artículos que hubiera tenido que conseguir en el exterior o viajando llegaban ahora a las calles. Algunos lugares que había frecuentado en el pasado habían cerrado, cambiado o simplemente desaparecido. Lo único que permanecía incólume era la atmósfera de intocable

antigüedad. Sabía que por aquellas calles habían transitado profetas y reyes, soldados romanos y hordas musulmanas. Sus espíritus gritaban desde las piedras, algunos clamando venganza y otros liberación. La historia podía repetirse, pero nunca borrarse.

Se acercó hacia la pequeña plaza ocultándose furtivo entre las sombras. De su aspecto solo destacaba su altura, pero era un hombre de rasgos curiosos que solían ser fáciles de recordar. Además, sabía que el aura de poder que le seguía llamaría la atención. Aún no estaba preparado para anunciar su presencia, para lo que habría tiempo suficiente cuando de Payen estuviera firmemente atrincherado. No quería ni atención ni distracciones.

Descubrió que sus pies le habían conducido hasta la parte trasera de la mezquita que planeaba conquistar. Las espiras y los muros de piedra contrastaban con los edificios circundantes. Se trataba de un inmenso monumento a la fuerza de la fe musulmana, incluso en su derrota. Llegó hasta el edificio y pasó la mano por la piedra, observando cada ángulo, cada puerta y cada balcón, las torres y los modos de defensa y de escape.

Debía conocerlo todo antes de iniciar su plan. Sabía que no era el único allí con poder, ni con un objetivo. Había otros, dentro de aquellos mismos muros, que no rendirían fácilmente su posición. Al hablar con Claudius los había llamado guardianes, y en todos los aspectos eso eran. Sin embargo, algo le carcomía. Se preguntaba si estarían allí realmente por un profundo deseo de proteger las reliquias sagradas o si existían motivos ocultos sobre los que él no sabía nada. La Iglesia no era el único poder de la tierra interesado en los secretos antiguos.

Tantas respuestas y tan poco tiempo... Recorrió todo el perímetro, observando cuidadosamente a cualquiera que pudiera encontrarse en la calle a aquellas horas. Frente a él había un portal, enorme y poderoso, tallado en madera y reforzado con barras de hierro y bronce. Sintió que estaba cerrado y atrancado desde el interior, pero permaneció allí un largo tiempo. Pensó en entrar por la fuerza y explorar un poco por su cuenta. No había duda de que otros habían entrado en lugares sagrados. Nadie repararía en uno más si no se llevaba nada y escapaba antes de ser detectado.

Había puesto la mano sobre el marco de madera cuando la presencia de otro, la misma que había sentido en el bosque cercano a la abadía de Bernard, cayó sobre su espalda como una sombra gélida. Giró con agilidad felina y escudriñó la oscuridad, aunque no alcanzó a ver a nadie.

–¿Quién hay ahí? –dijo.

Las sombras se movieron alejándose y decidió seguirlas. Pudo vislumbrar una mancha más oscura que la noche entrar en una de las estrechas callejuelas de la ciudad y no dudó en ir tras ella, ignorando las voces en su cabeza que le exigían que huyera, que dejara en paz a aquella presencia. Se deshizo de aquel miedo extraño que le carcomía y se concentró en seguir al misterioso visitante sin quedarse atrás. Sorprendentemente, necesitó de toda su concentración para conseguirlo. El intruso era increíblemente rápido.

Solo tras unos breves instantes resultó evidente que le estaban dirigiendo. Si aquella presencia no deseaba ser seguida hubiera desaparecido tan fácil y completamente como había llegado. A Montrovant le ponía nervioso que jugaran con él, por muy poderoso o peligroso que fuera el enemigo. Aunque la cordura le indicaba que se volviera y que escapara, su orgullo no le permitía otra cosa que el enfrentamiento, si ello era posible. Si todo terminaba allí, lo haría de pie y con el control de sus sentidos.

Estaban pasando junto al Templo del Santo Sepulcro y Montrovant percibió más presencias en las calles, a pesar de lo avanzado de la noche. La mayoría no eran más que viejos o penitentes que rezaban y meditaban. El suave fulgor de las velas se filtraba por las grietas de los muros y las ventanas descubiertas. Montrovant los ignoró. Sintió a su izquierda acercarse una patrulla de soldados de Baldwin, y sin pensárselo dos veces saltó hacia el tejado bajo de un edificio a su derecha, prosiguiendo la marcha agazapado contra la piedra.

Delante, la presencia mantenía un ritmo constante hacia las afueras de la ciudad y la colina llamada Golgotha. Otro lugar que Montrovant conocía muy bien. Más recuerdos. Aún quedaban muchas horas para el amanecer, pero todavía no había encontrado un refugio seguro para el día. Cuando la presencia entró en el desierto, el vampiro dudó.

–¿Quién eres? –susurró a la oscuridad. Continuó con un gruñido, dejando atrás las luces y el latido de la ciudad.

No hubo respuesta, pero el otro se había detenido. Podía percibirlo más sólido que nunca, aguardando en las tinieblas. A medida que se acercaba detuvo su paso, escudriñando las sombras.

No fue necesario concentrarse demasiado. A medida que se acercaba a Golgotha vio una figura solitaria sobre la colina. El Patriarca había ordenado que se erigieran tres cruces en lo alto,

monumentos a la crucifixión que recordarían a todos lo que había sucedido. Estaban alzadas en todo momento y las mantenían los miembros de la guardia personal de Daimbert. La figura sobre la colina parecía un fragmento de piedra negra. Le esperaba al pie de la cruz central.

Montrovant se aproximó precavido, atento a cualquier señal de trampa. Sabía que no era posible sorprender a alguien así, pero de algún modo el momento parecía exigir respeto, concentración. Subió hasta lo alto y se detuvo muy cerca de la cruz.

El hombre que allí se encontraba mirando a lo alto tenía el cabello largo y blanco, y una nariz ganchuda. Sus ojos estaban cerrados y tenía las manos unidas frente a él, como si estuviera rezando. No hizo señal alguna de advertir la presencia de Montrovant, aunque en el aire era innegable un aura de energía y expectación. El vampiro decidió guardar silencio, esperando que fuera un antiguo el que hablara.

–Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí –dijo el hombre por fin–. No es un recuerdo que atesore, esa última visita. Fue un momento del destino... de cambio, para mí. Sabes de cambios, ¿no Salomón?

Montrovant se sobresaltó de nuevo al oír su nombre verdadero. Era la segunda vez en muy poco tiempo que lo pronunciaba alguien más poderoso, lo que puso sus nervios a flor de piel. Más control, más poder del que quisiera que nadie poseyera, y mucho menos alguien tan antiguo. Eugenio le había conocido desde el momento de su abrazo, pero, ¿y aquel hombre? De nuevo, decidió guardar silencio. Era mejor saber a qué se enfrentaba.

El hombre se volvió y Montrovant quedó aturdido por el pesar, por la profundidad del dolor y el sufrimiento que se derramaba de aquellos profundos ojos huecos. Vio que su interlocutor vestía las sencillas túnicas de los penitentes y advirtió la luminiscencia de su piel, un tono perlado como la luz de la luna que recorría sus brazos y que marcaba cada una de las líneas de su rostro.

–Crees que una copa puede hacerte más poderoso –dijo el hombre con la sombra de una sonrisa en la comisura de la boca–. Crees, como la Madre Iglesia, que en las cosas antiguas reside la fuerza, que el poder de un hombre o de un dios puede transferirse a algo tan simple como una cruz, o un grial... Es extraño dedicar la existencia a una búsqueda así, Salomón... muy raro.

–¿Sabes del Grial? –Las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera detenerlas, y casi se maldijo en voz alta por su falta de

control.

La sonrisa del otro se amplió.

–Conozco cosas sobre el grial que ni siquiera soñarías, Salomón. Sé cosas que solo eran leyendas cuando tu amigo Eugenio, Thomas, caminaba por tierras habitadas por hombres que ya no son más que cenizas. Sé de las reliquias, las he tenido en mis manos y las he vuelto a tener cuando ya eran leyendas. Sé lo suficiente como para saber que no sé nada, y aún así tú buscas el Grial.

Montrovant se controló. Parte de él quería lanzarse contra aquella aparición arrogante y sonriente, arrancarle aquella mueca de su cara y gritar su triunfo al aire de la noche. La otra, su parte racional, quería girarse y escapar, huir volando y buscar las sombras para poner toda la distancia posible con aquella maldita colina. No hizo ninguna de las dos cosas, sino que respondió.

–Para ser alguien con tantas respuestas tienes el aspecto de un espíritu condenado por la pesadumbre. ¿Por qué debería escuchar a alguien como tú? Admites la derrota más rápidamente de lo que explicas tus actos.

Otra sonrisa, ésta vez menos arrogante.

–Eres un crédito para tu sire –susurró el antiguo. Montrovant vio que su figura se hacía menos sustancial, como si sus palabras flotaran en la brisa nocturna–. Debes encontrar un lugar para reposar y yo tengo que pensar. Hay cosas que necesitas saber si quieres completar tu búsqueda, Salomón. Puedo ayudarte si consigues confiar en mí. Hablaremos de nuevo.

–Espera –gritó Montrovant–. ¿Quién eres?

El otro se limitó a sonreír. Su forma tembló una última vez y se dispersó en la bruma, dejando al vampiro solo bajo la luna con las cruces como única compañía. Observó un largo tiempo al espacio vacío entre ellas, tratando de encontrar una razón para la locura que acababa de presenciar.

Su mente no dejaba de trabajar. Se dio la vuelta y descendió por la ladera de la colina, volando veloz sobre la arena hacia la ciudad. A su derecha sintió el súbito destello de la presencia del otro, pero desapareció inmediatamente. Desvió su camino siguiendo esa sensación, de nuevo actuando contra su buen juicio. No había motivo alguno para que la presencia se presentara a él una vez más si no era para dirigirle hacia algún lugar concreto.

Se encontró en un antiguo cementerio. Había lápidas y monumentos, pequeñas cuevas talladas en la ladera de la montaña.

Se movió entre los nichos de los muertos y llegó hasta una tumba cuya losa se encontraba desplazada, revelando lo que en su día había sido el mausoleo de un importante noble.

El exterior de la tumba había sido azotado por los elementos, pero las tallas e inscripciones denotaban su riqueza.

Montrovant entró y se sorprendió al encontrarla vacía. Se trataba de una cámara con una losa de piedra a modo de cama y la puerta que había sido dejada abierta. Para él no era problema alguno desplazar la piedra y sellarse de la luz del sol. Se preguntó si la tumba había sido saqueada, y qué habría llevado a los ladrones a quedarse también con el cadáver.

—Ahí estarás seguro.

Las palabras flotaron en la brisa volviendo a sorprenderle. Gruñó frustrado al volver a sentir la presencia y perderla en la vastedad de la noche.

No importaba si confiaba o no en aquel torturador. El amanecer se acercaba y le costaría encontrar un lugar de reposo más adecuado, especialmente en las pocas horas que quedaban. Se dirigió hacia la puerta de la cripta y arrastró la piedra hacia la entrada. Descubrió que alguien había tallado asideros en la losa que permitían a un hombre (a uno de gran fuerza) moverla desde el interior, sellando la luz.

Más en lo que pensar. Era evidente que aquel lugar ya había sido empleado como refugio. Las preguntas llegaban una detrás de otra. ¿Quién era aquella antigua presencia, y por qué hacía todo aquello por ayudarlo? ¿Cómo conocía el nombre de Salomón, y qué significaba eso? ¿Cuántos otros habían dormido allí? ¿Aparecerían? Si era así, ¿le ayudarían o tratarían de hacerle daño?

El sol ya se estaba alzando en el horizonte y Montrovant comprendió que las respuestas tendrían que esperar a la noche. Sin más pensamientos se reclinó sobre la losa y cerró los ojos. Si era traicionado, su fin sería rápido y definitivo. Si no era así, las tinieblas le traerían respuestas. Siempre lo hacían.

## \_\_\_\_\_ 6 \_\_\_\_\_

Hacía mucho que la mezquita de al Aqsa no veía tanta actividad. De algún modo, a pesar de su tamaño y de su situación céntrica, siempre había sido ignorada por la comunidad cristiana, posiblemente



por sus líneas musulmanas y sus oscuros recuerdos.

El palacio y el templo principal de la ciudad, donde Daimbert celebraba misa, eran los centros de actividad y devoción. Los peregrinos iban y venían por ambos sin descanso. La mezquita, por otra parte, era un oscuro recordatorio de días que era mejor olvidar. Aunque Jerusalén estaba en manos de Baldwin y de la Iglesia, la amenaza musulmana nunca andaba lejos de las mentes de sus ciudadanos. Los reinos habían cambiado de manos tan a menudo a lo largo de la última década que nada era permanente. A pesar de la fuerza de su visión y de la fe, el miedo era un modo de vida en Tierra Santa.

Para Payen y sus hombres esa situación era perfecta. No tendrían que pelear por el espacio, ya que nadie quería aquel lugar. Lo único que quedaba después de recibir la bendición de Baldwin era limpiar la suciedad que habían dejado los últimos ocupantes. Una vez terminada esta labor, comenzarían a crear lo que debía convertirse en su cuartel general en Tierra Santa. La mezquita no sería un lugar popular, pero era grande y estaba bien construida.

De Payen era estricto en sus órdenes. Ninguno de sus guerreros tendría aposentos grandes, y en los cuartos no habría más que un catre, una mesa, una sola silla y una ventana. Sus ideas sobre las posesiones materiales eran el núcleo de su credo. Si no había posibilidad de lograr riquezas, nadie las buscaría.

Dada la austera construcción del lugar no tuvo muchos problemas para lograr sus fines. La zona que en su día había servido como cuartos de los sirvientes rodeaba dos de las salas principales. Allí había espacio de sobra para los nueve, y para todos los demás que se unieran a su servicio. La expansión sería difícil en los años venideros, pero de momento aquellos cuartos bastarían.

En el nivel inferior había una capilla construida por alguien que ocupó el lugar antes que ellos, y aunque no disponía de grandes altares o magníficos tapices proporcionaba un vínculo con Dios que de Payen consideraba crucial.

Se realizaban servicios por la mañana y por la noche y se desarrolló un estricto régimen de estudio de las Escrituras. El líder demostró ser rápido en la disciplina y en el castigo, exigiendo a sus hombres tanto como se exigía a sí mismo. Formarían el núcleo de su ejército, y debía confiar en ellos. No quería que nada se interpusiera entre sus hombres y su fe.

Las distracciones abundaban, incluso en la Ciudad Santa, y había

que eliminarlas tanto de sus vidas como de sus mentes. Eran un grupo pequeño que se enfrentaba a una tarea imposible, y morirían en el intento si no se concentraban totalmente en su misión.

De Payen administró todos los preparativos con una perspicacia asombrosa. Tenían una armería y un pequeño patio dentro de la mezquita donde podían practicar con sus armas y sus caballos. También disponían de una sala donde se reunían para las frugales comidas que Hugues permitía, y habían reservado una cámara segura en la que guardar su tesoro. Baldwin no carecía de su lado generoso, y los caballeros guardaban cada presente con la vista puesta en aumentar su valor. Un ejército no podía contar solo con la ayuda de los reyes, por lo que había que desarrollar un método propio de ingresos y suministros. Se trataba de un medio para el fin que perseguían, la creación de un ejército santo, autosuficiente y dedicado únicamente al Señor.

Desde luego, eran devotos. Todos habían seguido a de Payen por propia voluntad, y el único vínculo que los unía era su fe. Todos creían que la vida era algo más que mujeres, luchas y muertes. Buscaban algo con lo que llenar su vacío interior. Para unos se trataba de un amor perdido, para otros las nulas esperanzas del cuarto hijo de un duque. Todos ellos habían encontrado algo en de Payen, en sus palabras y en sus actos, que había tocado una fibra en su interior.

También eran hombres reservados. Compartían sus vidas y su fe, pero guardaban silencio: Aunque todos habían nacido de un modo u otro para liderar, se inclinaban ante las órdenes y las instrucciones de su líder. De Payen causaba ese efecto en los hombres.

Fue en la pequeña capilla donde el noble conoció al Padre Santos y descubrió que él y sus caballeros no estaban solos en la mezquita. Había acudido al lugar para realizar sus oraciones matinales y se había arrodillado en el suelo frío ante el altar, santiguándose como hacía sin falta por la mañana, al mediodía y por la noche. Su mente estaba ocupada pensando en las actividades diarias y en los planes venideros, pero trataba de contener aquellas imágenes.

Aquel era momento para la adoración, para las plegarias del perdón y de la fuerza. Nunca rezaba por él mismo, ni por asuntos mundanos de lo que pudiera encargarse personalmente. Dios no necesitaba cargar con las responsabilidades de Hugues.

Rezaba por todos los que había dejado atrás y que nunca le habían entendido. Sabía que había sido estricto, pero el fuego en su interior ardía desde su juventud y le conminaba a dejar su huella en el

mundo. Los demás nunca compartieron su entusiasmo y su paciencia se había agotado más de una vez. Había dejado todas sus posesiones a su sobrino Antoine. Rezaba por que el muchacho tomara lo que se le había concedido e hiciera algo con su vida.

Durante sus plegarias nunca olvidaba que se encontraba en la Ciudad Santa, y no flaqueaba en la fe que había depositado en su nueva misión. Le motivaba día y noche y le ayudaba a llevar la pesada carga de la responsabilidad. Había vivido demasiados años en la sombra de la incertidumbre como para fallar ahora que había elegido.

Acababa de inclinar la cabeza y había cerrado los ojos para recitar sus salmos, empleando la familiaridad de las palabras para purificar su mente y vaciarla de toda preocupación. Sintió una cálida luz creciendo en su interior, notaba cómo el dolor en sus rodillas se transformaba en un brillo que ascendía lentamente por su cuerpo hacia su mente. En aquel momento se sintió cerca de la divinidad. Cuando Hugues rezaba el mundo se disolvía y podía sentir la fuerza de la luz de su Señor fluyendo y rodeándolo. De ahí obtenía su poder.

Sin embargo, aquella vez estaba empezando su ritual de oración y devoción cuando sintió movimiento cerca. Estaba tan concentrado que el susurro de las sandalias sobre la piedra resonó en sus oídos como el choque de dos espadas. Saliendo de su trance, de Payen se puso en pie y llevó la mano inmediatamente a la empuñadura de su espada. Ni siquiera en el templo del señor había que fiarse de nadie.

El hombre al que observaba vestía las túnicas de un sacerdote. No era tan alto como Hugues y era bastante más delgado, pero no por ello dejaba de ser una presencia poderosa. Tenía facciones de halcón y unos intensos ojos que atravesaron el alma del guerrero. Aunque el intruso era evidentemente un sacerdote, no tenía el aspecto de los que de Payen había conocido hasta ahora. Éste parecía arrogante, frío y calculador. Hugues no soltó la empuñadura de su arma.

—¿Quién sois? —preguntó de forma tosca.

El sacerdote le observó por un momento, como si evaluara el peligro que representaba, y lo consideró inofensivo. Dio un paso hacia delante con gesto ágil y depredador.

—He venido, como tú, para rezar en la casa de Dios. No me negarás tal privilegio, ¿no, hijo mío?

—No negaría a hombre alguno la comunión con Dios, Padre —respondió lentamente de Payen, pronunciando la última palabra a regañadientes, como si no hubiera pensado decirla—. Pero este templo está a mi cuidado por orden del propio Baldwin. A mi cuidado y al de

mis hombres, e incluso el Patriarca debe solicitar permiso para entrar aquí.

–He estado en este templo desde el día en que la ciudad regresó a manos de Cristo –respondió el sacerdote–. Soy el Padre Santos, y mi misión procede del Santo Padre de Roma. Lamento que el Rey Baldwin no comentara mi presencia. ¿Debo asumir, pues, que no conocéis a los demás?

–¿Los demás? –Un frío pozo se abrió en el estómago de Hugues, reemplazando el gruñido anterior.

–Tengo a varios hermanos bajo mi supervisión –siguió el Padre Santos–. He sido asignado a una, digamos, a una misión especial mientras la ciudad esté en manos de la Iglesia. Pertenezco a una orden muy antigua. Hugues, ¿no?

–Así es –respondió de Payen, poniéndose en pie para lograr la ventaja de su altura–. Hugues de Payen, Caballero de Cristo –dijo orgulloso–. Por mi juramento es mi misión proteger las carreteras que parten de la ciudad santa y que llegan a ella. Esta mezquita se convertirá en el primer templo de mi orden.

–Una causa tan difícil como meritoria –reconoció el Padre Santos. Su sonrisa era extraña, sus palabras calculadas. No denotaban la menor sinceridad, pero Hugues no lograba mostrarse irrespetuoso.

Se sentía cada vez más alerta. Era la misma sensación que acompañaba a un duelo de espadas con un oponente al que no se conociera de nada. Decidió que no le gustaba aquel hombre, fuera o no sacerdote. Tampoco le gustaban los juegos que requerían recurrir al engaño.

–Cada uno de nosotros hace lo que puede, a su manera. Cuando decís que habéis estado en el templo os referís a la mezquita, ¿no es así? ¿Cómo es que vos, vuestros hombres y los míos comparten el techo y no se han encontrado? Hemos trabajado las últimas semanas de sol a sol para hacer habitable este lugar.

–Somos reservados –sonrió el Padre Santos–. Nuestras celdas se encuentran abajo, en los sótanos. Mis enseñanzas ocupan la mayor parte del tiempo, y nuestra orden es dada a largos periodos de meditación y plegaria.

–Los establos están bajo el templo –observó de Payen–. ¿Tenéis algún problema con que utilicemos ese espacio?

–Por supuesto que no –respondió el sacerdote–. No haría nada que incomodara vuestra misión. –Dudó unos momentos antes de continuar, con una mirada aún más intensa–. Si no estuviera

convencido de lo contrario, hijo mío, creería que pensáis que representamos bandos diferentes en esta confrontación.

–No os conozco, padre –respondió brusco Hugues–, y aunque respeto vuestro cargo reservo el respeto personal para aquellos que se lo ganan. Tengo una misión que cumplir y vos sois un elemento inesperado en las condiciones. Mientras no nos distraigamos los unos a los otros en nuestro servicio al Señor no habrá problemas.

–Os aseguro –respondió el sacerdote con rostro grave–, que no tengo intención alguna de relacionarme con vos o con vuestros hombres, en modo alguno. Tengo mis propias preocupaciones, como ya os he explicado. Ahora, si me disculpáis, yo también tengo devociones que atender.

Sin esperar respuesta el Padre Santos se volvió y dio unos pasos hacia el altar, arrodillándose e inclinando la cabeza. Aquel acto tenía un aire que le dijo a de Payen que, de momento, la conversación había terminado. Se giró y abandonó la capilla, viendo sus plegarias interrumpidas por primera vez en tanto tiempo que no recordaba la última ocasión. Se trataba de un augurio que le hubiera gustado evitar, y el hecho de que el momento estuviera relacionado con el Padre Santos cimentaba su creencia en que aquel hombre ocultaba algo que no tenía nada que ver con la devoción de un simple sacerdote de Dios. Algo que no tendría el beneplácito de Payen.

Se dirigió rápidamente hacia una cámara que había reservado para él. No era allí donde dormía o comía (su celda privada era aun más austera que la de los demás, si eso era posible). Se trataba de una gran sala circular con una mesa en el centro y con sillas suficientes para todos sus hombres. Había un armario con vino y vasos, una mesilla con papel y pluma siempre preparados y los dos únicos asientos cómodos de todo el templo, situados en un lateral para acomodar a los visitantes importantes.

Podría haber sido más ostentoso, pero creía que cuantas menos distracciones y riquezas les rodearan menos tentaciones sentirían de burlarse de sus votos, votos que Hugues se tomaba con la mayor seriedad. Los demás compartían su visión y su fe, pero dudaba de la profundidad de su devoción. Todos ellos habían sido adinerados, y aunque llevaban muy bien la transición era difícil creer que pudieran olvidar fácilmente su herencia.

En su propio caso, esa herencia siempre le había parecido una prisión. Era el ritual, la plegaria y la devoción lo que le importaban. Se sentía más cerca de aquellos hombres que de cualquiera que hubiera

conocido, salvo su padre. No le entendían por completo pero le respetaban, y eso significaba más para él que ningún otro tipo de intimidad. Había respetado a su padre, que había hecho de él el guerrero que era ahora, y había aprendido las escrituras de su madre. Aquella combinación de fuerza y espíritu le había marcado como una rareza desde su niñez. Hugues se sentía elegido por algún motivo, y el futuro tanto de la orden como de sus hombres dependía de las decisiones que tomara en los meses y los años venideros. Era el primero de todos en rezar y el último en descansar. Se castigaba a sí mismo igual que a los demás por las transgresiones, y se enorgullecía de tratarlos a todos con igual consideración. Ahora tendría que tomar algunas decisiones sobre la seguridad.

Se había apartado de todo durante tanto tiempo que se sentía extraño al ver a través de los ojos de otro. El Padre Santos era tan recluido que pocos parecían saber de su existencia. Su vida dentro de los muros del templo amenazaba la intimidad y la pureza de los planes de Hugues y el adiestramiento de sus hombres. Él y sus seguidores no serían más que distracciones, fuente de rumores y especulaciones que harían que sus guerreros no pusieran toda su atención en el entrenamiento.

Se sirvió un vaso de vino, otra ruptura de las costumbres a aquellas horas, y se sentó junto a la ventana para ordenar sus ideas. Tenía que ver a Baldwin lo antes posible para intentar sacar al sacerdote y a sus seguidores de la mezquita. Los asuntos de su orden, sus votos, su disciplina y su despliegue debían ser confidenciales y privados. Así debía ser si querían crear una fuerza importante en Tierra Santa y en la Iglesia. Los hombres respetaban más aquello que no podían comprender. El misterio era una de las grandes claves del poder, y Hugues estaba dispuesto a guardar sus propios secretos a cualquier precio.

No se podía permitir a nadie un conocimiento tan íntimo de sus idas y venidas como el que tendría el Padre Santos. Estratégicamente sería un desastre de la peor especie. Además, aquel hombre le había dejado un mal sabor de boca. Una cosa era vestir los hábitos de un hombre santo y otra guardar la luz del Señor en el corazón. De Payen había conocido a suficientes sacerdotes a lo largo de su vida como para no confiar en ellos más que en cualquier otro hombre sin un buen motivo. Santos, hasta ahora, le había dado razones más que suficientes para dudar.

Bebió el vino y se puso en pie, alejando al sacerdote de sus

pensamientos. Aquella noche vería a Montrovant y le presentaría el problema. Normalmente hubiera consultado al Señor en su fervorosa plegaria, pero Montrovant era más rápido y cierto. No por primera vez se sintió agradecido por poder disponer de aquel agente del Señor. También sentía culpa. Normalmente no era sabio tomar el camino fácil, pero Montrovant le inspiraba a hacer precisamente eso.

Aunque aún se sentía nervioso al pensar en hablar con aquel hombre, el poder y la sabiduría de las palabras que intercambiaban siempre le emocionaban. Hugues creía que Bernard había tenido razón en sus apreciaciones sobre su benefactor. De momento tenía que supervisar el movimiento de los caballos en los establos bajo el templo. Hacía mucho tiempo que no había habido animales en aquel lugar, y le esperaba un largo día de trabajo. Se enfrentó a él con una sonrisa amplia y decidida.

\* \* \*

El Padre Santos se puso en pie en cuanto de Payen abandonó la capilla. Aquel hombre era más difícil de lo que esperaba, y era evidente que los problemas no habían hecho más que empezar. Santos odiaba verse cargado con dificultades tan triviales del destino cuando tantas cosas dependían de su concentración. Ya se había distraído una vez en el pasado y casi había significado el desastre.

De Payen era una distracción de la peor clase. Se consideraba un hombre de fe y esperaba que todos estuvieran a su altura. Los sacerdotes no se veían excluidos de tal exigencia, y no había nada más alejado de la intención del Padre Santos que administrar la palabra de Cristo. Cuando había asumido la guisa sacerdotal lo había hecho para ocultar sus actividades. Ahora parecía que tendría que interpretar el papel de forma convincente.

Los demás que le habían seguido eran eficaces y estaban versados en sus particulares disciplinas, pero Santos era el líder y todo en su pequeño y oscuro mundo dependía de sus decisiones y de su presencia. Necesitaba resolver el problema de de Payen antes de que se produjera un enfrentamiento importante, y solo había un modo de hacerlo. Tendría que ser el primero en actuar.

El Patriarca, Daimbert, era un estúpido petimetre cuyo único acto de piedad era devolver lo que comía a la tierra como fertilizante. Había sido obispo de Pisa y Urbano II lo había despachado para encargarse del liderazgo espiritual de la ciudad sagrada cuando los cruzados se la

arrebataran a los musulmanes. Por desgracia, el Papa no había tenido a bien vivir lo suficiente como para ver la sucesión del poder en Jerusalén, lo que Daimbert vio como una oportunidad perfecta para actuar con total abandono. Tras una larga y sórdida sucesión de juicios erróneos y fiascos casi fatales, Daimbert había terminado sometiendo a la misericordia de Baldwin II tras el ascenso de éste al trono. No había sido eliminado como Patriarca de Jerusalén, pero solo el propio rey conocía los motivos. Ahora Santos se enfrentaba con Daimbert como único aliado, una idea que le hacía temblar.

No podía permitir que aquel bufón descubriera el verdadero motivo por el que ocupaba los niveles inferiores de la mezquita, pero tampoco podía tolerar que se desvelara su engaño.

Se dirigió hacia las profundidades de los túneles laberínticos bajo el templo, dirigiéndose lo más rápido que pudo hacia sus aposentos. Los pasadizos se extendían interminables por toda la urbe. Llevaban allí desde antes de la construcción de los viejos templos y allí permanecerían, imaginaba, después de que la ciudad de Jerusalén no fuera más que cenizas, enterrados por los escombros. La familiar antigüedad de aquellos muros le hablaba y aliviaba su mente.

Pasó junto a dos de sus seguidores apostados para proteger la entrada a las cámaras subterráneas donde se encontraban su orden y el motivo de su existencia. Asintió de forma casi imperceptible a modo de saludo y siguió moviéndose hacia el interior. Los guardias le observaron estoicos, con un brillo rojizo en los ojos bajo las capuchas de sus túnicas.

Tenía que asegurarse de que estaba presentable y después debía acudir al templo principal para hablar con Daimbert de su problema con de Payen, antes de que el caballero hiciera una petición similar a Baldwin. Se trataba de una partida de ajedrez a una enorme escala, y estaba dispuesto a ganar a toda costa.

No había modo de echar a aquellos caballeros, y la verdad es que tampoco tenía ningún deseo de hacerlo. Si manejaba correctamente la situación podría incluso convertirlos en parte de su escudo. Pasado un tiempo quizá llegara a influir en ellos. No solo desviarían la atención sobre las demás actividades que tenían lugar en la mezquita, sino que proporcionarían una cierta protección que ni Santos ni sus hombres podían ofrecer. Había pasado muchísimo tiempo desde que fue exiliado de su cargo, desde que se le negó el acceso a la ciudad, y recordaba muy bien aquellos días. La agonía de la espera, la incertidumbre de no saber si los turcos habían encontrado las



cámaras, de si sabían lo que tenían en sus manos... Ahora había regresado y no tenía la menor intención de dejar que un grupo de ignorantes salvajes le negara su destino.

Daimbert podría ser un aliado débil, pero ahora que se habían restaurado las comunicaciones con Roma haría lo que se le ordenara. El Patriarca no tenía la menor idea de lo que el Padre Santos protegía, o de lo que hacía con su tiempo, sus hombres y el dinero que se le entregaba, pero no era tan estúpido como para desobedecer órdenes del mismísimo Papa. Apoyaría a Santos si se le daba la oportunidad, y éste se la entregaría en bandeja. Habría que acercarse a Baldwin, y Daimbert, a pesar de todo, era el más indicado para ello.

La solución más sencilla al dilema de Payen y sus caballeros era apoyarlos abiertamente. Si le agradecía a Daimbert que hubiera permitido el acceso al guerrero a los pisos superiores, cualquier petición de Payen sonaría ingrata. La idea casi le hizo sonreír.

La puertas de su cámara se cerraron tras él con un fuerte sonido y esperó a que regresara el silencio. Los pasadizos de piedra estaban iluminados por antorchas que colgaban de las paredes. El aire, aunque era más frío que el de las estancias superiores, era tibio y húmedo. El sol saldría, se pondría y volvería a salir en su eterno ciclo, pero nadie descubriría nunca la verdad.

El aroma de la antigüedad, salpicado con el de la muerte, impregnaba el ambiente. El Padre Santos encontraba reconfortante aquel olor.

Los dos guardias, hombres bajos y oscuros con túnicas marrones con capuchas, se miraron por un momento dubitativos pero no dijeron nada. Volvieron a ocultarse en los nichos que servían como puestos de vigilancia, desapareciendo en las sombras. Cuando Santos volvió a salir y pasó junto a ellos como una brisa ni siquiera reconocieron su presencia.

\* \* \*

Para cuando el Padre Santos completó su misión y regresó, las sombras ya se alargaban y las calles bajo sus pies comenzaban a enfriarse. El aire aún temblaba cerca de la superficie, pero lo peor del día había pasado; la tarde se le antojaba mucho más relajante, pues prefería las sombras a la luz. Cuando podía ocultar su presencia de aquellos que le rodeaban era cuando se sentía más seguro y eficaz.

La suya era una existencia solitaria. Vivía para sus estudios y sus

obligaciones, y había pocas cosas en el mundo capaces de distraerle. Sin embargo, aprovechaba la menor oportunidad para investigar cualquier cosa que le permitiera distanciarse un poco de los demás. Había algunos que sabían más que él. A estos los evitaba, y a todos los demás trataba de mantenerlos en la mayor ignorancia posible. En su pequeño mundo no había lugar para las cargas innecesarias.

El viaje diurno hacia las cámaras del Patriarca había sido un gran riesgo. Había numerosos ojos curiosos en la ciudad, muchos de los cuales sabían más de lo que aparentaban y no decían nunca lo que descubrían. Santos no se hacía ilusiones pensando que él y su orden eran los únicos que conocían lo que se ocultaba bajo el templo de Salomón. Podría saber más que ningún otro, pero no por ello dejaba de haber criaturas con más conocimientos de los que a él le gustaría.

Siempre había sido así, y era de ellos de los que se protegía con sus precauciones y secretos. Algunos eran lo suficientemente poderosos como para representar una amenaza.

También a él le conocían, y en conflicto abierto ninguno de ellos le pondría a prueba. Había sido guardián durante tanto tiempo que ya no llevaba la cuenta de los años, y conocía bien los rostros y debilidades de sus enemigos. Muchos habían muerto por intentar descubrir cosas sobre él.

Daimbert parecía más cooperativo de lo que había imaginado. Desde que descubrió la existencia de Santos y sus relaciones con Roma había sido especialmente obsequioso. Era casi enervante, y también peligroso. Si alguien veía a aquel estúpido adulando a un "simple" sacerdote el rumor se extendería. No era un comportamiento propio de un patriarca, por lo que Santos se esforzó en dejárselo claro a lo largo de la conversación.

Daimbert iba a hablar con Baldwin del asunto de las cámaras bajo el templo esa misma noche. Tenía pensado cenar con el rey, una oportunidad perfecta para sacar el tema. El Padre Santos no podía haber esperado más. Sin embargo, aún tenía que hacer preparativos en previsión de otro desastre. Si eran expulsados una vez más del templo no podían dejar nada atrás. Se lo había prometido a aquellos a los que servía, y era mejor no hacer nada que los defraudara. Puede que no fueran tan comprensivos una segunda vez.

Recorrió rápidamente las calles y llegó hasta el templo. Había varios modos de entrar y los conocía casi todos. Algunos eran tan viejos y estaban tan bien escondidos que hasta él los había olvidado. Apartó lo que parecían ser unos matorrales y reveló una argolla de

acero embebida en el muro. Las ramas estaban unidas por un intrincado tapiz de raíces, lo que impedía que desaparecieran por accidente. Tiró de la argolla para mover una piedra, se deslizó dentro y cerró la entrada tras él. La vegetación volvió a su lugar, ocultando totalmente la sección del muro.

Aceleró el paso, empleando los corredores principales cuando era prudente. Estaba pasando frente al pequeño jardín en la plaza central cuando oyó voces. Algo en ellas le hizo detenerse para escuchar. Sus sentidos eran más agudos de lo normal, y en el ambiente había algo que le hacía sentirse inquieto.

Era de Payen con otra persona, una voz que no había oído antes, aunque acariciara su mente con una oscura familiaridad. No era uno de los caballeros, ya que ninguno emplearía un tono tan arrogante con su líder. No tenían el poder ni la edad que el Padre Santos podía percibir. Se aproximó cuidadosamente a la entrada del jardín y se asomó para observar.

Pudo distinguir a de Payen y al otro hombre, casi de su altura, aunque más delgado.

El sacerdote se apretó aún más contra la piedra con el corazón desbocado. No era alguien ordinario. Su aura sobrenatural se derramaba sobre el jardín e inundaba los pasillos. Sentía el olor de la sangre fresca y de la muerte reciente, aún más fuertes que en sus propias cámaras.

Aquello era una novedad. No tenía ni idea de que de Payen tuviera alianzas más allá de la Madre Iglesia. Aquella era una información que podía usar si se daba la ocasión. Sin embargo, su preocupación inmediata era el otro hombre. Emanaba una oscuridad que atraía la mirada y la mente, una gracia engañosa. Su voz no parecía llegar hasta la posición de Santos, y el sacerdote no podía arriesgarse a ser descubierto. Pronto descubriría qué se traían entre manos aquellos dos.

Aquel era el tipo de cosas para las que se había entrenado. Un enemigo así podía representar un verdadero reto: ya había pasado suficientes años azotando niños. Había que hacer preparativos. Había llegado el momento de descubrir si sus seguidores habían aprendido algo de sus enseñanzas. Regresó a las sombras y llegó hasta las escaleras descendentes.

\* \* \*

En el jardín, Montrovant miró por encima del hombro, repentinamente en guardia. De Payen le observó, alertado por el repentino cambio en la postura del oscuro. Algo había sucedido, pero el caballero no sabía de qué podía tratarse.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó rápidamente.

–No estoy seguro. Por un momento creí oír a alguien en el pasillo, pero está vacío.

De Payen decidió no preguntar cómo podía saber Montrovant que alguien se movía en un pasillo del que los separaba un muro de piedra. Había muchísimas cosas sobre aquel hombre siniestro y poderoso que había decidido no preguntar, ya que no creía estar preparado para las respuestas.

–Veré lo que puedo hacer sobre este Padre Santos –dijo al fin Montrovant devolviendo su atención al asunto tratado–. No me gustan los secretos y confío en tu juicio sobre ese hombre. Debes dudar también de Baldwin; aún no puedo presentarme ante él, aunque no está lejos el día en que lo haga. Tengo un destino propio, Hugues de Payen, y puede que este Padre Santos sea una indicación de que la culminación se acerca. Se avecinan grandes cosas y formas parte de ellas. ¿Lo sientes?

Hugues ciertamente lo sentía. Afirmó con la cabeza.

–Muy bien, pues. Prosigue con tus preparativos, pues pronto llegará el día en el que partas con tus caballeros a combatir a los caminos. Después de tanto tiempo enclaustrados será toda una liberación.

–Lo será –respondió Hugues–. Lo será. ¿Os uniréis a nosotros cuando marchemos?

–Es posible –sonrió Montrovant–. Es posible que lo haga.

Sin más palabras, se volvió y se marchó. El movimiento fue tan rápido que pareció desaparecer de la existencia, y Hugues quedó confundido observando las sombras.

*Tiempos extraños*, pensó mientras se dirigía fascinado hacia sus aposentos. *Éstos son tiempos extraños.*

## \_\_\_\_\_ 7 \_\_\_\_\_

Eran las primeras horas del alba y el sol apenas se alzaba sobre el horizonte de la ciudad. Los mercaderes se acercaban con sus

carros y las mujeres se dirigían a buscar agua y a alimentar a los animales. La última guardia estaba regresando agotada por las calles hacia el palacio de Baldwin, dispuesta para entregar el testigo a tropas descansadas. Era un bello día.

Hugues dirigió a su caballo por la puerta sur de la mezquita y salió al exterior, aspirando el aire fresco de la mañana. Los demás le seguían detrás, con el sonido de los cascos subrayado por el repiqueteo de las armas en sus vainas. Era un buen día para la batalla, y aunque Hugues no podía contar con encontrarla estaba ansioso por combatir. Podía encontrar al Señor en los momentos de silencio que pasaba solo en el templo o rezando al lado de su cama, pero su verdadero manto era la bruma roja del guerrero. Bernard y el Padre Santos habían elegido las túnicas del sacerdote, pero para un hombre como él la acción era la forma más pura de alabanza. Había nacido para ella.

Ahí residía parte de su fuerza. El saber que Dios no siempre era gentil y amable era un arma poderosa. Estar convencido de que en nombre del Señor ningún guerrero podía obrar mal era la llave para la salvación. La furia y la violencia siempre le habían perseguido, a pesar de sus esfuerzos por impedirlo. El color de su fe era el de la sangre, y hacía mucho tiempo que no había podido canalizar adecuadamente esa devoción.

Todos sus hombres, cada uno a su modo, necesitaban la evasión que esta primera "campana" les proporcionaría. Demasiados días encerrados entre muros de piedra podían volver loco a un hombre de armas más rápidamente que cualquier fuerza de la naturaleza, y ya se estaban acercando a ese límite. Hugues había instituido un férreo sistema de disciplina y entrenamiento, y el método enclaustrado y aislado por el que se había decantado para construir su ejército hacía necesario liberar parte de la energía. Eran caballeros, hombres de acción y de fe, y había llegado el momento de poner a prueba sus creencias en el campo de batalla. El control que había ejercido sobre sus propias emociones le había preparado bien para instruir a los otros.

Dejaron atrás al pequeño contingente de pajes y sirvientes que había entrado a su servicio. En el futuro los primeros cabalgarían a su lado portando sus armas y armaduras, pero de momento Hugues creía mejor hacerse simplemente a la carretera. Confiaba en que Montrovant, aunque no fuera visible, cuidara de sus cosas mientras ellos estaban lejos. En realidad, poco podía suceder en la mezquita

que los sirvientes no pudieran resolver. No le gustaba dejar solos al Padre Santos y a sus extraños y misteriosos secuaces en los niveles inferiores, pero no podía hacer nada al respecto.

Baldwin había aceptado estudiar el tema del sacerdote para tratar de descubrir su misión "secreta", que según Daimbert le había sido asignada por el propio Papa. El rey parecía desconcertado por la idea de que la Iglesia guardara secretos dentro de su propia ciudad, aunque se había mostrado reacio a actuar de inmediato. El pueblo era muy receptivo a las palabras y las exigencias de Daimbert, y Baldwin necesitaba motivos sólidos para discutir con él en asuntos de fe.

Cuando Hugues pidió audiencia la noche anterior el Patriarca había estado presente. De Payen sospechaba que el Padre Santos había actuado más rápidamente que él, y se maldijo por haber esperado el consejo de Montrovant como un chiquillo.

El obispo había estado sentado tranquilamente junto al rey, enarcando una ceja con curiosidad al ver acercarse al gigante. Su sonrisa había obligado a Hugues a conceder la batalla casi de inmediato... aunque nunca la guerra. Si algo hacía de Payen, era pagar sus deudas. El Patriarca le debía un favor, y estaba dispuesto a cobrárselo algún día. Había más modos de influir en un monarca, y Hugues conocía muchos de ellos.

Sus pensamientos regresaron al presente. Muchos de los ciudadanos se habían congregado para verlos partir. Los niños gritaban alegres a los caballeros, gallardos y armados, y a sus magníficas monturas. En Francia era una imagen habitual, pero más allá de las murallas del palacio nunca se había visto nada parecido.

Cabalgaban en silencio, perdidos en sus propios pensamientos, y se encaminaron hacia el desierto. Baldwin había informado a Hugues durante su breve encuentro la noche anterior de que un gran grupo de mercaderes, acompañado por un contingente de peregrinos franceses, debía haber llegado ya por la carretera. Los mensajeros habían anunciado su venida hacía días, y ya deberían haber aparecido. De hecho, ya *deberían* encontrarse tras las murallas de Jerusalén.

De Payen rezó por que no fuera demasiado tarde, pues no deseaba comenzar sus servicios enterrando muertos. Ya habían sucedido demasiadas cosas siniestras y negativas desde que dejó al Padre Bernard y tomó sus votos. Había llegado el momento de que sus esfuerzos comenzaran a ser recompensados. Además, tenía sus propios motivos egoístas. Necesitaba una buena pelea, especialmente después de su intento fútil de expulsar del templo al Padre Santos y a

sus hombres. Sabía que se trataba de una mezquita, pero él no dejaba de verla como un templo; así era como la denominaban los caballeros.

Cabalgaron rápidamente por el desierto. La arena y el viento sobre su pelo borraron todas las preocupaciones que no tuvieran que ver con el camino y el paso del tiempo. No se pararon a descansar ni ellos ni sus monturas, sino que trazaron una línea recta por la carretera de los mercaderes. No tardaron mucho en ver humo en el horizonte. Hugues espoleó a su caballo para galopar aún más rápido, elevando una plegaria al viento. Había comenzado.

\* \* \*

Estaban rodeados. Pierre Cardin, con la frente cubierta de sudor y suciedad, trataba de mantener la mirada clara y sus miembros agotados en movimiento. Si él y los otros no hubieran conseguido llegar hasta el refugio mínimo que proporcionaban las pequeñas rocas a su espalda, ya estarían muertos. Solo restaban doce de cincuenta, y casi todos los suministros habían sido robados o quemados. Lo único que les quedaba era la vida de los pocos lo suficientemente fuertes o hábiles como para seguir luchando. Los turcos, cuyos caballos no eran adecuados para la lucha cerrada, les rodearon y esperaron pacientemente.

No había escapatoria. El pequeño grupo podría defenderse durante una hora más porque el espacio no permitía atacar a todos sus enemigos a la vez, pero les superaban en número y estaban agotados. Los infieles podían esperar tranquilamente y enviar guerreros descansados cada pocos minutos para tomar lo que sus compañeros abandonaban en aquel círculo infernal de locura y muerte.

El loco, Le Duc, había sido su salvación. Él solo había enviado a más de doce perros paganos de vuelta con Alá, y su espada no parecía flaquear. Luchaba como un demonio y estaba poseído por una fuerza inagotable y un deseo ferviente de matar que se transmitía a todos los que se le acercaban. Era un hombre peligroso. A Pierre no le había gustado desde el principio, pero de no ser por él no disfrutaría del lujo de poder disculparse por su falta de sensibilidad. A pesar de la ayuda del pequeño espadachín, Pierre prefería no acercarse mucho: no estaba seguro de que aquella furia asesina se contentara solo con los turcos.

La conmoción pareció golpear las filas exteriores de los atacantes,

por lo que Pierre volvió a limpiarse con la túnica el sudor para ver mejor. Solo consiguió aumentar el dolor, ya que se llenó los ojos de sal y suciedad. En la lejanía se oían gritos y llantos, y sabía que ni siquiera Le Duc podía ser capaz de abrirse paso de aquel modo entre las filas enemigas. Un infiel apareció en la arena y Cardin se vio obligado a concentrarse en la batalla que tenía frente a él, ignorando los gritos y maldiciones lejanas. En la nube de polvo que le asfixiaba pudo distinguir un rápido destello metálico, pero no prestó atención. Si alguien acudía en su ayuda no les sería de gran ayuda muerto, y si eran más enemigos la diferencia no sería mucha.

Detuvo el brutal ataque de su nuevo adversario, dejando que la inercia del turco le enviara hacia delante. Entonces alzó rápidamente la espalda por encima de la cabeza y descargó un golpe que se encontró limpiamente con el cuello del enemigo, arrancándole la cabeza de los hombros. Empujó hacia abajo el cadáver del musulmán con la espada, preparando de nuevo su guardia. Se dispuso para una estocada o una parada con un grito vengativo en los labios, pero no llegó ataque alguno. Nada.

Oía ruidos de pelea y el retumbar de cascos de caballo, pero no aparecieron más oponentes. Se apoyó contra la piedra y consiguió unos segundos para aclarar su vista, aunque sin bajar la guardia ni por un instante. Podría no tratarse más que de un truco o un reagrupamiento antes de la carga final. Cuando el polvo se asentó vio que no era así.

La batalla había terminado. Un grupo de caballeros, espléndidos con sus túnicas blancas y sus petos brillantes, rodeaba a los últimos infieles como bestias acosando a sus presas desvalidas. La mayoría de los infieles había huido. Los que disponían de caballo habían vuelto grupas para abandonar a sus camaradas en una cobarde demostración de pánico, y los que quedaban gimoteaban en la arena. Mientras Pierre observaba en atónito silencio, un caballero barbudo desmontó, entregó las riendas de su caballo a uno de sus compañeros y caminó decidido hacia los prisioneros. El hombre parecía un gigante surgido de las leyendas, un Goliath decidido a enterrar a David. Hasta los caballos parecían pequeños en comparación.

No hubo titubeos. La larga espada del caballero se alzó y cayó. La cabeza del primero de los prisioneros rodó sobre el suelo mientras los demás se arrastraban como insectos. Vieron que no habría cuartel, por lo que intentaron de forma fútil escapar como las ratas en un barco condenado.



El gigante acabó con un segundo y los demás se rompieron y salieron corriendo. Ninguno logró superar el círculo de silenciosos caballeros montados que les rodeaba. Las hojas brillaron al sol y las cabezas cayeron rodando. Los golpes tenían una precisión mecánica. Todo terminó en cuestión de segundos.

El primer caballero observó los cadáveres silenciosos a sus pies y se volvió con desprecio. Sus rasgos parecieron suavizarse y la claridad regresó a su mirada. Avanzó hacia la posición de Pierre, que seguía con la espalda apoyada defensivamente contra la piedra.

–Saludos, amigo –dijo mientras se aproximaba–. Soy Hugues de Payen, servidor de Dios. Os llevaremos a todos a salvo a la Ciudad Santa. Lamento que nuestra ayuda haya tardado tanto en llegar.

Pierre no podía articular palabra en aquel momento, y sus rodillas se rindieron a la fatiga y la angustia que se adueñaban de su mente. Llevaba demasiado tiempo sin agua y sin comida, con una espada en la mano y viendo pasar su vida ante sus ojos. No pudo soportar la repentina liberación y dejó que toda la tensión escapara de su cuerpo mientras lloraba arrodillado sobre la arena. La única palabra que importaba de todo lo que había oído era "amigo".

Le Duc, cuya mirada apenas comenzaba a aclararse en su frenesí, dio unos pasos hacia delante; a través de la bruma del dolor Pierre, le oyó hablar.

–¿Quién sois, señor? –preguntó con el aliento entrecortado–. ¿Por qué habéis venido?

–Somos los Caballeros del Templo de Salomón –respondió de Payen–. Hemos jurado hacer de esta carretera lugar seguro para todos aquellos que desean viajar a la Ciudad Santa de Jerusalén. Servimos a Dios, a la Iglesia y a Baldwin.

–Nunca he oído hablar de vuestra orden –respondió el guerrero recuperando poco a poco la voz–, pero os agradezco que me hayáis salvado la vida.

Pierre levantó la mirada, tratando de reunir fuerzas para expresar también su agradecimiento. No le gustaba la idea de que Le Duc hablara por todos ellos, pero los pocos que quedaban en pie no estaban en mejor forma que él mismo. Apenas podía alzar la mirada de la arena y había perdido la voz.

Observó mientras Le Duc se acercaba a los restos de la pequeña caravana, observando lentamente los cadáveres de hombres y animales. Lo que quedaba de los bienes que los mercaderes habían luchado tanto tiempo por llevar hasta la ciudad santa estaba esparcido

y destrozado por el suelo. Era como ver los propios sueños rotos y ensangrentados.

La mirada de Le Duc se detuvo en los árabes caídos. Dio un rápido paso adelante y escupió contra el más cercano, propinándole una patada en la cara. Repitió aquella acción una y otra vez, golpeando al muerto hasta quedar sin aliento y derrumbarse en la arena. Después se recompuso y se puso en pie, temblando por la fatiga y el odio que ardía en su mirada.

--Os ayudaremos a reunir lo que quede --aseguró de Payen ignorando el repentino estallido, o aprobándolo--. Lamento que no fuéramos conscientes de vuestro predicamento para haber evitado esto... --Hugues trazó con su brazo un amplio arco que incluía toda la carnicería a su alrededor--. Le pido a Dios que Baldwin nos hubiera avisado antes de vuestra llegada.

Le Duc observó un momento a su inesperado salvador, como si lo estuviera midiendo. Al final asintió volviéndose hacia Pierre, que por fin se levantaba del suelo. Esto pareció poner a los demás en movimiento, y al poco tiempo los caballeros de Payen estaban entre ellos, ayudando a los que podían andar y atendiendo a los heridos y moribundos.

Se cavaron tumbas en la arena de forma rápida y eficaz y se reunieron y ordenaron los restos de las pertenencias y los suministros de los peregrinos y los turcos. Se trataba del uso más eficaz y preciso de recursos humanos que Pierre hubiera visto nunca. No tenía nada que ver con las incursiones de su niñez o las historias de guerra de su padre.

Notó con interés la forma calculada con la que aquellos hombres inventariaban todo lo arrebatado a los infieles, el modo en el que se movían para obedecer las órdenes de Payen sin dudas ni preguntas. Eran caballeros totalmente diferentes a los que había encontrado con anterioridad. Ninguno de ellos deslizaba una sola moneda de oro en su bolsillo ni peleaba por un arma capturada. Aquello aumentaba la irrealidad del momento, por lo que se vio obligado a sacudir su dolorida cabeza para aclarar sus ideas.

Antes de montar para concluir el viaje hacia la ciudad, de Payen los reunió a todos frente a las tumbas de los caídos y dirigió una plegaria por sus almas. Pierre aprovechó el momento para observar al gigante, arrodillado con devoción con la cabeza gacha y el sudor de la batalla empapando su túnica bajo la armadura. Por un instante, el sudor de su propia mirada se mezcló con el sol moribundo para formar

un halo sobre su cabeza. Parpadeó por un instante y la imagen desapareció, pero aquel momento quedó grabado en su mente y en su corazón. Aquella fe, combinada con una fuerza prodigiosa... No había duda de que aquel hombre había sido enviado por el mismo Dios.

Después de presentar sus respetos a los muertos montaron y cabalgaron en una larga columna. Los hombres de de Payen habían logrado rodear más de diez de sus caballos perdidos y un par de los turcos caídos. Habían ayudado a Pierre y a sus camaradas a montar, ofreciendo toda la ayuda que pudieron y animándoles con palabras amables para que superaran su pérdida. Parecía que estuvieran siendo conducidos a casa por padres solícitos o hermanos mayores.

Pierre cabalgaba aturdido, con Le Duc muy cerca de él. Cruzó su mirada un breve instante con la del loco, oscura y penetrante. En aquellas profundidades ardía una nueva luz, y al verla, un escalofrío le recorrió la columna. Se preguntó qué era lo que sucedería a continuación. Le calmaba tener a aquel hombre a su lado, pero a partir de entonces solo sintió inquietud.

De momento, sus pensamientos los ocupaban la arena y el sol, el dolor y las brumosas líneas de los edificios de Jerusalén. Se concentró en ello, luchando por ahogar los gritos y la sangre en su memoria. Ya tendría suficientes horas de sueño para sufrir pesadillas como para revivirlas estando despierto.

\* \* \*

El grupo de Payen era todo un espectáculo cuando entró en la ciudad escoltando a los peregrinos heridos y agotados. Hugues había ordenado a sus hombres que llevaran a los rescatados directamente hasta el palacio. Entonces aparecieron los soldados de Baldwin, que ayudaron a los peregrinos a desmontar y a dirigirse hacia donde pudieran recibir cuidados, baños y comidas calientes.

Una vez comprobó que todo estaba dispuesto, de Payen se giró y dirigió a su grupo por las calles que conducían a la mezquita. Tenían que atender algunas heridas leves entre los suyos y había anunciado una plegaria formal para dar gracias por el éxito de aquella su primera misión. Ni siquiera en la victoria tenía pensado relajar la disciplina. Habían vencido por la gracia de Dios, y por aquel don mostrarían el debido agradecimiento.

También habían tenido éxito en la adquisición de suministros, armas y de algunos caballos turcos a los que darían buen uso en los

días venideros. No era la victoria grandiosa que había imaginado cuando había comenzado su viaje hacia Tierra Santa, pero de algún modo la realidad de aquel trabajo, el respeto que había visto en los ojos de los salvados, le habían conmovido más de lo que hubiera conseguido la batalla más ingente. Era real. Estaba sucediendo. El Señor le había llamado y él, Hugues de Payen, había respondido.

Antes de poder dirigirse a la capilla donde le esperaban los demás, un sirviente apareció en el umbral de su celda con la cabeza inclinada, esperando permiso para hablar.

–¿Sí? –dijo el noble con un tono más suave de lo habitual.

–Hay un hombre que quiere veros, señor –dijo rápidamente el muchacho–. Dice llamarse Pierre Cardin. Golpeó las puertas hasta que nos vimos obligados a abrirlas para acallararlo. Le he explicado que no queréis ser molestado, pero insiste. Señor... –El chico dudó unos instantes antes de continuar–. Está arrodillado en las escalinatas del templo, orando. No me responde cuando le hablo, y no creo que se marche hasta que se le permita dirigirse a vos.

De Payen dudó.

–Podrá esperar, pues –dijo al fin el caballero–. Ahora me reuniré con los demás en la capilla, como he prometido. No habrá nada más importante que Dios en los templos que controle. Dile, aunque no reconozca tus palabras, que si permanece allí cuando haya completado mi devoción lo veré.

El muchacho asintió y desapareció. De Payen salió inmediatamente con una sonrisa pensativa en su semblante normalmente serio y adusto. Un día que recordar, desde luego.

\* \* \*

Desde la distancia, Jeanne Le Duc observó cómo su compañero de muchos días, Pierre Cardin, se arrodillaba para rezar frente a la mezquita de al Aqsa. Le Duc sospechaba cuál era la intención del joven, y se sentía intrigado. Pensamientos similares rondaban por su propia cabeza, aunque dudaba seriamente que existiera semejanza alguna entre sus motivaciones y las de Cardin. De hecho, los dos eran totalmente diferentes.

De Payen y sus caballeros habían exhibido una fuerza y una disciplina que Le Duc no había visto nunca. No era un hombre que se rindiera fácilmente al control de los demás. De hecho, su viaje a Tierra Santa como mercenario para cuidar la caravana había sido un modo

de escapar de uno de esos intentos de obediencia estructurada. Aquella era la larga historia de su vida, su huida rebelde del poder de otros, pero de algún modo de Payen había sacado a la superficie emociones encontradas.

Aquellos caballeros eran diferentes. No parecían interesados en las riquezas, ni en las mujeres. No había habido otra motivación para salvar a los peregrinos que su fe y su deseo de servir, pero a pesar de ello habían sido disciplinados y despiadados. Había una cierta belleza en aquella unidad de propósito. Le Duc había encontrado un lugar vacío en su interior que gritaba por lo que había presenciado, aunque su mente le recordara que el precio personal por aquel servicio podía ser más de lo que pudiera soportar.

El sol se estaba poniendo, pero no había señal alguna de que Cardin fuera a abandonar el templo. Se arrodillaba en las escaleras como si no hubiera estado a punto de morir aquella misma mañana, como si la comida y el agua no le importaran nada. Le Duc sabía que el calor de la piedra tenía que estar destrozándole las rodillas, y que el aire tan cerca del suelo debía ser asfixiante. Aquella era toda una demostración de fuerza que nunca hubiera creído posible en Pierre. Era una expresión de compromiso que sabía que él nunca podría mantener, pero a pesar de todo su instinto le empujaba. Siempre había sido un extraño sin nadie a quien recurrir y sin nadie de quien responsabilizarse. A medida que las sombras crecían se dio cuenta de que llevaba tanto tiempo de pie viendo a Cardin que sus propias fuerzas se debilitaban. Se volvió para buscar apoyo, momento en el que vio al extraño observándole. Era la segunda vez aquel día que se sentía empequeñecido por el tamaño de otro hombre. Éste era alto y delgado, incluso enjuto, aunque en modo alguno aparentaba debilidad. De hecho, era el ser más singularmente poderoso que Le Duc había visto nunca, aunque solo su instinto creaba aquella opinión.

Ser parecía un término más apropiado que *hombre*, aunque el mercenario no sabría decir porqué.

—Jeanne Le Duc —le saludó el extraño hablando con lentitud, como si estuviera robando el nombre de su mente—. He venido a revelarte los secretos que buscas.

—¿Quién sois? —respondió secamente el otro. Estaba asustado, más cansado de lo que hubiera imaginado, pero conservaba la calma. Se había enfrentado a la muerte las veces suficientes como para no dejar que le arrebatara los nervios.

—¿Importa eso? —respondió el hombre dando un paso desde las

sombras.

–A mí sí –replicó Le Duc mientras se llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

–No hay necesidad de usar las armas, amigo. Mi nombre es Montrovant, y vengo a ti en nombre de Hugues de Payen y sus caballeros. Vengo a ofrecerte un lugar en su servicio.

–¿Y si no busco tal servicio? –respondió Le Duc

–No estaría aquí ante ti si no fuera así –dijo Montrovant con una voz poderosa y dominante–. Fui yo el que situó a de Payen en la senda que ahora recorre. Soy yo el que busca tu servicio, no él. Esta parte de nuestra conversación debe quedar entre nosotros. De Payen nunca debe saber de ella, pero siento en ti la fuerza para el servicio y el engaño que necesito.

Le Duc consideró lentamente las palabras de aquel hombre. Si ese Montrovant era realmente lo que decía ser, ¿por qué no iba a querer que de Payen supiera que estaba pidiendo los servicios de otro? ¿Por qué iba a preocuparse por las ideas de los demás? ¿Qué podría eso importar?

–¿Por qué no decirle directamente a de Payen lo que necesitáis? –preguntó.

–Hugues es un hombre muy devoto, como ya habrás notado –respondió Montrovant con una sonrisa–. No todo lo que hago tiene sentido para él, y no tengo tiempo para explicar todos y cada uno de mis planes. Eres un hombre de pensamiento rápido y acción aún más veloz. También siento que tu fe puede encontrarse en una dirección diferente a la de los caballeros.

Le Duc no respondió, pero a cada momento se sentía más intrigado. Al mismo tiempo, una extraño letargo comenzaba a adueñarse de sus miembros y sentía dificultades para concentrarse en los pensamientos de desconfianza que había albergado hacía un instante hacia aquel hombre. Se encontró asintiendo. Todo tenía sentido. Sus propios pensamientos habían sido expuestos, y sonaban mucho más lógicos que antes.

Se volvió repentinamente para observar el lugar en el que Cardin se arrodillaba frente a las puertas de la mezquita. El hombre seguía allí sin moverse, como si estuviera tallado en piedra.

Montrovant se movió para situarse a su lado.

–Ve con él, Jeanne, y espera igual que lo hace él. Yo me encargaré de que de Payen te acepte. Debes ganarte su confianza; yo no puedo hacer eso por ti, pero puedo asegurarme de que tengas tu

oportunidad. Una vez hayas sido aceptado volveré a hablar contigo. Hay cosas que busco. Las motivaciones de de Payen son del más alto orden, pero aquí operan fuerzas más poderosas todavía, y hay cosas que deben hacerse y que él nunca aprobaría. Necesitaré la ayuda de un agente desde el interior, un hombre que llame menos la atención que yo mismo.

Le Duc iba a responder. Las palabras se estaban formando y su lengua comenzó a moverse, pero de algún modo no emitió sonido alguno. Sintió unas manos fuertes apoyarse en sus hombros, acercándole a las sombras, pero se trataba de una sensación inconexa, como si observara a dos extraños a través de una ventana. Sintió un dolor agudo en la garganta y tuvo la sensación de que le robaban la vida lentamente. Al mismo tiempo notó el cambio en su mente, la reordenación de sus pensamientos. Una única palabra escapó de sus labios entre un suspiro: *Demonio*.

Cuando recuperó el sentido estaba arrodillado junto a Pierre Cardin, sudando enfebrecido y temblando cuando el frío de la noche llegó desde el desierto. Estaba débil, más de lo que nunca jamás se había sentido. Le habían robado la misma vida, pero luchaba contra las ataduras de la fatiga que su mente trataba de imponer. La puerta de madera no tardó mucho en abrirse con un crujido para permitirles la entrada. Cardin no dijo una sola palabra y Le Duc siguió su ejemplo.

Desde las sombras, Montrovant observaba. Asintiendo satisfecho, se perdió en la noche para que los acontecimientos se desarrollaran por su cuenta. Las tinieblas le engulleron.

## 8

De Payen no había ofrecido comida ni bebida a sus dos invitados. Esperó en silencio mientras eran llevados a sus aposentos con la mirada gacha. Ni siquiera les había ofrecido levantarse desde que se arrodillaran ante él al entrar. Una de las lecciones que debían aprender era que Dios era el único poder digno de adoración. Se quedó sumido en sus pensamientos y supo que si tenían la fuerza para resistir lo que les aguardaba, soportarían su silencio y el sufrimiento de la espera.

El problema en el que meditaba era muy profundo, y cualquier cosa que les dijera haría su decisión irrevocable. Se le había ordenado

que acudiera a la Ciudad Santa y se le había confiado la creación de la orden. El grupo debía estar compuesto por nueve hombres, ocho y él mismo. Ni Bernard ni Montrovant habían hecho mención alguna a cómo se aumentaría aquel número. Por otra parte, tenía órdenes de crear un ejército.

El Padre Bernard había sido el que había soñado con una hueste. Las palabras habían procedido de él, con toda seguridad. No había dicho nada sobre la procedencia de los guerreros, pero sí que Hugues debía ser un líder, no un seguidor.

Ahora de Payen se encontraba ante dos penitentes cuyas vidas había salvado horas antes. Los dos querían entrar en su servicio y luchar a su lado en nombre del Señor. No sabía de ellos más que sus nombres, pero era difícil dudar de su sinceridad. Después de tanto tiempo arrodillados sobre las piedras ardientes, el sudor de la fiebre y la palidez del hambre se marcaba en su piel; Le Duc en especial parecía pálido y famélico. Era difícil poner en cuestión su motivación o su fe.

Podían ser caballeros perfectos, pero aún así dudaba. Se trataba de un gran cambio, de uno que no podía ser revocado fácilmente. Una vez permitiera a aquellos dos entraren sus filas, ¿cómo negárselo a otros? ¿Debería negárselo a otros?

Se acercó hasta la ventana y observó el cielo estrellado, pero no halló en él respuesta alguna. Montrovant había estado extrañamente silencioso desde que regresara de la carretera, y el peso de la responsabilidad reposaba sobre sus hombros. Sin embargo, aquella carga le ayudó a tomar su decisión, que selló santiguándose con reverencia.

*Ahí está, pues, se susurró. Depende de mí y Dios es mi testigo. No veo motivo alguno para rechazarlos.*

–Sois bienvenidos aquí –dijo–. Vuestra fe es fuerte y os he privado largo tiempo de comida y reposo. El camino que me he impuesto no es sencillo ni para mí ni para los que me siguen. La guerra que libro es tan interminable como el propio tiempo, y el enemigo al que nos enfrentamos es la prueba definitiva de fuerza física y moral. Hay muchas cosas que debéis aprender antes de caminar libremente entre nosotros. Hablaremos de ellas en los días venideros y conversaréis con los otros. Descubriréis que nuestra orden es... exigente. Hay motivos para todo lo que hacemos, y en ello deberéis confiar en mí.

Vio que Cardin estaba temblando por el esfuerzo para mantener



su postura, lo que provocó que su expresión se suavizara.

Hizo un gesto hacia el umbral, donde aguardaban pacientes dos jóvenes sirvientes, y les dijo que entraran y que atendieran a los dos visitantes.

—Id con Phillip y Barnabás —dijo—. Os mostrarán dónde podéis lavaros y os darán algo de fruta, pan y vino. También os mostrarán vuestras celdas. Descubriréis que en este lugar no disponemos de comodidades, pero recordad que lo mismo que tenéis vosotros lo tengo yo. Ninguno de nosotros conoce el lujo. La pobreza es uno de nuestros votos, y considero que es el más importante para mantener la disciplina y la pureza del espíritu.

Ninguno de los dos hizo más que asentir con la cabeza. No podrían haber hecho otra cosa aunque hubieran querido. Le Duc se mantenía más firme que Cardin, aunque parecía el rostro mismo de la Muerte... en un mal día. Su piel era tan pálida que podría haber sido una aparición. Su fuerza de voluntad era increíble. El mercenario extendió una mano para calmar a Cardin, que le devolvió una mirada entre inquisidora y agradecida. *Una extraña pareja*, pensó Hugues para sí mismo.

Los dos se levantaron con la ayuda de los sirvientes y se dirigieron trastabillando hacia la puerta, ayudándose un poco con las paredes del pasillo. Le Duc era el que llamaba más la atención al noble. Poseía una fuerza especial que le convertía en algo más que otro caballero, aunque no podía determinar de qué se trataba. Pensó ligeramente en Montrovant, aunque éste era muy diferente.

Cuando de Payen y sus caballeros llegaron hasta la batalla aquel hombre peleaba ciegamente, como si estuviera poseído. Sin embargo, al contrario que un loco, conservaba su posición contra enemigos imbatibles. Hugues conocía aquel frenesí, aquella bruma rojiza que descendía y coloreaba el campo de batalla con un claroscuro escarlata de rojos y negros. También él portaba aquel peso. Hasta que Montrovant había cimentado la idea de que la violencia era una de las armas de Dios, había sido una carga que no podía reconciliar.

Hugues notaba que Le Duc sentía lo mismo, aunque de forma diferente. No veía la luz de Dios en los ojos de aquel hombre pequeño, pero sí un vacío que sería posible llenar. Aquella era una tarea que solo él podría realizar. Era importante. Le Duc era un verdadero guerrero ante el que muy pocos hombres podrían resistir. La pregunta era: ¿podría combatir su propia oscuridad? De Payen sabía que tendría numerosos problemas para conseguirlo. Cardin había hecho

una gran demostración, pero no mostraba la asombrosa tenacidad de su compañero. Él representaría un reto diferente. Una fuerza como la de Le Duc no sería fácil de doblegar, ni siquiera ante Dios. Se trataba de otro desafío, otro comienzo.

Volviéndose hacia la ventana, Hugues observó las estrellas. Se inclinó y agachó la cabeza, y a medida que la mezquita caía lentamente en el silencio comenzó a rezar.

\* \* \*

Montrovant dudaba. Había pensado en hablar con Hugues para dar su propia bendición a los dos nuevos caballeros, pero al ver al gigante arrodillarse para rezar se retiró, rodeando la muralla exterior como una sombra. Si el noble estaba preparado para asumir el yugo de la responsabilidad sobre sus hombros, que así fuera. De hecho, era una noticia perfecta. Montrovant tenía cosas más importantes en las que ocupar su tiempo.

Cambió sus sentidos y percibió el latido de todos los ocupantes del lugar, saboreando sus esencias a medida que recorría los muros de sus habitaciones. Buscaba a Le Duc, pero no pudo evitar detenerse en cada uno para saborear el aroma de la sangre caliente, en algunos casos impulsada por corazones tras la batalla y en otros atrapada en sueños que ni siquiera él podía robar de sus mentes. Saber que todo lo que había sucedido aquel día había sido parte de su plan era una sensación embriagadora, y aún quedaba mucho más por llegar.

Las piezas de su gran rompecabezas caían poco a poco en su lugar con una facilidad que nunca hubiera podido imaginar, lo que le animaba a la aventura. Era el tipo de humor que enojaba a Eugenio y que había estado a punto de costarle la vida eterna en más de una ocasión, pero no podía resistirse al hechizo de la luna. Recordó un dicho que había oído en vida: solo se vive una vez. Para él, era aquella segunda ocasión la que tenía todo el interés.

El aliento entrecortado de Le Duc llegó hasta sus oídos al tiempo que sus sentidos se concentraban en el familiar tacto de la sangre contra la sangre. No había tomado todo lo que aquel hombre podía ofrecer (lo que hubiera sido un desperdicio de buenos recursos), pero sí lo suficiente como para iniciar el proceso que atara a Le Duc a su voluntad. Quería un hombre dentro de la mezquita, pero uno que supiera a qué poder servía. La sangre del mercenario era una cadena invisible de la que Montrovant podía tirar en cualquier momento. Había

oído al nuevo caballero murmurar la palabra "demonio" mientras se alimentaba, y el recuerdo le hizo sonreír. No, no era un demonio, pero le intrigaba que alguien lo creyera así.

Lo que tenía pensado para aquella noche era sencillo. Empleando la habitación de Le Duc como entrada se introduciría en la mezquita. No había suficientes caballeros como para montar una verdadera guardia, y estaba bastante seguro de poder alcanzar los niveles inferiores del edificio sin ser detectado. Era la oportunidad perfecta para investigar a sus enemigos en su propio terreno.

Sentía curiosidad sobre el Padre Santos y sus seguidores, la suficiente como para arriesgarse a que le descubrieran. Eran las pocas veces que les había visto recorrer el templo lo que le había traído de vuelta hasta aquel lugar. Les rodeaba un aire de misterio imposible de ignorar, y el propio Santos hedía a la decadencia y el poder de la antigüedad. Estaba convencido de que no era un sacerdote.

Era la presencia de aquellos "guardianes" lo que había llevado a Montrovant a sus conclusiones sobre el Grial. Estaban protegiendo algo, algo lo suficientemente valioso como para que la Iglesia les permitiera estar allí, en la más santa de las ciudades, sin que el propio Patriarca de Jerusalén conociera su verdadero propósito. Había otras cosas que Daimbert desconocía o que no era capaz de saber. Aquel era el conocimiento que Montrovant buscaba.

No había muchos secretos o tesoros que merecieran tal protección, o un desprecio tan evidente por el protocolo y el canon. El vampiro había visto reliquias, los dedos y manos momificadas de santos, piedras supuestamente empleadas en la muerte de mártires, trozos de la cruz verdadera y agua bendita por santos hace mucho tiempo perdidos en la memoria. Todos aquellos objetos poseían poder, una energía pura y palpable que podía sentirse al entrar en su influencia. Aquella misma sensación impregnaba el aire de la mezquita, pero aumentada hasta niveles que Montrovant no había conocido nunca. Podía proceder de un gran artefacto o de varias reliquias menores, aunque poderosas. No sabía de qué se trataba, pero estaba dispuesto a averiguarlo.

Llegó hasta la ventana de Le Duc sin ser visto y se preparó para deslizarse dentro, cuando sintió que su mente era desviada en otra dirección. Gruñendo ante la distracción, giró la cabeza a un lado como un perro que hubiera captado un olor extraño. El antiguo le llamaba una vez más para acudir al desierto. Dudó por un momento. Él no

solía obedecer a los demás como un sirviente, y no era juicioso dejarse alejar de un curso trazado sin un buen motivo. Necesitaba reforzar el vínculo con Le Duc antes de que el caballero llegara a conclusiones equivocadas y dijera algo que pudiera resultar inconveniente.

Sin embargo, el viejo le había dado un santuario contra la luz del sol que él no podría haber encontrado por su cuenta, y por muy crípticas que fueran también le había ofrecido algunas respuestas. Si ignoraba aquella llamada era posible que perdiera al único aliado del que disponía en aquel extraño asunto, lo que podía ser un error fatal.

Con una mirada hacia la ventana, Montrovant se descolgó de la pared y aterrizó silencioso como un gato. La fachada de la mezquita desde la que había saltado daba a un callejón rodeado por muros verticales con pocas puertas. Había algunas ventanas dispersas, pero a aquellas horas no se veían muchas velas encendidas. No tardó más de un instante en asegurarse de que nadie le había detectado.

Sin más vacilaciones avanzó por la calle a buen paso, luchando contra el impulso de volar o de moverse a toda la velocidad de la que era capaz. No tenía sentido llamar la atención sobre él, especialmente cuando aquella misión podía requerir que en un momento dado hiciera pública su presencia. Ahora que había abandonado la seguridad del callejón era totalmente visible, y no todo Jerusalén estaba dormido. No tenía sentido convertirse en un relámpago, desaparecer y dejar testigos con la historia y la descripción de un espíritu nocturno que recorría la ciudad. Además, aunque una vez más respondía a la llamada de aquel anciano, no tenía prisa en llegar a su destino. Eso hubiera parecido demasiado obediente para sus gustos.

A pesar de todo, no tardó mucho en encontrar lo que buscaba. El ser se encontraba solo en el mismo límite del desierto, observando tranquilamente a Montrovant mientras éste se acercaba. Vestía la misma túnica blanca y la misma sonrisa triste y distante, pero en su expresión veía ahora más urgencia. Parecía preocupado de algún modo, y confuso.

—¿Me has llamado? —afirmó Montrovant. No se trataba de una pregunta.

—Eres precipitado —comenzó el antiguo, dándole la espalda y comenzando a alejarse de la ciudad. Montrovant ya había oído antes esas palabras de Eugenio y de otros, todos más viejos y "sabios" que él. No estaba de humor para más lecciones.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó siguiéndole por la arena—.

¿Por qué te involucras en mis asuntos?

–También eres arrogante –observó el antiguo–. Tus asuntos, como bien sabes, preocupan a muchos además de a ti. Cualquier cosa que hagas conducirá a tu descubrimiento, al mío o al de ambos; cualquier error que cometas comprometerá la seguridad de otros; claro que me interesa. Es especialmente importante que mantengamos nuestra presencia en secreto en un lugar tan devoto como éste. Ya has estado aquí antes, pero yo conozco el estado actual de la ciudad. Ni siquiera estoy seguro de poder sobrevivir a una caza de brujas como la que se produciría. Todos tenemos que dormir...

–¿De veras? –dijo Montrovant sin pararse a pensar. Algo en el tono de su compañero había parecido demasiado animoso.

El antiguo dudó por un momento, girando la cabeza para mirar por encima de su hombro.

–¿Qué más hay? Comer, dormir, soñar... alimentarse de nuevo. No hay fin, y como la Biblia nos enseña, no hay nada nuevo bajo el sol. Eso te incluye a ti, Salomón. Crees ser único y poderoso. Estoy aquí para decirte que por cada fuerza antigua y poderosa existe otra más antigua y más poderosa, y más sabia. Harías bien en atender esta advertencia y en tener más prudencia con lo que saques de ella.

–Los años no dan la sabiduría –respondió Montrovant–. Pueden proporcionar poder, o conocimiento, pero la sabiduría es una entidad propia.

–Por supuesto –dijo el otro con una profunda sonrisa–. Y tú has alcanzado el pináculo de tu sabiduría... Qué ingenuo he sido al no advertirlo. Tú, por supuesto, conoces todas las verdades y podrías instruirme en los secretos del mundo.

Montrovant quedó en silencio, pero sintió cómo la furia crecía en su interior.

–¿Qué es lo que quieres? –escupió al fin–. No me has llamado hasta el desierto para insultarme.

–Te he llamado al desierto para advertirte –respondió el hombre deteniéndose–, aunque insultarte no carece de atractivo. Estabas a punto de cometer un error, una equivocación que cometerás sin duda alguna a pesar de mis advertencias, pero quería que al menos lo hicieras con los dos ojos abiertos. Estabas a punto de entrar en la mezquita, y debo decirte que a pesar de tu poder, de tu habilidad y de tu sabiduría nunca hubieras conseguido salir de aquel lugar. No tienes idea del poder que te aguarda tras esos muros, y también desconoces el modo de combatirlo.

Montrovant se detuvo y observó a su compañero.

–¿De qué estás hablando? ¿Es Santos? ¿Es cierto? ¿Guarda entonces el Grial?

–Tantas preguntas y tan poca paciencia... Santos no es lo que parece, su fe es fuerte, pero encontrarás poca devoción en él, me temo. Posee poderes que ni siquiera yo alcanzo a comprender totalmente, poderes que le convierten en un enemigo poderoso para alguien como tú. Sus dioses no son los mismos que los de tu amigo de Payen; son mucho más antiguos y sé poco sobre ellos. No estoy seguro de los secretos que guardan, pero sí sé una cosa. Aunque sus seguidores han cambiado muchas veces a lo largo de los años, Santos lleva protegiendo esos túneles y catacumbas desde los días en los que el Nazareno recorrió estas mismas arenas. No sé cuánto tiempo llevaba ya entonces, pero sé lo que he visto. Puede ser padre, pero no sabría decir exactamente de qué.

–No es como tú... o como yo --respondió Montrovant, luchando por contener la arrogancia que sabía que había en su tono--. No es uno de los condenados y no es un morador del pozo del Wyrn. He estado lo bastante cerca como para sentirlo. No parece más que un hombre, pero sé que tampoco es así. ¿Qué es?

–Harías bien en recordar que de noche tú también pareces un hombre --respondió el antiguo--. Puedes aceptar mi consejo o ignorarlo. Sin embargo --dijo dudando--, no quiero verte fallar en tu misión. Santos y sus secuaces llevan demasiado tiempo amasando sus "tesoros". No estoy seguro de qué es lo que guardan, pero ha llegado el momento de devolverlo al mundo, de liberar los poderes que puedan provocar un cambio. Algo que descubrirás, Salomón --añadió casi pensativo--, es que el aburrimiento es tu mayor enemigo. Nunca dejes que a la vida le falte intriga, de un tipo o de otro, cuando hayas terminado. El cambio es lo único eterno, y si no fuera de este modo nada sería infinito.

–¿Qué debo hacer entonces? --preguntó Montrovant a regañadientes. Odiaba la idea de estar en deuda con aquel ser extraño y antiguo. Odiaba estar en deuda con nadie, y lo que más odiaba de todo era no saber cuál era el curso de acción apropiado.

–Debes hacer lo que harás, por supuesto --rió el hombre con un sonido mágico y agri dulce. Aquella risa atrapó las emociones de Montrovant y lo acercó a su hechizo. Vio visiones, palacios y templos, grandes ídolos de piedra y grupos de soldados con armaduras doradas sobre carros brillantes. Entonces su mirada se aclaró y se

encontró solo una vez más, maldiciendo a la oscuridad. Parecía que Santos no era el único con secretos que merecía la pena desear.

*Te reconocerá si vuelves a entrar en el templo, Salomón.*

*Conocerá tu nombre. Cuidado.*

La voz fluyó por su mente y se extendió por la arena que le rodeaba y por la brisa que hacía bailar su pelo sobre sus hombros. Montrovant se quedó muy quieto y se concentró, pero era incapaz de sentir a nadie. Estaba solo.

No sabía cuánto de lo que había oído era verdad o cuanto había sido fabricado en beneficio del extraño. A aquella criatura parecía gustarle el teatro, lo que quedaba patente en sus súbitas apariciones y desapariciones. Había algo cierto: las únicas palabras en las que podía confiar con seguridad eran que el aburrimiento era su enemigo. Si tenía aquello en cuenta, ¿cómo estaba siendo utilizado para hacer las cosas interesantes? ¿Lograría sobrevivir?

Si el anciano le quisiera muerto ya estaría durmiendo el sueño definitivo desde su primer encuentro. Había algo más, algo que Montrovant podía proporcionarle. Le preocupaba que aquel viejo conociera su nombre, no creía que se lo hubiera extraído de la mente, pues lo hubiera sentido aunque no hubiera podido evitarlo. Eso significaba que había obtenido la información de otro modo. ¿Dónde podrían haberse conocido en el pasado?

La frustración de ser controlado tan fácilmente explotó en una furia repentina. Regresó hacia la ciudad como un espíritu vengador, tan rápidamente que aquellos que lo vieran le hubieran confundido desde la cima de una montaña con la sombra de una lechuza. Se lanzó hacia delante sin preocuparse por lo que le esperaba y entonces sintió sangre caliente. Mucha sangre.

Se trataba de una de las patrullas de Baldwin, un grupo que con toda probabilidad debería haber sido capaz de ayudar a la caravana que de Payen había salvado. Eran siete, dos caballeros mayores, tres más jóvenes y dos pajes que les acompañaban. Regresaban por la carretera hacia Jerusalén cuando de Payen abandonaba la ciudad.

Montrovant cayó sobre ellos carente de todo pensamiento racional.

Antes de que supieran que estaban siendo atacados, dos de los caballeros jóvenes estaban inconscientes en el suelo y el vampiro sostenía con una mano a un tercero, uno de los mayores. Su cabello era canoso, pero sus brazos amenazaban con romper la bandas que rodeaban sus bíceps. Era robusto como un roble. Le echó hacia atrás

la cabeza y aulló en la oscuridad, destrozándole la garganta con un solo corte de sus colmillos y su hambre.

Sintió movimiento a su espalda y dejó caer al hombre justo a tiempo para que la espada se clavara en la carne de su prisionero. El arma se hundió profundamente, tanto que el caballero no pudo liberarla antes de que Montrovant saltara sobre él y le golpeará el brazo que la sostenía. El hueso y los tendones saltaron con un ruido enfermizo y el rostro del herido quedó súbitamente frente al del vampiro. Sonriendo feroz, Montrovant tiró del pelo hacia atrás y desgarró una segunda garganta, dejando que la sangre caliente empapara su túnica y fluyera por su cuello mientras bebía. Ignoró a los otros, cuyo terror presentía como algo casi sólido a su alrededor. Estaban tan asustados que no representaban amenaza alguna.

Los pajes gritaron, pero siguió ignorándolos. Montrovant sintió que el caballero restante y los dos jóvenes se habían repuesto de la sorpresa inicial lo suficiente como para recuperar el control de sus gargantas, y sabía que no tardarían mucho en poder emplear sus brazos y sus armas.

Saltó junto al joven caballero antes de que éste decidiera si huía o si desenvainaba su espada. No tuvo que llegar a decidir. Montrovant liberó su hoja de la vaina con facilidad y la giró tan rápidamente que la cabeza del muchacho saltó de sus hombros y rebotó a los pies del vampiro antes de que pudiera articular un segundo grito.

Los dos pajes habían conseguido volver sus monturas y galopaban aterrados hacia la ciudad. El vampiro les observó y dudó. ¿Les creerían? Habían estado patrullando y habían sido emboscados y asesinados, posiblemente por los turcos o por animales salvajes. Si comenzaban a circular por la ciudad rumores sobre un espíritu oscuro, que así fuera. Montrovant estaba cansado de ocultarse en las sombras. No era su estilo quedarse atrás a esperar mientras los demás actuaban, y los acontecimientos de aquella noche habían agotado su paciencia.

Su furia se apaciguó poco a poco y el sentido común le hizo adoptar el único curso lógico de acción: seguir y matar a los pajes antes de que alcanzaran el castillo de Baldwin. No lo hizo. Les dejó marchar. Les dejó que le temieran... Deberían hacerlo. Al final no importaba. Conseguiría lo que quería a pesar del antiguo, a pesar del "Padre" Santos, a pesar de todos.

Observó a los dos caballeros vivos a sus pies y sonrió. También servirían para alimentar los rumores. No era probable que ninguno de



los dos hubiera podido verle bien antes de quedar inconscientes. Sería interesante ver cómo eran sus historias comparadas con las de los pajes. Pensó por un instante en el consejo del antiguo sobre el mantenimiento del interés, y se preguntó si alguien de ojos tan expertos consideraría válido algo sencillo y mundano como aquello.

El amanecer se acercaba, y sin una sola mirada atrás volvió al cementerio para dormir. Cuando la oscuridad regresara vería a Le Duc y sus planes comenzarían a desarrollarse a toda prisa. Que alguien tratara de detenerle...

\* \* \*

Se ocultaban en las sombras tras Montrovant como susurros en el viento. Aguardaban lo suficientemente alejados como para no llamar su atención. Concentrado como estaba, saciado y arrogante, no prestó atención a lo que le rodeaba.

La oscuridad cambiaba y los pasos levantaban un polvo centenario en el camino. Profundos ojos rojos brillaban desde los barrancos y los callejones, observando la retirada de Montrovant. Miraban en silencio cómo el vampiro abría la tumba y volvía a situar la losa en su lugar. Todos se quedaron en sus posiciones.

Se produjo un leve murmullo, voces como el sonido de la arena sobre la piedra. Las sombras se congregaron alrededor de una figura solitaria, delimitada por la luz de la luna. Vestía las túnicas blancas de los penitentes y en sus ojos se reflejaba una tristeza infinita.

## 9

Los nuevos hombres encajaban bien. De Payen se había sentido preocupado por la tensión y las complicaciones de añadir extraños a sus órdenes, pero sus miedos se habían demostrado sin fundamento. Los dos habían sido aceptados por sus hombres, y pasados unos días no sería fácil para un extraño distinguirlos de aquellos que habían partido con él de Francia. Todos ellos eran peregrinos de un tipo u otro.

Le Duc era reservado y pasaba el tiempo en silencio, pero no se quejaba de los increíbles cambios que se habían producido en su vida. Más bien al contrario, la situación parecía haber sacado un nuevo

aspecto de su personalidad. Nunca faltaba a las misas y su práctica con las armas no tenía parangón entre sus hombres. Era un modelo de disciplina, y Hugues sabía que se debía al control interior, no a su liderazgo.

Cardin había encajado tan fácilmente que parecía que siempre hubiera estado allí. Aquel era el tipo de despertar que había buscado al partir en peregrinación, y no había dudado en aceptar las ventajas de la oportunidad que se le presentaba. Era estudioso, se podía confiar en él y tampoco se podía ignorar su habilidad con la espada. Hugues no podía haber elegido mejores hombres aunque hubiera vuelto a Francia a buscarlos.

Había dado un gran paso hacia el futuro, y la mente del noble no dejaba de pensar en las posibilidades, en las complicaciones que se presentaban frente a él.

Había nacido en alta cuna, pero nunca había estado destinado a gobernar. Había entregado su alma y su mente a Dios siendo muy joven; su cuerpo y la fuerza que el Señor le había concedido pertenecían a la espada. La Biblia estaba llena de historias sobre guerreros sagrados. De Payen había oído hablar a los sacerdotes de un Padre compasivo y cariñoso, de un ser espiritual de pureza y misericordia incomprensibles, y él lo había aceptado. Eso le daba grandes esperanzas al enfrentarse a tiempos de caos y a gobernantes impíos. Le permitía esperar que, aunque nunca llegara a gobernar las tierras de su familia o no fuera a estar jamás junto a un rey, podría dejar su huella en el mundo. Le permitía tener fe en que podría hacer algo digno de la aprobación de su padre. Siempre había sido un buen estudiante, pero no se limitaba a aprender de sus maestros. Aprendía por su cuenta, devoraba cualquier tratado sobre el que pudiera poner las manos encima y se dedicaba a ellos en cuerpo y alma. A su padre no le gustaba la idea de que su hijo leyera y escribiera, por lo que el aprendizaje había sido lento. Si no hubiera sido por la habilidad de Hugues con las armas y su amor por la batalla, le hubiera negado que siguiera estudiando.

La lectura le había permitido comprender una realidad más profunda y oscura. Su padre había sido un gran hombre en su tiempo, pero no conocía el mundo como era en realidad. Había temido a Dios tanto como cualquier otro, pero nunca había creído realmente en el mal. Hugues había encontrado esa maldad en las páginas de los libros más sagrados, y la había convertido en su enemiga jurada.

Se estaba desarrollando una guerra que se libraba desde el inicio

del propio tiempo, y el vencedor sería aquel que fuera más fuerte y vigilante. No ganaría la compasión, sino la espada. Hugues no recordaba a qué edad había comprendido aquella verdad, pero había sido hacía tanto tiempo que la lección estaba tallada en su mente.

Sabía que quería formar parte de aquella lucha. Quería ser la fuerza de Dios que pudiera borrar la mancha del mal de la tierra de una vez para siempre, y creía que sus capacidades físicas le habían sido concedidas con ese único propósito. Ya habría tiempo de sobra para el amor y la compasión cuando el verdadero Reino hubiera regresado a la Tierra.

Ahora el destino le miraba a la cara, y pretendía aferrado y hacerlo propio. En Jerusalén había otros hombres que responderían a su llamada si creyeran que existía una oportunidad. Algunos necesitaban la disciplina, la camaradería que su orden podía ofrecer. Existían numerosos caminos hacia la tierra prometida, pero siempre había sitio para uno más. Incluso algunos hombres de Baldwin comenzaban a mirar añorantes a Hugues y a sus caballeros cuando paseaban por la ciudad. Dios era un poderoso aliado.

Ni el Padre Bernard ni Montrovant habían puesto aquellas ideas en su mente, pero hasta entonces habían sido ellos los que habían dirigido sus acciones. La decisión de permitir nuevos conversos en su orden le había llegado gracias a la plegaria, y de manos de hombres a los que había salvado; los dos habían acudido a su servicio por propia voluntad y sin ningún plan propio. La suya era una causa noble, y no podía ocultársela egoístamente a los demás. Si iba a haber una guerra se dirigiría a ella al mando de un ejército.

Una vez decidido aquello, tenía que preparar sus planes. Sabía que no podía hacer demasiado en Jerusalén. Las fuerzas de Baldwin eran limitadas, uno de los motivos por los que de Payen y sus hombres habían sido aceptados tan rápidamente. Los turcos y sus nobles guerreros convergían desde todas partes y aún no existía un camino claro y seguro para los refuerzos que llegaban desde el desierto.

Necesitaban más hombres, y de Payen pensaba en el momento en el que pudiera llevar su causa hasta una autoridad mayor, hacia Bernard o puede que hasta el mismo Papa. Los ejércitos no se materializaban de la nada, y a menudo era necesario guiar a los justos como al ganado. Ni siquiera los Apóstoles habían sido perfectos en su fe. Necesitaría ayuda, muchísima ayuda, y eso significaba que la disciplina de la orden debía ser absoluta. Bernard era un gran orador y

las hazañas que él y sus hombres habían conseguido hasta ahora hablaban fuertemente en su favor, pero para ello tenía que regresar a Francia.

Había llamado a Phillip a su celda unos momentos antes, y el joven llegó y entró con un rollo de pergamino debajo de un brazo y la pluma y la tinta en las manos. Sus ojos brillaban con curiosidad e interés. Hugues sonrió. Incluso aquellos que le servían como pajes y sirvientes sentían la presencia del Señor. Podía notarlo en la velocidad con la que cumplían sus órdenes, órdenes que procedían de la fe, y no de la ganancia o el deseo personal de nadie. Aquella era su fuerza. Phillip era un muchacho delgado pero crecía rápidamente, y a pesar de su propensión hacia los libros y las letras comenzaba a ganar peso. Algún día sería un buen caballero, y Hugues no podía esperar al momento para comunicárselo.

–Quiero que escribas una carta por mí, Phillip –comenzó dando la espalda al joven y cogiéndose las manos por detrás–. He pasado largas horas estudiando, pero aunque se me ha concedido el don de leer la palabra de nuestro Señor no me resulta fácil formar mis propias ideas en el papel. Te envidio ese talento. –Sé volvió con la pasión derramándose por su mirada–. Necesito que me escuches, que tomes mis palabras y las deposites en ese pergamino. Es vital que se entienda la importancia de este mensaje. Deben ver lo que pienso hacer. Es importante que *crean* lo que les voy a contar.

Phillip asintió. Sintió un nudo formarse en su garganta, y en vez de arriesgarse a balbucir algo ininteligible depositó todo el material en la mesa y esperó en respetuoso silencio. De Payen observó mientras el muchacho realizaba aquellos gestos familiares. Esta vez era diferente. Había energía en el ambiente. Trató de tomar aquella energía e imbuirse con ella antes de empezar a hablar.

–Que la carta vaya dirigida al padre Bernard –dijo volviéndose una vez más para concentrarse en sus pensamientos–. Quiero llegar más allá, debo llegar mas allá, pero ese es el hombre que debe llevar mi mensaje hasta la Iglesia.

Phillip volvió a asentir e hizo una nota en el papel con una rápida fioritura.

–Al más reverenciado Padre Bernard –comenzó–. He comenzado la lucha por la Tierra Santa como me instruísteis y me inunda una sensación gloriosa. Se han salvado vidas y nuestro número aumenta. Alabado sea el Señor.

Había más. De Payen habló de su compromiso, de la necesidad

de elaborar un código escrito que los hombres pudieran usar como patrón en sus vidas. Había visto la disciplina en la abadía de Bernard y él quería lo mismo para sus hombres. Habló de la necesidad de refuerzos. La carretera hasta Jerusalén era larga y las intrigas y las batallas entre los musulmanes, el Patriarca, Baldwin y los demás nobles eran numerosas. La Cruzada había comenzado como algo maravilloso, pero su foco se había visto corrompido por la avaricia y el deseo de poder personal. En algún momento del camino los cruzados habían olvidado que el motivo de ocupar la Tierra Santa era devolvérsela a los seguidores del Dios Único.

Lo que Hugues quería era un ejército, y pretendía regresar personalmente para liderarlo en Tierra Santa. Podía entrenar a sus hombres para que mantuvieran la carretera hasta su regreso. Con o sin su liderazgo, podrían hacer grandes cosas por el monarca y por la ciudad. La única pregunta era: ¿lo comprendería el Santo Padre de Roma? ¿Sería capaz de ver la necesidad, el vacío desesperado que Hugues trataba de llenar? ¿Movilizaría a los justos o devolvería a de Payen a Jerusalén con una palmada en la espalda? Lo peor era la incertidumbre.

Phillip terminó sus notas, breves representaciones simbólicas que le recordarían las palabras de Hugues. Tenía poco pergamino para malgastar, pero no se atrevía a olvidar detalle alguno. Limpió la pluma y puso las manos sobre la mesa como si se fuera a levantar. Su meticulosa y equilibrada caligrafía llenaba todas las páginas que había traído con él, y tenía el ceño fruncido por la concentración. De Payen buscó su mirada y la mantuvo. El joven comprendió y volvió a sentarse.

—¿Has oído lo que tengo que decir? —preguntó lentamente Hugues—. Tú comprendes la verdad de mis palabras, la inmensidad de nuestra tarea... ¿Crees que atenderán?

Phillip no respondió inmediatamente. Apretó los labios para concentrar sus pensamientos. Al fin habló.

—Creo que creéis, señor, y oigo resonar vuestras palabras en mi corazón. Trataré de transmitir esa emoción a las palabras que escriba en vuestra carta. Creo que el Padre Bernard ya comprende, y conozco el poder increíble de su voz. Si el Santo Padre no atiende será porque se nos oculta algo... Y creo, puesto que me habéis preguntado como hombre, que es *vuestra* visión la que es cierta. Decís las palabras que deben ser dichas... Seréis escuchado.

Hugues había permanecido totalmente quieto mientras Phillip

hablaba. Su pregunta había sido principalmente retórica. No había pretendido que aquel joven reforzara su fe, pero eso era lo que había sucedido. El muchacho no era más que un sirviente, un chico delgado que apenas había salido de la pubertad, inmerso en palabras y papeles, en libros y filosofía. Por sus venas no corría la sangre de los guerreros, aunque no había perdido por completo el potencial. Carecía de instinto asesino. Nada de eso importaba en aquel momento.

Siempre había habido veces en la vida de Hugues en las que operaban fuerzas más allá de su comprensión; aquella era una. Phillip hablaba, pero Hugues oía la voz de un poder superior, una voz de profunda resonancia y energía cálida y familiar. Phillip decía la verdad, y la repentina liberación de la tensión era una maravilla merecedora de un ayuno de tres días. Nunca antes las palabras "la verdad os hará libres" habían significado tanto para él.

--Vete --dijo al fin--. Empieza esa carta y vuelve cuando hayas acabado para leer lo que has escrito. La enviaré delante de mí y seguiré nuestras palabras hasta el propio Santo Padre. Dejaré este lugar en las manos de Baldwin y de mis caballeros, pero regresaré al mando del mayor ejército de Dios que nunca haya existido.

Phillip asintió. La voz que le había guiado anteriormente había desaparecido, dejando a su paso a un muchacho tan asustado como devoto. Giró sobre sus talones y abandonó la estancia con el sonido del pergamino contra su ropa. De Payen esperó a que el muchacho se marchara y se volvió hacia la ventana.

Tantas responsabilidades. Tantas elecciones. No sabía si había hecho lo correcto, pero tenía la sensación de que así era, y siempre había confiado en su corazón. Cayó de rodillas con el mentón descansando sobre su pecho, dejando que la luz que ardía en su corazón inundara sus pensamientos. Ya habría tiempo de sobra para pensar en los días venideros. Por el momento pertenecía al Señor.

\* \* \*

A Montrovant no le preocupaba de Payen aquella noche. Pensó en dejarse caer solo para comprobar qué pasaba por la cabeza del hombre, pero la importancia de los demás asuntos era demasiado acuciante. No había venido a Jerusalén para supervisar el nacimiento de una orden militar, por muy responsable que fuera de su existencia. Hugues lo haría bien, y si Montrovant le necesitaba sería sencillo aparecer y dejar claros sus deseos.

De hecho, cuanto más se asociaba con los caballeros del templo más probabilidades había de que surgiera aquella pregunta. Montrovant era un experto ocultando su naturaleza, pero a lo largo del tiempo hasta los más sabios de su raza podían equivocarse. Era mejor ocuparse de sus asuntos y dejar que de Payen se encargara de los suyos. Tenía toda la autoridad para ir y venir cuando lo necesitara, y los caballeros eran la tapadera perfecta para sus actividades.

Por un breve instante pensó que podría estar subestimando a aquel noble. Daba su lealtad por hecha y confiaba en la total obediencia de sus hombres. El momento pasó rápidamente. Hugues no significaba nada para él, y si se distraía con aquellas cosas nunca alcanzaría sus objetivos. Ninguno de los caballeros podía hacerle frente; no merecían más que su desprecio.

El último encuentro de Montrovant con el antiguo en el desierto no había hecho más que convencerle de que sus sospechas eran correctas: lo que buscaba se encontraba bajo la mezquita, a la que no dejaba de ver como el templo que había sido en la antigüedad, grandioso e impresionante. Aquel santuario había recibido el nombre del propio Montrovant, lo que hacía el asunto aún más personal, aunque no debería haber sido así. Todo ello hacía que el nombre que Baldwin había asignado a la orden de Payen fuera más divertido y apropiado: *Los Caballeros Mendigos del Templo de Salomón*.

No dudó cuando llegó hasta el muro oscuro de la mezquita y empezó a escalar hacia el lugar en el que sabía que se encontraba el cuarto de Le Duc. La ventana estaba varios pisos sobre el nivel de la calle, pero Montrovant tardó meros segundos en llegar hasta ella. Se deslizaba sobre la superficie de piedra como una gigantesca araña.

Aquella noche no le preocupaban los encuentros con los guardias o la detección de Santos. Quería entrar, ver lo que pudiera y salir antes de que nadie se enterara, pero si era descubierto... bien, pobre de aquel que lo hiciera. No había nadie en las calles cercanas, pero se ocultó en las sombras antes de iniciar el ascenso.

Dudó al llegar a la ventana de Le Duc. Sintió algo a su espalda... una presencia además de la suya... varias presencias. Miró rápidamente por encima del hombro pero no vio nada. Devolvió su atención a la ventana y a la mezquita. Aquella vez nadie le interrumpiría. Aunque el anciano le llamara pretendía entrar. Había otros en la ciudad que podían estar interesados en vigilar y observar lo que podía conseguir, pero no les temía. Que vinieran a él si se atrevían.

Sintió la presencia de Le Duc antes de verla, y escuchó la respiración tranquila que indicaba que estaba dormido. Perfecto. Entraría, tomaría parte de lo que le correspondía por derecho y después le despertaría para descender juntos por los túneles bajo el templo. La sed de Montrovant estaba creciendo y golpeando los límites de su control, por lo que era aconsejable que bebiera algo, por poco que fuera. De ese modo sus sentidos se agudizarían.

Le Duc se agitó cuando el vampiro se acercó a él, pero no despertó. Montrovant puso una mano fuerte en la cabeza del hombre y acercó el cuello a sus labios. Sintió cómo su presa se tensaba y le vio abrir los ojos, pero era demasiado tarde para intentar siquiera protestar. Ya le había mordido y se había hecho con el control de su mente. Aunque tembló y se agitó en los fuertes brazos del vampiro, Le Duc no emitió sonido alguno.

Obligándose a dejar a su presa antes de lo que hubiera deseado, Montrovant volvió a depositar a su sirviente en el catre y se incorporó sobre él, observando. El hombre estaba pálido y tenía los ojos cerrados, y aunque la respiración sonaba débil era regular. El vínculo de sangre estaba tan cercano que aún podía sentir el pulso de Le Duc mientras el corazón no dejaba de bombear sangre por todo su cuerpo. Aquel sabor salado y cobrizo permanecía en su boca, por lo que saboreó el momento. Si el anciano tenía razón aquella sería su última cena.

Sonrió y se acercó al caballero para tomarle por los hombros e incorporarle.

—Jeanne —dijo suavemente—. Levántate. Esta noche tenemos trabajo que hacer.

El hombre abrió los ojos, pero éstos estaban perdidos, como si mirara más allá del rostro del vampiro. No comprendía. Entonces su expresión cambió de forma sutil y sus rasgos nerviosos recuperaron la danza habitual, evitando el contacto con Montrovant para tratar de orientarse.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó.

—Nos vamos en una pequeña aventura, Jeanne —explicó el vampiro—. Bajo este templo hay túneles y cámaras en los que se esconden cosas que quiero encontrar. Vas a venir conmigo. Yo tendré que concentrarme en mi búsqueda y necesitaré a alguien que me vigile la espalda y que esté atento al Padre Santos y a sus amigos.

Le Duc le miró con curiosidad y el vampiro comprendió que era posible que ni siquiera conociera la existencia del sacerdote. No



importaba. Cuanto menos supiera y sospechara mejor, aunque Montrovant pudiera controlarle fácilmente. Lo último que necesitaba era un esclavo recalcitrante. Pronto sabría de Santos y de sus secuaces si se los encontraban en los túneles.

–Vamos –dijo el vampiro extendiendo la mano para ayudarlo a incorporarse–. No dispongo de mucho tiempo antes de que tenga que dejarte.

Le Duc asintió y se puso en pie rápidamente, vistiéndose con una túnica y sus botas. Montrovant observó satisfecho que colgaba su espada bajo la túnica antes de señalar que ya estaba listo. No hubo explicaciones de lo que podrían encontrar abajo, e incluso el débil brazo de un mortal podía marcar la diferencia en una situación comprometida. Eso le daría unos instantes si necesitaba sacrificar a Le Duc para intentar escapar.

Montrovant envió al caballero por el pasillo delante de él. Aunque existía un estricto toque de queda, Le Duc levantaría menos sospechas en caso de ser detectado que el propio Montrovant. De Payen exigía una buena noche de descanso a todos y cada uno de los caballeros bajo su mando. Era su "responsabilidad sagrada" estar fuertes y preparados para la lucha en cualquier momento. Por una vez, en vez de reír entre dientes ante aquella idea Montrovant se sintió complacido. Eso significaba que casi todos los habitantes de la mezquita estarían dormidos, o meditando y orando. No era probable que le oyeran una vez superara la planta superior.

Le Duc se movía con precisión en la oscuridad y el vampiro marchaba detrás. Algo estaba sucediendo, algo para lo que no tenía explicación. Podía sentirlo como una poderosa emanación, una amenaza que surgía del suelo y que tanteaba las esquinas de su mente. Sintió un profundo y rítmico golpeteo en la piedra bajo sus pies y tuvo la extraña sensación de que se trataba de un latido, el latido del templo.

Se detuvo y apoyó las manos en las paredes para recuperar el equilibrio. Estaba divagando, y la repentina sensación de estar siendo engañado, de ser dirigido hacia una trampa, le sacudió como un martillo. ¿Qué era aquel maldito *golpeteo*? El anciano no había dicho nada sobre la naturaleza de los peligros a los que se enfrentaría en aquellos túneles. ¿Había sido un estúpido por ignorar aquellas advertencias?

–¿Qué ocurre? –susurró débilmente Le Duc mientras se volvía hacia Montrovant. Había miedo en su mirada, pero tras él vio el frío

cálculo de una serpiente. Observaba la debilidad en su nuevo maestro, un modo de liberarse de su posición. Había que vigilar muy de cerca de aquel hombre.

–No es nada –respondió–. Rápido, debemos llegar hasta abajo.

Le Duc le observó otro instante y asintió, volviéndose hacia las escaleras que conducían al laberinto inferior. Montrovant le vio tensarse y supo que los golpes habían alcanzado de algún modo su subconsciente. A medida que descendían habían pasado de ser una débil vibración a convertirse en un fuerte latido. Si su intensidad seguía aumentando despertaría a todo el monasterio, pensó el vampiro.

Siguieron descendiendo, apretándose contra la pared de piedra de las escaleras. No había señal alguna de vida allí abajo salvo aquel sonido, y cuanto más se acercaban más le costaba concentrarse a Montrovant. Las sombras surgían en los límites de su visión para burlarse de él, y sus pensamientos parecían dispuestos a perder coherencia, a pesar de sus intentos por controlarlos.

Le Duc no parecía sentir tan fuertemente los efectos del sonido, pero estaba claro que también él había sido mesmerizado por su poder. No estaba acostumbrado a asaltos sobrenaturales, y sus defensas no eran tan fuertes. Desde abajo comenzó a llegar un brillo verde y enfermizo, una luminiscencia de malevolencia viva y poderosa.

Montrovant volvió a detenerse. El sonido había cambiado, o su percepción se había agudizado. Ya no era un golpeteo, sino una serie de palabras guturales pronunciadas con una fuerza increíble. Se sintió atraído por el ritmo, arrastrado por el cántico mientras trataba en vano de comprender su significado. Eran nombres, algunos angelicales y otros que nunca había oído, pero todos ellos devolvían inmediatamente imágenes a su memoria, impresiones tan vividas que sentía cómo sus miembros se debilitaban.

Se apretó cuanto pudo contra la piedra y concentró su voluntad. Aquello no iba a suceder. No iba a permitir que le dirigieran como a un animal. Se liberó de los tentáculos de aquel sonido, agarró a Le Duc repentinamente de la muñeca y lo giró para encararse con él. Llevó sus labios rápidamente hacia la garganta del hombre. Los colmillos perforaron la carne por segunda vez aquella noche y extrajo la sangre necesaria para sostenerse, para liberarse del poder de aquellos extraños cánticos.

Se produjo un cambio en la música y Montrovant supo que habían sentido su presencia. Agarró a Le Duc del brazo, giró y comenzó a

subir con decisión las escaleras. El repentino ataque y la pérdida de más sangre habían minado las fuerzas del mortal.

Montrovant maldijo por el retraso que le suponía el caballero, pero seguía necesitando a alguien en el interior de la mezquita y no podía dejar que Santos descubriera a Le Duc. Ya sabía demasiado. Era todo o nada, la salvación o la destrucción. Montrovant se lo cargó al hombro y corrió peldaños arriba, llegando al nivel superior con tres rápidos saltos. Se deslizó ágilmente por el pasillo que conducía a la celda de Le Duc sin oír nada a su espalda, aunque podía sentir la energía malévola que impregnaba los niveles inferiores y que ascendía lentamente. Sabía que tras aquel poder se ocultaba una inteligencia oscura, y sabía que le estaba buscando.

Se detuvo y se ocultó en un nicho en las sombras al tiempo que tapaba la boca al mortal para que no emitiera sonido alguno. No podía arriesgarse a ser descubierto por de Payen o por alguno de sus hombres, pues entonces Le Duc dejaría de serle útil. Esperó durante lo que pareció una eternidad, pero no se abrió ninguna puerta ni oyó pasos.

Salió de las sombras y se dirigió rápidamente hacia la puerta del caballero, abriéndola con la mano libre y arrastrando dentro al hombre. Depositó su carga sobre el catre junto a la pared y se volvió hacia la entrada, concentrándose.

La esencia que le había seguido había desaparecido. Las piedras del templo estaban silenciosas como una tumba. No había vibración, ni luz enfermiza. Nada.

—¿Qué ocurre, señor? —croó Le Duc desde su cama—. ¿Qué ha sucedido?

Girándose hacia su sirviente, Montrovant frunció el ceño.

—No estoy seguro —dijo al fin—. Una cosa sé: me esperaban.

—¿Quiénes son? —El mortal estaba recuperando la fuerza y su mirada denotaba curiosidad. El vampiro supo que estaba buscando una debilidad, aun después de lo que había sucedido. Trataba de dar con alguna ventaja que poder utilizar. Se maravilló ante la resistencia y el coraje de aquel hombre.

—Ojalá lo supiera —respondió—. Necesito saber lo que hacen y lo que protegen. No queda mucho tiempo.

—Iré yo —respondió Le Duc—. Os sintieron a vos, no creo que sepan de mí.

La expresión de Montrovant se hizo aún más grave. ¿Era posible que Le Duc tuviera razón? En ese caso, aún podía haber esperanzas.

Sabía que aquello que había experimentado iba dirigido contra él, pero no recordaba nada que indicara una reacción a la presencia del caballero.

–Ten cuidado, Jeanne –dijo al fin–. Descubre lo que puedas, pero no asumas riesgos. Pueden emplearte para dar conmigo, y eso sería un lamentable error. Un error tanto para ellos como para ti. ¿Comprendes?

Le Duc no dijo nada, pero asintió de forma casi imperceptible.

–También debes vigilar a de Payen --siguió el vampiro--. No querrá que te asocies con el Padre Santos y tampoco le gustará la idea de que hagas nada por tu cuenta. Para él lo más importante es la disciplina. Tú presencia aquí me es demasiado importante como para arriesgarla en un movimiento descuidado. Hay tiempo suficiente para ser precavido. Úsalo en tu propio beneficio.

–Descubriréis que no soy un hombre descuidado, señor --añadió Le Duc.

Montrovant le observó durante un tiempo, tratando de leer las emociones que ocultaban aquellas palabras. Sabía que podía invadir sus pensamientos y alterarlos, pero algo se lo impedía. Le gustaba el espíritu de ese hombre.

–Entonces te veré pronto --respondió dirigiéndose hacia la ventana.

Sin más palabras se arrojó hacia la noche. Sintió la mirada de Le Duc a su espalda observando su desaparición. La sensación fue como la de dos afiladas dagas de hielo clavándose entre sus hombros.

Antes de llegar al suelo sintió a aquellos que le habían observado entrar en la mezquita. Cuando se registraron en su mente ya era demasiado tarde como para esquivarlos. Las sombras ahogaron la luz de la luna y algo frío y poderoso aferró su mente. Trató de luchar y de gritar pidiendo ayuda, pero fue incapaz. La oscuridad lo envolvió y la noche recuperó el silencio mientras él caía en una eterna espiral hacia la inconsciencia.

Montrovant despertó al sentir un débil ruido, y la primera impresión que acudió a su mente fue la de una enorme bandada de murciélagos. Estaba oscuro y le rodeaba la agradable sensación de

estar protegido por gruesos muros de piedra. Estuviera donde estuviese, al menos se encontraba a salvo de los rayos del sol. Se quedó tumbado unos instantes para orientarse. No quería que quien le había llevado hasta allí supiera que estaba consciente hasta que él decidiera el momento. Casi se puso en pie de un salto al oír hablar al antiguo.

–No me escuchas, Salomón.

Incorporándose, el vampiro miró rápidamente a su alrededor. Estaba sentado en una pequeña caverna tallada en el centro de una montaña o una colina. Podía sentir el peso de la piedra sobre ellos. No estaban solos. Había otros a su alrededor, un gran círculo de ojos rojizos y dientes amarillos. Nosferatu. Sabía que no podían ser del clan del antiguo, pero parecía evidente que habían llegado a algún tipo de trato.

De momento parecía que no corría peligro, a pesar del modo en el que había sido llevado hasta allí. Montrovant se giró para encontrar los ojos del anciano, ignorando a los demás por el momento.

–He regresado a Jerusalén por un motivo, como bien sabes –respondió–. He visto cosas que me llevan a creer que puedo tener éxito donde los demás han fracasado. Aseguras que quieres ayudarme, pero no proporcionas más que acertijos y advertencias. Con una ayuda así no tuve más remedio que actuar como lo hice. Mi conocimiento sobre Santos y sus poderes es limitado.

–Siempre hay opciones –rió el antiguo. Sus ojos brillaban en la oscuridad, iluminados por una luz interior–. El problema no es que no haya opciones, sino que te niegas a ver cualquier otra que no conduzca por el camino que has decidido tomar. Ya has planeado el resultado de toda esta aventura y no tienes modo de saber si has elegido de forma alocada. Estás tan obsesionado con ese *grial* que buscas que te ciegas al mundo que te rodea. Hay señales que indican casi todos los peligros si sabes mirar. Esta búsqueda te ha arrebatado el sentido, y será tu perdición si sigues como has empezado. La noche pasada estuvo a punto de ser la última sobre la tierra.

–¿Quién es? –preguntó Montrovant cambiando de tema. Había decidido no preguntar cómo sabía lo que había hecho la noche pasada. Bastaba con saber que así era.

»Santos –preguntó–. ¿Quién... qué es realmente? Nunca había sentido un poder como aquel en alguien que no estuviera condenado como yo. Existía una fuerza tras aquellas voces, tras su cántico. Sacudía las mismas piedras del templo, pero parecía hablarme solo a

mí.

–Santos es la herramienta de un antiguo mal –respondió al antiguo–. Yo mismo sentí el toque de ese poder, hace mucho tiempo. No es alguien con el que se deba jugar, y si se puede decir algo de él es que es aún más obsesivo en su misión que tú. Por supuesto, esa es también su principal debilidad. No es el poder de la noche, sino el de las palabras y la forma. Y no me tiene a mí para señalar sus errores...

–Es un guardián –dijo rápidamente Montrovant–. Lo he sentido. Pero, ¿guarda lo que yo creo que guarda?

–Es un guardián, sí, pero no llegas a comprender todo lo que eso significa. No estoy seguro de que estés listo para tanto. Santos cree realmente que lo que hace es lo correcto. Fue creado con ese propósito y es bien capaz de cumplir con los cometidos de su cargo.

–Estoy preparado para cualquier cosa que quieras compartir conmigo, anciano –dijo Montrovant–. ¿Quién eres? –añadió–. Hablas de esos otros como si los conocieras desde hace mucho tiempo. Has mencionado a mi sire, Eugenio, por su verdadero nombre, pero aún no me has dicho el tuyo. Me desagrada tratar con aquellos que ocultan su naturaleza. ¿Cómo debo llamarte y qué es lo que te juegas en todo esto?

–No me juego nada en esta época salvo el entretenimiento –fue su rápida respuesta–. No tengo otro objetivo que llenar mis días de motivos para continuar hasta días posteriores. Lo comprenderías si hubieras vivido tantas vidas como yo. El aburrimiento y la entropía son los mayores enemigos a los que nos enfrentamos. Me considero un experto en la diversión.

Dudó por un momento y luego continuó.

»Espero seguir vivo para discutir de esto contigo dentro de un par de siglos. No dudo de que para entonces alguien como tú tendrá todo tipo de historias interesantes que contar. Ese es uno de los motivos por los que me molesto en explicarme.

–Tu nombre –insistió Montrovant.

–No tengo ninguno que sea cierto –respondió el antiguo con una repentina seriedad–, y a ti te convendría aprender a proteger mucho mejor el tuyo. Es el poder de tu nombre el que casi representó tu perdición en el templo, y Santos no es el único poder del mundo que puede hacer uso de él. Todas las lenguas emanan de una única fuente, y en la base de las cosas están sus nombres verdaderos. Igual que tu esencia, tu nombre forma parte íntima de ti mismo. Hay una

gran fuerza en el conocimiento de estos nombres y en el de la lengua de la que surgieron. Santos, como se hace llamar ahora, conoce el uso de este poder. Puede que sea el más hábil en esta disciplina que aún recorra la tierra.

–Tú conoces el mío y no lo has usado para controlarme  
--respondió Montrovant.

–No necesito tu nombre, Salomón, como bien sabes. Si Eugenio estuviera aquí sucedería lo mismo con él. Él es viejo, pero yo lo soy más. Para mí no eres más que un chiquillo, en muchos aspectos. Tú y yo tenemos nuestro propio estilo, y no es el de la mística.

Montrovant se quedó en silencio, expectante. Sabía que iba a escuchar más cosas, pero no conocía las preguntas adecuadas para obtener una respuesta útil. El anciano era más irritante que un mortal.

–Algunos me llaman Kli Kodesh --dijo al fin. La mente de Montrovant se puso a funcionar a toda velocidad. Había oído ese nombre expresado con miedo, desprecio y maravilla desde los primeros días de su Abrazo. Eugenio le había contado muchas historias sobre aquel vampiro antes de que el monasterio le reclamara, antes de que el propio Montrovant recorriera el mundo por su cuenta.

–Kli Kodesh --susurró--. Debería haberlo sabido. Si alguien me debía encontrar aquí tenías que ser tú. Creía que hacía mucho que habías desaparecido de la tierra, por el modo en el que Eugenio hablaba de ti.

–¿Has oído ese nombre? --dijo Kli Kodesh con una sonrisa malévola--. Pensé que Gino me recordaría. La última vez que le vi me habló de ti, y desde entonces esperaba el momento de nuestro primer encuentro.

–También me habló de ti --respondió Montrovant, preguntándose por la cómoda intimidad con la que aquella vieja criatura pronunciaba el nombre de su sire. Midiendo sus pensamientos, continuó--. Te consideraba un lunático de gran poder. Decía que tu mente estaba llena de visiones, de mundos de fantasía y de seres que nunca habían existido. Me dijo que hablaste con Cristo, y que tu simple locura habría hecho que te convirtieras en polvo.

La expresión de Kli Kodesh se hizo distante y una sonrisa pensativa sustituyó a la mueca anterior.

–Sí --dijo al fin--. Todas esas cosas serían una descripción adecuada, supongo, dado que surgen de historias incompletas y leyendas. Todo excepto lo del polvo, por supuesto. Te aseguro que a este viejo cuerpo le quedan por delante algunos años más de

diversión.

–¿Es cierto? –preguntó directamente Montrovant, que no quería caer en una discusión sobre cosas que no le importaban en absoluto.

–¿Si es cierto el qué? –dijo volviéndose hacia él el antiguo, sorprendido por la pregunta.

–Si hablaste con Cristo –respondió Montrovant casi con impaciencia. Para ser tan antiguo, aquel vampiro apenas parecía consciente de lo que le rodeaba. En un humano es lo que se esperaría de un anciano, pero entre los condenados la edad traía el poder.

–Por supuesto. ¿Acaso te dijo tu sire lo contrario? Y no solo hablamos. Viajé con él y compartimos el pan y las plegarias, y lo amé. Pero nada de eso es de tu incumbencia. Te olvidas, Salomón, pero te perdono. Aquellos fueron tiempos interesantes. Un día en el que tu "búsqueda" no te llame con tanta fuerza y tengamos algunos años para charlar, te hablaré sobre él.

Montrovant se reclinó, sorprendido. Sabía que Kli Kodesh era antiguo, por nunca hubiera pensado que *tanto*. Había creído que todas aquellas historias no eran más que las fabulaciones de un poderoso loco, pero en la presencia de aquel vampiro tenía dificultades para creerlo.

Había algo oculto en Kli Kodesh, algo extraño, pero no se trataba del toque de la locura. Aunque todo lo que había oído sobre él fuera cierto, parecía que se exageraba sobre su enajenación. Se subestimaban su edad y su poder. Montrovant descubrió que aquel viejo bufón le gustaba más de lo que había esperado. Había mucho de que hablar sobre sus opiniones acerca del entretenimiento, y pensó que Eugenio debería haber oído con más atención aquellas palabras.

–Buscaste el grial –dijo Montrovant, al mismo tiempo dubitativo y acusador–. Las historias sobre tu búsqueda fueron la inspiración que me ha traído aquí.

–He hecho muchísimas cosas estúpidas –respondió Kli Kodesh–. Aquella fue una de ellas. Busqué un poder que, ahora entiendo, se encuentra en mi propia mente. No había necesidad alguna de aquel símbolo, una simple copa, para darle vida. Creía que un trozo de algo que había sido importante para mí en mis días de sol me traerían a esta segunda vida todo lo que había buscado. Lo que descubrí fue que había perdido el tiempo buscando historias de niños. Decidí que no iba a malgastar mi segunda oportunidad en la eternidad tan a la ligera.

–Hablas con enigmas –dijo Montrovant–. ¿Hallaste el grial? Si no es así, ¿cómo has llegado a esas conclusiones, y qué hiciste al



respecto?

–Encontré lo que buscaba.

–El Padre Santos guarda algo de gran poder e importancia bajo el templo –dijo iracundo Montrovant–. Si no es el Grial y no *hay* grial, ¿qué hay en aquellas cavernas?

–No lo sé –respondió simplemente Kli Kodesh–. Intenté entrar en aquel lugar igual que has hecho tú, y obtuve resultados similares. Yo era demasiado poderoso para que me controlara, pero no conseguí acceder. Decidí que la continuación de mi existencia era más importante que las respuestas que pudiera encontrar una vez dentro. Ahora descubro que me puedo entretener un tiempo renovando esa búsqueda.

–Abandonaste. –Montrovant sabía que el veneno en su voz era un error y que el otro podía terminar con su existencia con la misma facilidad con la que él apagaría una vela, pero no podía evitarlo. Le disgustaba que alguien pudiera acercarse tanto a aquel poder y que lo abandonara por miedo.

–Así es.

–Yo no soy dado a abandonar –siguió Montrovant–. Tengo un objetivo, un propósito que me motiva de un anochecer a otro. ¿Qué es lo que te mueve a ti, viejo? ¿Qué es lo que te queda si has abandonado tus sueños?

Kli Kodesh rió, y aquel sonido heló a Montrovant hasta los huesos. Poniéndose en pie repentinamente y bailando en un estrecho círculo, el loco le sonrió. Su rostro parecía más una calavera que otra cosa, y su mirada era tan lejana y vacía que en sus profundidades giraban las estrellas. Montrovant apartó la vista de aquella trampa.

–Tan joven y tan seguro de ti mismo –cacareó Kli Kodesh. La repentina imprevisibilidad de su comportamiento puso nervioso al joven. Quizá Eugenio no hubiera andado tan desencaminado.

»Crees que un símbolo de Cristo puede otorgarte poder, pero estás totalmente equivocado. ¿Supones de verdad que Jesús fue el ser más poderoso de su época? ¿No comprendes que su conocimiento procedía de otros, que otros verdaderamente antiguos hollaron la tierra mucho antes de su nacimiento? ¿Dejaron su magia en una copa para que tú te la bebieras? ¿Desaparecieron por completo, o fue Cristo el que huyó? Yo caminé junto a él, Salomón, y aprendí de él. Su poder era grande y su sacrificio fue auténtico. Puedes creer en su divinidad si te apetece, o no. No hay diferencia, pero su poder no procedía de las reliquias o de la oración. Procedía de

su propia mente, de su esencia. Buscas el poder y aseguras que deseas sacrificarte por tu sire, por tu clan. No sacrificas nada. No lo haces con sinceridad, sino con avaricia. Es tu propio bien el que buscas, y es por eso por lo que no hallarás nada. Ese es el secreto que perdí y que volví a encontrar durante mi tiempo en los caminos. Busqué el grial y vi la copa cuando se la entregaron, vi el vino vertido en sus profundidades y oí aquellas palabras en las que pones tanta importancia. "Bebed, pues ésta es mi sangre" es una cita casi literal, a pesar de lo impreciso de los Evangelios. Muchas cosas sucedieron en aquel camino, Salomón. Se produjeron milagros que no volverán a repetirse, pero eran generados por un hombre, no por una reliquia. ¿Crees que estoy siendo simbólico y profundo? Me habló a *mí*, Salomón. Ofreció, y yo recibí. "Bebe, pues ésta es mi sangre", dijo, y lo hice. Recorrí los caminos con él, pero yo ya era viejo cuando su padre aún era joven. No imaginas el sabor de su sangre, Salomón. No podrías comprender lo que trajo a mi mente.

Montrovant se puso en pie para dirigirse contra el muro, pero en ese momento fue consciente una vez más de los otros. Oyó siseos y voces silbantes, y el leve toque de pensamientos insanos e ininteligibles resonó en las barreras que rodeaban su mente. Eran servidores atrapados tan profundamente en la locura de Kli Kodesh que habían creado una realidad propia que él apenas lograba resistir. Era como un remolino que le atraía. Podía sentir que no estaban locos, pero en aquel instante la realidad había cambiado.

—Veo que Eugenio no erraba tanto al hablarme sobre ti —dijo, esperando que aquellas palabras fueran las últimas—. ¿Es este el fin, pues? ¿Me has traído aquí solo para entretenerme unos momentos antes de entregarme a tus monstruos? No veo mucho interés en estos juegos tan triviales enfrentados a la eternidad.

Los rasgos de Kli Kodesh cambiaron mágicamente de vuelta a la expresión serena y contemplativa que Montrovant había visto la primera vez; dio un paso hacia delante con la mano extendida. La transformación había sido tan rápida y tan falsa en su semblante de normalidad que el joven vampiro no pudo reprimir un escalofrío.

—Lo siento. A veces olvido... cosas. Te traje aquí para explicarme, y me temo que pueda haberte confundido más todavía. Tengo ese efecto sobre los demás.

—No hay confusión aquí, salvo la de tu propia mente, Kli Kodesh. No hablas más que locuras. ¿Deseas ahora que crea que bebiste la misma sangre de Cristo? ¿Cómo es eso posible? ¿Cómo es que no

fuiste transformado por ella?

–Lo fui –fue la sencilla respuesta–. Camino a la luz del día... mi sed está saciada. Te digo esto, mas sé que no lo creerás. No me he alimentado de la sangre de un mortal desde que Cristo caminó sobre la tierra, y aun así perduro. No hay hambre, solo la eterna espera hasta Su regreso. Eso y mi nueva búsqueda, la búsqueda de aquello que pueda mantener mi cordura. Diversión. Por esto te doy las gracias, y por ello has conservado tu vida.

–Si fueras tan viejo como dices, tan poderoso –dijo Montrovant dando un paso dubitativo hacia delante–, cuéntame el secreto de Santos. Debes saber cómo llegar hasta esas cámaras.

–¿No te dije que hay poderes más antiguos y poderosos que Cristo, cuya sangre buscas? Santos fue creado hace mucho, antes de que nadie al que hayas conocido hubiera nacido, muerto o caminado entre las sombras. Fue creado por un anciano cuyo nombre, he averiguado, fue Hermes. No es el primero en usar tal nombre, desde luego, y no hay duda de que no es verdadero, pero te da un punto en el que concentrarte: Egipto.

–¿Egipto? –protestó Montrovant–. ¿Cómo me ayuda saber que Santos es egipcio?

Kli Kodesh parecía impacientarse, y su mirada volvía a bailar agitada.

–Tienes que *escuchar*, Salomón. Te proporcionaré las llaves, pero eres tú el que debe desentrañar las cerraduras. Debes buscar su nombre. El poder para derrotarlo, el poder para entrar en esas cámaras, se encuentra en la sencilla palabra que se le asignó tras su nacimiento.

–¿Tú lo conoces? –preguntó excitado Montrovant.

–Es posible, pero no relevante –sonrió Kli Kodesh–. La diversión está en tu búsqueda, no en la ayuda que pueda proporcionarte. Debes dar con tus propias respuestas. Conténtate con que haya decidido no entorpecer tus progresos.

Montrovant quedó en silencio. No podía sacarle respuestas a Kli Kodesh, y no estaba nada seguro de que la aparente estabilidad del viejo se mantuviera mucho tiempo.

–¿Soy libre para marchar, pues? –preguntó suavemente.

–Puedes hacerlo si lo deseas –respondió el loco casi distraído–. Sin embargo, creo que lo encontrarás incómodo.

–¿Incómodo?

–Es de día, Salomón –dijo Kli Kodesh–. He estado hurtándote

ese conocimiento, dándote la energía necesaria para continuar nuestra conversación. Sabía que no aceptarías la verdad de mis palabras, así que traté de darte una pequeña prueba. Ya ves que a mí no me afecta. Este lugar es seguro, y eres bienvenido para dormir en él bajo la montaña. Cuidaremos de ti hasta la puesta del sol.

Montrovant sintió que Kli Kodesh decía la verdad. El aletargamiento le golpeó con fuerza inusitada, casi haciéndole caer de rodillas. Sintió la llamada de la tierra, y aunque luchó por permanecer alerta el sopor se apoderó de sus miembros y cayó suavemente de espaldas. Logró mantener abiertos los ojos lo suficiente como para ver a Kli Kodesh sobre él, mirándolo. Era incapaz de moverse. ¿Otro de los poderes del loco?

Los demás bailaban dementes en las sombras a su alrededor, agitándose en los límites de su percepción como una bandada de enormes murciélagos. Kli Kodesh era poderoso, sí, y podía mantenerlos a todos alejados del sueño diurno. O quizá los alimentara con su propia sangre. Quizá compartieran su locura.

–Duerme bien, Salomón. –Las palabras se derramaban entre sus pensamientos–. Descansa. Necesitarás tu fuerza para lo que vendrá. Busca los libros en el templo. Descubrirás lo que buscas dentro de los salones de Baldwin.

La negrura se alzó para consumirle y el lugar comenzó a girar, dejándole solo y aislado.

Así se encontró al despertar. Se dirigió por un túnel lateral ascendente, y al salir a la superficie del desierto pudo ver el fulgor distante de las estrellas en el cielo.

Kli Kodesh y sus secuaces Nosferatu habían desaparecido. En las piedras se conservaba un leve rastro de su presencia, pero Montrovant estaba solo, pensativo.

Sacudió la cabeza y maldijo en silencio a la noche. Primero se había enfrentado con poderes que no podía comprender y ahora se veía obligado a combatir a esas fuerzas con las palabras de un loco como guía. Quizá Eugenio tuviera razón. Quizá fuera un estúpido.

Con un salto repentino se alzó hacia los cielos y provocó la transformación familiar, dolorosa y cómoda al mismo tiempo. Necesitaba regresar a la ciudad para alimentarse y planear. Se fundió con la negrura y se convirtió en una sombra contra la luna. Abajo, sobre un montículo de piedra y arena, Kli Kodesh observaba sonriente. La diversión no había hecho más que comenzar.

Le Duc no consiguió conciliar el sueño ni un momento después de la espectacular salida de Montrovant por el balcón. Su mente era un torbellino. El miedo batallaba con la codicia, el deseo con la primera lealtad que había entrado jamás en su mente. ¿Era la lealtad un factor, acaso? Parecía que podía ser controlado lo quisiera él o no. Apenas podía considerar aquello una elección.

No era ningún idiota. Montrovant era el ser más poderoso que había conocido nunca. A pesar del frío miedo que le inundaba cuando su imaginación jugaba con el futuro, aquel poder le atraía. Jeanne siempre había buscado en cierto modo la muerte. ¿Quién era él para quejarse entonces cuando su deseo se hacía realidad? Si aquel ser quería asociarse con Le Duc no existía problema alguno.

Había habido muy escasas alianzas merecedoras del tiempo o el esfuerzo a lo largo de su vida. Le desagradaba la noción de no ser más que un sirviente, pero parecía que el futuro podía deparar algo más, y le daba mucha importancia a la planificación de los años venideros.

Era el control lo que le preocupaba. No tenía ninguno, ni sobre su vida ni sobre aquella situación. Ese era un factor que tenía que cambiar si aquella extraña sociedad iba a proseguir. Seguiría a su líder como cualquier otro, pero nunca como un esclavo. Le dejaría claras sus opiniones a Montrovant, pero... ¿cómo?

Lo único que podía considerar una debilidad en aquella criatura era la reacción que había presenciado en las escaleras que conducían a los niveles inferiores del templo. Algo allí abajo era lo suficientemente poderoso como para asustar incluso al oscuro. ¿De qué podría tratarse, y cómo lo podía emplear Le Duc en su provecho? Si había bastado para hacer huir a Montrovant, ¿qué no podría hacer con alguien como él? Solo había un modo de descubrirlo, y era hacer exactamente lo que se le había ordenado.

Tendría que llegar hasta esos niveles inferiores, preferiblemente de día, y descubrir lo que Montrovant buscaba. A partir de ahí ponía sus esperanzas en la posibilidad de averiguar más de lo que su maestro esperaba. No se le había dicho dónde parar, lo que le dejaba un margen para espiar por su cuenta.

Hubiera lo que hubiese allí abajo, no le había prestado mucha atención a Jeanne Le Duc la noche pasada, lo que podría ser un grave error si volvía a repetirse. Puede que careciera de extrañas habilidades o que no pudiera saltar por las ventanas de los templos sin matarse, pero tenía un ingenio afilado y una espada más afilada todavía que era mejor no ignorar, aunque le faltaran algunas pintas de sangre.

Aquel era otro tema que quería hablar con su nuevo maestro. De niño había oído leyendas sobre los vampiros, historias sobre la oscura Lilith descendiendo desde los cielos para robar a los niños, sobre muertos alzándose para alimentarse de la sangre de los vivos. Nunca había pensado que fueran otra cosa que eso: leyendas. En los días de su juventud no había sentido verdadero temor por aquellas historias, porque era capaz de percibir que a los adultos no les asustaban. Ninguno, pensó, se había encontrado nunca con alguien como Montrovant. Parecía que tendría que volver a trazar las fronteras de su mundo. Las leyendas debían ser apartadas un poco más hacia el vacío y tendría que vérselas con cosas que habían estado tras aquella barrera. Necesitaba dar con el modo en que su mente reconciliara aquel nuevo conocimiento.

Se levantó pronto y acudió a sus rituales matutinos, desayunó con los demás tras las plegarias y consiguió, pensando rápidamente, que aquel día le asignaran al trabajo de los establos. A ninguno de los otros le gustaban esas tareas, y la verdad es que no podía culparles. Los establos estaban bajo el templo y eran un lugar oscuro y húmedo. No era tarea fácil, ya que todo lo que limpiaban de las cuadras había que sacarlo a la superficie en pequeños carros. Normalmente se asignaba aquel trabajo como penitencia.

Casi todos los caballeros de Payen procedían de familias reales, y ninguno estaba acostumbrado a cuidar de sus propios animales o de limpiarlos ellos mismos. La férrea disciplina del noble había sido una dura lección para todos. Aunque Le Duc procedía de la nobleza, no había sido más que el hijo bastardo de un señor sin importancia. De joven había hecho todo tipo de trabajos manuales y su habilidad con la espada era lo único que había pagado su libertad. Se había enrolado en el ejército de su tío con dieciséis años y nunca había vuelto la vista atrás.

Su plan era sencillo. Había muy poca distancia desde los establos hasta las escaleras por las que había descendido la noche pasada con Montrovant, y como eran muy pocos los que le prestarían atención

alguna en aquel lugar creyó que podría encontrar algo de tiempo para llevar a cabo algunas exploraciones preliminares. Como mínimo esperaba poder echar un vistazo a aquellos que vivían en los túneles inferiores.

Había oído historias, rumores susurrados durante las prácticas de armas y las comidas. De Payen no era el único señor de la mezquita, algo que aparentemente no hacía feliz al inmenso caballero. ¿Otro factor que usar en su favor, u otro obstáculo que superar? Solo el tiempo lo diría. Una vez consiguiera más información sobre lo que sucedía bajo sus pies podría obtener algunas respuestas.

Se movió lentamente por el pasillo hacia los establos con sus tres compañeros, tratando de no parecer demasiado ansioso. Pierre Cardin se unió a él junto a dos servidores. Lamentó que fuera precisamente Cardin. Aquel hombre nunca había confiado en él, y hoy que tenía pensado hacer algo más que limpiar los establos se trataba de la peor noticia posible.

Le Duc intentaba encontrar sentido a la insistencia de de Payen en que sus caballeros realizaran aquellos trabajos. Sabía que tenía algo que ver con la disciplina, o al menos con su versión de la misma. Les había dicho que en la batalla lo único más importante para un caballero que su arma era su montura, de modo que había que estar lo más familiarizado posible con los animales. Una cosa era la familiaridad con los caballos, y otra muy distinta con sus excrementos.

Le Duc siempre había creído en el método de montar a un animal hasta que estuviera a punto de derrumbarse, tomando otro después. Era un hábito por el que había pagado un alto precio en su breve tiempo como guardia de su padre, ya que no se trataba de animales baratos. De momento no se quejaba. La excusa para ir abajo era exactamente lo que necesitaba, por lo que cogió el material y se puso a trabajar de forma rápida y eficaz, aunque no entusiasta. Tenía que terminar con la sección que se le había asignado mucho antes que los demás si quería ganar tiempo para curiosear. En aquel momento su crianza le sirvió bien, pues tenía una mayor experiencia en los establos que los demás.

Se movía rápidamente de una cuadra a otra, oreando la paja, vertiendo agua y limpiando los excrementos. El proceso era lento y al poco tiempo el olor comenzaba a pegarse a las ropas. Comprendió que la falta de sueño y la pérdida de sangre le habían debilitado más de lo que imaginaba. Se preguntó qué obtendría Montrovant de lo que le había robado. Se frotó el cuello y contuvo el aliento.

Afortunadamente, ni Cardin ni los dos sirvientes parecían tener una prisa especial en regresar a los niveles superiores. Le Duc sabía que el otro caballero era un amante de los animales, por lo que era posible que encontrara un cierto placer en aquella labor sucia y monótona. Deseaba ser tan afortunado, ya que él solo hallaba frustración. Los animales tendían a acobardarse en su presencia y no cooperaban. Recibió y propinó más de un golpe, y en una ocasión vio a Cardin observándole como si fuera a decir algo. Le Duc sostuvo su mirada y esperó, casi deseando que se rompiera el silencio. Cualquier cosa era mejor que recoger excrementos de caballo. Sabía que la lucha entre los caballeros de la orden conllevaba un castigo (probablemente una nueva visita a los establos), pero en aquel momento la distracción hubiera merecido la pena.

Cardin se volvió sin decir nada y Le Duc regresó al trabajo con bríos renovados. Dirigió su furia contra el trabajo y sintió cómo recuperaba las fuerzas y lograba mantener el ritmo. Aún le quedaba mucho tiempo cuando descansó su carretilla en el suelo por última vez y apartó a un lado la pala.

Sudaba profusamente y la suciedad se pegaba a su pelo y sus botas. Se aclaró los ojos con la manga de la camisa y sintió el escozor de la sal. Había una débil luz procedente de unas antorchas, pero el sudor solo le permitía ver arcos iris.

Se desplazó a la derecha para alejarse de la posición de Cardin y se encontró en un largo túnel que se dirigía hacia el interior. Considerando la pendiente y el ángulo del pasillo respecto a la entrada al establo, debía ser el mismo que se abría al final de las escaleras por las que habían bajado la noche pasada. Las respuestas que necesitaba se encontraban frente a él, en la oscuridad. Con una última mirada por encima del hombro para asegurarse de que nadie le veía, comenzó a andar. Si alguien le preguntaba diría que había ido en busca de algo para beber, o que necesitaba aliviarse.

Cardin y los demás estarían demasiado cansados para hacer preguntas, ¿y quién más podía saber nada? El trabajo que acababa de completar era una tortura para todos. Perdonarían rápidamente cualquier fallo de disciplina asociado con él, aunque no así de Payen.

Dejó atrás varias ramificaciones a medida que avanzaba hacia el centro de los niveles inferiores. En algunas había puertas y otras estaban exentas. Vio pequeños nichos excavados y antorchas encendidas ardiendo en las paredes. Sería un lugar ideal para preparar una emboscada, pensó, lo que le hizo redoblar la precaución



a medida que avanzaba. No tenía mucho tiempo, y de momento no había visto nada que mereciera su atención.

De repente el eco de pasos rompió el silencio, por lo que corrió a esconderse en uno de los pequeños nichos, apartándose de la vista y esperando. Podía oír voces, una silbante y sedosa y la otra ligera... etérea. No podía entender lo que decían, pero los sonidos se acercaban cada vez más. Con el corazón desbocado se apretó cuanto pudo contra la fría piedra a su espalda.

El terror se adueñó de él como un sudario en cuanto los tonos suaves de la primera voz llegaron hasta sus oídos. Se sintió temblar, rezando a un Dios al que normalmente solo recordaba por costumbre. A pesar de la cercanía, seguía sin poder entender las palabras. Hablaban un lenguaje breve y gutural que no conocía. Ni siquiera recordaba haber oído nunca nada tan horrible surgir de la boca de un hombre, y la oscuridad de su idioma se mezcló con la incapacidad de ver quiénes eran los dos hombres, aumentando su miedo.

Sus pasos llegaron hasta el nicho en el que se encontraba y siguieron más allá. El caballero se preparaba para expulsar un soplo de alivio cuando los pasos se detuvieron repentinamente y las voces callaron. Una sensación de alarma recorrió su espalda, y entonces sintió cómo algo perforaba su mente. Se concentró y trató de vaciar sus pensamientos, de fundirse con la pared. Sentía los martillazos de su corazón como el tañer de una campana, y aunque trataba de controlar la respiración el aliento surgía de su garganta como aire caliente. Estaba convencido de que le oirían, pero no podía hacer más que esperar y rezar por que no fuera así.

Transcurrió una eternidad mientras aguardaba y veía pasar las imágenes de su niñez por su mente, miedos y pesadillas infantiles que regresaban para hacerle una visita. Aferró la piedra, clavando los dedos tan profundamente en las grietas que sintió que las uñas se le separaban de la piel. Las sombras se arremolinaban a su alrededor y el mundo se desenfocaba. Vio espirales infinitas de oscuridad descendiendo por el suelo del túnel, bajando hacia reinos surreales de locura que no podía comprender.

Luchó. Sintió la presa en su mente y se rebeló contra ella. Cada imagen era reemplazada con una propia. Cada nuevo horror arrancado de su subconsciente era enfrentado con un recuerdo de la luz del sol. Sentía su cordura desvanecerse, y eso era algo que jamás permitiría. Podrían tomar su cuerpo; aquellos demonios podrían buscar su alma, pero su mente era suya. Con un destello repentino

lanzó la cabeza hacia atrás y golpeó el muro de piedra, enviando un cegador dolor blanquecino que apagó su conciencia.

Las sensaciones que le acosaban desaparecieron tan rápidamente como habían llegado. Le Duc se derrumbó de rodillas en las sombras. Se llevó una mano rápidamente al chichón y ahogó la bilis que amenazaba con escupir su garganta. Ya habría tiempo de sobra para marearse cuando lograra salir de aquellos túneles. No oía sonidos en el pasillo y sintió que estaba solo, pero permaneció un largo rato arrodillado en la oscuridad, reordenando sus pensamientos y envolviéndose con su confianza como un manto. Tantas tinieblas... tantos retos a sus sentidos y a su control...

Ahora era algo personal. Por muy irracional que fuera la idea sabía que el que le había hecho aquello, el que había entrado en su mente para jugar con aquello que le era máspreciado, pagaría por su infracción. No sabía cómo, pero eso era cuestión de planificar y pensar. Asomó lentamente la cabeza por el nicho y al ver que estaba solo comenzó a avanzar hacia los establos. Esta vez se detuvo en cada una de las entradas, comprobando cuidadosamente los huecos y abriendo y cerrando las puertas sin cerradura para observar lo que ocultaban. En una descubrió lo que parecía ser la solución a su dilema. En la pared de un cuarto con una mesa en el centro vio varios ganchos de los que colgaban túnicas. El color de las ropas era difícil de determinar con la luz trémula de las antorchas del pasillo, pero parecían marrones oscuras. Sin embargo, en su interior se agitaban remolinos de colores ocultos y su brillo era muy extraño.

Comprobó el pasillo en las dos direcciones y entró. Tomó una de las primeras túnicas y la ocultó entre sus propias ropas. Debería esconderla mejor cuando saliera de los túneles, ya que no podía dar explicación alguna a los demás cuando subiera al establo.

Salió del cuarto y cerró suavemente la puerta, dirigiéndose rápidamente pero en silencio hacia la dirección por la que había llegado. Sus pensamientos eran incoherentes y se sentía aturdido. Se preguntaba si tendría fiebre. La falta de sueño, el trabajo matinal y el enfrentamiento en los túneles le habían agotado más de lo que creía posible, pero su furia le impulsó hacia delante. Aún tenía que superar el resto del día: prácticas con las armas, confesión, devoción y cena, todo ello sin llamar la atención. Llegó hasta el fin del túnel, donde había dejado su carro y su pala, y miró cuidadosamente alrededor. Podía ver a Cardin terminando con su sección y se movió lentamente, cuidando de ocultar la túnica bajo su brazo. Se acercó a su

compañero, que estaba cargando la última palada de excrementos.

Cardin estaba cubierto de sudor y no parecía moverse muy rápido. No cruzaron palabra alguna, lo que a Le Duc le pareció perfecto. Nunca le había gustado Cardin, y sabía que el sentimiento era mutuo. Su entrada en la orden no había cambiado nada. Procedían de mundos diferentes y ninguna "camaradería" cambiaría aquello. Podían luchar codo con codo, pero nunca serían hermanos.

Se encontraron con los dos sirvientes en su camino hacia arriba y salieron todos juntos de los establos. El aire fresco trajo nueva vida a sus miembros cansados. Hasta aquel momento Le Duc no había sido consciente de lo mucho que odiaba el olor de los caballos, y de cuánto había afectado a su mente aquel trabajo. Dio grandes bocanadas de aire y la luz del sol que se filtraba por las ventanas del templo le insufló nuevas energías.

Se separaron, y él y Cardin se dirigieron hacia sus celdas. Tenían menos de media hora para limpiarse y prepararse para la práctica con las armas. Serían dos horas intensas, y ninguno de los dos estaba preparado después de aquel trabajo para enfrentarse a la ira de de Payen por su tardanza. Necesitarían todas sus energías para los ejercicios.

Milagrosamente, Pierre no había advertido el volumen que Le Duc había añadido a sus ropas, o simplemente carecía de la energía necesaria para preocuparse por ello. Jeanne entró en su cuarto y ocultó con cuidado la túnica bajo el rígido colchón de su catre. Con un poco de cuidado conseguiría disimularla sin que la cama pareciera deshecha.

No estaba seguro de cómo utilizar la prenda en su provecho, pero sus instintos le decían que era la clave para entrar en los niveles inferiores, y no iba a conceder ninguna ventaja que el destino pusiera en su camino. Estaba empezando a preguntarse si no había realmente un Dios en el Cielo, y si no estaría él más bendecido de lo que había imaginado. Era una idea interesante si alguna vez tenía la ocasión de pensar detenidamente sobre ella.

Se limpió rápidamente y se calzó la espada. Aunque estaba débil, se sentía lo suficientemente renovado como para enfrentarse a casi todos los caballeros en combate personal. Puede que incluso tuviera la fuerza necesaria para enseñar una lección o dos. Ya se había ganado una cierta reputación por su velocidad y su agilidad en la batalla, y por la furiosa concentración con la que manejaba su espada.

Mientras se unía a los demás en las plegarias preliminares y se

enfrentaba al primer rival, su mente regresó a su catre y a los túneles bajo sus pies. La noche traería algunas respuestas, de un modo u otro. Mientras se movía con habilidad por el campo de prácticas, empujando a su oponente contra el muro con una cegadora sucesión de golpes, los planes comenzaron a formarse. Sonriendo, superó la guardia y golpeó levemente la cota de malla con la que se protegía su contrincante. La punta de la espada descansaba directamente sobre el corazón.

\* \* \*

Más abajo, dos figuras regresaban en silencio por el pasillo hacia las catacumbas inferiores. Esta vez el Padre Santos guardaba silencio. Ya se había dicho todo lo necesario y los preparativos estaban hechos. Ninguno de sus seguidores tenía nada útil que añadir. Había llegado el momento de ejercer un control más firme sobre los acontecimientos.

Observaba cuidadosamente las sombras, extendiendo sus sentidos para que abarcaran cada grieta en las piedras del pasillo y cada nicho oculto. Alguien había estado allí aquella mañana y casi lo habían capturado; habían estado a punto de romper su mente. La red ya estaba preparada cuando algo había golpeado sus pensamientos como un martillo. No detectó presencia alguna mientras regresaba hacia las cámaras, pero no podía olvidar aquel momento de dolor y la fuerza que se ocultaba detrás. ¿Cómo podía alguien tan poderoso como para causarle tal dolor superar su guardia? ¿Cómo era posible que ahora no pudiera sentirle?

Debía haber sido más cuidadoso. Debería haber apostado más guardias en los accesos de los túneles, maldito de Payen, pero había sido arrogante. Su control era tan absoluto como siempre y no había sentido la necesidad de aumentar su celo. Ahora, tras su fracaso al no apresar al oscuro entre sus garras, otro había acudido a su reino, solo, y había escapado sin ser visto. Ni siquiera estaba seguro de a qué se enfrentaba, ya que el dolor que había estallado en su cabeza le había dejado sin más sentidos que la visión mortal durante varias horas. No parecía otro de los no-muertos, pero no había modo de estar seguro. Si no era uno de los condenados, ¿de quién se trataba?

No había enviado a nadie a revisar los túneles. Ninguno podría enfrentarse al poder que había sentido, y de momento no había indicación alguna de que el intruso hubiera representado una amenaza

real. No tenía sentido sacrificar a sus seguidores hasta saber con certeza que era necesario. Además, la curiosidad no era un factor desconocido entre los inmortales. Fuera quien fuese el visitante, bien podía no haber tenido más que un interés pasajero en Santos o en los túneles. Sin embargo, nunca estaba de más consultar al oráculo o conseguir algo más de apoyo, por si acaso.

Ante todo necesitaba deshacerse del oscuro, pero no podía dejar vagar libremente a aquella nueva amenaza para sus dominios. Los objetos a su cargo eran demasiado importantes, y su sentido de la responsabilidad era absoluto. Había sido creado con ese fin. Su misión era su existencia, y no podía fallar y sobrevivir.

Una rápida oleada de nostalgia barrió los pasillos polvorientos de su mente. Otros templos... muros secos y bien conservados, oro y joyas... dioses más familiares. Este lugar no era su hogar, y anhelaba las arenas y el sol de su pueblo. Había pasado demasiado tiempo desde que había caminado entre ellos, desde que había conocido a alguien con quien caminar...

Se volvió hacia la figura encapuchada que andaba a su lado y le dio una rápida orden. Sin gesto alguno, su compañero se giró y avanzó rápidamente por un pasadizo lateral. Emir extendería la noticia y se harían los preparativos. Santos obtendría algunas respuestas esa misma noche y pondría fin de una vez para siempre a aquellas nuevas amenazas que acosaban a su reino en las sombras. Todo lo que necesitaba eran nombres, y sabía perfectamente cómo conseguirlos.

Presionó una sección de piedra con la mano y esperó en silencio mientras una losa se abría hacia dentro en el muro del túnel. No se produjo sonido alguno, pero el enorme bloque se deslizó con facilidad. Entró, empujando la losa para devolverla a su posición. Algunos de los secretos de su hogar se habían abierto camino hasta aquel lugar. Se había encargado personalmente de ello.

Más allá se encontraban las cámaras, que también atravesó. Necesitaba descansar y aclarar sus ideas si quería lograr sus objetivos aquella noche. Lo que tenía planeado no era cosa sencilla, ni siquiera para alguien como él, y había que hacer algunos preparativos. Se introdujo en las sombras tras un tapiz bordado que colgaba del techo de la caverna y que llegaba casi hasta el suelo, separando la cámara principal del nicho que había al otro lado. El tejido se agitó a su paso.

En una esquina de la oscura caverna había un altar de madera, traído desde tierras muy lejanas. La manufactura era exquisita y tenía tallados intrincados símbolos. Estaba cubierto con un paño del mismo

marrón iridiscente que las túnicas de los seguidores de Santos. Sobre el altar, el brillo de dos ojos rojizos refulgió durante un segundo para después desvanecerse.

## \_\_\_\_\_ 12 \_\_\_\_\_

Montrovant se dirigió lentamente hacia el templo, pero aquella noche no tenía pensado visitar a Le Duc. La aproximación directa había fallado y era el momento de emplear algunos de los planes que había hecho antes de regresar a Tierra Santa. No carecía de activos, y Le Duc solo era uno de ellos. Era importante diversificar los riesgos porque, después de todo, aquel hombre no era más que un mortal con limitaciones físicas que no podía superar. Aún quedaban muchos días y noches útiles para el caballero, y Montrovant lo quería lo más saludable y alerta posible. También era importante que de Payen no supiera dónde estaban las verdaderas lealtades de Le Duc. La información interior que su peón le podía proporcionar terminaría siendo de utilidad, y no había necesidad de quemarlo rápidamente. Montrovant no tenía ni el deseo ni la intención de seguir siendo el ángel personal de Payen. La orden crecería o caería en el olvido por su cuenta. Además, había otros asuntos que requerían su atención inmediata. A medida que su perspectiva de la situación se hacía más clara, los métodos que elegía para encargarse de esos asuntos se hacían también más complejos.

Santos había demostrado ser más poderoso de lo que había imaginado, y parecía que repetir el intento de entrada a los niveles inferiores del templo sería una empresa absurda y fatal. Con esto en mente había empezado a formular nuevos planes que no incluían riesgos tan directos, pero que le conducirán con la misma seguridad a los objetivos deseados, y posiblemente mucho antes de lo esperado. La intriga era un juego viejo para él.

El Padre Santos tenía el poder superior de su lado, pero compartía algo con Montrovant que no podía negarse: ninguno de los dos conocía la verdad de su existencia. Deseaba (no, necesitaba) el secreto. No podía permitir que los que habitaban en la parte superior del templo supieran lo que sucedía abajo. Si se descubría que allí había algo más que una comuna religiosa, de Payen nunca lo

toleraría. Puede que Hugues no fuera una gran potencia en Jerusalén, pero estaba en camino de serlo. No se podía negar su sentido de la justicia, y era esa pureza de espíritu lo que forzaría la mano de Daimbert. Eso significaba que si de Payen no toleraba la presencia de Santos, la Iglesia no podría defender al sacerdote.

El Patriarca podría sentirse inclinado a alinearse con Santos para no actuar contra las órdenes de Roma, pero poco importaba eso. Era el centro religioso de los cristianos de la ciudad. Si tomaba una decisión todos le seguirían, y si surgía algo impío no tendría más remedio que atacar. En ese caso terminaría el secreto. No importaban las órdenes del Papa: si los ciudadanos y la realeza de Jerusalén creían que Daimbert tenía relación con algo malvado, o que lo aprobaba, no dudarían en despojarle de su poder.

Montrovant se dirigió directamente hacia la mezquita. No se ocultó en las sombras ni evitó las calles principales, sino que entró directamente por la puerta principal. Llamó al primer sirviente que salió a recibirle y lo envió corriendo a la habitación de Payen. Ya se habían terminado las huidas a medianoche por los balcones y las entradas furtivas. Nada de todo aquello existiría de no ser por él, y había llegado el momento de pedir algunos favores.

Era hora de controlar los asuntos de un modo más directo, y no tenía la menor intención de permitir que Santos se le adelantara. Si uno de ellos podía caminar libremente por el templo y por la ciudad, no había razón para que no pudieran hacerlo los dos. Santos no sería el que diera un paso adelante arriesgando su posición. Se llegaría a un empate.

El sirviente regresó casi inmediatamente temblando por la emoción, conduciéndolo por el pasillo y escaleras arriba hasta la celda de Hugues. Montrovant extrajo algunos pensamientos sueltos del joven. Parecía que las visitas a de Payen no eran muy numerosas, y una después de medianoche parecía inimaginable. El milagro no era que Montrovant hubiera aparecido a aquellas horas, sino que de Payen estuviera no solo dispuesto, sino *ansioso* por recibirle.

Hugues era un hombre reservado. Ya lo había sido en su torre de Francia y aquí no había cambiado. Creía en la simplicidad y en la devoción al Señor, lo que no le dejaba mucho tiempo para las ocasiones sociales.

Montrovant apenas podía contener la sonrisa. Los rumores comenzarían a extenderse y él sería el centro de los mismos. En vez de preocuparse por ser descubierto acechando en las sombras,

caminaría libremente entre ellos. De algún modo parecía correcto regresar al frente de la acción. Las tinieblas eran su hogar, pero no le gustaban tanto como el centro del escenario.

Entró en la celda de de Payen sin esperar a que el sirviente le anunciara. Eso levantaría más comentarios todavía, ayudando a solidificar la impresión sobre su posición respecto al líder. Observó que Hugues apenas contuvo el impulso de arrodillarse al verle entrar, y estaba bastante seguro de que el joven también lo había advertido.

–Eso será todo, Phillip –dijo rápidamente de Payen. El joven se retiró a regañadientes y cerró la puerta tras él.

Hugues encontró la mirada de Montrovant, comunicando sus preguntas antes de que las palabras llegaran a sus labios. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que hablaron, habían sucedido muchas cosas.

Montrovant alzó una mano para hacerle guardar silencio, esperando a preparar el ambiente y la dirección de la conversación antes de que el guerrero tomara una tangente. Habría mucho tiempo para responder preguntas y tranquilizar a Hugues cuando hubiera terminado con sus propios asuntos.

–He venido con una advertencia –dijo rápidamente–. Lo has hecho muy bien, Hugues de Payen, pero el mal recorre estas mismas salas que has tomado como propias. Has logrado mucho más de lo que yo hubiera soñado, pero el camino que se presenta ante ti será el más duro de toda tu vida.

De Payen observaba atónito a Montrovant. Había esperado muchas cosas al ver a su patrón, pero no lo que acababa de oír.

–Pero... nos dedicamos a la plegaria a diario, y solo las éticas más puras del trabajo y la espada ocupan nuestro tiempo. No estamos en los caminos, sino aquí, trabajando con el fin de aumentar nuestro valor a ojos de Dios. ¿No he hecho sino lo que se me ordenó, y decís que el mal anida entre nosotros? Yo mismo me desharé de él.

–No es ninguno de tus caballeros, Hugues –le aseguró Montrovant–. Se trata de otro mal, uno más profundo que ha estado aquí desde hace mucho, esperando a que alguien como tú atravesara los velos del misterio que lo mantenían oculto. Sabes del sacerdote que habita en los niveles inferiores. Tú mismo lo has visto. ¿No sentiste cómo surgía de él el hedor del mismo infierno?

–¿El Padre Santos? –dijo de Payen entrecerrando los ojos–. P-pero... ¡Es un sacerdote! Lo he visto en oración.

–Lo has visto imitar los movimientos de las plegarias –le corrigió



Montrovant--, pero no has oído de sus labios rezo alguno a nuestro Señor. Si pudieras escuchar las palabras que en realidad pronuncia comprenderías como yo. Es una abominación cuya presencia niega todo el bien que haces. Es un peligro para ti y para tus hombres. Vuestras almas están en peligro, Hugues.

--¿Qué podemos hacer? --dijo el caballero con la mirada confusa--. Tiene el apoyo del Patriarca y del propio Baldwin. No puedo desobedecer sus órdenes. Se me ha dicho que las cámaras bajo la mezquita podrá emplearlas como él crea más conveniente.

--¿Prefieres desobedecer los Mandamientos? --preguntó Montrovant, deteniéndose para que sus palabras llegaran a su destino como ciclones. Sus ojos brillaban, y por un breve y exquisito momento creyó que Hugues podría saltar. Era él el que tenía las riendas en aquella relación: pecador y santo, ángel oscuro y mortal, pero incluso en aquellos papeles había límites. Estaba pisoteando sin tapujos los nervios desnudos de la fe de Payen, sus inseguridades y las culpas que se imponía. Había puesto en cuestión en breves palabras la misma esencia de su ser. ¿Conseguiría el caballero mantenerse íntegro?

--Yo... --Hugues se detuvo para aspirar una gran bocanada de aire, ignorando la gélida mirada de Montrovant--. Obedezco a mi Señor sobre todas las cosas.

Había mucho más detrás de sus palabras que simple ultraje. Allí se ocultaba una fe más profunda que cualquiera que el vampiro hubiera conocido en todos los días de su vida. Bernard creía a su propio modo, pero aquel hombre vivía para Dios. Podía ser un guerrero de cuerpo y mente entrenados para matar infieles, pero aquella causa era mucho más importante que su propia vida, puede que más aún que su alma.

--No te culpo por lo que ha sucedido aquí, Hugues --siguió Montrovant ignorando el estallido del caballero--. No había modo alguno de que supieras la verdad, y es por eso por lo que estoy aquí. No dudo de tu fe, y solo he venido a inspirarla. Has pedido ser fuerte ante Dios, y ésta es la primera prueba verdadera de la fuerza de tu brazo.

La expresión de Payen cambió milagrosamente de la culpa a la maravilla, adoptando finalmente una máscara de pura determinación.

--Decidme lo que debo hacer. Reuniré a mis hombres y atacaremos por la noche... antes de que sepan qué es lo que está sucediendo. Si Daimbert desea castigarnos por la mañana acudiremos

a él con el corazón puro. Dios nos perdonará.

–Ya lo ha hecho, Hugues –dijo Montrovant con una amplia sonrisa–, pero las invasiones de medianoche no servirán a tus propósitos. El mal al que te enfrentas no es una sencilla carencia de fe o un pecado cometido en las sombras mientras los ojos de los creyentes miran hacia otro lado. Santos es un secuaz del propio Satanás, y su poder no debe ser tomado a la ligera. Debes derrotarlo en su propio juego, y para ello te aconsejaré.

De Payen dudaba. El subterfugio no era su estilo. Estaba preparado para el enfrentamiento directo, una respuesta que había resuelto todos los conflictos a los que se había enfrentado desde muy joven. Pensó cuidadosamente en las palabras de Montrovant y al final asintió. Estaba dispuesto a escuchar, pero su expresión era cualquier cosa salvo un retrato del convencimiento.

–No te preocupes, Hugues. No dudes de que habrá un tiempo para la acción, y esa hora está muy cerca. Pero primero hay que atraparlo en la luz de Dios y exponerlo por lo que es en realidad. Una vez su maldad sea conocida llegará el tiempo de la purificación. Con la Iglesia de tu lado no habrá nada que te detenga. Alcanzarás la gloria, tanto a los ojos de Dios como de los hombres.

Montrovant casi rió ante la diatriba santurrona que surgía de sus labios, pero pareció tener el efecto adecuado sobre el guerrero. El exceso de dramatismo era la clave en aquellas situaciones, y Montrovant interpretó su papel con maestría. Debía parecer que todas y cada una de sus acciones tuvieran consecuencias devastadoras para mantener el engaño. Casi podía percibir el brillo de un halo sobre su propia cabeza mientras hablaba.

–Decidme lo que debo hacer, señor. He desconfiado del Padre Santos desde que le puse los ojos encima, y ahora que habéis expuesto la verdad siento la oscuridad de su presencia a través de las mismas piedras del templo. No podré dormir ni comer hasta que haya sido destruido.

–Debes conservar tu fuerza –dijo Montrovant suavemente–. Te he oído decir lo mismo a tus hombres. Es tu deber sagrado tener todo tu poder para cuando sea necesario, y nadie sabe con certeza cuándo llegará ese momento. Más que nunca debes estar dispuesto, conservar tus pensamientos puros y concentrados.

–Decidme –replicó de Payen.

–Debes ir a los niveles inferiores y encontrar tú mismo las respuestas. En esas cavernas están sucediendo cosas, ritos tan

abominables que desafían la descripción que pueda hacer con palabras santas. Una vez obtengas la prueba que necesitas será sencillo llevar la información hasta Daimbert. Eres conocido como un caballero veraz entre los hombres del Patriarca. Si tú dices que has presenciado algo, tendrán que creerte. Una vez expuesto, el Padre Santos descubrirá que hasta la desafortunada ayuda de Roma le ha fallado. Las llamas ya están lamiendo sus tobillos, aunque aún no se haya dado cuenta.

–No comprendo --dijo de Payen bajando la mirada mientras trataba de ordenar sus ideas--. Si Roma le protege, ¿cómo es posible que sea malvado? ¿No es la Iglesia el apoyo de Dios en la tierra? Existen misterios, incluso dentro de la Iglesia, que no alcanzo a comprender.

–Hasta el Papa comenzó su vida como un hombre --respondió cuidadosamente Montrovant. Un fallo en aquel momento podía precipitar las cosas en direcciones para las que no estaba preparado--. Hay cosas en Roma más antiguas que el Santo Padre, y aquí, en Tierra Santa, las hay más viejas todavía. Santos es una de ellas, y las hebras de su poder llegan lejos. No dejes que el engaño que ha elaborado con tanto cuidado te ciegue a la verdad. Hugues. Ve y compruébalo tú mismo.

–¿Estáis diciendo que el Santo Padre no sabe que apoya a este mal? --respondió de Payen, tratando todavía de poner orden en su cabeza. Era evidente que no deseaba oponerse a Roma, aunque ésta estuviera equivocada.

Montrovant decidió no responder. Aquel era un momento crucial, y sentía que de Payen estaba a punto de aceptar o rechazar lo que había oído; reprimió el impulso de enviar un fragmento de sus propios pensamientos para decidir la situación a su favor. Era más interesante descubrir cómo se desarrollaba todo sin su interferencia. Siempre podía cambiar las cosas más tarde; no había forma de perder el control.

De Payen se giró rápidamente hacia la pared, golpeando la mesa con tal poder que la madera se combó y estuvo a punto de romperse. Fue una impresionante demostración de fuerza.

–¡Soy un idiota! --gritó girándose para encararse con Montrovant--. ¿Cómo he podido no verlo antes? ¿Cómo he podido dejar que esa escoria se filtrara bajo nuestros mismos pies sin ver las relaciones? Viven abajo, como Satanás. Santos, pues no volveré a llamarle Padre, hiede al mismo infierno. Lo sabía, mas lo dejé pasar.

Olvidé en ocasiones que estamos en una guerra. Olvidé que se me había advertido que el enemigo se vestiría con ropas amables y que caminaría entre nosotros. Recuerdo que hay un Dios, pero olvido con frecuencia que también hay un diablo.

–No puedes culparte, Hugues. Tú seguías las órdenes de la Iglesia.

–Hay autoridades superiores –susurró el caballero mientras caminaba por la habitación con las manos a la espalda–. No sería la primera vez que el Santo Padre necesitara la ayuda de los que le rodean para cumplir con la voluntad de nuestro Señor. Estaba tan ansioso por complacer, por seguir las órdenes, que no vi lo que tenía frente a mis ojos. Mi obligación es, sobre todas las cosas, servir a Dios. Puedo leer la Biblia y conozco perfectamente las historias. Debería haberlo sabido.

–Basta con que veas ahora –dijo Montrovant apaciguador–. Aún hay tiempo para borrar a esa escoria de Tierra Santa, tiempo para arreglar las cosas. Quizá Roma nunca sepa de los servicios que le tributas, pero tú sí. Y Dios también lo sabrá. ¿No basta eso? ¿No es eso lo que importa?

De Payen se detuvo.

–Vos también lo sabréis –dijo–, y de nuevo os doy las gracias. Aparecéis ante mí cuando más os necesito.

–Esta vez no te dejaré, Hugues –le aseguró Montrovant–. Haré que se conozca mi presencia en la ciudad, pues el tiempo de tu gran triunfo está a punto de llegar. Pasaremos esto juntos y reiremos delante de una jarra de vino cuando todo haya terminado.

–He decidido regresar a Francia y marchar a Roma –dijo de repente de Payen, decidiendo que era el momento adecuado para revelar sus planes–. Tengo que hablar con Bernard para construir un verdadero ejército de Dios y regresar con él para completar mi trabajo. Lo que hemos hecho aquí no es más que el comienzo, e incluso en este remoto lugar hay quien acude a nuestro estandarte.

Aquel fue el turno de Montrovant para sorprenderse, aunque solo fuera por un momento. No expresó su reacción pero esperó, preguntándose dónde le llevaría la decisión de Payen. Al desarrollar la idea de los Caballeros Mendigos no pensaba en más que una herramienta para obtener un fin. Puede que hubiera decidido mucho más acertadamente de lo que había imaginado al tomar a aquel hombre. *Quizá haya hecho historia*, pensó con una sonrisa. Kli Kodesh aprobaría encantado la diversión.

De Payen siguió hablando, explicando sus planes, el juramento que había preparado para sus caballeros y el código mediante el cual vivirían. Montrovant escuchaba, pero sus pensamientos se deslizaron hacia abajo, hacia las profundidades del templo. En algún lugar se encontraba el objeto de su deseo. Antes de permitir que los grandiosos planes de aquel guerrero dieran sus frutos él debía obtener su recompensa.

Le mente de Montrovant saltó repentinamente para volver a la realidad, y al verle tensarse de Payen detuvo su discurso.

–¿Qué sucede, señor? –preguntó rápidamente–. ¿Ocurre algo?

–Algo está sucediendo abajo –dijo–. Santos está celebrando ceremonias malvadas en este mismo momento. ¿No puedes sentirlo, Hugues? Se filtra a través de la piedra y las tinieblas como una marea sangrienta. Se burla de ti, se burla de Dios.

Hugues se quedó muy quieto mientras su mirada se hacía fría y lejana. Montrovant vio cómo le recorría un escalofrío, y en aquel momento supo que durante un instante aquel hombre había *sentido* lo mismo que él. El vampiro había tejido muchas mentiras para conseguir sus fines, pero acusar de malvado a Santos no había sido una de ellas. Nunca antes se había encontrado con una fuerza tan oscura o poderosa.

Mientras Montrovant se concentraba comenzó a apartar los velos que ocultaban el poder que se ponía en marcha. Sintió un repentino tirón en su mente, un silbante susurro mental que le atraía como un remolino, tratando de llevarle hasta su hechizo. Al principio no era más que una sensación, pero entonces empezaron a surgir palabras de aquella energía.

*Tu nombre, oscuro, tu nombre. Te haces llamar Montrovant, pero ese no es tu nombre. Dímelo.*

Se liberó de aquella presa siniestra y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Había estado allí demasiado tiempo y estaban intentando controlarle otra vez.

–Debo marchar, Hugues –dijo precipitadamente–. Ésta no es mi lucha. Cuídate de Santos: no es un hombre como tú lo eres, y hay cosas que aún no entiendes sobre tu propio destino.

–Tendré cuidado –dijo el caballero–, mas no dudaré. Bajaré esta misma noche y presenciaré el mal con mis propios ojos. Cuando haya visto lo que el enemigo pretende encontraré un modo de ponerle fin.

Montrovant asintió, se dio la vuelta y desapareció por el pasillo. Tenía que salir de la mezquita y poner toda la distancia posible con

Santos. Kli Kodesh le había dicho que el poder del nombre verdadero le daría la victoria a su enemigo, y no estaba dispuesto a comprobar si era verdad o no. Ya era bastante malo que el antiguo lo pronunciara tan libremente.

\* \* \*

Le Duc no oyó a nadie moviéndose por la planta en la que se encontraban los cuartos de los caballeros. Sabía que ya había pasado la hora del toque de queda, y también conocía la ruta de los guardias y su horario. Tenían la precisión de un reloj alemán, un defecto que había mencionado a de Payen en más de una ocasión pero del que ahora se alegraba. El enorme caballero estaba orgulloso de las precauciones que tomaba respecto a la seguridad, pero no sabía mucho de estrategia.

Aquella noche era una ventaja para Le Duc. Mientras fuera cauto sabía que a ciertas horas solo tendría que preocuparse por Santos y sus seguidores. De Payen y los otros estarían dormidos o enfrascados en sus oraciones. Aunque fuera detectado, era probable que su castigo esperara hasta el día siguiente.

Había sacado la túnica de debajo del colchón. No existía ninguna razón clara para ocultarla, pero de algún modo sentía que era necesario mantener el secreto. Ninguno de los otros le prestaba la menor atención y mucho menos le hacía visitas, y era el único responsable del mantenimiento de su celda. No había muchas posibilidades de que alguien entrara allí, a no ser que se realizara una inspección rutinaria.

Sostuvo la prenda y la observó. El tejido era de tacto oleoso, y a regañadientes lo ocultó bajo sus propias ropas. Tenerla tan cerca de su propia piel le producía una sensación de impureza, pero no tenía otro medio de acceder a los niveles inferiores. Solo esperaba que su dueño no la hubiera echado todavía de menos.

Aún estaba cansado, pero había dormido desde el fin de las plegarias nocturnas y creía que ya tenía fuerzas para seguir. No había tiempo que perder y estaba bastante seguro de que no podría volver a conciliar el sueño. Demasiadas cosas dependían de lo que iba a intentar como para dejar que su mente durmiera en aquellos momentos. Abrió la puerta con cuidado, atento a cualquier sonido de goznes o al crujido del marco de madera que delatara su presencia. Momentos después tuvo motivos para alabar a los musulmanes que

habían construido la mezquita, porque de momento avanzaba en el más absoluto silencio.

Sin mirar atrás corrió silencioso hacia las escaleras. No recordaba haber subido aquellos peldaños la noche anterior, pero sabía que así había sido. Le debía la vida a Montrovant y pensaba devolverle el favor, aunque también esperaba sacar algo a cambio. Jeanne Le Duc no era un hombre intachable, pero no carecía de honor.

No oyó sonido alguno desde abajo y el ala que albergaba a los caballeros estaba en completo silencio. Bajó los escalones dando grandes bocanadas de aire para calmar sus nervios. No temía lo que le esperaba abajo, pero no era tan estúpido como para no reconocer el peligro. Fuera lo que fuese lo que habían encontrado la noche anterior, era viejo y siniestro, más que cualquier cosa que pudiera imaginar. No tenía intención de bajar otra vez haciendo ruido y convirtiéndose en un objetivo fácil, especialmente cuando *aquello* era capaz de asustar a Montrovant.

En vez de tomar las escaleras principales, como habían hecho la noche anterior, se dirigió hacia los establos. La aventura de la mañana le había convencido de que aquella era la ruta más segura. Los únicos testigos de su paso serían los caballos, los compañeros más fiables que podía desear dadas las circunstancias.

Una vez desapareció de la vista la planta principal del templo, se detuvo y se puso la túnica sobre sus propias ropas, echándose la capucha para ocultar su rostro lo máximo posible. Pensaba mezclarse con los habitantes de abajo, y no iba a conseguir nada si le descubrían antes incluso de haber entrado en su reino. Por primera vez en su vida dio gracias a su pequeño tamaño. Un hombre mayor, como de Payen o Montrovant, hubiera destacado en cualquier multitud.

No se encontró con nadie, y tuvo que llegar hasta el punto más allá de los establos en el que había encontrado la túnica para ver señal alguna de vida.

Lo primero que advirtió fue el brillo. No surgía de la luz de las antorchas o de las velas, sino de una fuente más sutil. No podía determinar la procedencia, pero llenaba el pasillo y emanaba de la oscuridad para derramarse sobre las paredes, formando volutas ígneas. La luz se hacía más fuerte cuanto más se adentraba en el túnel, y al poco comenzó a escuchar de nuevo aquel sonido.

No era exactamente igual a como lo recordaba, pero su memoria de la noche anterior estaba extrañamente borrosa; no podía estar seguro. Sintió el poder del cántico fluyendo de la piedra bajo sus pies.

El vello se le erizó mientras el aire a su alrededor vibraba con la cadencia. Algo estaba sucediendo, algo poderoso, pero de momento aquella fuerza parecía no percatarse de su presencia.

Esa era la diferencia, decidió. No se sentía el foco del poder. Lo percibía, pero él no podía detectarle... todavía. Otra ventaja. Quizá el extraño material de las túnicas le protegiera contra aquella oscuridad indagadora. El motivo más probable era que Montrovant no caminaba a su lado. Lo que importaba era que parecía estar a salvo. Aceleró el paso, tratando de mantener el ritmo con el martilleo de su corazón. De ese modo apaciguaba la sensación de que le podían oír a millas de distancia.

Frente a él, a la izquierda, vio un tramo de oscuridad más profunda, y comprendió que se acercaba a las escaleras que conducían al nivel superior. La noche anterior no habían terminado el descenso, pero allí se encontraba, en su camino hacia el interior del reino de Santos, sin que nadie pareciera haberse dado cuenta. Hubiera sonreído de no estar prácticamente paralizado por el terror.

Fue entonces cuando oyó pasos, lo que hizo que se lanzara contra la pared. Sorprendido por la violencia de su propia reacción, contuvo el aliento y se maldijo en silencio por su estupidez. Si uno de los secuaces de Santos le veía comportarse de aquel modo sería hombre muerto. Tenía que mezclarse con los demás, y eso significaba que debía acerar sus nervios contra el terror que recorría sus huesos y devoraba su concentración. Sabía que se trataba del cántico. Algo en aquellas palabras le robaba el control.

Parecía que el conocimiento era el poder. En cuanto reconoció al enemigo al que se enfrentaba dejó de preocuparle, lo que le permitió desprenderse de la pared y seguir lentamente por el pasillo. El cántico aún poseía poder, pero un rival conocido era uno al que se podía enfrentar.

Delante, a su izquierda, vio un movimiento furtivo y misterioso. Avanzó más lentamente, tratando de enfocar su vista en aquella luz. No le había parecido que aquella forma vistiera túnicas. ¿Otro visitante? Acelerando el paso, se acercó lo más silenciosamente posible pegado a la pared.

La figura frente a él se movía con mayor lentitud, y a medida que Le Duc se aproximaba observó atónito que se trataba de Payen. No estaba seguro de si debía hacerle notar su presencia y arriesgarse a que los dos fueran descubiertos, o si debía continuar como si no hubiera advertido nada para no llamar atenciones indeseables.



Mientras seguía con el corazón desbocado, la decisión le fue arrancada de las manos.

El tono del cántico cambió bruscamente y de Payen se tensó. Al principio se mantuvo firme y se adentró aún más en las sombras, pero Le Duc sintió que delante la energía comenzaba a brotar y que de Payen se derrumbaba y corría escaleras arriba. Ninguno de los dos pudo ver nada, pero la sensación de peligro inminente era tan intensa que el terror se apoderó de ellos. Le Duc, que había decidido no retirarse, casi cayó de rodillas.

Lo máximo que podía hacer en su defensa era apretarse contra la pared de piedra y esperar. Esta vez la energía no estaba concentrada en él, y cuando sintió el poder pasar a su lado cerró los ojos y comenzó a recitar salmos, cualquier oración que pudiera recordar, una y otra vez. Era irónico que la influencia de de Payen acudiera en su ayuda en aquel momento en concreto. Nunca había sido un hombre religioso antes de llegar a la mezquita.

Mientras las botas y los gritos de furia de Hugues se perdían por las escaleras, otros, innumerables, le seguían los pasos. Le Duc permaneció quieto y los ignoró. Mantuvo su mente centrada en su objetivo. No había sido descubierto, y de algún modo sabía que la única esperanza de seguir así era poner en blanco su mente para defenderla de aquellos que perseguían al caballero.

Deseando que de Payen lograra escapar, Le Duc se hundió en su propia cabeza. La oscuridad le recibió con los brazos abiertos y la tempestad pasó a su lado.

### \_\_\_\_\_ 13 \_\_\_\_\_

De Payen no había huido de una pelea en todos los días de su vida. Se había enfrentado estoicamente a todos los retos que el Señor le había presentado, y verse invadido por el miedo había sido una experiencia nueva. Durante aquel momento su mente perdió el control de sus miembros. Voló escaleras arriba, perdiendo tantos peldaños como encontraba y golpeándose contra ambos muros. Dos veces cayó de rodillas, pero se obligó a incorporarse y a seguir hacia delante. Ignoró el terrible dolor que le subió por la rodilla derecha la segunda vez que se derrumbó.

Nunca hubiera escapado si lo que estuviera en juego fuera su cuerpo, o su mente, pero el terror que se había apoderado de él era mucho más profundo: sintió los dedos de las tinieblas buscando su alma. Fue un despertar. En aquel momento, más claramente que en ningún otro, conoció la realidad de su fe. Experimentó la desoladora fragilidad de sus creencias y se aferró tenaz a las delgadas y trémulas hebras que le unían a un Dios tan lejano que no era posible llegar directamente hasta él, ni siquiera en momentos como aquellos. Podía rezar y acobardarse en una esquina esperando su destino, pero sabía que eso no le salvaría. Su Dios era benévolo y compasivo, pero no acunaba a sus seguidores. Solicitaba de ellos una fe completa e intachable, y dependía de Hugues y de cualquiera que la buscara proporcionarla más allá de toda duda, sin ningún tipo de apoyo físico.

El problema era que la maldad que le pisaba los talones era real, tanto como lo había sido Montrovant hacía una hora frente a él. Tan real como la piedra bajo sus pies y el aire que respiraba. Su fe también lo era, pero no podía buscar en su interior y sacarla para liberarse de la masa tenebrosa que brotaba de las profundidades, atorando sus pies y confundiendo su mente. Estaban intentando arrastrarle de vuelta a las cavernas que se extendían bajo la mezquita.

Pensó en llamar a sus hombres, que acudirían al reconocer su voz. Sí, pero, ¿qué podían hacer? Conseguiría llegar hasta la seguridad de su celda y sobreviviría. Los otros no podían hacer nada para enfrentarse a un enemigo como aquel si Hugues era derrotado. Era mejor poner a prueba solo su fuerza y no arriesgar más alma que la suya.

Montrovant había tenido razón sobre Santos y sobre la oscuridad en los túneles inferiores. Más que en ningún otro momento desde que se habían conocido deseó tener a aquel hombre alto y enjuto a su lado. Su presencia le hubiera dado una confianza que ahora no sabía dónde buscar. Hallando por fin el aliento suficiente para proferir una maldición, cubrió los últimos peldaños de la escalera.

Abajo los sonidos habían cambiado de forma sutil. Podía oír su propio nombre susurrado una y otra vez dentro de su mente. El sonido parecía filtrarse a través de la propia piedra. Sintió la brisa que acariciaba sus oídos y entraba en su cabeza con dedos gélidos. Alguien, algo, estaba tratando de entrar en sus pensamientos. Se puso en pie y entró en el pasillo principal del templo para dirigirse hacia el siguiente tramo de escaleras, que le conduciría hasta sus aposentos, su Biblia, su santuario.

Concentró su mente en aquella tarea, en aquella palabra: santuario. La había oído en voz de bardos y reyes, sacerdotes y bandidos. La había oído pero nunca había alcanzado a comprender su significado. Siempre le había parecido un concepto cobarde, ocultarse tras las vestiduras de la Iglesia en vez de enfrentarse a los enemigos. Ahora veía que no se trataba de un mero escondite. El santuario era un estado de la mente, una protección contra ataques que no se podían percibir con la vista o el oído.

No comprendió cómo lo supo, pero su corazón le aseguraba que en el lugar más sagrado para él estaría a salvo. Pasaba horas comulgando con el Señor en su celda. Las piedras del suelo mostraban las marcas de sus rodillas. Santos podría buscarle en aquel lugar, pero no podría entrar y adueñarse de su alma.

Descubrió que sus movimientos eran más fáciles cuanto más ascendía, y sintió que los tentáculos de pensamiento que habían surgido de las tinieblas para apresarle se rompían con un chasquido. Mientras la influencia maligna parecía desvanecerse vio que su respiración era más sencilla. Recorrió la última sección del pasillo a tal velocidad que despertó a algunos de sus hombres. Ninguno salió de sus celdas, pero podía oír sus movimientos. Algunos abrieron la puerta curiosos y se asomaron tímidamente. Todos conocían perfectamente las estrictas normas de Hugues sobre el toque de queda, y sabían que habría castigos para todos los infractores. No sería la primera vez que de Payen ponía a prueba con trucos su obediencia.

—¡Volved a vuestros cuartos! --dijo entre bufidos, abriendo su puerta—. ¡Las tinieblas están entre nosotros! ¡No abráis a no ser que yo os lo diga, y preparaos para la batalla!

Cerró la puerta de una patada mientras sus últimas palabras todavía resonaban en el pasillo. Oyó cómo los demás también se encerraban. Se acercó a la ventana y cayó inmediatamente de rodillas, rezando para pedir perdón por su miedo. También solicitaba fuerza, y la renovación de la fe, y dio gracias por las lecciones y los retos que se presentaban ante él.

Era un hombre de acción. Una espada, un caballo, una batalla: esas eran las cosas que él entendía. Respecto a los extraños cánticos y los seres que podían invadir tus pensamientos, demonios de las profundidades del mismo Infierno... Tendría que reevaluar su visión de la realidad. Solo conocía un modo de combatir a un enemigo espiritual. Conocía un arma contra el pecado, y era la plegaria. Se dedicó a ella con pasión, convencido de que un fallo propio era el que había

provocado la debilidad que le había hecho huir. Si sus palabras iban a ser su espada aquella noche: las convertiría en algo afilado y brillante.

Mientras rezaba no dejaba de trazar planes. Hablaría con Daimbert si lograba sobrevivir a aquella noche y detendría lo que fuera que sucedía allí abajo. Reuniría a su lado la fuerza de la Iglesia y la conduciría de vuelta a la batalla que había abandonado minutos antes. Se había retirado por primera vez en su larga vida, y la sensación de debilidad que le invadía corroía su mente y su corazón como si fuese ácido.

Su miedo ya estaba siendo reemplazado por una furia vengadora. Obtendría satisfacción, y ésta sería rápida y definitiva. No había otra cosa que pudiera redimirle, no a ojos de Dios ni de sus propios pensamientos.

Atendió con cuidado a la parte de su mente en la que aún resonaba la voz del enemigo. Esperó la repetición de aquellas palabras, de aquella hiriente sensación que le decía que *algo* buscaba su nombre, su ser, su misma alma. No hubo respuesta. La mezquita había quedado silenciosa como una tumba salvo por el sonido de sus caballeros; el ruido de las armas y de los pies llegaba claro a través de los muros de piedra.

Aquello recordó a Hugues su responsabilidad para con aquellos hombres. Había dado su fuerte brazo y su corazón a la Iglesia, y había llegado el momento de que ésta le respaldara. No sabía qué podría enseñarle a Daimbert de los túneles inferiores, pero sí que sería suficiente. Nada tan perverso podía ocultarse completamente, ni siquiera a la luz del día.

Pondría las cosas en su sitio y después viajaría para hablar con Bernard y el Santo Padre de Roma, pero no pondría un pie fuera de Jerusalén hasta que todo aquello hubiera terminado. Nadie podía retarle de aquel modo y vivir para contarlo.

Sus plegarias prosiguieron sin interrupción y cayó en un trance en el que las sombras le acosaban en un paisaje de tiempos y desiertos imaginados. No abrió los ojos.

\* \* \*

Le Duc recuperó lentamente el sentido. Estaba en la misma posición anterior, solo y apretado contra las sombras del pasillo. El sonido de los cánticos había sido acallado por otro más cercano, el de los pasos corriendo a su lado hasta perderse en la distancia. La

situación cobró claridad inmediatamente y consiguió controlar sus nervios. Con un poco de esfuerzo se puso en pie.

Había estado a punto de perder su oportunidad. Los monjes encapuchados estaban regresando de la persecución a de Payen, cuyo resultado desconocía, y aquel era el momento de unirse a ellos. Si lograba fundirse con las sombras podría introducirse entre ellos y seguirles a cualquier lugar oscuro al que se dirigieran. Por muy insensato que pudiera parecer aquel plan, pensaba llevarlo a cabo. Comprendió que era muy probable que fuera el último acto de valentía de su vida, pero lo consideraba el menor de dos males. De algún modo sabía que fallarle a Montrovant no sería menos desagradable que los monjes.

Alzando los hombros y bajando la mirada para observar el terreno que pisaba, caminó hacia el centro del pasillo. Frente a él avanzaba una larga línea, por lo que aceleró un poco para alcanzarla y situarse el último, imitando sus andares. Se produjo un temible momento de incertidumbre cuando el monje que tenía delante se volvió para observar quién tenía a su espalda. Jeanne asintió de forma casi imperceptible, concentrando cada fibra de su ser en poner un pie delante del otro. El monje pareció satisfecho y volvió la mirada hacia el frente. Elevando una silenciosa plegaria de agradecimiento, el caballero prosiguió la marcha.

Avanzaban por el corredor, que ya no estaba tan iluminado por las antorchas de las paredes. El número de teas era el mismo, pero la luz no parecía capaz de penetrar la penumbra. Algo la devoraba, lamiendo sus bordes y empujando las sombras cada vez más hacia el centro de las llamas. Le Duc tembló, observando la oscuridad. El aire parecía mucho más frío que momentos antes, como el de una tumba recién cavada por la mañana. El caballero había abierto muchas fosas a lo largo de las guerras, pero aquel olor era tan ajeno al túnel que le produjo náuseas.

Alzaba el cuello a la menor oportunidad, observando por encima de los hombros de los monjes, pero no parecía que hubiera nada que ver más que la columna de figuras encapuchadas. Adelante sintió crecer de nuevo el cántico. La línea de monjes desaparecía frente a sus ojos, y al fin descubrió lo que producía aquella ilusión. A la izquierda se abría un gran portal. Dudó en el umbral y al fin entró. Aquel acto tenía un aire de finalidad que no le preocupó, ya que era demasiado tarde para echarse atrás. Si le encontraban ahora era hombre muerto, pero prefería caer sabiendo el motivo.

La luz en el interior de la cámara no era mucho mejor que la de fuera, pero sus ojos ya empezaban a acostumbrarse a la penumbra. Pudo ver una fila tras otra de monjes encapuchados reunidos en estrechos semicírculos alrededor de un altar situado en una esquina de la estancia. Era una inquietante reminiscencia de los fieles reunidos en un templo cristiano, pero apartó la imagen de su mente.

A la derecha del altar, elevada ligeramente, había una segunda plataforma. Sobre ella se encontraba una figura solitaria, y a pesar de la distancia supo de quién se trataba: Santos.

Tenía la cabeza inclinada como si estuviera rezando y llevaba el collar y las vestimentas de un sacerdote, aunque el cántico que Le Duc escuchaba no era el de la misa. Aquellas palabras sonaban extrañas, y el frío que inundaba la estancia se había hecho considerablemente mayor.

No lograba captar la sustancia de los sonidos, solo una monótona cadencia rítmica que parecía estar compuesta por diferentes sonidos, no por palabras. El patrón de la vibración que surgía de aquel canto resonaba por toda la habitación. Visiones extraídas del subconsciente se formaban en la mente del caballero, que tuvo que luchar para conseguir mantenerse centrado. No era el momento de perderse en una nueva experiencia religiosa: tenía que averiguar qué estaba sucediendo y encontrar un modo de salir de aquella estancia y regresar a su celda sin ser descubierto ni asesinado.

Era como una divertida historia de heroicidades y magia negra narrada por un bardo borracho a la luz de un fuego. El retumbar incesante del sonido en sus oídos y lo inquietante del lugar se combinaban para confundirle e impedirle pensar de forma coherente. Quería ir hacia delante, unirse a las filas más cercanas al altar. Se movía al ritmo del cántico como hacían los demás, y se perdía en aquel sonido. Sintió moverse sus labios y supo que su voz se había unido a las otras, pero los sonidos que emitía no emanaban de su propia mente. Eran arrancados por algo mucho más poderoso que él, algo que requería su atención, su devoción. Era una celebración embriagadora de algo tan siniestro y alienígena para su mente que ni siquiera podía tratar de comprenderlo. No era más que un instrumento tañido por Santos. Los que le rodeaban estaban en el mismo estado. No se trataba de un grupo cantando, sino de una única entidad empleando múltiples voces para lograr el mismo fin.

Dio unos pasos hacia delante y consiguió ver totalmente el altar. A pesar de las sombras y de la mala iluminación fue capaz de distinguir

el objeto sobre la superficie de piedra con total claridad; apenas consiguió ahogar el grito que subió por su garganta. Sofocado, dio un paso atrás y cerró los ojos, tratando de controlar su respiración. Aquella visión le había devuelto el control, pero también le había apartado del resto del grupo. La imagen acudió a su mente como la producida tras la caída de un rayo.

Sobre el altar había una cabeza humana. No estaba unida a cuerpo alguno, pero los ojos estaban totalmente abiertos, observando... Observándole directamente a él. La boca también se había abierto y la voz de aquella patética caricatura se había unido a la intrincada cadencia del cántico.

El sonido murió lentamente hasta que solo una voz resonó en la cámara. Le Duc había logrado poner de nuevo sus labios en movimiento, aunque había perdido toda conexión con el sonido. Entonces todos se detuvieron y dio gracias por poder dedicar su atención a lo que estaba sucediendo en la parte delantera. Perdido como había estado en la emoción del ritual, no recordaba nada útil de lo que informar a Montrovant.

Santos bailaba junto al altar. Su expresión era completamente arrebatada y sus ojos estaban iluminados por una luz impía. Sonreía a los monjes reunidos con una postura arrogante y suficiente. No parecía en absoluto el hombre que había rezado de forma tan devota instantes antes. Era como si otro hablara a través de sus labios y controlara la expresión de su rostro. La energía que restallaba por todo su cuerpo era asombrosa.

—Él ha venido —bramó—. Está aquí ahora, con nosotros, y hablará. Él que conoce el futuro como las páginas de un libro la historia. Él que nos ata a las tinieblas y nos da dirección. Él hablará y vosotros escucharéis. Así ha sido escrito y así deberá hacerse.

Santos bailó hacia el altar agitando su mano hacia la cabeza, que sonreía con un rictus mortal. Los ojos veían acercarse al sacerdote con oscura inteligencia.

—Hay preguntas y respuestas... Para él son lo mismo. Él nos guiará hacia nuestro futuro, del que no hay vuelta atrás. Protegeremos lo que es nuestro...

A medida que la voz se apagaba Le Duc vio que las facciones de la cabeza cambiaban; la expresión que había parecido tan extraña en Santos se transfirió a aquella burla de la naturaleza. El sacerdote volvía a ser él mismo, pero la cabeza había sido transformada. Durante un momento giró y se retorció, como si estuviera aferrando

unos hilos que manejaran sus rasgos, pero después se volvió hacia los monjes con una sonrisa. Abrió totalmente la boca, mostrando unos colmillos afilados y brillantes, y comenzó a reír de forma maníaca. Largas hebras de cabello plateado se movían de un lado a otro, y las llamas surgían sin control de los pozos hundidos que debían haber sido las cuencas de los ojos. La boca estaba tan arrugada en las comisuras que parecía que había sido cosida, al menos hasta que las fauces se habían abierto. La piel estaba reseca, marrón y cuarteada. Cuando la risa murió los labios quedaron parcialmente separados. Mostraba una expresión demente que poco a poco se tornaba depredadora y calculadora.

—¡La huida se acerca! —chilló repentinamente—. La oscuridad y la huida, la huida de la luz. Él está aquí. Está cerca. Descubrirá lo que consideráis máspreciado, lo que es viejo y os ata a las tinieblas. También él es viejo. Todo será revelado y el futuro sellado. Debéis estar preparados para escapar. Debéis estar preparados para luchar.

Le Duc consiguió apartar su mirada de aquella aparición sobre el altar para observar la cámara. Todos los ojos estaban fijos en la siniestra cabeza que les observaba. Había tan poco movimiento entre las filas que era difícil saber siquiera si respiraban. La emoción de un poder más allá de lo que hubiera conocido jamás atravesó su mente, pero conservó la calma. No era para él. No era su poder.

—¡Danos su nombre! —cantó Santos, comenzando una lenta danza hacia el altar—. ¡Nombra a aquel que quiere acabar con nosotros y le daremos fin! ¡Danos un nombre para que podamos hacerle nuestro, para que podamos destruirlo!

—Montrovant —dijo rápidamente la cabeza—. Su nombre es Montrovant... eso os he dicho.

—Su verdadero nombre —insistió Santos—. Hay más. No es un mortal, y su nombre es algo más. ¿Cuál es?

La cabeza comenzó a reír y Le Duc sintió que su piel se enfriaba. Los viejos labios se separaron para hablar una vez más, y de repente el caballero comprendió que era importante no oír aquellas palabras. No quería saber de dónde había surgido aquella idea, pero penetró en su mente como una inundación. Aquel momento podía decidir el triunfo o la derrota. Por motivos desconocidos descubrió que el verdadero nombre de Montrovant no debía ser dicho en aquel lugar. Se sorprendió tanto como los demás cuando un grito surgió de su garganta.

—¡No!



El sonido de su voz retumbando en el silencio fue tan repentino e inesperado que los demás no eran capaces de determinar exactamente su procedencia. La cabeza cobró cada vez más rigidez, perdiendo tanto la energía como la sensación de terror que había emanado desde que comenzara a moverse. El cántico cesó, pero no se produjo ningún movimiento inmediato contra Le Duc. El corazón le martillaba el pecho y supo que no había escapatoria, pero tenía que intentarlo. Se acercó hacia la puerta moviéndose sin sentido, tratando de mezclarse con la confusión que le rodeaba. Casi había logrado llegar hasta el umbral cuando una mano cayó sobre su hombro. Giró y se encontró directamente frente a los pozos flamígeros de los ojos de Santos.

–Has cometido un grave error, amigo mío --susurró el sacerdote--. Muy grave. Bienvenido a mi mundo.

## \_\_\_\_\_ 14 \_\_\_\_\_

Montrovant no se detuvo hasta que alcanzó el desierto, y solo porque sintió la llamada de Kli Kodesh llegar desde las arenas. No dudó un instante. Estaban sucediendo demasiadas cosas a la vez como para ignorar la única que podía proporcionarle las respuestas que necesitaba. Además, ya había sufrido suficientes juegos del antiguo como para toda una segunda vida.

Giró a su izquierda y corrió en la dirección de la llamada. Las preguntas se arremolinaban en su mente y, cuerdo o sano, Kli Kodesh era la única respuesta. Tendría que bastar.

Encontró al viejo igual que la primera noche que le había invocado, solo sobre la colina Golgotha, observando las estrellas. Montrovant no estaba seguro de si era una indiferencia fingida lo que le hacía ignorar su cercanía o si sus pensamientos estaban concentrados en aquellas estrellas. Quizá nada en este mundo representara una amenaza o una diversión suficientes como para interrumpir sus pensamientos.

–Es la hora --dijo girándose rápidamente cuando Montrovant llegó a su lado.

Ahí estaba la primera respuesta. Estaba consciente y prestaba atención.

–No creía que llevaras las cosas hasta este punto, pero es la hora

de acabar con esto. Parece un derroche, tanta diversión precipitada tan rápidamente, pero no hay otro modo. Santos ha sido interrumpido en su ritual y el poder que había invocado le ha abandonado. Lo he sentido hace unos instantes.

–De Payen –dijo Montrovant suavemente.

–No –respondió Kli Kodesh negando rápidamente con la cabeza–. De Payen reza aterrado en su celda. Su encuentro con el poder de Santos fue muy similar al tuyo. No es él, sino otro el que te ha salvado, uno más oscuro. Sentí en él el ligero aroma de tu propia esencia. ¿Lo has enviado allí y te has olvidado de él? ¿Es posible que no controles totalmente tus propios recursos?

–¿Le Duc? –Montrovant pareció confundido por unos instantes. No había ordenado a aquel hombre que llegara hasta allí. Solo le había pedido que consiguiera información. ¿Cómo había podido ir tan lejos sin su propia influencia, y qué representaría aquello para el resultado de sus planes?

–¿Qué quieres decir con que Santos ha sido interrumpido? –preguntó al fin. No tenía sentido lamentarse por cosas que ya estaban hechas. Tenía que concentrarse en el futuro.

–Santos invocó a los antiguos poderes de la noche –respondió Kli Kodesh para luego sonreír–. Y esos poderes respondieron. Tiene contacto con fuerzas que ni tú ni yo podemos alcanzar a comprender, aunque puedo sentir gran parte del uso que les está dando. Tu verdadero nombre estuvo en los labios de aquel ser cuando llegó la interrupción. No sé cuándo elegiste a ese seguidor tuyo o cómo le has entrenado, pero parece que hiciste bien en depositar en él tu confianza. Debe haber sentido lo que estaba a punto de pasar y lo ha evitado. Diría que se ha sacrificado por ti.

Montrovant sacudió lentamente la cabeza.

–Aún le siento. No está muerto. ¿Hay más peligro ahora que ha terminado ese ritual?

–Santos no tiene tiempo esta noche para renovar el contacto –le aseguró Kli Kodesh–. De momento estás tan a salvo como se puede estar con esa criatura. Por eso te he llamado. Es posible que no vuelva a presentarse una ocasión así. Es el momento de golpear.

–¿Y cómo lo haré? –preguntó Montrovant–. Solo tengo un seguidor, y es un humano. Con o sin el *antiguo poder*, Santos dispone de un pequeño ejército. No soy tan tonto como para creerme su igual en tales circunstancias.

–Debes usar a los Caballeros y a la Iglesia –le urgió Kli Kodesh–.

¿No es para eso que los creaste? Pueden ser poderosos aliados si se les enfurece. Ve a Daimbert y llévale a la mezquita. Que hable con de Payen y que éste le muestre lo que Santos ha creado. Verán y comprenderán. Hay mal suficiente en ese laberinto como para convencer más allá de toda duda de la presencia diabólica. Una vez lo descubran pelearán. No subestimes a los humanos. He conocido a muchos que han muerto por hacerlo.

La mente de Montrovant no dejaba de dar vueltas. ¿Qué haría Daimbert si entrara en su templo sin anunciarse? ¿Le reconocería alguno de sus seguidores? Si actuaba tan abiertamente y elegía arriesgarse tanto, ¿Se mostrarían otros de su especie para detenerlo? No se había molestado con hablar con ninguno de los vástagos de la ciudad, pero ahora se preguntaba si carecer de esos aliados había sido una ventaja. Su descubrimiento revelaría a los mortales cosas que no eran para ellos, y pondría en peligro a todos los condenados de la Ciudad Santa. Eso no era algo que pudiera hacerse sin levantar un cierto revuelo.

Nadie había contactado con él, pero eso no significaba que no le estuvieran vigilando. Por muy viejo y poderoso que fuera, Kli Kodesh no tenía el aspecto de un príncipe, y Jerusalén era una ciudad demasiado vieja y poderosa como para carecer de habitantes oscuros. ¿Cuánto aguantarían antes de decidirse a intervenir?

Tomó rápidamente su decisión.

—Iré y haré tal y como me dices, viejo, pero me gustaría saber qué es lo que ganas tú en todo esto. Nunca he conocido a nadie que acepte tantos riesgos sin motivo alguno.

Kli Kodesh se limitó a sonreír, y no había tiempo para seguir con las preguntas. A Montrovant no se le ocurría ningún motivo para confiar en aquel viejo loco, pero no le quedaban muchas más opciones. Tampoco tenía razones para *no* confiar. Si Kli Kodesh quisiera hacerle daño lo hubiera hecho ya, de forma más rápida y eficaz. Había pasado la medianoche y quedaban menos horas para el amanecer de lo que a Montrovant le gustaría. Se giró y dejó a Kli Kodesh tal y como lo había encontrado.

Con la mente puesta en su objetivo Montrovant podía moverse a gran velocidad, y notaba cómo recuperaba la vieja familiaridad con las calles de la ciudad. Recordaba una Jerusalén muy diferente, a un mundo y varias vidas de distancia del que recorría ahora, pero a pesar de todos los años y las guerras que había soportado, el aspecto de la ciudad había cambiado poco. Estaba más atestada y había influencias

musulmanas en los templos y los edificios más recientes. No sentía nada por las pérdidas de su pasado; la vida en la que se había preocupado por aquellas cosas no era ya más que polvo.

El palacio del Patriarca era menos impresionante que el de Baldwin, pero de él emanaba una sensación de solidez y permanencia de la que carecía el del monarca. Pertenecía a poderes más antiguos que la realeza de Jerusalén. La Iglesia Católica tenía algo que le permitía aumentar la sensación de seguridad y estabilidad de sus edificios. Cuando Baldwin y sus descendientes desaparecieran y no quedara rastro de que hubieran recorrido aquellas calles, Roma seguiría teniendo poder. Montrovant había visto caer muchos imperios, pero la Iglesia, en cualquier encarnación que pudiera presentaren un momento dado, había sobrevivido. La institución no solía comprender o apoyar los conceptos que aseguraba tener como base, pero sabía lo que era el poder.

No trató de superar a los guardias o llegar hasta los balcones. Quería llamar la atención de Daimbert, pero no montando un espectáculo que atrajera el interés hacia sí mismo. Corrió hasta la enorme puerta frontal, agarró al primer guardia que encontró y golpeó sus pensamientos con los suyos sin vacilación. No hubo grito alguno y el soldado no se resistió. Montrovant no lo permitiría. Con la mirada perdida, el soldado guió al vampiro hacia el vestíbulo de entrada del palacio.

--Traed al Patriarca --ordenó el guardia--. Despenadlo de inmediato, es una emergencia. --Las palabras sonaron imperativas, pero algo forzadas. La reacción no fue inmediata.

Los guardias interiores le miraron como si hubiera perdido el juicio. Después se fijaron en el enorme Montrovant, a su lado. Observaron la mandíbula cuadrada y el brillo en los ojos, y sin más discusiones obedecieron. Era mejor enfrentarse a la ira de Daimbert, al que conocían, que a la de aquella inmensa sombra. Al menos la Iglesia aseguraba ser misericordiosa.

Daimbert tardó más en despertar y vestirse de lo que a Montrovant le hubiera gustado. Unos instantes más y hubiera perdido el control, destrozando el palacio si era preciso para sacarlos a todos de la cama y acelerar las cosas. Se esforzó en mantenerse callado y tranquilo, ignorando su frustración.

Primero aparecieron los guardias, corriendo con la armadura parcialmente colocada y la mirada confusa. Tras ellos marchaba un enojado Daimbert, con ojos furiosos y la túnica mal arreglada. Entró en

la estancia con el aspecto de haber sido despertado de una profunda y temible pesadilla.

—¿Qué significa todo esto? —gritó con una combinación de furia y miedo—. ¿Quién es ese hombre, y por qué ha sido admitido a estas horas?

Montrovant dio un paso al frente ignorando los gestos amenazadores de los guardias para enfrentarse directamente al Patriarca.

—He venido hasta ti, Daimbert, y me tratarás con el respeto que merezco, en vez de hablarme como si no estuviera presente. Yo te prestaré a ti el mismo respeto. Nadie me ha "admitido". Vengo y voy donde me place.

El vestíbulo quedó repentinamente en silencio. Los guardias no habían oído nunca a nadie que no fuera Baldwin dirigirse al Patriarca de aquella manera y salir vivo. La Iglesia era tolerante, pero aquel era un ultraje que no podía olvidarse fácilmente. Con las manos en las armas, se dispusieron a hacer pedazos al intruso si se les daba la orden, pero Daimbert calló.

Hizo un gesto como si se dispusiera a rebatir a su arrogante visitante, pero cerró la boca. Vio algo que llamó su atención, y en el último momento decidió que era mejor guardar silencio.

Montrovant prosiguió.

—He venido a ti con un asunto más urgente que cualquier otro que hayas conocido en todos los días de tu vida. Hay un mal en la ciudad, bajo tus mismas narices y bajo el manto de la protección de Roma. Debes actuar inmediatamente, esta misma noche, y ponerle fin. Debes venir conmigo. Eres el más poderoso de los servidores de Dios en la Ciudad Santa. Es tu responsabilidad protegerla de cualquier maldad.

Daimbert dio un paso atrás. El coraje no era su punto fuerte, y la mención de un mal bajo la protección de Roma le dejó un mal sabor de boca. Además, la idea de cualquier responsabilidad por su parte era más de lo que estaba dispuesto a aceptar hasta estar totalmente despierto. Sin embargo, dudó. Las palabras de Montrovant pintaban un valiente retrato en el que no era fácil encontrar fallos.

—Estás confundido —murmuró—. Debes acudir con tu queja durante el día. Existen protocolos y modales apropiados. Soy un hombre muy ocupado, y esto es de lo más impropio. Debes...

—¡Estoy aquí! —tronó Montrovant—. Eres un hombre de Dios, ¿no es así? Te estoy diciendo que hay seguidores del diablo bajo los salones de la mezquita de al Aqsa, y han comenzado a invocar a los

antiguos poderes de las tinieblas. Han atacado a de Payen, que necesita de tu ayuda.

La expresión de Daimbert mostraba que estaba pensando a toda velocidad, posiblemente más de lo que lo había hecho en muchos años. Dejó de dar pasos hacia atrás y comenzó a escuchar con más interés.

–¿De Payen? ¿El caballero del templo?

–Se ha enfrentado al mal del que hablo –afirmó Montrovant–.

Sabes que es un hombre de gran fe, pero se ha retirado por el miedo. Si eres el poder de la Iglesia en Jerusalén es el momento de demostrarlo. Es la hora de probar tu devoción.

Los hombres de Daimbert comenzaban a mirar inquisitivos a su líder. Muchos de ellos conocían a de Payen, y la idea de que aquel hombre huyera de algo aterrado era una noticia en verdad siniestra. También sería interesante ver al Patriarca tratando de demostrar su fe. Normalmente no solía tener que demostrar nada al respecto.

–¿De Payen? –repitió Daimbert–. ¿De Payen está en peligro? ¿Por qué no lo has dicho antes?

Era evidente que, ahora más que nunca, aquel hombre no deseaba prestar su ayuda, pero estaba acorralado. Estaba sucediendo algo más. Montrovant vio cómo su mandíbula se tensaba y sus hombros se echaban hacia atrás, enderezándose. A pesar de estar asustado y molesto, parecía que había decidido atender la llamada de Montrovant.

–Rápido –urgió el vampiro–. Escaparán y será demasiado tarde. Debes moverte ahora mismo.

–¡Reunid a la guardia! –gritó Daimbert dirigiéndose hacia la puerta–. ¡Que todos los hombres presentes vengan conmigo!

–Informaré a de Payen de vuestra llegada –dijo Montrovant–. Habéis renovado mi fe, Excelencia –dijo inclinándose y dirigiéndose a toda prisa hacia fuera. Temía que Daimbert siguiera haciéndole preguntas o que le pidiera que se quedara con los guardias, algo que no estaba dispuesto a hacer. Necesitaba libertad de movimientos, entre otras cosas para poder correr hacia un lugar seguro cuando los rayos del sol le obligaran a desaparecer. Había puesto las ruedas de la Iglesia en movimiento, pero no tenía la menor intención de quedarse en la carretera para que le pasaran por encima.

Daimbert no dijo nada más y el vampiro no dudó en dirigirse hacia la salida. Ahora que se había arrojado el guante el Patriarca tendría que aparecer en el templo con todas sus fuerzas. Montrovant había

puesto en juego su fe, y la reputación de Daimbert desde su llegada a Jerusalén no había sido la de la más estricta adhesión a las Escrituras. No podía permitirse una lasitud tan evidente, no en aquella situación.

Además, Montrovant creía que Santos probablemente era una preocupación para el Patriarca. Aunque era el líder espiritual de la ciudad y en cuestiones eclesiales solo respondía ante el Santo Padre, no disponía de control sobre aquel sacerdote oscuro o sobre su pequeño dominio. Montrovant no había mencionado el nombre de Santos, pero estaba convencido de que Daimbert había captado la referencia a los niveles inferiores. Nada ponía más nervioso a un hombre como aquel que los secretos y engaños de los que no sabía nada. Si la Iglesia le había confiado la supervisión de la más santa de sus ciudades, le resultaría incomprensible que no pudiera conocer los asuntos del sacerdote y participar en ellos.

Montrovant sabía que la fuerza que había en Roma detrás de Santos no era el Papa. En la estructura del Vaticano había muchos poderes embebidos. El propio Claudius disponía de una gran influencia, y en aquel momento deseó disponer de la ayuda de su sire. Él hubiera podido descubrir quién o qué se ocultaba tras el sacerdote maligno o si no disponía de apoyo alguno, lo que podía haber marcado una importante diferencia.

Solo quedaba llegar hasta de Payen y advertirle de que se preparara. Volvió a atravesar las puertas de la mezquita e, ignorando a los sirvientes y los guardias, subió hasta el cuarto del noble. Le reconocerían, y no tenía tiempo que perder con su curiosidad.

Llegó hasta la puerta y la abrió de un golpe. De Payen alzó la mirada y se giró aterrado para observar al inesperado visitante.

Montrovant vio arrodillado a un hombre diferente al que había dejado hacía unas horas. Dudó, cerró la puerta de un golpe y se acercó a él.

–Levántate, Hugues. Ponte en pie y enfréntate al miedo.

De Payen obedeció, pero la confianza no había regresado. Temblaba, y la voz le traicionó al ser incapaz de hablar. Algo terrible había sucedido aquella noche; el vampiro se maldijo por haber enviado solo al caballero hacia la oscuridad. Debería haber sabido que no sería suficiente.

–Daimbert está en camino –dijo rápidamente–, y viene con sus guardias. Tienes que recuperarte y preparar a tus hombres. Hay que actuar ahora. Los planes de Santos han fracasado esta noche y uno de los tuyos, Le Duc, está en sus garras. Por el alma de ese hombre y

por tu fe, Hugues de Payen, debes actuar.

Montrovant vio que sus palabras estaban teniendo el efecto deseado, aunque no tan rápidamente como a él le hubiera gustado. Unos momentos antes el guerrero había estado solo, atrapado dentro de su mente por las sombras de su fe herida. Su corazón había tenido que estar a punto de detenerse cuando Montrovant entró por la puerta.

Ahora tendría algo en lo que depositar su fe: la presencia del Patriarca y del propio Montrovant. También disponía de sus caballeros, y de una oportunidad para luchar. Esconderse en los pasadizos como un ladrón en la noche no era del agrado del guerrero, pero la posibilidad de dirigir un asalto frontal hizo maravillas casi instantáneas en su ánimo. Se enderezó y el fuego regresó a su mirada.

–He... he fallado –dijo recuperando la compostura–. He caído de rodillas enfrentado al mal que reptaba allí abajo, como un cobarde.

–No podías saber a qué te enfrentabas –dijo apaciguador el vampiro–. Basta con que los acontecimientos de esta noche hayan traído una nueva luz. Con la ayuda de Daimbert, Santos no podrá seguir mucho tiempo con sus oscuras prácticas. Deberías estar orgulloso.

–No lo estaré hasta que todo esto haya terminado –respondió Hugues mientras el miedo daba paso a la sombría determinación.

Su rostro se estaba convirtiendo en una furia creciente, y Montrovant tuvo que reprimir las ganas de sonreír. Las emociones de Payen eran tan mercuriales que resultaban reconfortantes. Deseó tener más tiempo para poder estar allí.

–Ve, pues. Ve y despierta a tus hombres. Prepáralos para lo que se avecina, pero revela lo menos posible. No hay modo de saber a qué os enfrentaréis allí abajo, y no hay motivo para socavar su confianza.

De Payen asintió. Marchó hacia la puerta, pero dudó por unos instantes.

–Os uniréis a nosotros, ¿no, señor?

Montrovant le devolvió la mirada y negó con la cabeza.

–Ya te dije antes, Hugues, que ésta no es mi lucha. Es tu momento, y debes confiar en mí cuando te digo que todo lo que necesitas para alcanzar la victoria está en tu corazón, en tu mente y en la fuerza de tu cuerpo. Dios te ha dado las respuestas: escúchalas.

El noble no respondió, dándose la vuelta y dejando al vampiro solo en el cuarto. Momentos después el pasillo se llenó de gritos,



portazos y armas entrechocando. Montrovant podía oír las voces excitadas de los sirvientes anunciando la llegada de Daimbert y sus hombres.

Durante unos instantes pensó en unirse a ellos. Tenía una cuenta que saldar personalmente con Santos, y se preguntaba qué ocurriría si lograba beber un poco de la sangre del buen "padre". ¿Qué efectos tendría una esencia tan antigua como aquella? ¿Tenía acaso sangre? Su cuerpo parecía frío...

La idea pasó tan rápidamente como había llegado. Tenía una misión y aquel era el momento que había estado esperando. Necesitaba bajar hasta allí, pero no con de Payen o con Daimbert. Fuera cual fuera el resultado de la batalla, debía aprovechar la confusión para encontrar un modo de llegar hasta las cámaras. También tenía que asegurarse de poder salir a pesar de lo que se encontrara por el camino. Los demás podían luchar hasta la muerte, siempre que le dieran el tiempo suficiente como para encontrar un camino libre.

La ventana le llamaba y asomó la cabeza a la oscuridad, observando las paredes y el suelo a sus pies. No había nadie a la vista. Toda la actividad se concentraba en la entrada del templo y la luna no brillaba lo suficiente como para que su luz le pusiera en peligro. Además, tras aquella noche poco importaría quién le conociera. Echó un último vistazo por encima del hombro para asegurarse de que no había nadie en el umbral y saltó hacia la noche, planeando hasta aterrizar con suavidad. En el momento en el que tocó el suelo partió a la carrera.

\* \* \*

Figuras pálidas observaban en silencio la salida de Montrovant por la ventana de Payen. Cuando el vampiro pasó junto a ellas, rodeando el edificio y dirigiéndose hacia la entrada del establo, se fundieron con la oscuridad. Un agudo chillido rompió el silencio y resonó en la lejanía.

En la ladera de la colina Golgotha, quieto como si no se hubiera movido desde la marcha de Montrovant, Kli Kodesh oyó los gritos y sonrió. Aquella sería una noche interesante, y habían pasado muchos años desde la última vez que pudo decir eso.

A Le Duc le hubiera gustado hacer miles de preguntas, pero era incapaz de responder a las palabras de Santos. La garganta le dolía por el repentino y abrumador terror que había invadido su cuerpo y su mente. Iba más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado jamás. El sacerdote estaba frente a él, agitándose a un lado y al otro como una serpiente a punto de atacar. Su movimiento seguía imitando el sonido del cántico, aunque no parecía preparado para liberar su poder. Sus ojos refulgían con furia, y algo más... ¿Hambre?

–Me has causado una gran... inconveniencia –dijo al fin–. No tienes idea de los poderes con los que te has entrometido, pero lo descubrirás antes de que termine tu miserable existencia. Has interrumpido el trabajo de varios días, y suelo tomarme esas ofensas... de forma personal. Me ocuparé de que aprendas.

Santos titubeó e inclinó la cabeza a un lado. Le Duc hubiera jurado que aquel hombre estaba olfateando el aire. Había visto hacer lo mismo a perros y a lobos cuando algo lejano les llamaba la atención. La piel del sacerdote también era extraña, así como la rigidez de sus movimientos. Sin embargo, el caballero no estaba en posición de dar importancia alguna a todo aquello.

–Has venido por él, por el oscuro, Montrovant –dijo Santos acercando su rostro al de Jeanne con ojos brillantes–. Siento en ti su esencia. Estás atado a él.

Le Duc sacudió la cabeza, hallando por fin la voz.

–No estoy atado a nadie –gruñó–. Sigo a quien quiero.

El sacerdote sonrió.

–Ni siquiera eres consciente de la situación de tu propia alma. Interesante. Patético pero interesante. Parece que al menos tengo una última lección que enseñarte antes de terminar con tu vida. Si escuchas con cuidado y aprendes es posible que te permita vivir como mi sirviente. Pareces bien dotado para la faena, y ahora que eres mío representarás su caída con toda seguridad.

Le Duc saltó hacia delante. Su furia superó al sentido común y trató de alcanzar la garganta de Santos. Era mejor morir rápidamente que sufrir aquellos insultos.

El sacerdote no se movió, o no pareció hacerlo, pero de algún modo el ataque falló. Golpeó el aire vacío y perdió el equilibrio,

lanzándose contra el muro. Antes de qué pudiera chocar le aferraron los brazos, y mientras tiraban de él hacia arriba pudo ver que se trataba de dos de los monjes encapuchados. Su presa era gélida y fuerte como argollas de hierro. No podía moverse, aunque tampoco tenía adonde ir.

–Vendrá –dijo al fin. No sabía si era cierto o no, pero era la única arma de la que disponía–. Puede que Montrovant no se preocupe por mí, pero no se tragará fácilmente los insultos. Vendrá, y entonces veremos quién se convierte en lacayo.

Santos rompió a reír, y el sonido que surgió de su garganta fue seco y serio como el viento del desierto. Era el ruido de los huesos golpeando la piedra polvorienta y de los dedos surgiendo de una tumba. El caballero pudo oír en aquella risa su propio estertor.

–Vendrá –aceptó Santos–. No dudo de que lo hará, pero cuando así sea no tendrá más idea que tú de a qué se enfrenta en realidad. El suyo es un poder oscuro, y es viejo, pero yo lo soy más todavía. Aquí operan fuerzas que ni siquiera puede empezar a comprender. Creo que descubrirá que soy más que un reto.

Le Duc no hizo más comentarios. No sabía si lo que decía el sacerdote era verdad o mentira, pero sí que creía cada palabra. En su mirada había algo muy antiguo y en su voz asomaba una fría oscuridad. Uno podía creer casi cualquier cosa sobre aquel hombre, si es que era un hombre...

Le Duc dejó que sus ojos se desviaran hacia el altar y la cabeza, quieta como si hubiera sido tallada en piedra. Ahora que no tenía vida parecía sacada de una tumba. Le Duc se enfureció ante tal blasfemia, pero no pudo dejar de sentir curiosidad. ¡Había visto cómo se *movía*!

Santos siguió su mirada y sonrió más ampliamente.

–La viste, pues. Sabes que la cabeza es más de lo que parece. Esa es la primera de tus lecciones. Descubrirás que muchas cosas en este mundo son más de lo que aparentan. Nunca des nada por sentado. Esa cabeza no es tal, sino una ventana, un oráculo. No hay secreto que no pueda extraerse de las cámaras de la historia si se conocen el ritual y los preparativos adecuados.

Le Duc estaba a punto de preguntar algo para ganar tiempo, pero en aquel momento Santos se tensó y se volvió hacia la puerta. Aquella mirada extraña y perdida regresó momentáneamente, como si estuviera escuchando la voz de su propia mente. Pasó al instante, y el fuego de sus ojos regresó con más fuerza todavía.

El caballero hubiera dado cualquier cosa por percibir lo mismo

que él, o por conocer sus pensamientos en aquellos breves instantes.

–Traedlo –dijo el sacerdote señalando a Le Duc–. Debemos escapar antes de lo planeado. Es como se nos había advertido: tenemos que huir de nuevo.

El caballero fue empujado rápidamente hacia la puerta, y aunque sus ojos no dejaban de vigilar y su mente de dar vueltas no se presentó ninguna oportunidad para escapar. No estaba dispuesto a dejar que le raptaran y esclavizaran sin lucha, pero de momento parecía que lo mejor era seguirles el juego. Necesitaba que se olvidaran de él todo lo posible y así encontrar un momento en el que su concentración se debilitara.

Santos no le prestaba más atención que la que él hubiera dado a un gañán. Fueran cuales fuesen los planes del sacerdote, parecían haber cambiado drásticamente en los últimos minutos. Algo estaba sucediendo, algo inesperado. Lo único que podía hacer el caballero era esperar que se le concediera una distracción para poder escapar.

Los monjes encapuchados corrían de un lado a otro, formando una cadena que se introducía en una de las cámaras que servían de almacén para sacar todos sus contenidos al pasadizo.

Cuando estuvieron satisfechos, o cuando Santos lo ordenó (no era posible saberlo), la puerta volvió a sellarse y todos se volvieron en dirección contraria a los establos. Con los brazos cargados, algunos tirando de pequeñas carretillas, todos los monjes comenzaron a avanzar en una línea que se perdía por uno de los túneles. Santos corría arriba y abajo, gritando órdenes y agitando los brazos con gestos impacientes. Quienquiera que les siguiera no se encontraba lejos, y a pesar de todas las bravatas sobre los poderes antiguos y la servidumbre el sacerdote no parecía ansioso por enfrentarse a sus enemigos.

Entonces empezaron a llegar otros sonidos, gritos atrás y arriba, así como el golpeteo de las botas sobre la piedra. Los esfuerzos de Santos eran cada vez más frenéticos. Jeanne vio pasar a un monje con la cabeza viviente entre las manos, y a su espalda un pequeño grupo colaboraba para imprimir velocidad a un carro especialmente pesado. Su *tesoro*, fuera lo que fuese, les frenaba considerablemente. Puede que los perseguidores aún pudieran alcanzarles.

Parecía que los monjes habían estado preparados para escapar, aunque no con tan poco tiempo. Le Duc se preguntaba por qué se introducían cada vez más en los túneles, si la salida se encontraba en la dirección de los establos. No estaba totalmente seguro de querer

saber la respuesta.

A pesar de sus miedos, lo averiguó pronto. Le arrastraban hacia el centro del grupo en una lenta carrera. Las antorchas en las paredes se hacían cada vez menos numerosas, aunque eso no parecía preocupar a los monjes. Un tipo diferente de luz comenzaba a impregnar el aire, y aunque no existía una fuente evidente parecía suficiente para poder ver. El fulgor les rodeaba a medida que avanzaban, abriéndose ante el grupo lo mínimo imprescindible como para dejarles pasar, cerrándose a su espalda. La oscuridad sería un problema mucho mayor para los perseguidores. Jeanne se preguntó por unos instantes si Montrovant estaría entre ellos. De algún modo sabía que su oscuro maestro no tendría muchas dificultades en las penumbras, y deseaba desesperadamente que alguien alcanzara por fin a los monjes.

Dejó de intentar contar los giros, ya que el esfuerzo era evidentemente fútil. No había modo alguno de rehacer aquel camino, no en la oscuridad total. Tras lo que pareció una eternidad de empujones por parte de los dos guardias que aún le aferraban los brazos, notó que el suelo bajo sus pies comenzaba a ascender. Aún podía oír el ruido de los perseguidores, pero poco a poco se iban difuminando.

Sintiendo la necesidad de hacer algo, La Duc comenzó a arrastrar los pies. Se movía más lentamente, tropezando a propósito para intentar detener la marcha todo lo posible. Parecía tener éxito, y estaba a punto de caer de rodillas una vez más cuando Santos apareció de repente a su lado.

El sacerdote extendió rápidamente una mano y la puso sobre su hombro. El pasillo giró bajo sus pies y el caballero tuvo una extraña sensación de desorientación. Su mente ya no le pertenecía. Era consciente de lo que hacía, pero no podía ejercer control alguno sobre sus miembros. Su cuerpo se tensó y comenzó a moverse de nuevo.

Una única palabra parecía embebida en su cabeza, y no pudo hacer más que obedecerla: *Ven*.

Momentos después, todo sonido salvo el crujido de los carros y los pies sobre la piedra quedaron ahogados por la oscuridad.

\* \* \*

De Payen dirigió al grupo por las escaleras hacia el nivel inferior de la mezquita. Conocía el camino mejor que el Patriarca y tenía un ardiente deseo de redimir su honor, aunque ninguno de los presentes

conocía las circunstancias de su última visita.

Daimbert y su guardia personal le seguían un poco más lentos. Descendían con cautela, rodeados por todas partes por los hombres de Payen. En cuanto iniciaron el descenso habían comenzado a oír los ruidos de abajo, golpes y pasos corriendo. Parecía que les estaban esperando.

De Payen sabía que eso significaba que cada vez le quedaba menos tiempo. Si Santos y sus secuaces escapaban, quedarían muchas preguntas sin respuesta, además de poner al caballero en la difícil situación de tener que explicarse ante Daimbert sin prueba alguna para apoyar sus acusaciones. No permitiría que nada de aquello sucediera. Había que detener al sacerdote, y debía ser en aquel mismo instante. Esta vez no detectó el poder sombrío en el aire que la noche anterior le había arrastrado hacia abajo. Tampoco notó cómo aquel miedo siniestro se adueñaba de su corazón. El aire era frío y húmedo y avanzaban rápidamente, con las armas desenvainadas.

–Debemos apresurarnos –gritó de Payen–. ¿Oís? –Se volvió hacia Daimbert, que asintió con rostro serio. Era evidente que el Patriarca no estaba acostumbrado a aquellas acciones nocturnas, y su palidez sugería que su coraje no era su principal cualidad. No podía culparle. Aquel era un asunto para guerreros, no para sacerdotes, y casi lamentaba que hubiera insistido en acompañarles. Ahora tenía que cargar con la responsabilidad de velar por la seguridad de aquel hombre.

–Parece que están escapando –gritó Daimbert mientras trataba de seguir el paso de los guardias y los caballeros–. ¿Es posible que sepan de nuestra llegada?

–Así debe ser, Excelencia –respondió Hugues–. No debemos permitir que lleguen hasta los túneles. –Hizo un gesto a Cardin, que corría a su lado, y el caballero se acercó un poco más–. Toma a tres hombres y sella el pasillo entre este punto y los establos.

Cardin asintió y tras llegar al fondo de las escaleras separó a algunos caballeros a la derecha. Se movió con cautela hacia los caballos, que parecían asustados. Los relinchos y el golpe de los cascos contra la madera de las cuadras resonaban en todo el túnel. Pierre dudaba de que aquel temor lo hubiera causado el sonido de la huida de Santos. Estaba sucediendo algo.

Miró al caballero a su derecha, un joven francés llamado Louis de Moyer, y vio su misma confusión. Aceleró el paso y e hizo un gesto a

los demás para que le siguieran. El pequeño grupo corrió por el pasillo hacia los caballos con el corazón desbocado y la mirada asustada. Pierre deseó por unos momentos que de Payen hubiera enviado más hombres.

Mientras tanto, éste y el Patriarca seguían avanzando hacia el interior, deteniendo la marcha mientras buscaban algún rastro del sacerdote en la penumbra. A pesar del sonido de retirada, no podían arriesgarse a sufrir una emboscada. Aquellos túneles eran la oportunidad perfecta para la traición.

Ahora podían oír claramente a los monjes huyendo, por lo que de Payen aceleró el paso. La oscuridad y el conocimiento de los pasadizos le daban la ventaja al sacerdote, y no quería que les ganaran demasiada distancia. Sus caballeros le seguían a toda prisa, y animado por su energía comenzó a correr en la oscuridad.

Daimbert no tenía tanta urgencia, por lo que se tomaba tiempo para revisar cada nicho y cada cuarto por el que pasaba. Cuando llegó hasta la gran entrada que conducía a la estancia donde se había celebrado la ceremonia se detuvo, observando.

Las velas aún ardían en los nichos de las paredes como una burla de un templo de la Iglesia, y se podían ver todos los elementos del rito oscuro que había sido interrumpido hacía poco. En la caverna permanecía un frío gélido. Aquel lugar parecía un cuadro concebido por un loco o una pesadilla viviente. Daimbert recorrió la sala, observándolo todo. Dos de sus guardias le flanqueaban nerviosos, pero no les prestó atención alguna.

Se acercó al altar y estudió los extraños símbolos grabados en la superficie de madera, así como el terciopelo oscuro extendido. En el centro del paño había una pequeña marca. No sabía qué podía haber habido allí, pero la visión de aquel espacio vacío llenó su corazón de un miedo inexplicable. Extendió la mano para pasar los dedos sobre la tela, pero en el último segundo se retiró. En aquella superficie presentía un poder impío que no podía tolerar en contacto con su piel.

—¿Excelencia? —le preguntó confuso uno de los guardias.

—No sé. De veras que no lo sé. Lo que hubiera en esta sala era malvado. Debemos seguir. No podemos permitir que lo que ha sucedido aquí se abra paso hasta Roma.

En la voz de Daimbert había una fuerza a la que sus hombres no estaban acostumbrados. Se movía con mayor resolución y sus pasos parecían firmes y seguros. No sabían lo que pensaba, pero en aquellos últimos instantes había encontrado una nueva determinación.

Los guardias sintieron la repentina necesidad de seguir como fuera el paso de su Patriarca.

De Payen y sus hombres habían continuado por el pasadizo, moviéndose todo lo rápido que les permitía la débil iluminación. Bajaron su velocidad a la de un trote primero y la de un paso rápido a vacilante después. Habían tomado algunas antorchas para iluminar el camino, pero la marcha era lenta y pronto se hizo evidente que iban a perder a su presa. La pregunta era: ¿dónde habían ido?

Los túneles eran mucho más extensos de los que de Payen hubiera sospechado nunca, y cuanto más se introducían en aquellas profundidades laberínticas menos seguro estaba de que el único modo de salir fuera a través del establo. Era obvio que el sistema subterráneo se extendía bajo gran parte de la ciudad, llegando posiblemente hasta el desierto. También parecía evidente que Santos sabía perfectamente hacia dónde se dirigía. Uno de los peores errores tácticos posibles era dejar que el enemigo conociera el terreno mejor que uno, y el haber permitido que ello sucediera bajo el mismo edificio del que supuestamente era dueño, era inexcusable para Hugues.

También existía un miedo creciente a que se hubieran extraviado. Cada giro que realizaban hacía que de Payen perdiera cada vez más el control del entorno. Había nichos y grietas por todas partes, y más de una vez había tenido la sensación de que alguien (o *algo*) les estaba observando, aguardando el momento en el que tomara la decisión o la ruta equivocada.

Maldiciendo, trató de que sus hombres avanzaran más rápido, pero no había esperanza. No estaba seguro de estar siguiendo el mismo camino que había tomado Santos, y nunca iban a alcanzarle. Si seguían introduciéndose en aquel laberinto era posible que todos ellos terminaran perdiéndose. No podía imaginar un destino peor.

Al final ordenó el alto y se quedó muy quieto, escudriñando en la oscuridad e intentando decidir cuál era el mejor curso de acción. Pensó que aquella era la segunda vez en una misma noche en la que le hubiera gustado disponer de intervención divina. Una señal, cualquier cosa que pudieran seguir, hubiera bastado. No tenía nada.

Acababa de decidir que dieran la vuelta para reunirse con el Patriarca y abandonar aquella negrura cuando el silencio fue roto por un aullido estremecedor.

De Payen no dudó más que un instante antes de volverse de nuevo hacia las sombras y ordenar a sus hombres que siguieran hacia delante. La marcha sería más lenta, pero tenía un propósito. Les



llegaba claramente el estruendo del combate y, tras la primera experiencia de aquella noche, de Payen quería echar un buen vistazo al tipo de batalla de la que se trataba antes de lanzar a su pequeño grupo a la refriega. La espada que sostenía en las manos nunca le había parecido tan inadecuada.

\* \* \*

Le Duc no vio al primero de los oscuros aparecer de las sombras, pero sintió cómo el poder que le retenía se debilitaba. Hacía unos instantes el pequeño grupo de refugiados avanzaba a buen paso, pero ahora estaban rodeados por todas partes por criaturas pálidas y sonrientes de ojos de fuego y colmillos surgidos de una pesadilla. Le recordaron por un momento a Montrovant y se llevó la mano al cuello.

Siguió corriendo, cumpliendo la última orden que la había dado Santos, mientras todos los que le rodeaban se detenían asustados, convergiendo hacia el centro del pasadizo para proteger los carros. Fue entonces cuando el sacerdote liberó su mente con un chasquido y el caballero trastabilló, estando a punto de estrellarse contra la pared del túnel. Trató de recuperar el equilibrio y consiguió no caer apoyándose en la pared. Aunque la tentación era fortísima, no miró atrás. Podía oír la voz de Santos restallar como el rayo. También oyó la risa demoníaca y los gritos ahogados. No era posible distinguir de qué bando procedía cada sonido. Los atacantes eran más numerosos que el sacerdote y sus monjes, y lo poco que Le Duc había visto le había parecido más una pesadilla que la realidad. Nada en este mundo tenía ya sentido para él.

Todos le habían olvidado y eso era lo único que le importaba, aparte de poner un pie delante del otro lo más rápidamente posible para subir sin descanso por el túnel. Tras unos minutos se vio obligado a frenar, ya que se encontraba en la total oscuridad y solo podía avanzar extendiendo una mano frente a él.

No sabía cuánto tiempo llevaba moviéndose, pero al fin vio frente a él un brillo que perforó la oscuridad y que le permitió distinguir los contornos del pasadizo. Aquella luz se hizo cada vez más brillante, hasta convertirse en una abertura. Se trataba de las primeras luces del amanecer, y cuando salió a la superficie se encontró en las arenas del desierto, en el exterior de la ciudad.

Casi se echó a reír. Después de tantos peligros allí se encontraba, solo y libre. Aspiró una profunda bocanada del aire fresco de la noche

y se recostó contra una piedra para recuperar el aliento.

No advirtió a la figura alta y oscura que surgía de un escondrijo en la roca que había a su izquierda. Una piedra se movió bajo el pie del recién llegado y Jeanne se giró como un resorte, preparado para golpear. Estaba demasiado cansado para moverse con rapidez, por lo que una mano fuerte se cerró fácilmente tapándole la boca. Antes de que pudiera responder fue arrastrado de vuelta al túnel, abandonando la luz de los primeros rayos del sol.

–Silencio, estúpido --siseó Montrovant--. Regresarán de un momento a otro. ¿Tienes prisa por morir?

Reconociendo la voz, Le Duc expulsó un soplo de alivio y dejó que su maestro le llevara hasta la oscuridad. No sabía si se refería al regreso de Santos o de las criaturas que habían atacado al sacerdote en los túneles, pero ninguna de las dos opciones parecía muy tentadora. No quería ser capturado a campo abierto en su intento por escapar.

Los dos aguardaron, Montrovant sombrío y silencioso y Le Duc sintiendo cómo toda la fatiga de la noche se apoderaba de él. No apareció nadie. La luz del sol comenzaba a inundar el túnel y Montrovant se movió repentinamente, arrastrando con él al caballero.

–Debo ir más adentro --dijo tenso--. Encontraremos un lugar seguro y esperaremos. Por la noche seguiremos la marcha.

Le Duc no se molestó en responder. Avanzaba a trompicones lo más rápidamente que podía mientras Montrovant se introducía en los túneles y tomaba el primer giro que encontraron. No era el camino por el que había salido él, pero no hizo mención alguna.

Su compañero parecía saber dónde iba, y a pesar de la falta de luz no tenía problemas para moverse. De momento al caballero le bastaba con saber que su vida no se encontraba en peligro de terminar en los minutos siguientes.

Montrovant se detuvo al fin en un pequeño nicho que surgía de uno de los pasadizos laterales. Le Duc no veía nada, pero parecía que alguien estaba desplazando por el suelo una gran losa de piedra. Entonces oyó el sonido de botas y Montrovant volvió a su lado.

–Debemos descansar --le dijo--, pero primero ven, Jeanne Le Duc. Quiero lo que me pertenece.

El caballero sintió cómo unos fuertes brazos se cerraban a su alrededor y entonces llegó el dolor en la garganta... tan repentino como familiar. Recordó el rostro de las criaturas que habían atacado a Santos en los túneles y comenzó a temblar. Montrovant no podía ser

uno de ellos... tan alto... tan fuerte... Mientras perdía la conciencia las palabras del sacerdote flotaron perezosas en su cabeza.

*Ni siquiera eres consciente de la situación de tu propia alma.*

## \_\_\_\_\_ 16 \_\_\_\_\_

De Payen tomó un giro más en el túnel oscuro y se encontró cara a cara con la locura. La criatura surgió de las sombras con los ojos encendidos por el hambre mientras dedos esqueléticos terminados en garras trataban de arrancarle la garganta. Era endemoniadamente rápida, y solo el instinto impidió que la vida de de Payen terminara en aquel mismo momento. Cayó sobre una rodilla y alzó su espada hacia el monstruo. El metal afilado se clavó directamente en el cuerpo enjuto y salió por el otro lado. La criatura retorció su rostro cadavérico hacia él y sonrió, atacando de nuevo.

De Payen liberó su arma de un tirón, pero era demasiado tarde. El monstruo había aferrado su brazo con una gélida presa y le atraía hacia sí. Pudo ver sus fauces abriéndose y supo que faltaban meros instantes para que aquellos colmillos imposibles se hundieran en su cuello.

Entonces una segunda espada rasgó el aire, evitando a duras penas al noble pero enviando la cabeza de aquella monstruosidad rebotando por el túnel. El cuerpo decapitado se agitó por unos instantes como si no supiera qué hacer, antes de derrumbarse y quedar totalmente quieto.

Los dedos muertos aún aferraban a de Payen por el hombro. Parecía que el ser no quería admitir su derrota, a pesar de la pérdida de la cabeza. Hugues se liberó de la garra y el monstruo comenzó a descomponerse. Suelto, el caballero miró al costado. Frente a él el pasadizo era un caos de túnicas marrones, sangre y hediondas criaturas como aquella a la que se acababa de enfrentar. No estaba claro qué bando tenía la ventaja, pero el suelo parecía lleno de monjes caídos. De Payen pudo ver a Santos, tan estirado que parecía medir dos veces su altura normal, dando órdenes y lanzando maldiciones en una lengua antigua y retorcida. Algunos de los sacerdotes sostenían a los atacantes en sus manos con fuerza sorprendente, y allá donde aferraban aquella piel pálida, ésta se quemaba y se pudría. Mientras ardían, las criaturas no dejaban de agitarse y de arremeter contra sus

captore, luchando con una determinación rayana en la demencia.

Cada vez que Santos se giraba, los monstruosos atacantes estallaban en llamas o se retiraban acobardados. El poder del sacerdote era increíble, pero había demasiados enemigos. No podía cubrir todo el pasillo con la mirada o con su concentración, y los propios monjes caían rápidamente ante los monstruos. Parecían ser más que un reto para cada una de las criaturas, pero éstas les superaban en al menos tres a uno.

Hugues se retiró hacia la pared, hechizado.

–Esperad –ordenó a sus hombres extendiendo un brazo para detenerlos–. En nombre de Dios...

Aquello era la locura, y no había modo de sacársela de la cabeza. Al menos Santos y sus seguidores parecían humanos, pero aquellas... cosas... de pesadilla estaban librando la batalla que el propio Hugues había preparado. ¿A qué bando se uniría? ¿Se tendría que enfrentar a todos ellos si interfería en la refriega?

Santos formó con un pequeño grupo de hombres un círculo más estrecho alrededor de un vagón y de un par de cajas de madera que dos de los monjes cargaban. El grupo comenzó a avanzar lentamente, alejándose de la batalla en la dirección contraria a la de los caballeros, y parecía hacer progresos. Los monjes restantes peleaban con fervor renovado, obligando a retroceder a las criaturas con un repentino esfuerzo.

Antes de que de Payen pudiera decidir qué hacer, Santos se dio la vuelta y corrió. Desapareció por el túnel seguido por los monjes que tiraban del carro y cargaban con las cajas. A su espalda, la batalla continuaba. Durante unos instantes los atacantes perdieron de vista su objetivo, si es que habían tenido alguno. ¡Santos se estaba escapando! Aquello era todo lo que Hugues necesitaba para saltar a la acción. Si debía morir en aquellos túneles, al menos sería por una razón.

–Debemos encontrar un modo de superar esa barrera y seguir –susurró rápidamente. Le pareció que su voz sonaba demasiado alta, pero no podía hacer nada al respecto–. Si logramos evadirnos por el lado derecho puede que consigamos flanquearlos y llegar al túnel que hay al otro lado. No sé dónde va Santos, pero no quiero que escape.

Sus hombres asintieron sombríos, aunque en sus ojos vio reflejada su propia incertidumbre. Hugues saltó de las sombras con un grito y se lanzó hacia delante. En meros segundos había llegado hasta los seres monstruosos que amenazaban con exterminar a los monjes.

Corrió hacia ellos escorado y apuntó su espada a la primera garganta que se le presentó. No había calculado la velocidad de la criatura, que casi esquivó el golpe. Cortó carne, pero la cabeza no había sido totalmente cercenada. La testa giró hacia un lado de forma grotesca pero el monstruo no cayó, volviéndose con un aullido de dolor y furia para lanzar sus garras al ataque. Hugues apenas logró agacharse para evitar el golpe y correr hacia delante.

Ahora estaban en medio de la refriega y no había otro modo de superarla que por el centro. De Payen oyó el grito gorgoteante de uno de sus hombres a la espalda, acompañado por los aullidos de furia de otro. Se arriesgó a mirar por encima del hombro. Una de las criaturas había agarrado a Louis Le Chance, uno de sus caballeros más viejos y leales, y le había derribado, golpeando su garganta como un animal salvaje. La sangre manaba en abundancia de la herida que aquel monstruo había abierto en el cuello con sus dientes, empapando un rostro malsano que le observaba con odio.

—¡Déjalo! —tronó. Era todo lo que podía hacer para dar la espalda a aquella visión y no arrojarle contra el ser. Hubiera sido su último acto, y aunque su corazón le decía que era lo correcto tenía una responsabilidad hacia el resto de sus hombres y hacia la Iglesia. Se dio la vuelta y siguió corriendo.

A su espalda, uno de los monjes había aprovechado la ventaja para golpear al engendro que había atacado a Le Chance, haciendo que su piel lanzara chispas y prendiera con solo tocarla. El monje emitió un alarido triunfal, una repugnante parodia del habla humana, y aunque las palabras no eran reconocibles, de Payen supo que era la misma lengua oscura que Santos había utilizado antes. ¿Entre qué demonios se hallaba? ¿Qué eran aquellas cosas, si no eran hombres?

El monstruo soltó a Le Chance y atacó al monje con toda su fuerza moribunda. Era demasiado tarde. La distracción sufrida mientras bebía la sangre del caballero le había costado un tiempo precioso. Se pudrió y se consumió, su carne disuelta del hueso mientras el monje se giraba y volvía a la batalla.

De Payen estaba más preocupado con la posibilidad de abrir una brecha sin perder más hombres, y el monje le había dejado la apertura que necesitaba. Cuando éste se movió a un lado él se lanzó hacia el hueco. Tras la muerte de su camarada, las pálidas criaturas habían redoblado su ataque contra los monjes supervivientes, momento que los caballeros aprovecharon para correr tras su líder hacia las sombras. Habían perdido las antorchas, pero avanzaron a ciegas.

Incluso la oscuridad total era mejor que lo que acababan de presenciar, y ninguno de ellos quería convertirse en el banquete de celebración del triunfador. Allí adelante, en algún lugar, su presa escapaba. Eso significaba que tenía que haber un modo de salir.

–Siento una brisa –dijo de Payen–. Es aire limpio y procede de la derecha.

Se abrió paso a tientas por la pared hasta tantear una abertura, y sin más vacilaciones entró y tomó del brazo al hombre a su espalda, ordenando que todos hicieran lo mismo. Avanzaban con cautela pegados a la pared mientras los sonidos de la batalla morían poco a poco, hasta que se encontraron rodeados por un silencio roto solo por su propia respiración pesada y el sonido de las botas sobre el suelo. Su aliento resonaba por todo el pasadizo, y de Payen sintió el miedo irracional de que aquel sonido les delatara frente a sus enemigos.

Si los seguidores de Santos tenían poderes como los que acababa de presenciar, Hugues empezaba a tener serias dudas, con fe o sin ella, de su habilidad para enfrentarse a su líder. Sin embargo, sabía que lo tenía que intentar. Ya había huido una vez de ese hombre, y aquellos momentos en los que la cobardía y el miedo se habían apoderado de él habían sido los peores de su vida. No se arrodillaría tan fácilmente una segunda vez.

Montrovant le había dicho que disponía en su interior de todo lo necesario para vencer. Si eso era cierto, aquel era el momento de utilizarlo. Santos no hubiera huido si se supiera invulnerable, y Hugues no permitió que ese pensamiento abandonara su cabeza.

Adelante, una pálida luz había comenzado a surgir entre las sombras, lo que le permitió acelerar el paso. No había señal de movimiento ni de sonido alguno, pero no relajó su vigilancia. Se movía con cautela, preparado para un ataque desde cualquier flanco. La velocidad de aquella criatura en los túneles le recomendaba que no bajara ni un segundo la guardia.

A su espalda, apretado contra un nicho en el lateral del pasadizo donde de Payen había girado a la derecha hacia la superficie, Santos aguardaba oculto con su pequeña banda de seguidores. Se quedaron quietos como estatuas mientras Hugues y sus hombres pasaban a su lado. Los caballeros estaban tan cerca que podía sentir su miedo y su determinación.

Sonrió. Los mortales habían tomado el camino hacia la superficie, como sabía que harían, por lo que tenía total libertad para continuar. La oscuridad y los túneles eran una segunda naturaleza para él, tan

cómodos como terroríficos eran para aquellos que le perseguían. Nunca se les habría ocurrido seguirle aún más hacia las profundidades, sino que pensarían que estaba tratando de escapar hacia la superficie.

Había muchos derroteros bajo las calles de Jerusalén, y los conocía todos. No sería fácil seguir su huida ahora que los había perdido de vista. Desaparecería en la noche y se marcharía antes siquiera de que los caballeros supieran que se habían confundido. Era reconfortante ver que aquella nueva hornada de imbéciles era tan fácil de engañar como las cien anteriores.

Se giró, susurró unas órdenes a sus monjes y siguieron por el pasadizo principal, introduciéndose más profundamente en las entrañas de la ciudad.

\* \* \*

Cuando estuvo claro que nunca alcanzaría a de Payen, Daimbert se volvió con resolución hacia las cámaras por las que había huido el Padre Santos. Necesitaría saber todo lo posible sobre aquel lugar, aquella maldad, antes de elaborar su informe para Roma. Podían haber sancionado las acciones de aquel hombre, pero el Patriarca no creía que supieran lo que en realidad sucedía. Aquella era la oportunidad para redimirse a ojos del Santo Padre, algo que de repente encontró muy deseable.

Solo había visto dos veces a Santos, y aunque el hombre era algo siniestro nunca le había parecido más que un sacerdote misterioso, quizá un poco arrogante. No había habido indicación alguna de actividades sobrenaturales, e incluso con las pruebas que tenía ante sus ojos le costaba creerlo. Le preocupaba que tras tantos años de servicio a la Iglesia, aunque no hubieran sido enteramente devotos, pudiera ser engañado tan fácilmente por el mal.

Su corazón y su alma sentían lo que sus ojos y su mente no habían visto nunca. Regresó a la sala donde se había celebrado la ceremonia y comenzó una investigación más exhaustiva. Descubrió el nicho oculto con una cortina donde Santos meditaba. El frío era mucho más intenso en aquel rincón oscuro de muros cubiertos con tapices.

El sacerdote se había marchado a toda prisa y había dejado algunas cosas atrás: tomos encuadernados en cuero que Daimbert no había visto nunca y pergaminos que parecían llenos de jeroglíficos egipcios. Sabía que tenía que llevarse todo eso al templo para que sus

eruditos los descifrarán. Puede que tuviera que enviar algunos a Roma para que allí pudieran hacer algo con ellos. Apartó una manta con el pie y descubrió una pequeña caja. La cogió y la llevó hasta la cámara principal, llamando a uno de sus guardias para que le acercara una luz. La depositó sobre el altar y la examinó durante un largo momento. Era evidente que estaba hecha de oro, y tenía incrustadas numerosas piedras preciosas. La factura era exquisita. Sobre la tapa había un símbolo con la forma de un escarabajo. Tuvo que calmar sus nervios antes de encontrar el coraje suficiente para abrir la caja. Dio un paso atrás al hacerlo, pero nada apareció para atacar su cuerpo o su alma. Volvió a acercarse para examinar los contenidos.

Dentro había dos cosas. Una era un pendiente unido a un cordel de cuero. Tenía la forma de un gato y los dos ojos eran un par de esmeraldas. El cuerpo era de oro, e igual que la caja era de una factura increíble. Lo alzó y lo dejó balancearse durante un momento. También había una pequeña bolsa. La miró con cuidado y después, muy lentamente, la levantó y se la entregó al guardia más cercano.

—Ábrela —ordenó. El hombre le observó con evidente terror. Daimbert le fulminó con la mirada y el guardia obedeció, tomando la bolsa y abriendo el cordel. Miró el interior. Confundido, inclinó la bolsa poniendo debajo la mano libre.

Lo que salió no parecía ser más que polvo. Formó un montón en la palma de su mano que adoptó la forma característica de las dunas del desierto. El guardia alzó la mirada para encontrar la del Patriarca.

—Ceniza. —Daimbert no sabía exactamente cómo estaba tan seguro, pero así era. Era ceniza, y su corazón también le decía que no quería saber de qué.

—Vuelve a meterla en la bolsa con mucho cuidado —dijo—. Ten cuidado de que no se pierda nada.

Cuando la operación estuvo terminada ordenó al guardia que se acercara.

—Traednos agua.

Uno de los otros obedeció rápidamente. Daimbert tomó la copa, la bendijo y vertió el contenido sobre las manos manchadas. Elevó una breve plegaria y alzó la mirada para observar al guardia.

—No sé qué es lo que has tenido en las manos, o quién, pero el Señor está contigo. Marcha en paz y no temas. Purificaremos este lugar y Dios nos concederá su luz.

Girándose una vez más hacia las puertas, Daimbert ordenó a sus hombres que se reunieran a su alrededor.



–Encontremos a de Payen y comencemos la limpieza --gritó--. No debe quedar un solo rastro de Santos o de su maldad. Nada. Quiero este lugar registrado y bendito. Mandaré noticias al mismísimo Santo Padre en las que le hablaré de la bravura que habéis demostrado esta noche todos y cada uno de vosotros.

Sus hombres, felices con dedicarse a cualquier otra cosa que a enfrentarse a los demonios que sus imaginaciones ya habían creado, obedecieron a toda prisa las órdenes del Patriarca. Nunca habían visto a Daimbert poseído por tal determinación. Nunca le habían visto poseído por nada salvo por sí mismo y por el vino, lo que ya resultaba milagroso.

Se movía entre sus soldados rápidamente, animándoles y concediendo bendiciones donde eran deseadas o necesitadas. Todo lo que encontraban se amontonaba en el centro del pasadizo, y Daimbert envió a dos de sus hombres hacia el establo tras Cardin para conseguir algún tipo de carro en el que llevarlo todo. No estaba seguro de qué era aquello, pero una cosa estaba clara: lo importante iría a Roma y lo demás sería quemado. Todo. Había que erradicar todo rastro de que Santos hubiera estado allí alguna vez.

Observó mientras sus hombres desaparecían por el pasillo. Por fuera era el hombre de Dios que siempre había debido ser. Sin embargo, en su mirada no había más que preguntas.

\* \* \*

Pierre y Louis habían llegado a los establos sin incidentes. Los problemas con los animales parecían haber terminado, y los encontraron descansando tranquilos en sus cuadras. Pierre estaba preparado para volverse hacia los túneles y encontrar un lugar adecuado desde el que proteger la entrada, pero entonces Louis maldijo y se arrodilló.

–¿Qué ocurre? --preguntó Cardin rápidamente, arrodillándose junto a su compañero.

–Esto --respondió de Moyer. Sostenía un brillante pendiente plateado, un *ankh* que Pierre reconoció de las historias sobre Egipto. De Moyer lo había visto brillar en el polvo del establo. Cuando Pierre se acercó pudo ver pisadas que se alejaba del lugar. Las siguió con la vista y le llevaron directamente hacia una de las paredes de piedra.

Mirándose consternados se pusieron en marcha. El rastro se unía a las huellas gemelas de un pequeño carro o un vagón, por lo que

aceleraron el paso. Pierre vigilaba por encima del hombro para prevenir una emboscada mientras Louis, que de joven había sido rastreador, marchaba agachado.

Llegaron hasta la pared y vieron que las huellas entraban directamente en ella. De Moyer señaló el suelo a un lado y Cardin maldijo en voz baja. Se podía ver la clara marca de una puerta arrastrada sobre el suelo.

Apoyó las manos contra el muro, tanteando entre las llagas y las grietas hasta que dio con lo que parecía una mella tallada. Los dedos se introdujeron fácilmente y tiró hacia fuera. No sucedió nada. Deslizó la mano un poco más hacia arriba y el pulgar rozó algo pequeño y frío. Se aferró a ello como pudo y descubrió que era una palanca. La movió hacia arriba y dio un paso atrás mientras una sección de la pared se deslizaba con suavidad.

–Esa piedra debe pesar más que veinte caballos –dijo Louis asombrado–, pero se mueve con la misma facilidad que la puerta de mi celda.

Pierre no respondió. Ya había oído hablar de cosas así, pues su padre había viajado a Egipto y allí había maravillas arquitectónicas inimaginables. Aquella era la primera vez en su vida que presenciaba una de esas... magias.

–Alguien ha tomado este camino –dijo–, y no fue hace mucho. Quienquiera que fuese, robó uno de los carros.

–¿Le seguimos? –se preguntó Louis en voz alta.

–No podemos –respondió Pierre–. Debemos proteger el túnel como se nos ha ordenado. Yo me encargaré de esa entrada –dijo señalando el pasadizo principal–, y vigilaré a cualquiera que pase por aquí. Tú volverás con de Payen o Daimbert y les dirás lo que hemos descubierto. Situaré a los otros alrededor de los establos para que vigilen diferentes ángulos. Rápido, puede que el éxito dependa de tu velocidad.

De Moyer asintió y se volvió, corriendo pasillo abajo. Pierre titubeó, pero al final apretó la palanca de nuevo y vio cómo la puerta regresaba a su posición tan suavemente como se había abierto, sin dejar rastro alguno de su existencia. Tuvo que marcar el punto atando un pequeño trozo de tela alrededor de la palanca para encontrarla con facilidad cuando de Moyer regresara.

Hecho esto, volvió hacia los establos sin dejar de vigilar constantemente las sombras que le rodeaban. Desplegó rápidamente a los otros dos caballeros, uno al fondo de las cuadras por si había

más entradas secretas y otro en la salida que conducía a la calle. Si el que había robado el carro pensaba regresar, probablemente no lo hiciera solo. Pierre no estaba de humor para enfrentarse al Padre Santos y a sus hombres con solo dos caballeros a su lado. Sería mejor seguirles y comprobar por dónde desaparecían.

Encontró un nicho justo en la entrada que le ocultaba de la vista en ambas direcciones pero que le permitía ver claramente la pared en la que estaba la puerta secreta. Tenía la sensación de que de Moyer había partido hacía horas.

\* \* \*

Santos avanzaba entre las sombras con sus seguidores muy cerca de él. El único sonido era el de las ruedas del carro. Había perdido mucho en aquel encuentro, pero nada verdaderamente importante. Los seguidores destruidos podían ser reemplazados, y los tesoros tanto tiempo ocultos bajo el templo y la mezquita estaban a salvo. Lo que no habían podido transportar había sido enterrado más profundamente todavía en las entrañas de la ciudad, y a pesar de su marcha de las catacumbas dudaba de que de Payen o ese estúpido del Patriarca Daimbert se aventuraran demasiado en su busca.

Pensó con pesar en el amuleto. El gato era muy poderoso y no había querido dejarlo atrás, pero no tuvo tiempo. También pensó en las cenizas. Se preguntó qué harían de Payen o Daimbert si supieran de quién eran en realidad aquellos restos. Algunas cosas podían reemplazarse, pero otras eran eternas. Echó un rápido vistazo al carro que arrastraban a su espalda.

Llevaba ya muchos años soportando aquella carga. Había muy pocos seres, vivos o no-vivos, que pudieran recordar una época en la que no hubiera guardado esos secretos. Su misión siempre había estado clara; era muy bueno en su trabajo y cada año que pasaba le proporcionaba mayor poder y comprensión. Su carne ya no era la de antes, pero su mente y su esencia eran infinitamente más fuertes. Un pequeño precio que pagar.

Sonrió al pensar en los mortales que había dejado atrás recorriendo asombrados los túneles, encontrando lo poco que había abandonado y comprendiendo que llevaba allí desde el comienzo. Bajo las mismas narices del Patriarca y de Baldwin, y más recientemente las de Payen, se había burlado de su fe y había corrido cortinas sobre sus ojos de forma tan perfecta que ni siquiera podían

sospecharlo. Si no hubiera sido por Montrovant, maldita fuera su alma tres veces maldita, *aún* estaría jugando con ellos a voluntad.

Ahora, de momento, todo se había venido abajo. Tendría que encontrar un nuevo lugar, un nuevo refugio para lo que custodiaba. Necesitaría tiempo para reagruparse y construir sus fuerzas, pero aquel era un juego que había jugado en incontables ocasiones. Lo único que le inquietaba era el ataque del que acababa de escapar.

Había vigilado a Montrovant lo más estrechamente que la situación permitía, y los Nosferatu que le habían asaltado no encajaban muy bien en todo aquel asunto. Montrovant era viejo y oscuro, pero ni era Nosferatu ni tenía el poder suficiente como para lograr alianzas más allá de su propia familia. Eso significaba que había que pensar en una tercera facción que, hasta ahora, no había dejado sentir su presencia. Fuera cual fuese el significado de la emboscada, aún no lo había encontrado.

Santos buscó en sus recuerdos a cualquiera que pudiera conocerle o tener una cuenta pendiente con él, pero no halló nada. Muchos sabían de su existencia, pero eran felices de dejarle con su labor. Otros conocían lo suficiente como para tenerle miedo y dejarle en paz. No importaba. Los Nosferatu habían fracasado. Había logrado escapar, y eso era lo único que importaba.

No mucho más adelante iniciarían el ascenso hacia la superficie, lejos de cualquier edificio de la Iglesia o de Montrovant. Una vez salieran de la ciudad podrían ganar mucho tiempo, y sabía que el oscuro no podía seguirle a la luz del día. Aquella limitación sobre un espíritu poderoso como aquel le hizo sonreír. Estaba bien tener un reto, un enemigo digno de algo más que un pensamiento pasajero. Habían pasado demasiados siglos...

Sintió que la pendiente del suelo se elevaba ligeramente, lo que le hizo apretar el paso. Ya era hora de salir de aquellas cavernas de una vez para siempre y de marchar en carretera abierta. Justo cuando tomaban un giro en el túnel, desde las sombras surgió una voz arrastrada que le llamaba, deteniéndolo como si se hubiera topado con un muro.

--Me alegro de verte, Astrokhen --le saludó Kli Kodesh--. Es una pena que todo tenga que terminar así.

Las pálidas y delgadas criaturas volvían a caer sobre ellos, y Santos maldijo. Al instante se vieron ahogados por la carnicería y no tuvo tiempo para pensar en nada más que en abrirse paso a golpes en aquella marea para llegar hasta el loco que le sonreía.

--¡Kli Kodesh! --gritó--. Debería haberlo sabido.

--Es cierto --dijo el delgado vampiro, aún sonriendo--. Pero entonces, ¿dónde hubiera estado la diversión?

Santos comenzó a sentirse confundido y cambió sus pensamientos para defenderse del ataque interior... demasiado tarde. La oscuridad lo envolvió y gritó mientras se desmayaba. Lo último que pudo oír antes de que el olvido le reclamara fue la risa histérica de su enemigo resonando en las paredes del túnel, sumiéndolo más y más en las tinieblas.

## \_\_\_\_\_ 17 \_\_\_\_\_

Le Duc había estado vigilando el cuerpo tendido de Montrovant hasta que ya no pudo seguir manteniendo los ojos abiertos. Un último suspiro le robó las fuerzas que le quedaban y comenzó a cabecear. El mentón le cayó sobre el pecho y se derrumbó contra la pared de piedra. No sabía qué hubiera hecho si Santos o cualquier otro enemigo llegara a entrar en aquel diminuto espacio. De hecho, no creía que pudiera haber hecho nada contra una criatura capaz de mover la piedra con la que Montrovant los había sellado, especialmente en su estado de debilidad. Sin embargo, no podía olvidar la sensación que le decía que vigilara. Montrovant no mostraba señales de vida y no parecía que fuera a despertarse pronto. Había mencionado la puesta del sol.

Demasiadas cosas al mismo tiempo, especialmente en los dos últimos días. Esta vez había permanecido consciente mientras Montrovant se alimentaba de él y había recuperado totalmente el recuerdo de las anteriores ocasiones. Sabía que aquel hombre alto y oscuro era mucho más de lo que aparentaba y había sospechado la verdad, aunque la había camuflado con todo tipo de realidades salvo la evidente. Ni siquiera la cabeza turbulenta del caballero estaba preparada para la verdad: vampiros. Era el servidor de un espíritu siniestro, del alma de un hombre que había ido a la tumba y que había regresado, y a pesar de lo que le indicaban sus instintos no sentía inquietud por ello.

Una cosa era ser asignado al templo, a de Payen con su fe inmaculada y a Cardin con su profunda compasión. Aquellos eran hombres a los que podía respetar por su fuerza, pero que comprendía

perfectamente. No había nada en ellos que agitara sus emociones del modo en el que lo hacía Montrovant sin apenas esfuerzo.

Otra cosa totalmente distinta era saber que aquel al que servías era poderoso más allá de la imaginación, y que estabas más cerca de su pensamiento y de sus acciones de lo que nadie podía esperar. Era una posición de poder, a pesar de la servidumbre, y Le Duc estaba dispuesto a aprovecharla hasta el último instante. La principal regla de la realeza y la supremacía era que te acercaras lo más posible a la cima, de modo que cuando el momento fuera propicio pudieras conquistarla para ti.

Trató una última vez de mantener abiertos los ojos, pero no sirvió de nada. No había motivo para seguir montando guardia. Si algo daba con ellos serían historia. De otro modo la noche le traería una nueva oportunidad para explorar sus opciones, que cada vez parecían más atractivas.

La oscuridad le reclamó antes de que los sonidos en el pasadizo cercano crecieran en intensidad y se apagaran. No percibió el paso de Santos, ni el de de Payen y sus caballeros. Durmió y soñó.

\* \* \*

De Payen vio la luz frente a él y dirigió a sus hombres hacia delante. No sabía con qué se enfrentaría cuando llegara a la superficie, pero estaba seguro de que debía salir de los túneles para sentir el aire fresco a su alrededor y ver las estrellas, o el sol, o lo que llenara el cielo en aquel momento. La oscuridad era asfixiante, y los terrores que había presenciado no dejaban de inundar su mente. Además, las criaturas a las que se había enfrentado huirían sin duda alguna de la luz del día. Por la mañana las pesadillas se apaciguaban y perdían su poder, y la luz que vio brillar al final del pasadizo le pareció la más brillante y pura que había disfrutado jamás.

No por primera vez desde que comenzó su viaje por los túneles deseó tener a Montrovant a su lado. Creía que todos los horrores, todas las visiones infernales que había presenciado aquella noche no hubieran afectado a aquel hombre, ángel o espíritu. Fuera lo que fuese, Montrovant era más de lo que aparentaba, y en un mundo que acababa de demostrar ser igual de misterioso de Payen estaba dispuesto a admitir que no tenía todas las respuestas. Los dolió sentir su dependencia de un poder distinto del de su Dios, pero la situación había cambiado. Se hacía terriblemente evidente que la fe no bastaría

para sostenerle en todo lo que iba a pasar. Había fundado la orden con la esperanza de que un día se enfrentaría a grandes retos. Ni siquiera después de leer las grandes épicas de la Biblia y de oír las historias de la primera Cruzada estaba preparado para Santos, o para el poder al que representaba. Siempre había creído comprender el mal, pero esa había sido una idea vanidosa. No tenía idea del alcance de lo que se alzaba ante él, ni la profundidad de su falta de preparación para enfrentarse a ello. Parecía que la humildad iba a ser la primera lección que aprendiera.

Se dirigió más rápidamente hacia el amanecer mientras sus hombres le seguían de cerca, rezando. Si querían alcanzar a su presa deberían hacerlo en aquel momento. No sabía exactamente lo que le esperaba más adelante o dónde aparecerían al salir del túnel, pero sí era consciente de que la larga persecución había llegado a su fin. Eso bastó para animar su espíritu. Cuando comprendió que la luz era la del sol estuvo a punto de caer de rodillas para dar las gracias.

Una semana, puede que incluso un día antes lo hubiera hecho. Los cambios que estaban operando en su mente y en su alma eran permanentes, y sintió que su pureza había sido herida más allá de toda redención. La urgencia del momento le hizo continuar. Santos no había sido vencido en los túneles por aquellas criaturas, lo que significaba que había intentado escapar. Como la libertad le dirigía hacia el desierto, de Payen creyó estar en el buen camino. ¿Qué otra senda podría haber tomado el sacerdote? Desde luego, no hubiera seguido introduciéndose en los túneles.

Al principio la luz del sol era demasiado brillante, acostumbrado como estaba a la penumbra del pasadizo. De Payen y sus guerreros trastabillaron ciegos en el desierto, y pasó un tiempo antes de que pudieran observar lo que les rodeaba. El gigante se puso una mano sobre los ojos y escudriñó el desierto en todas direcciones, aunque no alcanzó a ver nada. Oleadas de calor surgían del suelo para nublar su visión, y la fría humedad de los túneles daba paso al sudor que cubría sus ojos y le producía un breve escalofrío. *Nada*. Se volvió hacia la entrada del túnel y examinó el terreno cercano. Había muchas huellas, casi todas pertenecientes a él y a sus hombres. Sin embargo, había dos juegos que se dirigían hacia un lado de la entrada y hacia la oscuridad. Las observó durante un largo momento para intentar justificar el regreso a los túneles, incluso por parte de Santos. Era incapaz de dar con un motivo, pero las pruebas eran evidentes.

–No creo que esas pisadas sean de Santos –dijo Antoine le Puy

Doc, un caballero que le había servido toda su vida y que compartía sus objetivos y sus votos hacia la Iglesia—. Las dejó un hombre mucho más alto. Observa la longitud de la zancada y el tamaño de las botas. El sacerdote no es tan grande, y todos sus seguidores parecen de altura y complexión similar. Esas pisadas las dejó otro.

De Payen consideró cuidadosamente aquellas palabras. Si eran ciertas, significaba que había otros que conocían aquella entrada hacia el templo. ¿Cómo había podido llegar a pensar que sus defensas eran adecuadas? ¿Cómo había podido sentirse a salvo? Aquel lugar parecía cuajado de secretos, y Hugues no conocía ninguno de ellos.

Mientras su mente conjuraba planes para seguir con la búsqueda del Padre Santos y arreglar las cosas con el Patriarca, el noble se hizo una promesa. Desde aquel mismo instante no confiaría en más hombre que él y en más espíritu que Dios. La Iglesia a la que había jurado lealtad había sido engañada por Santos y su maldad, y eso significaba que cualquiera que entrara en contacto con aquella vileza podía ser corrompido. Eso no quería decir que la Iglesia formara parte de la maldad, solo que necesitaba protección. Enfrentado a aquella verdad, solo podía confiar en sí mismo.

Aquello cambiaba totalmente su perspectiva de la vida. Había depositado su confianza en su fe, pero también en otros hombres devotos. Había creído en ellos y le habían fallado. Él también había fallado, pero ahora tenía la ventaja de saber quiénes eran sus enemigos. No tenía intención de volver a fracasar.

—Regresemos a la ciudad --gruñó al fin—. No tengo el menor deseo de volver por ahí. Ni siquiera estoy seguro de que consiguiéramos dar con el camino. Tenemos que reagruparnos, contar nuestras pérdidas y preparar una investigación más detallada de los túneles. Con Santos desaparecido estableceremos nuestros propios perímetros. No habrá pasadizo secreto o entrada a nuestro templo que no controlemos. Ordenaré el sellado de cualquier túnel que no podamos guardar por falta de soldados. Quiero un plano de estos subterráneos.

Ninguno de sus hombres parecía dispuesto a regresar a las sombras, aunque hubiera desaparecido la amenaza. Si Santos no bastaba, las extrañas criaturas pálidas les habían arrebatado todo el coraje. Hugues sabía que iba a ser todo un reto mantener su apoyo y su creencia en su fuerza como líder. Aquel día les había fallado más de una vez. Peor aún: se había fallado a sí mismo.



Comenzaron su cansado regreso hacia Jerusalén con el corazón apesadumbrado. A pesar de todo lo que habían pasado no se habían acercado al enemigo. A la derecha de Payen vio la colina Golgotha y se detuvo un instante, girando y dejando volar su imaginación hacia el día en el que allí se había crucificado a tres hombres. Las cruces aún permanecían como ejemplo, un símbolo del sacrificio y la resistencia. Dio gracias a Daimbert en silencio por la inspiración que le había hecho erigirlas.

Las imágenes que había conjurado se hicieron borrosas, y por un instante creyó ver una figura en la cima. Se trataba de un hombre delgado de cabello blanco volando en la brisa. Hugues tuvo la repentina e insistente sensación de que su mirada se había cruzado con la del hombre solitario, pero éste había desaparecido. Sacudiendo la cabeza, de Payen volvió a mirar y no halló más que las tres cruces vacías.

–Por nuestros pecados –murmuró.

–¿Cómo? –preguntó Antoine, girándose para observar a su líder.

–Nada. No es nada. Debemos apresurarnos.

Mientras volvía la espalda a Golgotha y a su visión, de Payen estaba seguro de haber oído una voz en su cabeza. No había habido palabras y no se sentía ni asustado ni confortado. Aquella risa burlona le siguió hasta las puertas de la ciudad y hasta su templo, alimentando el fuego de su determinación para poner fin a los misterios diabólicos que habían engullido su vida.

Por el momento lo puso todo a un lado. Había demasiadas preguntas, demasiadas horas en un día, y había dormido muy poco. Apartó a un lado la risa invasora y caminó con más resolución que nunca. Entraron en la mezquita justo cuando Daimbert y sus hombres la abandonaban. El Patriarca se detuvo en los escalones de piedra, observando a de Payen con evidente asombro.

–Te creímos perdido, Hugues –dijo rápidamente–. Me alegra ver que has conseguido escapar con bien. Dime, ¿has encontrado a Santos?

La expresión en el rostro de Payen debería haber sido respuesta suficiente, pero reunió las fuerzas que le quedaban para responder.

–Ni rastro de él, Excelencia. Encontramos unas huellas cerca de una entrada secreta hacia los túneles bajo la ciudad. Fue allí donde salimos al desierto. Parece que nuestra mezquita es cualquier cosa menos segura.

–¿Quién más se atrevió a invadir el lugar? –exigió Daimbert con

súbita pasión.

–No hay modo de saberlo --respondió cansado el guerrero--.

Llegaron y se marcharon, no dejando más que sus huellas. Es Santos el que me preocupa. Aunque encontramos pistas ninguna pertenecía al "buen padre", y me encantaría saber en qué dirección se ha dirigido. Si no volvió hacia vos y no tomó la salida del desierto, ¿dónde está?

–¿Sólo podían haber tomado ese camino? --preguntó Daimbert.

–No puedo decirlo --respondió pensativo de Payen--. Seguimos los túneles que se dirigían hacia arriba, y de ese modo llegamos hasta la superficie. Nos movíamos en la total oscuridad, por lo que no sé decirnos cuántos pasadizos y salas podemos haber pasado sin saberlo. Es posible que aún se encuentre bajo la ciudad, o que haya incontables entradas a esos túneles. En cualquier caso, de momento le hemos perdido.

–Impondré un perímetro alrededor de Jerusalén --dijo Daimbert con el ceño pensativo--. Tendré el apoyo de Baldwin en esto. Cubriré todas las vías de escape y aguardaré su salida por cualquier agujero por el que se hayan arrastrado.

–Os apoyaremos, por supuesto --respondió rápidamente de Payen, aunque el cansancio nublabla su juicio y su visión.

–Descansa, Hugues --sonrió el Patriarca. Aquella era la primera emoción honesta que el guerrero había visto nunca en su rostro, por lo que devolvió la sonrisa--. Te has comportado bien esta noche, y me encargaré de que la Iglesia sepa de tu heroicidad.

–Descansaré, pues --respondió Hugues--. Si cuando el sol se ponga Santos no es nuestro volveré al desierto con mis hombres y comenzaremos a buscar de nuevo. Tenemos mucho que aprender sobre esta mezquita y las ruinas del antiguo templo sobre el que se asienta.

–Todos tenemos mucho que aprender --respondió Daimbert con una risa--. Eso es lo que hace que todo esto sea interesante.

Con estas palabras el Patriarca se volvió y ordenó a sus hombres que le siguieran, perdiéndose en las calles. Hugues observó hasta que desaparecieron y se volvió hacia las puertas de su cuartel general. El sol se alzaba en el cielo y el corazón comenzaba a latirle en la nuca con un dolor sordo. Necesitaba dormir como no lo había necesitado nunca en su vida, aunque no tenía ningún deseo de hacerlo.

Se preguntó dónde se había metido Montrovant y qué papel había tenido en aquella aventura nocturna. Una cosa estaba clara: el espíritu le había dicho a Hugues que tenía en su interior todo lo necesario para

vencer, y había estado en lo cierto. Puede que el oscuro fuera en realidad un profeta.

Entró en la mezquita con sus hombres detrás y se dirigió hacia sus aposentos. Por primera vez desde que llegaran a la Ciudad Santa no se oyeron plegarias en la capilla y no se sirvió comida alguna. Era el momento de la reflexión, la fatiga y el silencio. En menos de una hora todos estaban dormidos, pero solo de Payen tuvo sueños.

\* \* \*

En estos sueños, Hugues caminaba por el desierto hacia Golgotha, donde le esperaba la figura delgada que había imaginado. Los ojos de aquel hombre eran pozos insondables y sus labios estaban torcidos en una sonrisa llena tanto de humor como de tragedia.

De Payen se aproximó y el hombre extendió una mano, pidiéndole que se acercara.

–Soy Kli Kodesh –dijo–, y vas a atender mis palabras. Participas en un juego del que no conoces las reglas. Debes tener cuidado a la hora de depositar tu confianza, Hugues de Payen. No dejes ninguna piedra sin volver en tu búsqueda de la verdad. Hasta lo más familiar puede ser mucho más diferente de lo que habías imaginado.

–¿Quién sois? –preguntó el caballero–. ¿Por qué me ayudáis? ¿Por qué debería confiar en un sueño?

No hubo respuesta, y cuando Hugues quiso darse cuenta la colina estaba desierta. No había rastro de aquel hombre, Kli Kodesh, ni de ningún otro. Las tres cruces, oscuras contra un fondo de negrura absoluta, brillaban débilmente con una luz interior.

–*Por nuestros pecados* –dijo recitando su plegaria de aquella mañana–. *Por nuestros pecados...* –Aún estaba repitiéndolo cuando se vio de arrastrado de vuelta a la mezquita, de vuelta a su propio mundo. Con un escalofrío se liberó. La oscuridad también aflojó su presa sobre él, y girándose en el catre cayó en un sueño profundo y sin interrupciones.

\* \* \*

Cuando Montrovant despertó encontró a Le Duc sentado a su lado, despierto y estudiándolo cuidadosamente. El hombre no parecía tener ninguna arma en las manos, pero en el ambiente había una clara

tensión. Parecía que el caballero había estado dándole numerosas vueltas a la cabeza.

Estirándose de forma despreocupada, Montrovant se levantó y se concedió la ventaja de su gran altura.

–Muchas cosas han cambiado desde que hablé contigo por primera vez –dijo con tranquilidad.

–Nada ha cambiado –respondió Le Duc–. Nada salvo que nos encontramos el uno frente al otro, en una caverna sin antorchas, y que puedo veros perfectamente. ¿Me lo explicáis? No hay luz alguna.

–Descubrirás que tu relación conmigo no me beneficia *exclusivamente* a mí –respondió Montrovant con una sonrisa.

–No estoy seguro de que ver en la oscuridad sea algo con lo que hubiera soñado nunca –respondió Le Duc poniéndose rápidamente en pie–. Desde luego, si esa es la única ventaja recibida.

Montrovant se movió tan rápidamente que el caballero solo fue consciente de una repentina presión cortándole la tráquea. No había advertido el movimiento, pero aquella criatura estaba tan cerca que podía sentir su olor y sus dedos fríos en la garganta. Montrovant apretó los dedos y después los libero un poco. Esperó a que Le Duc terminara de toser antes de proseguir.

–También descubrirás que soy una persona con mucho genio. No me eres imprescindible, amigo mío, por lo que puedo deshacerme de ti si te conviertes en molestia. No olvides eso jamás y nuestra relación podrá ser... eterna.

Le Duc le observó totalmente inmóvil, aunque el miedo y la furia combatían en su mirada. Al final asintió y Montrovant le liberó, volviéndose hacia la piedra que bloqueaba la salida de la pequeña caverna.

No había dado ni dos pasos cuando se quedó totalmente quieto. Ignoró por unos momentos al caballero y su mirada se hizo lejana. Se produjo un largo instante en el que el vampiro perdió el control de sus emociones con una maldición. Le Duc había visto la incertidumbre, y Montrovant supo que había estado planteándose abrirle la garganta. El momento pasó y el vampiro recuperó el control.

Con otra maldición, golpeó la piedra que sellaba la entrada y la apartó como si no tuviera peso alguno. Le Duc observó durante un largo instante el umbral que se abría ante ellos. Viendo que Montrovant no dudaba y que volvía a dirigirse rápidamente hacia la entrada del desierto, se puso en movimiento y le siguió lo más veloz que pudo. Aunque ahora era capaz de ver el camino, no tenía

intención alguna de quedarse atrás.

Montrovant no le prestó la menor atención. Había sentido una llamada, y aunque no iba dirigida a él supo cuál era la fuente. Lo peor de todo era que también conocía al destinatario. De Payen no sena rival alguno para Kli Kodesh, y no había modo de saber lo que ese viejo loco haría o diría.

No podía proteger al caballero de lo que pudiera pasar, pero deseaba saber de qué se trataba. Kli Kodesh era imprevisible como las lluvias, y mucho más peligroso. ¿Revelaría a de Payen su secreto o trataría de acabar con él? Quizá solo encontrara al enorme caballero "entretenido".

Con Le Duc a su estela, salió de los túneles hacia las arenas del desierto y corrió en dirección a Golgotha. Aunque se movía demasiado rápido para que su seguidor le alcanzara, había un rastro, un vínculo entre ellos que no podía romperse. Con tiempo, Le Duc daría con él. Lo más importante, aunque ni siquiera supiera por qué, era alcanzar a Kli Kodesh antes de que dejara Golgotha. De algún modo sabía que si le daban la oportunidad de hacer las preguntas adecuadas podría conseguir algunas respuestas. La risa que había acompañado a de Payen hasta su sueño murió, y Montrovant lanzó una maldición a la noche. La invocación había terminado y Kli Kodesh se había desvanecido sin dejar rastro. Cuando llegó, la colina estaba desierta. Las cruces estaban alineadas burlándose de él, y a su espalda pudo oír las maldiciones de Le Duc.

—¡Kli Kodesh! —gritó—. ¡Kli Kodesh, me debes una respuesta! ¿Dónde está? ¿Dónde se lo ha llevado?

No hubo contestación alguna. El viento se llevó el eco moribundo de la risa de un loco y Montrovant cayó de rodillas, paralizado momentáneamente por la furia y la frustración. Después se puso en pie.

Desde el desierto pudo oír a Le Duc gritándole, lo que consiguió sacarle una sonrisa.

—Interesante —murmuró—. Lo querías interesante, viejo, y así será.

Corrió hacia las sombras sin volver la vista atrás.

Cuando Santos recuperó el sentido se encontró tirado sobre el suelo de piedra del túnel. Mientras se ponía aturdido en pie, la imagen del rostro de Kli Kodesh surgió para burlarse de él. Sus seguidores estaban acurrucados contra las paredes, observando y esperando. Parecía que el viejo vampiro les había concedido la libertad una vez logrado su objetivo. No había señal de los Nosferatu. Ignoró a sus monjes y buscó entre las sombras el carro que habían empujado desde las cavernas. Como temía, no estaba.

–Maldito sea –dijo girándose rápidamente–. ¿Le habéis visto? ¿Cómo habéis permitido que se lo lleve?

Aunque estaba iracundo y caminaba de un lado a otro apenas controlando su furia, Santos conocía la respuesta. Si Kli Kodesh era capaz de derrotarle a él, los monjes nunca hubieran tenido una oportunidad. Dadas las circunstancias, era una maravilla que no hubieran ofrecido voluntarios para empujar el carro ellos mismos. Una cosa era segura: El amor de aquel vampiro por la diversión sería su perdición. No debería haberle dejado con vida.

No había modo de saber la ventaja que le llevaba, pero sabía con certeza que tenía que ir tras él. Era el responsable del cuidado de ciertos artefactos y talismanes, y no podía traicionar aquella misión, aunque eso significara marchar hasta los confines del desierto y del mundo. Algo que Kli Kodesh y él compartían era el tiempo. Seguirle tampoco sería un problema. Los eones le habían atado a aquellos tesoros de un modo que ni siquiera el loco podía percibir. Atraerían a Santos como un imán.

Se acercó a grandes zancadas hasta el extremo del túnel y alzó la vista hacia las estrellas mientras el viento de la noche le azotaba la cara. Dejó vagar sus pensamientos y puso en blanco su mente, tratando de aferrar la esencia que le guiaría hacia su atacante para recuperar aquello que debía proteger. La invocación era tan natural como una segunda piel, y pudo sentir cómo su furia se convertía en una férrea determinación.

Kli Kodesh era viejo y sabio en cierto modo, pero también estaba loco. Si el objeto que había robado llegaba a la sociedad humana y caía en manos equivocadas podía provocar el caos, y las repercusiones no dejarían nunca de golpear los cimientos de la realidad. A Santos no le preocupaba mucho la realidad, pero la idea de haber fallado en su obligación era otra cosa muy distinta.

Siempre le había hecho gracia la idea de que los hombres, especialmente los cristianos, le consideraran malvado. Servía a un

propósito que los beneficiaba a todos. Si su servicio no entraba en las guías de la realidad que aceptaban era un problema que tendrían que resolver entre ellos. Si no encontraba pronto aquellos artefactos y los recuperaba era posible que el mundo descubriera de primera mano lo mucho que le debía desde hacía tanto tiempo.

Podía sentir rastros, débiles y moribundos, pero suficientes. Volvió a recordar las cosas que había dejado atrás en la mezquita y, por segunda vez, deseó no haber olvidado el pendiente. Lo había tenido desde hacía muchos años y en aquel momento le hubiera hecho un gran servicio, como ya había ocurrido muchas veces en el pasado. El objeto estaba mucho más atado a aquel al que había guardado que al propio Santos.

No había modo de regresar a por él. O el loco de Payen o el pomposo Patriarca se lo habrían quedado, y no tenía tiempo para pelear con ninguno de los dos. Podían seguir con sus nimios asuntos y sus patéticas vidas sin llegar a saber nunca la seguridad y la protección que les había proporcionado a ellos y a su fe. Marcharía para cumplir su obligación.

No todos los secretos que Santos guardaba eran cristianos, pero éstos bastaban para marcar la diferencia. Por una parte estaba la historia y por otra la verdad, y cuando habías vivido tanto tiempo con la primera a veces era mejor dejar enterrada la segunda. Santos había estudiado objetos sobre los que el Patriarca, o incluso el Santo Padre de Roma, solo había leído u oído hablar alrededor de un fuego. Había tenido en sus manos reliquias que harían palidecer los cofres más poderosos del Vaticano, y había recorrido las mismas arenas y los mismos años que su Redentor.

Sus estudios y su conocimiento habían bastado para proteger aquello que se le había asignado. Llevaba tanto tiempo en su misión que la sensación de preocupación y la posibilidad de fallar le eran tan ajenas como la humanidad a la que había renunciado en el Rito de Renacimiento. Sus investigaciones le habían llevado a tinieblas que su yo mortal nunca hubiera comprendido, y aun así se había alzado victorioso, incluso después de pasar un tiempo en el mismo Inframundo. Conocía los secretos de los nombres verdaderos, y el tiempo que había vivido con los Capadocios le había enseñado el modo de liberar ese potencial. De sus años en las tierras de Egipto había obtenido los secretos de los amuletos y de muchas reliquias. Había sido moldeado para convertirse en el guardián perfecto, pero ahora aquella perfección había sido puesta en duda y el molde estaba

roto.

Había incontables secretos que descubrir para alguien con su combinación de eternidad y paciencia infinita. Incluso después de tantos años de estudio, aún ansiaba más. Podía sentir una esencia subyacente en todo poder, pero nunca había sido capaz de capturarla. Otros creían en sendas específicas para alcanzar esa esencia, pero Santos estaba convencido de que tendría que dar con la suya propia. De momento, su camino le llevaba hasta Kli Kodesh.

Regresó al pasadizo.

–¿Se lo ha llevado todo? –Se trataba más de una constatación que de una pregunta, pero uno de los monjes encapuchados dio un paso nervioso hacia delante.

–No, todo no.

De debajo de sus túnicas el hombre sacó un paquete envuelto, sosteniéndolo con reverencia. Sus brazos temblaban de tal modo que apenas era capaz de mantener el objeto en las manos.

Santos tomó el paquete, pero antes de tocarlo ya sabía de qué se trataba. La cabeza. Habían conseguido protegerla de aquel loco, y era el objeto que más importaría en los conflictos venideros. La sostuvo durante un largo instante con los brazos extendidos, dejando que el aura de su magia le recorriera los huesos y revitalizara su mente. Se volvió hacia sus seguidores e incluso logró mostrar una sonrisa rápida y desapasionada. Sería mucho más fácil seguir el rastro de lo que había imaginado.

–Debemos abandonar este lugar inmediatamente –dijo–. Si les damos tiempo nos rodearán y no podremos salir jamás. No tengo tiempo para seguir jugando con ellos en los túneles. Cada momento cuenta.

Todos se reunieron a su alrededor en silencio y le devolvió la cabeza al monje que se la había entregado.

–Guardarás esto –dijo apenas con un susurro–. Lo protegerás con tu vida y con tu alma. Te advierto que si dejas que otro lo toque te arrebataré ambas y la trascendencia te será negada. ¿Comprendes?

El hombre asintió y ocultó rápidamente la cabeza bajo sus túnicas. Santos olvidó totalmente el asunto. Kli Kodesh no volvería a por ella, ni a por nada más. Tenía lo que había venido a buscar y había partido hacía mucho, tratando de poner toda la distancia posible con Santos antes de que comenzara la persecución. Sabía tan bien como el sacerdote oscuro que la caza terminaría antes o después, y también conocía el resultado. Sin embargo, para Kli Kodesh lo más



importante era la diversión y la intriga que traería ese fin.

Para Santos, la pregunta era cuánto daño se podía realizar entretanto. Mientras Kli Kodesh trataba de divertirse, él se tenía que preocupar del resto del mundo. El vampiro también estaría preguntándose si conseguiría salir con bien del encuentro que se avecinaba. Santos conocía la respuesta, y eso le hizo sentir un escalofrío.

Kli Kodesh soportaba el peso de una maldición propia, una magia para la que él carecía de poder. Nada de lo que hiciera podría terminar con su vida, pues había sido ordenado que caminara sobre la tierra mientras ésta existiera. Ni siquiera Santos esperaba vivir tanto tiempo.

Por el momento, la huida era lo único que importaba. Había sentido a otro en la oscuridad, a Montrovant. También él tenía un papel en todo aquello, aunque no tenía ni la edad ni el poder suficiente como para representar una verdadera amenaza. No quería subestimar a otro enemigo, así que lo dejó en paz. Su mente y su corazón le gritaban que era imprescindible que corriera todo lo que pudiera para poner distancia. Ya habría tiempo de sobra para ordenar los hechos y desarrollar un plan con el que seguir a Kli Kodesh.

Salieron de los túneles a la oscuridad de Jerusalén, cruzando una pequeña zona arenosa y doblando la esquina de un edificio bajo que surgía de las sombras. Era un establo. El sacerdote había planeado muy bien aquel momento. Habían perdido el cargamento, pero al viajar más ligeros y disponer de la oscuridad y de sus propios poderes podrían superar fácilmente a cualquier guardia que Daimbert o Baldwin hubieran podido reunir. Una vez fuera de la ciudad había innumerables lugares donde conseguir refugio.

Al momento de haber entrado en los establos el grupo partió al galope. El sacerdote cabalgaba en cabeza, y los cinco monjes que le quedaban le rodeaban para protegerle. La luna iluminaba el camino con su fulgor plateado, y no encontraron a nadie que les bloqueara el paso. Santos montaba con los ojos cerrados. Con una parte de su mente estaba concentrándose en el desierto que les rodeaba, tratando de dar con cualquiera que pudiera ver su huida o que intentara atacarles. De Payen y Daimbert no eran los únicos con soldados en las carreteras. En el desierto también abundaban los bandidos, y aunque en sí no eran un peligro, una pelea podría llamar la atención de los otros.

También se concentraba en los vagos rastros de la esencia de sus tesoros perdidos. En sus manos sostenía un *ankh* de piedra que

colgaba de una cuerda de cuero de su cuello. La piel de la que estaba formada la correa había pertenecido a un hechicero egipcio con grandes sueños. Lo había despellejado al descubrirlo tratando de dar con su nombre.

Aquella era una buena pregunta. ¿Cómo había descubierto tanto Kli Kodesh? El nombre que había pronunciado, *Astrokhen*, era uno que Santos no había oído hacía más de un siglo. Solo lo conocía un ser vivo aparte de él mismo (y ahora, aparentemente, el vampiro), y eso le preocupaba más que la pérdida de su cargo. Aquel nombre, en manos equivocadas, podía ser su perdición.

No sería cazado dos veces con la misma trampa, pero perder la mitad de su nombre verdadero a manos de alguien como Kli Kodesh era una pesadilla surgida de las profundidades del mismo Inframundo. Desde que había sostenido las páginas rotas de los antiguos escritos del mago egipcio Cabrini no había vuelto a oír a nadie utilizarlo. Esperaba que así fuera por toda la eternidad, pues había destruido a todos los que lo conocían, salvo a aquel que había ayudado a crearle. De algún modo Kli Kodesh había conseguido desvelar el misterio que cubría el pasado de Santos. Su propio poder estaba tan estrechamente vinculado con aquel nombre que no pudo reprimir un escalofrío. Suya era la maestría de los nombres verdaderos, *Ren*, como les llamaban los viejos escritos. Descubrir ahora esa habilidad en manos de uno de los No-muertos era una señal del cambio de los tiempos; Kli Kodesh estaba protegido por su maldición, y aquella arma le hacía doblemente peligroso.

Quizá los años escondido solo con sus seguidores y sus tesoros le habían hecho confiado y blando. Estaba perdiendo el filo y hacía más de una vida mortal que no aprendía nada nuevo. El aire de la noche tenía un efecto calmante sobre su piel, y el ritmo constante del galope del caballo le relajaba aún más.

Aferró con fuerza las riendas y dejó que la montura le llevara con los demás. Ordenó a sus manos que se mantuvieran fijas y liberó su *Ka* en las Tierras de las Sombras, flotando libre de las ataduras físicas del cuerpo y la forma. Los que le rodeaban aún eran visibles, pero habían cambiado. La cabeza de uno de sus seguidores se inclinaba a un lado, casi tocando su hombro y rebotando errática mientras cabalgaba.

Ignoró aquella visión de la muerte y se concentró en avanzar lo máximo posible al otro lado del Manto para explorar el terreno. En su forma espiritual era capaz de viajar mucho más rápido, pero existían

riesgos. Había muchas cosas que podían dañar el cuerpo físico que había dejado atrás. Superó un montículo y entró en una pequeña aldea con una posada. Las puertas colgaban destrozadas de sus goznes oxidados. En el exterior podía ver los huesos de un caballo aún atados a un poste, y el polvo surgía del agujero que debía ser el pozo del establecimiento. Santos ignoró todo eso y se concentró. Sabía que el caballo estaba en realidad vivo y que lo que buscaba se encontraba en el interior. Necesitaba desaparecer de la vista junto a sus seguidores lo más rápidamente posible, y aquella parecía una oportunidad propicia. Dejó que su forma espiritual se deslizara a través de las paredes del establecimiento y que marchara directamente hacia la cocina, donde el posadero, un hombre enorme y peludo de rostro rojo y nariz inmensa (testigo de demasiadas cervezas) removía una enorme olla con un cucharón. Concentrándose, Santos hizo que su forma se materializara como un espíritu brillante directamente sobre el caldero. Mezcló su imagen con la del humo de aquel preparado vil, pero el hombre tardó un instante en percatarse de lo sucedido.

Ahogando un grito, el posadero dio un paso atrás con el cucharón en la mano, arrojando gotas de aquel fluido espeso y malsano por todo el lugar. Parecía que hubiera visto a la misma Muerte, y Santos no hizo nada por corregir esa impresión.

Tocó la mente del hombre e implantó sus palabras cuidadosamente.

–Dentro de una hora abrirás la puerta del sótano –le ordenó–, y cuando estés seguro de que el grupo que envío está dentro cerrarás la puerta. Si alguien acude a investigar no habrás visto nada. Mis hombres te pedirán comida y bebida, y permanecerán allí hasta que vuelva a visitarte. No dejes que nadie interfiera.

Si Santos no hubiera aferrado la mente del posadero, éste hubiera caído al suelo gimoteante. En vez de eso estaba en pie, con la boca abierta y temblando como un montón de grasa animal. El sacerdote lo liberó con cuidado, dejando que su mente se dispersara en el humo sobre el caldero y regresara a las Tierras de las Sombras. La boca abierta y temblorosa del posadero no le daba mucha confianza, pero la sugestión que le había implantado era poderosa. No dudaba de que encontraría abierto el sótano cuando llegara con su verdadera forma. Si no era así habría un posadero estúpido menos saciando el hambre y la sed de los viajeros en aquella carretera. Seguía de un humor de perros, y su paciencia estaba alcanzado niveles preocupantes.

El regreso a su cuerpo fue más rápido que el descenso a las Tierras de las Sombras. Sintió la atracción de su propia forma; las dos mitades que le completaban se llamaban la una a la otra, y no hizo más que rendirse a aquella fuerza. No tenía tiempo que perder.

Despertó montado sobre su caballo con los ojos abiertos y vigilantes, y fue en aquel momento cuando atacó la patrulla. Los vio venir por el rabillo del ojo y lanzó una maldición. Vestían el color blanco de los caballeros del templo de de Payen y caían sobre ellos como un depredador sobre su presa.

Lanzó una orden a sus hombres y se giró para recibir la embestida. Los monjes siguieron su carrera alocada mientras él se asentaba calmado sobre la silla, enfrentándose al pequeño ejército con una mueca de desprecio.

Alzó una mano y entonó un rápido encantamiento. Los nombres de las monturas enemigas llegaron claramente hasta sus pensamientos, y de forma instintiva gritó una orden con voz autoritaria para que se detuvieran. El súbito frenazo arrojó a los sorprendidos caballeros, salvo a dos, rodando por los suelos. Los que habían evitado la caída recuperaron el control, pero no por mucho tiempo. Santos gritó una segunda orden y los caballos se encabitaron, derribándolos también junto a sus camaradas.

El sacerdote liberó la mente de los animales, que huyeron hacia el desierto ignorando los gritos de los jinetes caídos, y avanzó unos pasos sonriente. Aún llevaba las ropas y el collar de un hombre de Dios.

–No mostráis el debido respeto –escupió–. Oiría las confesiones de todos y cada uno de vosotros y os impondría penitencia, pero mi tiempo es limitado. Volved con vuestro líder débil y patético y con vuestra estúpida e insípida Iglesia. Decidles que me dejen en paz y no os molestaré más. Seguidme y será el fin de vuestros cuerpos y el comienzo de la tortura para vuestras almas.

Con un gesto teatral que no pudo resistir hizo el gesto de la cruz y giró su montura, cabalgando al galope hacia los monjes. Tenía que conseguir que aquellos hombres perdieran el rastro. Creía que les había impresionado, pero los mortales eran dados a estúpidos actos de heroísmo y no estaba de humor para tratar con ellos. También solían olvidar lo sobrenatural en el momento en el que la realidad parecía restaurarse.

En cuanto alcanzó al primero de sus seguidores cambió el rumbo hacia la aldea. En vez de alejarse a toda velocidad tenía pensado

ocultarse, dejando que la partida pasara de largo. Antes de que llegara la siguiente oleada ya habrían salido del sótano y volverían a estar en marcha, viajando en una dirección totalmente distinta. La persecución era un juego muy antiguo que conocía bien, aunque hacía mucho que no se veía involucrado en una.

Los pasados años habían sido reveladores. Primero la Ciudad Santa había caído en manos de los turcos, y solo él había quedado atrás para custodiar los objetos a su cargo. Todos sus seguidores habían sido capturados y torturados uno por uno. Por supuesto, ninguno había revelado nada, pero cada muerte había sido un golpe para su confianza eterna.

Se había visto obligado a sellar los tesoros que no podía transportar con facilidad en la cámara bajo el templo, ya que la mezquita de al Aqsa estaba construida sobre la estructura antigua. Había sido el único modo de asegurar que los perros musulmanes no consiguieran hacerse con ellos.

En los meses y años siguientes estuvo exiliado. Todo aquel tiempo lo pasó en Roma, siguiendo los pasos del sacerdocio y recreando a sus seguidores entre las filas de los "creyentes" cristianos. Durante todo el tiempo que estuvo estudiando en las vastas bibliotecas del Vaticano y elevando su poder a nuevas cotas había ansiado regresar a su puesto, a su misión. Los talismanes le llamaban, y temía que aquellos que le habían creado pudieran regresar, descontentos con el modo en el que había cumplido su cometido.

Los antiguos poderes no habían vuelto a aparecer, y al final la Iglesia se aventuró a regresar a Tierra Santa, reclamando todo lo que había perdido. Santos logró abrirse camino en las líneas del frente de aquella primera Cruzada, quedándose atrás cuando sus "hermanos" regresaron, aunque no sin antes enviar algunos agentes propios a Roma.

Se habían extendido rumores que relacionaban al "Padre Santos" y a sus seguidores con grandes secretos que la Iglesia deseaba mantener ocultos. Casi todas aquellas habladurías eran falsas, pero habían servido a su propósito. Santos había conseguido que se le otorgara el refugio en las entrañas de la mezquita.

La Iglesia apartó la mirada, ignorando sus acciones y protegiendo sus derechos a pesar del engaño. Por fin tenía planes para tomar aquellos tesoros y transportarlos a algún lugar más seguro. Eso fue antes de Montrovant, de de Payen y de sus malditos caballeros.

A Kli Kodesh ya le conocía. Las obsesiones del anciano estaban

documentadas en las profundidades de la leyenda. Montrovant era otro tipo de reto. Rezumaba arrogancia y parecía tan decidido como el propio Santos en la búsqueda de sus objetivos. La única duda era: ¿cuál de sus tesoros buscaba?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada a la aldea. No se encontraron con nadie y el sacerdote guió a sus hombres con precisión hacia la posada, donde desmontaron y metieron los caballos en el establo. Un mozo de cuerdas surgió de las sombras, frotándose los ojos para salir del estupor del sueño y del exceso de vino.

Santos dio dos pasos rápidos y le puso la mano en el hombro, dejándolo totalmente rígido. Lo apartó a un lado y lo empujó hacia uno de los monjes, que a su vez lo dejó apoyado contra la pared de madera.

Guardaron y dieron de comer a los caballos a toda prisa, saliendo después una vez más a la noche para dirigirse hacia el sótano de la posada. Las puertas estaban abiertas, como se había ordenado. Entraron y cerraron desde dentro.

Mientras sus hombres atacaban hambrientos la comida y el vino, Santos se hizo a un lado y se sentó en el suelo. Dejó que su mente se vaciara y descansó. Había mucho que hacer, pero si algo tenía era tiempo. Nadie le molestó.

## \_\_\_\_\_ 19 \_\_\_\_\_

Era casi medianoche y la ciudad dormía tranquila. A pesar del tamaño de la batalla que se había librado, Jerusalén desconocía lo ocurrido. No había sonado alarma alguna. ¿Qué hubieran dicho? *Hay antiguos males arrastrándose por túneles bajo vuestros hogares. Vuestras almas están en peligro.* Se hubiera producido el pánico generalizado, y ni Daimbert ni Baldwin estaban preparados para algo así.

De Payen había dormido como un tronco, levantándose justo antes del anochecer para volver a iniciar la búsqueda. Cuando salió a la calle vio a sus hombres ya organizados en patrullas. Daimbert estaba allí para saludarle, aunque alerta.

El líder de la última de las patrullas del Patriarca se acercó y desmontó, ascendiendo lentamente los escalones para unirse a su

señor y a de Payen, que esperaban noticias sobre su presa. El gesto del hombre no les daba muchas esperanzas, y sus palabras no hicieron más que confirmar los temores.

–No hay señal de él, Excelencia –dijo el guardia, arrodillándose y bajando la mirada hacia los pies de Daimbert. De Payen apretó los dientes. Aquel era el tercer informe similar en menos de una hora. Solo quedaba una patrulla fuera, la suya, y en caso de que regresara sin noticias tendría que admitir la derrota. Le enfurecía pensar que después de tantas preocupaciones el hombre o el demonio se le hubiera escapado de las manos. Hugues odiaba dejar asuntos sin resolver.

Tenía que admitir que la ausencia de la oscuridad de Santos era una pequeña victoria, pero el no haber podido capturar o destruir el mal era algo que le atenazaba el corazón. Su propia fe había sido puesta en duda y su coraje había sido burlado. Aquellos no eran insultos que se perdonaran y olvidaran fácilmente. Todo su mundo había cambiado, y no era posible saber si había sido para bien o para mal.

Daimbert había mostrado una fuerza y una eficacia sorprendentes durante todo el proceso. En Francia se decía que el Patriarca era un estúpido avaricioso y egoísta. Si aquello había sido cierto alguna vez, la vida en Tierra Santa parecía haber purgado su alma. Daimbert se había negado a dormir y apenas había comido desde que Montrovant le despertara. Su deseo de dar con Santos parecía tan fuerte, si no mayor, que el del propio Hugues y sus seguidores habían reaccionado en concordancia. De Payen estaba contento de tener su apoyo, y sus fuerzas combinadas habían sido capaces de peinar los alrededores de la ciudad con sorprendente eficacia. Un respeto mutuo estaba creciendo entre los dos, y de Payen sabía que aquello sería positivo cuando regresara a Francia y viajara a Roma. Tampoco sería malo para su relación con Baldwin.

Esperaba en los escalones de la mezquita, observando la calle que conducía hacia el desierto. Sus hombres no debían tardar demasiado en regresar. Habían formado la última patrulla en partir y apenas se habían detenido para comer y descansar. Habían partido poco después de los hombres de Daimbert. Se habían dividido el perímetro de Jerusalén, por lo que esperaba que en menos de una hora regresaran con su informe.

Un repentino tronar de cascos retumbó por las calles y todas las miradas se volvieron en la dirección del estruendo. Un caballo sin

jinete doblaba la esquina, seguido por varios guardias a la carrera. Ninguno de aquellos hombres era uno de los caballeros de Hugues. El animal tenía la mirada enloquecida y le salía espuma de la boca. Se dirigió hacia la mezquita, donde todos observaban atónitos. En el último momento giró hacia un costado, dirigiéndose a la entrada de los establos bajo el templo. De Payen se giró hacia Daimbert, que ya miraba hacia las puertas.

–Es uno de los míos. Tomaré al resto de mis hombres y descubriré qué ha ocurrido. Solo puedo rezar porque no sea demasiado tarde.

–Yo también enviaré algunas fuerzas –dijo el Patriarca–. Cuantos más soldados tengas más terreno podrás cubrir. Que Dios sea contigo, Hugues de Payen.

Phillip se acercó al guerrero con su equipo y el noble le saludó con la cabeza, dedicándole una amplia sonrisa. Un día sería todo un caballero, pensó, aunque eso daba por hecho que él regresaría con vida de la batalla hacia la que se dirigía. Parecía que aquellos últimos días tenía muchos de esos pensamientos. La confianza que le había acompañado durante tantos años le estaba fallando, y no se le ocurría otra cosa que lanzarse hacia delante para intentar recuperarla.

Los ojos de Phillip brillaban mientras observaba a Hugues con un respeto rayano en la adoración. Aquel guerrero enorme de hombros anchos estaba acostumbrado a aquellas reacciones, pero por primera vez en su vida comenzó a preguntarse si era digno del respeto de los demás. De no haber corrido acobardado hacia su cuarto la primera vez que había descendido a la guarida de Santos, ¿las cosas hubieran sido deferentes? No lo creía, pero no dejaba de preguntárselo. No había duda de que hubiera muerto, pero, ¿no habría armado el suficiente revuelo como para que los demás bajaran a tiempo de ayudarlo? ¿Podría Santos haber estado encerrado, incluso muerto? No había modo de estar seguro, pero era esa incertidumbre la que le hacía avanzar.

Los que no habían partido con la primera patrulla se unieron a él, y su pequeño número era alarmante. Notó que el nuevo, Cardin, estaba entre ellos. Se preguntó por un momento dónde se había metido Le Duc. Era un hombre difícil, pero en la batalla era un formidable aliado.

Entonces, sorprendido, recordó las palabras de Montrovant. Le Duc había sido el que había interrumpido la ceremonia. Había estado en aquellos túneles y no había regresado. Sus facciones se



oscurecieron mientras sumaba una muesca más en la lista de deudas de Santos.

Apartando con esfuerzo aquel recuerdo de su mente, de Payen bajó hasta los establos, donde estaban preparando su montura. Encontraría sus propias respuestas o moriría en el intento. De un modo u otro, aquella era la noche en la que su corazón volvería a hallar paz. Mientras se movía lanzó una plegaria y sintió aliviarse el peso sobre sus hombros. Era una gran noche para morir.

Entró en los establos sumido en sus pensamientos, por lo que no reconoció en un primer momento las dos figuras montadas que le esperaban. Se detuvo atónito cuando su mirada se encontró con la de Montrovant. Sus ojos refulgían en la profundidad de la penumbra, y la antorcha que ardía a su espalda le daba el aspecto de una gran sombra al acecho sobre un magnífico caballo de guerra.

A su lado se encontraba Le Duc, que había cambiado de un modo sutil que Hugues no pudo reconocer. Parecía más alto, o más siniestro, y su ademán era aún más arrogante que de costumbre. Sin embargo, se alegraba de verle. Aquel era un momento perfecto para verles a los dos.

–Ven, Hugues –urgió Montrovant–. Ha llegado el momento de que cabalguemos juntos. En esta noche se decidirán muchas cosas, y no hay tiempo que perder.

De Payen no vaciló un instante. Llamó a Phillip, que se había quedado paralizado ante la intrusión de aquellos caballeros inesperados. El muchacho salió de su estupor y corrió para traer la montura del guerrero. Los demás componentes de la patrulla se acercaron a su lado y observaron a Le Duc y a su nuevo y siniestro aliado, pero guardando silencio. En aquel lugar habían pasado demasiadas cosas extraordinarias en los últimos días, y la mitad de ellos ya no se sorprendía ante nada. Si Hugues quería que aquel oscuro jinete cabalgara a su lado, todos lo aceptarían. No sabían si su líder sería capaz de superar con bien aquellos días tenebrosos, pero estaban convencidos de que si él no podía, ninguno tendría una sola oportunidad.

En breves momentos todo el grupo estaba montado, por lo que espolearon a sus caballos por el laberinto de calles. Tras las tinieblas de los establos, la luz de la luna les pareció tan brillante como el día, y se dirigieron hacia el desierto sin volver la vista atrás.

La ciudad, ajena a los misterios que la rodeaban y a los conflictos que aún se libraban, dormía tranquila. Los grandes edificios de piedra

blanca que capturaban y reflejaban la luz de la luna dieron paso a casas y comercios más pequeños y humildes. Los olores y sonidos de los animales, inquietos en la oscuridad, llegaban a ellos a través del aire tranquilo.

Pasaron frente a un grupo de jóvenes que se dirigía hacia el templo. Ignorando los comentarios y las risas, siguieron hacia delante. Daimbert observó cómo se alejaban, notando la presencia de Montrovant con gran interés. Le recordaba perfectamente de su osada entrada en el templo la noche anterior. A su regreso, de Payen tendría que explicarle de quién se trataba.

Cuando desaparecieron de la vista, el cansancio se apoderó repentinamente de él y se encaminó hacia su templo. Marchaba acompañado de sus guardias, pero no pronunció palabra alguna.

Atravesó las puertas de su hogar y se dirigió hacia sus aposentos, dejando dicho a sus sirvientes que le despertaran en cuanto vieran a de Payen y a sus hombres regresar a la ciudad. No perdió el tiempo en desvestirse, sino que cayó dormido de espaldas sobre la cama. Mientras se desplomaba y perdía la conciencia, de sus labios surgió una plegaria.

\* \* \*

El camino estaba vacío y desierto, y la luz de la luna otorgaba un aire de irrealidad ominosa. De Payen cabalgaba a toda velocidad, igualando la marcha que había impuesto Montrovant. Durante unos instantes se preguntó cómo podía saber hacia dónde dirigirse. No hizo preguntas, pero después de presenciar tantos poderes oscuros en las últimas horas se sentía nervioso ante el menor asomo sobrenatural. Hubiera sido mejor que el caballero oscuro le hubiera confiado su destino, pero no había sido así.

Las palabras que había oído en sueños regresaron a él, y pensó en ellas mientras el camino volaba bajo los cascos de su caballo. "Debes tener cuidado a la hora de depositar tu confianza, Hugues de Payen. No dejes ninguna piedra sin volver en tu búsqueda de la verdad. Hasta lo más familiar puede ser mucho más diferente de lo que habías imaginado".

Todo había terminado siendo diferente. Aquel era el problema. Hugues era un hombre de fe, y esta fe y la fuerza de su brazo eran todo lo que había necesitado para resolver las dificultades de su vida. Ahora todo había cambiado, y cuanto más cabalgaba al lado de

Montrovan más se preguntaba qué o quién era aquel extraño, y por qué se había introducido en la vida de un humilde caballero. Había demasiadas preguntas y no tenía tiempo para buscar las respuestas. En aquel momento no estaba seguro de quererlas, o de si marcarían alguna diferencia. Su camino estaba trazado.

El silencio fue roto por un grito repentino; frente a ellos apareció un grupo de caballeros a pie. Hugues los contó rápidamente y comprobó que estaban todos, pero no había caballo alguno.

—¿Qué ha sucedido aquí? —tronó—. ¿Dónde están vuestras monturas?

Robert de Craon, un joven que mostraba un celo extremo en cumplir las órdenes de de Payen, dio un paso al frente para hablar. Bajó la mirada como si estuviera avergonzado y la volvió a alzar, casi desafiante.

—Los teníamos, señor —dijo agotado y sediento por la larga caminata—. Huían frente a nosotros y estábamos a punto de alcanzarles cuando ese... el sacerdote... se detuvo en medio de la carretera. Los otros huían, pero él nos esperaba mirándonos. ¡Juro por dios que le vi sonreír!

—¿Os esperó y no le capturasteis? —preguntó Hugues incrédulo.

—Comenzó a hablar, señor, en una lengua que no he oído nunca y que espero no volver a oír. Gritó, y juro que nuestros caballos cayeron bajo su hechizo. Cabalgábamos al galope, pero cuando habló nuestras monturas se detuvieron como si hubieran chocado contra un muro de piedra. Casi todos salimos volando, y el resto fue derribado cuando el sacerdote volvió a gritar y los caballos se encabitaron. Antes de que pudiésemos hacer nada los animales huían hacia la oscuridad y él partía tras los suyos.

Hugues se quedó atónito. Aquel hombre se estaba burlando de ellos. Podía haber peleado, probablemente podía haberlos matado a todos, pero en vez de eso había decidido humillarlos. Hombre, demonio, lo que fuese, era una criatura sin honor. De Payen no volvió a mirar al hombre en tierra, sino que se giró hacia Montrovan.

—¿A qué clase de hombre o diablo seguimos? —preguntó—. He visto mucho, pero nunca a alguien capaz de hablar a los animales. Nunca he conocido a hombre alguno que escape de ejércitos de caballeros y de guardias del Patriarca con tal facilidad. Nunca había sentido el miedo que sus palabras llevaron a mi corazón.

—No desesperes, Hugues —respondió severo Montrovan—. Puede ser muerto, como cualquiera. Santos no es más que uno de sus

nombres. Ha tenido muchos otros, y puedes estar tranquilo y seguro, pues no es sacerdote. Es anciano, mucho más viejo que el primer ancestro que recuerdes. Ya lo era cuando Jerusalén cayó en manos del Turco.

–Entonces debe ser un demonio --aseguró de Payen.

–Hay otros poderes, Hugues, que no son ni tu Dios, ni los ángeles ni los demonios. No te apresures a tachar de tal al primer extraño que se cruce en tu camino.

–¿Y vos, pues? --preguntó el caballero tranquilamente, esperando que Montrovant le arrancara la cabeza--. ¿Sois de nuestro Señor, o de algún otro?

–Recorremos la misma carretera --respondió Montrovant girando una vez más su montura--. Dejemos que eso baste por el momento. Ahora debemos partir o le perderemos.

–Señor --le llamó de Payen, aún dubitativo--. ¿Quién es Kli Kodesh?

El vampiro detuvo a su caballo y se volvió rápidamente.

–Kli Kodesh es un loco --respondió--. Es alguien que prefiere los juegos a la realidad. También pertenece a una época muy lejana, aunque está más involucrado en los asuntos de tu Iglesia. ¿Por qué lo preguntas? ¿Lo has visto?

–Solo en mis sueños, señor. Me aconsejó que me cuidara a la hora de depositar mi confianza.

La expresión de Montrovant se agrió rápidamente, y de Payen hubiera podido jurar que sintió caer la temperatura del aire. Quizá no era el momento adecuado para aquellos comentarios. No había querido levantar dudas sobre su propia lealtad.

–¿En *quién* confías entonces, Hugues? Sé cuidadoso en tu respuesta, pues estos días mi temperamento no es paciente. Te he dado un propósito, te he dado a estos bravos hombres para que luchen a tu lado y a Bernard para que te apoye. No tienes motivos para dudar de mí, pero veo en tus ojos que así es.

–Después de lo que he visto estos días, señor, dudo hasta de mi propia mente.

–No dudes de esto --dijo Montrovant atravesando el corazón de Payen con una mirada de hielo--. Vivirás o morirás por la decisión que tomes en este momento. Hay poderes actuando que no comprendes y no tengo tiempo para darte explicaciones. O nos movemos ahora o partiré yo solo. Es tu elección. Hay que detener a Santos.

Se giró y espoleó a su caballo, perdiéndose en la carretera a

velocidad cegadora. Le Duc lanzó una rápida mirada a de Payen y partió tras él. Tras un instante de duda, el propio Hugues alzó el brazo y ordenó la marcha. Montrovant ya no parecía un ángel, y aquella era una discrepancia en la que tendría que pensar cuando el tiempo lo permitiera. Nada más había cambiado, así que si el oscuro iba a por Santos él le ayudaría. Si aquello le costaba su alma era probable que la hubiera perdido hacía ya tiempo, al comenzar su viaje en Francia.

Mientras Hugues sentía el viento aferrar su cabello y alejar las lágrimas de sus ojos, parpadeó. Aquella era una idea tranquilizadora. Montrovant le ofrecía elección, pero parecía que la verdadera decisión había sido la que había realizado la noche que se conocieron, y el responsable había sido él mismo, para bien o para mal.

Los caballeros desmontados les vieron partir hacia la oscuridad y se giraron desconsolados hacia Jerusalén, reanudando la marcha. Tardarían el resto de la noche en volver y ninguno quería seguir en la carretera cuando de Payen regresara.

Montrovant había cobrado ventaja, por lo que Hugues tuvo que espolear a su montura para ponerse casi a su altura. El vampiro cabalgaba sin pensar ni en el terreno ni en su animal, como si al llegar a su destino pudiera deshacerse del caballo y tomar otro. El noble se preguntó si no era exactamente así. Lo único que parecía importar a aquel hombre eran los secretos siniestros que ocultaba y los que trataba de desentrañar. Se preguntó por un instante hasta dónde tenía que llegar él mismo antes de ser cambiado del mismo modo por alguien más apropiado.

Hugues tenía muchas cosas que revisar en su mente y en su corazón. Su fe seguía intacta, pero su idea de lo que esa fe significaba y de cómo tenía que enfrentarse a ella empezaba a perder sentido. Era evidente que había muchos poderes sobre la tierra que desconocía, así como muchos secretos que la Iglesia, en caso de conocerlos, no difundía entre los suyos. Una semana, un día antes hubiera considerado aquellas ideas blasfemas. Ahora le parecía absurdo, y creyó que ese destello de conciencia era el primer paso hacia la locura. ¿Cómo podía haberse creído alguna vez el "brazo fuerte" del Señor si ni siquiera podía tomar una decisión por su cuenta? Aunque entendía que los clérigos estaban más cerca de Dios, no comprendía la subversión, los trucos y las mentiras. Si aquellas eran las respuestas que la Iglesia daba, prefería encontrar las suyas por su cuenta.

Todo el mundo había caído bajo sospecha, y eso significaba que

si quería alguna seguridad tendría que conseguirla él solo. Descubriría los secretos. Compartiría lo que aprendiera con aquellos que le seguían y convertiría a sus caballeros en una potencia que pudiera enfrentarse a cualquier cosa que se cruzara en su camino. Esa y otras resoluciones se desarrollaron a lo largo de la cabalgata nocturna, pero apartó aquellos pensamientos cuando vio alzarse la aldea ante ellos.

Montrovant se detuvo súbitamente, frenando hasta un trote y haciendo un gesto para que todos los demás le imitaran. No se veía movimiento en las casas o en los comercios, y el silencio recordaba al de una gran tumba comunitaria. Hugues apartó esta visión de su mente y se concentró. No sabía qué buscaba Montrovant, pero suponía que en cuanto lo viera comprendería de qué se trataba.

El oscuro observó a un lado y al otro con movimientos lentos y cautelosos. Parecía estar escudriñando los alrededores, aunque Hugues prefería no imaginar qué método empleaba. Se tensó repentinamente.

–¿Qué es, señor? –preguntó de Payen acercándose a su lado.

Montrovant no respondió, pero señaló a un lado de la calle donde se alzaba oscura y silenciosa una posada. El lugar ya estaba cerrado, y de la chimenea surgían las volutas de humo de un fuego apagado.

Una única vela ardía en el interior, donde no se veía movimiento alguno.

–¿Se han detenido en esa posada? –La voz de de Payen debía denotar su incredulidad, porque Montrovant se giró rápidamente.

–Claro que no. El sótano, Hugues. Se han ocultado en el sótano. Santos es una criatura de túneles y tinieblas. Si hubiera dado con una tumba adecuada puedes apostar a que le encontraríamos ahí.

–¿Debo llamar al posadero para que abra? –preguntó el caballero, castigándose y maldiciéndose por dentro.

–No –respondió el oscuro–. Si queremos tener una oportunidad de capturarlos necesitamos un asalto directo. No te confundas, Hugues, pues Santos no es un hombre ordinario. Si supiera que está en peligro podría destruirnos a todos. La sorpresa es nuestra única arma.

De Payen no ignoró que Montrovant se había incluido en aquella frase, lo que le produjo un escalofrío.

Desmontaron, ataron a sus caballos a un poste y tomaron posiciones alrededor de las puertas del sótano con el máximo silencio posible. Montrovant y de Payen se acercaron directamente a la entrada mientras el primero ordenaba a Le Duc con un gesto que se

preparara para abrir.

Reuniendo todo su coraje, de Payen observó y esperó. La última vez que se había enfrentado al hombre que buscaban había huido aterrado. Esta vez se encararía con su miedo o moriría en el intento. El silencio era tan pesado que nublaba sus sentidos. Nada parecía real, y el tiempo se arrastraba con una lentitud exasperante.

A lo lejos oyó ladrar a un perro. A medida que el sonido resonaba y se multiplicaba por las calles Montrovant dio la señal, y bajo la protección del ruido de los animales las puertas se abrieron de par en par. De Payen saltó hacia la oscuridad tras su compañero, rezando en silencio por sus almas.

Montrovant no rezaba por nada ni por nadie.

\* \* \*

Santos oyó el ruido de las puertas y se incorporó antes de que el primer pie tocara las escaleras. Había estado buscando a Kessel, su espíritu perdido, y había cometido el error de ignorar las demás amenazas que le rodeaban. No había imaginado que Montrovant actuara de forma tan abierta contra su poder. De Payen y sus hombres nunca hubieran dado con el sótano por su cuenta.

Sus seguidores se agitaban en la oscuridad, buscando sus armas y gruñendo como animales. Estaban perdidos. Lo vio en aquel momento y tomó la única decisión que le quedaba. Se volvió y se acercó al hombre que custodiaba la cabeza.

Se agachó y le golpeó el cráneo contra la pared, matándolo instantáneamente. Mientras las formas oscuras se materializaban a su alrededor, atacando a los monjes restantes, Santos sacó la cabeza de entre las ropas del muerto y se la puso bajo el brazo. Tenía que salir de allí y no podía dejar a aquellos animales lo poco que le quedaba.

Sintió inmediatamente a Montrovant y supo que él también le detectaba. No había tiempo para pensar. A su espalda se abrió un diminuto túnel, un drenaje que ayudaba a mantener seco aquel lugar. Buscó con su mente el nombre apropiado y deseó la transformación. Momentos después, mientras la batalla rugía a su alrededor, se contrajo hasta adoptar el tamaño y la forma de una gran rata. Aferrando el pelo de la cabeza entre sus fuertes mandíbulas, comenzó a retirarse por el túnel arrastrando su premio tras él.

Sabía que Montrovant detectaría su energía dispersada por la magia, pero contaba con que la falta de familiaridad con sus

habilidades le diera el tiempo que necesitaba para escapar. La acción sería percibida como un ataque de algún tipo, no como una retirada. Ya estaba planeando los días y las semanas siguientes. Viajaría más rápidamente sin sus seguidores, y quizá éstos pudieran conseguirle algo de tiempo para huir. Sería mucho más fácil establecerse de nuevo sin tener que buscar explicaciones para su séquito.

Ascendió de forma lenta pero constante hasta que sintió el aire frío de la calle tras la posada arremolinarse en el pelaje de su espalda. Se dio la vuelta y comenzó a sacar la cabeza mística por el agujero, al tiempo que volvía a asumir su forma. Dijo otra palabra, algo más elegante que la última, y obtuvo como respuesta un nuevo nombre en el lenguaje auténtico.

En aquel momento Montrovant salió del sótano, moviéndose a toda velocidad hacia él. Sus ojos se encontraron durante un instante y Santos vio el hambre en la mirada de su oponente, la furia por haber sido engañado una vez más. Sonrió. Kli Kodesh no estaba tan confundido respecto a la búsqueda de diversión, después de todo. No había sentido aquella energía desde hacía siglos.

Gritando el nombre que acababa de descubrir, se transformó una vez más y adoptó la forma de un buitre. Con la cabeza entre sus garras, batió poderosamente las alas y alzó el vuelo. Montrovant observó durante un momento, tiempo suficiente como para perder su presa. Santos se alejaba con la velocidad del viento. El vampiro saltó hacia el aire, pero ya era demasiado tarde. Aunque también él cambió de forma, ocultando sus acciones a los demás con una descarga mental, no logró su objetivo. Las poderosas alas de Santos le transportaban a demasiada velocidad como para alcanzarle, y los primeros destellos del amanecer comenzaban a asomarse por el horizonte. Aunque hubiera dispuesto de una forma más rápida y poderosa no le quedaba tiempo: Santos huía hacia la luz del sol. Maldiciendo, Montrovant aterrizó en un callejón tras la posada y regresó a toda prisa con de Payen y los otros. El posadero había despertado y muchos de los habitantes de la aldea salían a las calles para averiguar qué estaba sucediendo. Montrovant se abrió paso a empujones.

Ninguno de los monjes había sobrevivido. Hugues estaba sacando el último cuerpo del sótano cuando vio llegar a su compañero. Levantó la mirada y vio por su expresión que Santos había logrado escapar.

—Les tenemos —dijo de Payen.



–Pero aquel al que buscamos ha vuelto a huir –respondió el vampiro–. Ha sido una gran victoria para ti, Hugues de Payen, y debería servirte para recuperar la fe en tu propia fuerza. Ahora partiré, pues debo seguir buscando al que ha escapado. Volveremos a encontrarnos.

De Payen se puso en pie como si fuera a añadir algo, pero Montrovant no tenía tiempo para escuchar. Se movió tan rápido que ninguno de los presentes, salvo Le Duc, que permanecía con de Payen por el momento, notó su partida. Simplemente desapareció de la vista. Hugues se quedó mirando confuso la oscuridad frente a sus ojos, con más dudas que nunca.

Montrovant corrió sobre la arena, cubriendo las millas como si fueran palmos. Llegó hasta una vieja iglesia, abandonada hacía mucho al viento y a la arena, y abrió la puerta de la tumba que sabía que se encontraba abajo. Había pasado más de un día en las entrañas de aquella casa de Dios, aunque la última vez que la visitó había estado llena de luz y oraciones. Habían cambiado muchas cosas, y sintió el peso demoledor de los años sobre sus espaldas.

Apartó a un lado los huesos de los santos allí enterrados y se estiró, cerrando la losa tras él. Santos había escapado, pero no tenía el grial. Montrovant había visto la extraña calavera sonriente que transportaba el antiguo, pero eso era todo. Nada más había salido de aquel sótano, y eso solo podía significar una cosa.

El sacerdote oscuro había huido, sí, pero sin sus tesoros. Eso solo dejaba un cabo suelto: Kli Kodesh. Estuviera loco o no, fuera lo que fuera aquel hombre, daría con él una vez más. Por motivos que desconocía había sido engañado para hacer que Santos huyera a la carrera.

Solo podía suponer que no se esperaba que sobreviviera a la trampa. El anciano se llevaría toda una sorpresa cuando cayera sobre él, vivo y coleando. Por el momento se entregó al silencio y a las tinieblas. Sobre la iglesia se alzaba el sol, brillante y abrasador.

A dos días a caballo de Jerusalén, un grupo de caballeros avanzaba en cansado silencio por la carretera. Lo lideraba un guerrero

llamado Gustav Monterey y se dirigía hacia Tierra Santa para entrar al servicio de Hugues de Payen y de la Iglesia. Sus cabezas estaban inundadas por las visiones que las palabras del Padre Bernard habían despertado, imágenes que les hicieron abandonar su hogar y su patria para iniciar una nueva vida. Eran la primera oleada de decididos caballeros que intentaba aquel viaje desde que el propio de Payen había partido de Francia.

No habían tenido muchos problemas en el camino, salvo una banda de turcos que desapareció al verlos tan pertrechados. Los peregrinos eran presa fácil, pero ningún bandido en sus cabales atacaría a un grupo de caballeros armados. Aquel grupo no tenía tantas ansias de batalla como el de de Payen, por lo que no persiguieron al enemigo. Gustav era un hombre reflexivo, y eran los votos y el estilo de vida de los caballeros de Hugues lo que le había llevado hasta la Orden.

Habían pasado horas desde su último descanso y ya se estaban preparando para acampar. Sería su último campamento antes de llegar a Jerusalén, y Gustav quería que se tratara de una ocasión especial. Mientras detenía su caballo, su atención se desvió hacia una figura pálida y delgada que avanzaba hacia ellos desde el desierto.

Al principio creyó que su mente y el calor le estaban jugando una mala pasada. La imagen temblaba como la de un espejismo, y el hombre no vestía más que túnicas y sandalias; no parecía tener protección alguna contra el sol. El caballero no podía determinar su edad, pero el pelo le caía sobre los hombros en olas blancas y sus ojos eran brillantes e intensos. Vio refulgir su mirada, a pesar de la distancia que los separaba.

Gustav alzó el brazo para detener la marcha en la carretera. Todas las miradas se volvieron hacia el desierto mientras esperaban que el viejo llegara hasta ellos. No era el primer viajero al que habían encontrado en su larga travesía, pero desde luego era el más extraño.

Mientras el hombre se acercaba, un extraño letargo se apoderó del caballero. Lo que había creído alucinaciones producidas por el calor aumentaron hasta convertirse en un aturdimiento que amenazaba con tirarle de la silla. Se aferró a las riendas y trató de espolear a su caballo, pero fracasó: las piernas no obedecían sus órdenes. De repente, cuando el hombre estaba tan cerca que podía ver claramente aquellos ojos maravillosos, Gustav olvidó los motivos que había tenido para escapar. No comprendía por qué había querido hacerlo. No tenía nada que temer.

El caballero no sabía de dónde llegaba aquel pensamiento, pero estaba convencido de que no era suyo. Se recostó sobre el cuello de su montura, inclinándose hacia un lado sin poder enderezarse. Aunque no era capaz de levantar la cabeza para mirar, sintió que todos los demás sufrían el mismo destino. Uno de sus caballeros cayó de la montura con un estruendo metálico, pero el sonido le pareció llegar desde muy lejos.

Gustav alcanzaba a ver que el anciano seguía avanzando, pero sus pensamientos le fallaban. Sabía que tenía que hacer algo, decir algo, pero no podía formar sonidos coherentes. Luchó por mantener los ojos abiertos y la mente despierta, pero fracasó. La oscuridad le reclamó bajo su manto.

Kli Kodesh se quedó un instante mirando el cuerpo inerte de Gustav y sonrió. Tomó las riendas de los caballos y los sacó de la carretera, adentrándose en el desierto. En realidad no tenía prisa. No despertarían hasta la noche, y aquella oscuridad sería lo último que vieran con ojos mortales. El anciano tenía planes propios, inspirados en el uso que Montrovant había hecho de Payen y sus caballeros. Más diversión.

Primero tendría que llegar la noche. Los seguidores de Kli Kodesh eran viejos, pero no tanto como él. No podían andar a la luz del día, aunque tampoco deseaban hacerlo. Detestaban la sociedad humana y a la luz del día no eran... atractivos. La misma naturaleza de los Nosferatu les hacía inapropiados para el tipo de servicio que tenía pensado. Le ayudarían en el Abrazo, pero sería la propia sangre de Kli Kodesh la que provocaría la conversión. Aquella era la belleza de su plan.

El sol ardía con toda su fuerza pero él lo ignoraba, soportando lo que los demás condenados solo podían soñar. Nada en la tierra era una verdadera amenaza para él, y la sangre que cantaba en sus venas era vieja y poderosa más allá de toda comparación. Había otros que consideraban su invulnerabilidad el mayor de sus poderes, pero Kli Kodesh sabía que no era más que una maldición. No tenía necesidad de alimentarse ni de buscar las sombras cuando llegaba el día. Aquellos factores le daban la oportunidad de asegurarse que nunca se aburriría con el mundo que le rodeaba. Podía involucrarse en cualquier intriga, y las puertas que se cerraban para otros de los suyos se abrían cuando él se acercaba. Era una cruel burla de la vida humana, mucho más que los demás no-muertos, aunque también era una parodia de éstos. Estaba solo.

Aquello no bastaba, por supuesto. Nunca bastaba. Necesitaba encontrar una nueva determinación cada día, nuevas razones para no derrumbarse y gritar a los cielos el dolor de su tortura. No podía soportar la idea de la derrota, ni siquiera a manos del tiempo. Sabía que su locura no podía destruirle, como tampoco podían los caballeros a los que guiaba sobre sus caballos, ni Montrovant, ni el propio Santos. Se le podía dañar, controlar o cambiar, pero nunca destruirle. Con tiempo, si así lo deseaba, era capaz de derrotar a cualquier enemigo por pura entropía... salvo al aburrimiento. Saber eso le restaba emoción a las cosas.

Kli Kodesh estaba muy lejos de ser la criatura más vieja de la tierra, pero a medida que los demás caían a su alrededor se acercaba el momento en el que ostentara ese título. Él estaría allí cuando llegaran los últimos días, esperando. Aguardaría el regreso del único ser que de verdad le importaba, pues él guardaba las respuestas que no podía conseguir de otro modo. Hasta entonces, la diversión era lo único que le permitía conservar la cordura.

Subió por una gran duna y dirigió a los caballos hacia un pequeño valle. Abajo se encontraba una caverna en la que dormían los Nosferatu. Le habían servido durante tanto tiempo que su individualidad había desaparecido, convirtiéndose casi en extensiones de sí mismo. Nunca había compartido su sangre con ellos, pero su aroma los mantenía cerca y sus mentes eran fáciles de controlar para alguien como él. Ansiaba conseguir compañía más interesante, pero al mismo tiempo sabía que era una locura dejar que nadie se acercara demasiado. Todos morían, dejándole solo de nuevo y viendo cómo otro trozo de su alma se pudría y desaparecía. Ya le quedaba bien poco de sí mismo.

En cierto modo era agradable saber que criaturas como Santos compartían la eternidad con él. El egipcio era más viejo, y era una de las pocas criaturas vivas que conocía su maldición. Se habían encontrado en más de una ocasión. Durante los primeros enfrentamientos el "sacerdote" había tenido la ventaja, pero aquella vez Kli Kodesh había encontrado un modo de superarle, aunque el precio había sido alto. No quería ni pensar en lo que había tenido que pagar a su espía en las Tierras de las Sombras por el nombre del egipcio, aun incompleto. Sin embargo, aquella mitad había demostrado un buen montón de cosas.

Ató cuidadosamente a los caballos en los árboles bajos y retorcidos que rodeaban el pequeño claro y entró en la caverna para

apoyarse contra la piedra. No necesitaba descansar en el sentido normal, pero le sentaba bien despojarse de sus pensamientos. Mientras su conciencia se alejaba se preguntó qué había sido de Santos y de Montrovant. Tendría que alejarlos de su pista una vez más, algo que no había demostrado ser demasiado difícil. Los dos eran tan obsesivos y soñaban de forma tan grandiosa que se hacían previsibles.

En el fondo de la cueva descansaban dos grandes cajas y un carro de madera. Había ayudado a transportar los tesoros hasta allá y esa misma noche haría uso de uno de ellos, pero serían los caballeros los que los llevarían a un lugar seguro. Tenía que cubrir sus huellas y tender los planes que guiaran a cualquiera que le siguiera.

Esperaba ansioso el momento de volver a enfrentarse con Montrovant, de leer la frustración en los ojos del joven vampiro y de saber que aquel odio iba dirigido hacia sí mismo, un gesto fútil que le enfurecería aún más. Era un chico muy excitable.

En el exterior de la caverna, Gustav Monterey y sus hombres dormían, aún a lomos de sus caballos. El sol ya comenzaba a descender y el ocaso se acercaba cuando el primero de los caballeros despertó.

\* \* \*

En la carretera en la que Kli Kodesh había capturado al grupo de guerreros, Pasqual, el joven que había caído de su caballo, recuperó la conciencia con un terrible dolor de cabeza y la garganta abrasada. El sol se ocultaba por el horizonte y se encontraba totalmente solo. Sacudió aturdido la cabeza y se puso como pudo en pie. Tenía quemada la piel que había estado en contacto con el suelo, y sentía que la arena le había robado hasta la última gota de humedad. Seguía vivo.

Observó el desierto en todas direcciones, pero no alcanzó a ver nada. Encontró las huellas de los caballos que se dirigían hacia el desierto, aunque no las siguió. No había modo de saber lo que le había sucedido a sus compañeros, pero si doce caballeros montados no habían sido suficientes para vencer, uno herido, muerto de sed y sin caballo no valdría para mucho. Su única esperanza de sobrevivir y salvar a sus amigos era seguir por la carretera y encontrar ayuda.

Pensaba que no lo lograría y que terminaría siendo pasto de los carroñeros, pero siguió adelante. Había dejado su hogar con la

esperanza de vivir aventuras y servir a la Iglesia. Si Dios cuidaba de él lo llevaría hasta lugar seguro. Si no era así es que había llegado su hora. En cualquier caso, no tenía intención de marcharse al otro mundo fácilmente.

Si aquella era la aventura que podía esperar de Tierra Santa ya empezaba a desear una vida pacífica. En su casa nunca había hecho un calor como aquel, y jamás había pasado más de unas horas sin la perspectiva de comer y beber. Todo aquello eran lecciones, les había dicho Gustav, cuyo propósito solo Dios conocía. Gustav siempre ofrecía guía espiritual. Pasqual se dio cuenta de que echaba mucho de menos al viejo caballero.

Aunque el sol se había puesto tras el horizonte, el calor no dejaba de atormentar sus pies, filtrándose por las botas y llenando sus pies de ampollas. Intentó olvidarse del dolor, apretó los dientes y siguió avanzando. El paisaje que atravesaba le parecía irreal, confuso, pero entonces se alzó la luna iluminando su camino y disipando el terrible calor. No tardó mucho en divisar los muros bajos de varias casas a los lados de la carretera. Aceleró el paso cuanto pudo, tratando de concentrar la mirada en aquellos edificios.

No había movimiento alguno en la pequeña aldea, pero no vaciló ni un instante. Si le iban a ayudar, que lo hicieran, y si debía morir que fuera rápidamente. Cayó sobre la primera puerta que vio, golpeando débilmente y gritando con una voz rasgada por la falta de agua. Momentos después la puerta se abrió y el caballero se derrumbó en el umbral. No llegó a sentir los brazos que le sostenían y que le arrastraban hacia dentro, ni el agua fresca que vertieron sobre sus labios cortados. Ni siquiera era consciente de estar vivo.

\* \* \*

Kli Kodesh despertó antes que los demás, como siempre hacía, y se dirigió hacia la salida del túnel, donde los caballeros seguían inconscientes. Comenzó a bajarlos de sus monturas y a sentarlos en círculo alrededor de la hoguera que había preparado.

Trabajaba rápidamente, atándoles las manos a la espalda antes de pasar al siguiente. No temía su fuerza y no había posibilidad de que huyeran, pero tenía que asegurarse de que disponía de toda su atención cuando les hablara. Querían una misión, una Búsqueda Sagrada, y él se la proporcionaría. Era muy importante que no se perdieran ni un solo detalle de aquel objetivo.

Los Nosferatu comenzaban a despertar, y el primero de ellos salió del túnel justo cuando Kli Kodesh terminaba de poner al último de los cautivos en el círculo. El vampiro giró alrededor de los prisioneros, observándolos a todos con una mirada siniestra. Kli Kodesh no le prestaba atención ni a él ni a los otros, que aparecieron después como un enjambre de insectos. Los Nosferatu tenían sus propios motivos para seguirle, y al anciano no le interesaba saber cuáles eran: servían a un propósito y podía contar con ellos, y eso era más de lo que podía decir de casi cualquier criatura, viva o no-muerta. No confiaba en ellos más de lo necesario, pero nunca lo había hecho en nadie en toda su existencia.

No había belleza física en aquellos monstruos, solo la fuerza de sus convicciones y el poder de su espíritu. Kli Kodesh había abandonado hacía mucho tiempo la búsqueda del placer material, por lo que aquella sociedad, si se la podía llamar así, había sido satisfactoria para ambas partes. Sabía que pronto los tendría que dejar atrás, y ellos también eran conscientes. Si algún día regresaba a Tierra Santa le estarían esperando. En cierto modo, aquello le resultaba reconfortante.

La última familia auténtica que había tenido se había vuelto contra él de forma amarga, y eran aquellos días las pesadillas que atormentaban su alma. Por mucho que tratara de distraerse estaba rodeado por todas partes por reflejos de sus actos que no dejaban de acosarle. Había abandonado su nombre verdadero, y mantener el anonimato no era más que uno de los motivos. No podía soportar el peso de la recriminación de los demás. Si alguien llegara a descubrir su identidad sabía lo que harían, lo que pensarían, y no podía tolerarlo. Le habían llamado traidor, pero eso era absolutamente falso.

Sus pensamientos volvieron al presente cuando un gruñido anunció el regreso del primero de los cautivos a la consciencia. Se movió alrededor del círculo de caballeros, se sentó en el centro junto al fuego aún apagado y esperó. Vio los ojos del primer hombre parpadear y abrirse, y disfrutó con la confusión y el miedo que inundaron su semblante cuando descubrió, poco a poco, la situación en la que se encontraba.

Los demás también se agitaban y despertaban, iniciando una ronda de maldiciones, gemidos de dolor y gritos de furia; una fascinante demostración de desesperanza. Kli Kodesh disfrutó ávido con todo aquello. Se relacionaba tan poco con los mortales que había comenzado a saborear cada ocasión como un buen vino o un guiso

sabroso. Eran tan... vitales. Cada pequeño detalle les parecía de la mayor importancia. En aquel aspecto él se veía lastrado por una visión más clara de la realidad y de la eternidad, por lo que nada le preocupaba demasiado.

–¿Quién eres? –gruñó una voz a su derecha. Kli Kodesh volvió la mirada sonriendo.

–Soy vuestro futuro –dijo con calma–. Estáis aquí porque necesito de vuestros servicios.

–No te seré de servicio alguno después de este tratamiento –escupió el hombre. Trataba de parecer valiente, pero detrás de aquellas palabras bailaban el miedo y la incertidumbre. Era un hombre valeroso, pero no tan estúpido como aparentaba.

–Haréis lo que se os diga –respondió Kli Kodesh sonriente–. No será tan malo, os lo aseguro. Tengo mucho que ofrecer, como pronto descubriréis. De hecho, ésta es una oportunidad que muchos hombres pasan toda su vida buscando y que nunca encuentran. Sin embargo, lo primero es presentaros a mis compañeros. Están muy sedientos, y el viaje ha sido largo. Creo que quieren compartir con vosotros... un trago.

Los Nosferatu surgieron de las sombras, uno por cada uno de los cautivos, y se aferraron a sus presas antes de que éstas pudieran lanzar un solo grito. Kli Kodesh observaba fascinado, pero no se levantó. Habían pasado muchos años desde que probara la sangre de un ser vivo. Ya no la necesitaba. Algunos de los condenados lo hubieran considerado una bendición, pero él sabía que se trataba de otra parte de su condena. El sabor de la sangre, de la vida, era lo mejor que le había quedado desde que su vida terminara envuelta en la vergüenza. Ahora aquel placer también se le negaba junto con las demás cosas que amaba; su contacto más cercano con aquella sensación era observar a los demás alimentarse.

Todo terminó rápidamente. Cada uno de los caballeros fue llevado hasta el borde de la muerte, deteniéndose ahí el proceso. Otro Nosferatu, su líder, se acercó lentamente desde las sombras. En una mano llevaba una vieja copa metálica. Se movía lentamente, observando el objeto con fascinación reverente. Kli Kodesh sonrió.

La criatura le entregó el cáliz; el anciano, sin más vacilación, levantó la muñeca izquierda y se hizo un corte con la uña del índice derecho. Sostuvo la copa bajo la herida y la sangre empezó a manar. El corte se estaba cerrando, pero el cáliz estuvo a punto de llenarse antes de que la piel quedara totalmente restaurada. Sabía que eso era



lo que ocurriría, ya que así había sido la última vez que se había alimentado. En aquella ocasión había bebido de esa misma copa.

Los Nosferatu observaban anhelantes la sangre, pero ninguno era lo bastante estúpido como para tratar de tomarla. No habrían dado un solo paso antes de que el anciano los destruyera, y todos lo sabían perfectamente. Kli Kodesh podía estar loco, pero era viejo y poderoso. Aquellas criaturas nunca habían conocido a nadie como él, y probablemente nunca lo volvieran a hacer. Había otros, pero pasaban muy poco tiempo entre los mortales, y aún menos con sus vástagos.

Kli Kodesh se puso en pie con la copa entre las manos y se acercó al caballero que había despertado en primer lugar gracias a su férrea voluntad. El mortal, sostenido por un Nosferatu, le observaba con una mirada vidriosa que el anciano respondió con una sonrisa. Inclino la copa sobre la boca abierta y dejó que unas pocas gotas de sangre cayeran entre sus labios.

Gustav, pues era el líder de los caballeros el que había demostrado una mayor fuerza, tragó convulsivamente el líquido rico y cobrizo que empapaba sus garganta; su mirada se transformó en una súplica apasionada para conseguir más. Kli Kodesh le satisfizo vertiendo una pequeña cantidad de sangre en su boca, pasando luego de un caballero a otro. Todos ellos tuvieron su parte y engulleron ansiosos el líquido ofrecido. Cuando todos hubieron bebido la misma cantidad Kli Kodesh se volvió hacia Mordecai, el líder de los Nosferatu.

–Me has servido bien, y me gustaría que continuaras tu labor.

Le ofreció lo que quedaba en la copa y el vampiro lo aceptó con reverencia. Hubo un momento de duda en el que Kli Kodesh creyó haber juzgado mal a su sirviente, pero el instante pasó rápidamente. Creía que su oferta sería rechazada, pero no fue así. El Nosferatu apuró la copa de un solo trago y su cabeza se echó atrás mientras alzaba la mirada arrebatada hacia los cielos. Cayó de rodillas y el cáliz rodó a su lado. Inclino la cabeza ante los pies del anciano mientras la sangre recorría sus venas.

–Necesitaré un líder para ellos –dijo Kli Kodesh señalando a los caballeros recién abrazados–. Son demasiado jóvenes y débiles para sobrevivir sin una guía, y su misión, su supervivencia es vital. Tú serás su tutor.

Mordecai no asintió ni reconoció en modo alguno la responsabilidad que había recaído sobre él. Sus emociones estaban perfectamente controladas, a pesar del éxtasis que le había producido la sangre. Kli Kodesh sabía que aquel líquido era puro y poderoso,

más fuerte que cualquier otra cosa que el Nosferatu hubiera probado desde su muerte, y se sintió fascinado al ver cómo éste se recomponía tras su experiencia. Sonrió.

Mordecai se volvió hacia sus seguidores y dio un paso al frente. Todos empezaron a retirarse, pero se detuvieron ante un gesto de éste. En aquel instante se había distanciado de ellos y nada volvería a ser igual, aunque se tratara de su príncipe.

–Ahora os dejo, pero siempre seréis parte de mí. Mi sangre vive en vosotros y mi espíritu os da fuerzas. --Se volvió hacia el segundo al mando, una esquelética criatura con una calavera por cabeza y el rostro de la muerte--. Samuel --dijo suavemente--. Has pasado por todo lo que yo he pasado, salvo mi llegada a esta existencia, y es a ti a quien dejo lo que es mi herencia. Cuidarás de los demás, asegurando su protección y el mantenimiento de nuestro secreto. Esperarás a mi regreso. Te prometo que no estaré eternamente alejado de Tierra Santa. Búscame en las sombras.

Samuel devolvió la mirada de su sire con una mezcla de emoción y deseo. Había oído la sangre ofrecida por Kli Kodesh y era consciente de la perfecta sensación que era capaz de proporcionar. También sabía que su propia situación había mejorado. Dirigiría y los demás obedecerían. Sería el más viejo en la sangre. Era una gran responsabilidad, pero no carecía de recompensas. Podía esperar toda la eternidad la siguiente oportunidad de crecer.

Mordecai contempló a su protegido durante un instante interminable, midiendo la respuesta a sus palabras y su validez para el liderazgo. Podía haber aguantado más, pero la mano de Kli Kodesh se depositó sobre su hombro mientras susurraba en su oído.

–Debemos proseguir la instrucción. No hay tiempo que perder.

Mordecai asintió y se giró hacia su maestro.

–Dime ahora lo que quieres y lo tendrás. --Señaló a los caballeros--. No estarán preparados para viajar hasta mañana, quizá más tarde.

Kli Kodesh sonrió.

–Puede que notes que son más... resistentes de lo que imaginas. Descubrirás lo mismo sobre tu propio cuerpo. En cualquier caso, eres tú el que debe comprender mis instrucciones. Tomarás los tesoros que te confío y viajarás lejos y rápido, deteniéndote solo cuando encuentres una fortaleza que puedas defender. Extenderás rumores a tu paso que hablen de una nueva orden, pero solo dirás medias verdades. No quiero que nadie sepa lo que ha sucedido aquí

exactamente, pero sí que "crean" comprender. Quiero que lo que imaginen les... asombre. No tengo duda alguna de que triunfarás en esto último.

Los ojos de Mordecai brillaron y su sonrisa estuvo casi a la altura de la de Kli Kodesh, que disfrutaba del momento.

–Se hará como decís, señor –respondió–. No habrá nadie que iguale nuestra marcha, y cuando paremos hallaremos modos de defender lo que es vuestro.

–Esos tesoros no son míos –respondió Kli Kodesh–. Pertenecen a la humanidad. Solo deseo asegurarme de que cuando ésta nos descubra y comience a cazarnos como el mal que representamos haya secretos que descubrir, poderes que desvelar. Viví en una época mágica, Mordecai. Recorrí esta tierra con aquellos que no son sino leyendas y mitos, y me llamaban por mi verdadero nombre. No soportaría que esos momentos no volvieran a repetirse antes del fin del mundo, y mi obligación es conseguir que así sea. ¿Comprendes?

–No por completo –replicó Mordecai–, pero creo que llegará el tiempo de descubrirlo casi todo.

–Acabas de dar con la respuesta de los siglos, amigo mío –dijo Kli Kodesh poniendo una mano huesuda sobre el hombro del Nosferatu–. No hay nada *sino* tiempo, y descubrirás que existe en tal abundancia que temerás perder la razón. No caigas bajo ese hechizo. Mantén las cosas interesantes.

–Como siempre –respondió Mordecai–. Como siempre.

Kli Kodesh observó el círculo una última vez y saludó a Samuel, que asintió rápidamente antes de alejarse del valle con los demás Nosferatu. Los caballeros comenzaban a despertar de nuevo, pero a un mundo distinto del que habían dejado atrás.

–Tan jóvenes –se dijo Mordecai–. Tan jóvenes para despertar a tal poder... –Se movió entre ellos, poniendo la mano en el hombro de cada uno y liberando sus ataduras. Aquella iba a ser una noche muy larga, pero por primera vez en un siglo despertaría a la luz de un nuevo día. La sangre de Kli Kodesh así se lo permitiría.

liberarse de los escombros y abandonar la iglesia en ruinas. Estaban ocurriendo demasiadas cosas al mismo tiempo como para arriesgarse a quedarse sentado. Si perdía ahora a Kli Kodesh podía no volver a dar con aquel esquivo anciano en un siglo... si es que lo conseguía alguna vez. Se detuvo en cuanto salió del edificio. Le Duc estaba sentado esperándole, tallando una rama de olivo con su daga mientras observaba el cielo nocturno.

–Me has encontrado –dijo Montrovant innecesariamente. Le Duc apenas le prestó atención, esperando a ver cómo reaccionaba el vampiro a su presencia.

–No ha sido tan difícil –dijo al fin–. En realidad hubiera sido imposible ignorar el dolor que has colocado en mi corazón, pero sospecho que eso ya lo sabes. Espero que no lo hayas hecho con la idea de dejarme atrás para sufrir mi soledad.

Montrovant negó con la cabeza.

–Yo también siento el vínculo, aunque no de forma tan poderosa. Hubiera terminando acudiendo en tu busca.

–Por supuesto –respondió Le Duc levantándose con facilidad–. Creo que me gustaría saber más sobre lo que me está sucediendo. Después de todo no me pediste permiso, y me parece de justicia conocer totalmente las condiciones de mi servicio.

–Tu servicio es incondicional –escupió Montrovant–. Te diré en qué te estás convirtiendo, pero si no lo hiciera no hubiera habido diferencia. Cumplirás lo que te ordene y no podrás hacer nada por evitarlo. Eso sí, te aconsejo que intentes sacar el máximo provecho de la situación.

–Entonces estoy muerto.

–No, no todavía. Vivirás hasta que considere que ha llegado el momento de que eso cambie. Tendrás parte de mí en ti, y si esa es mi voluntad podrás terminar convirtiéndote en lo que yo soy. De momento vivirás. Me eres más útil de carne y hueso, aunque sea cambiado como estás, que siendo como yo.

Le Duc asintió lentamente, como si estuviera empezando a encajar las piezas de un complejo rompecabezas. Montrovant se alejó de las ruinas, dejando a su sirviente para que le siguiera como pudiera.

–Ahora no hay tiempo para esto –dijo–. Hay un antiguo, Kli Kodesh, que ha robado el tesoro que codicio debajo de nuestras mismas narices. Todo lo que hemos hecho hasta ahora corre peligro de fracasar. De Payen y sus caballeros buscan a Santos, igual que

Daimbert, pero no tienen oportunidad alguna contra alguien como él. Y aunque le dieran caza, ha perdido el tesoro igual que nosotros. Kli Kodesh nos ha hecho parecer idiotas, y de nosotros depende que demos con él para poder enderezar la situación.

—¿Tienes un plan para encargarte de ese antiguo? —Dijo Le Duc a su lado, alerta y atento a las palabras de su maestro. En su tono había un tono desafiante.

—Eso está por ver —respondió Montrovant—. En una lucha directa no soy rival para su fuerza ni para su voluntad, pero esos no son los únicos modos posibles de atacar. Tengo que descubrir dónde ha llevado determinados objetos. Descubrirás que no es fácil desanimarme una vez me impongo una tarea.

—Quizá de Payen tenga más recursos de los que sospechas —dijo Le Duc en voz baja—. ¿No sería buena idea regresar y ver lo que puede haber descubierto? Pecará de exceso de devoción y es un estúpido de la primera magnitud, pero no carece de ciertas habilidades.

—Es cierto —aceptó Montrovant—. Por eso le elegí para dirigir a los caballeros. Si Kli Kodesh sigue cerca me llamará, y el lugar más probable en el que encontrar respuestas es la ciudad. ¿Tienes tu caballo?

—Mejor aún —sonrió Le Duc—. Tengo también el tuyo. Partiste con tanta prisa que las cosas en la aldea se pusieron... difíciles. Le dije a de Payen que me quedaría atrás, esperándote para cuidar de tu montura. No quería que lo hiciera. No creo que a partir de ahora confíe en mí plenamente.

Montrovant estuvo a punto de sonreír. Le Duc estaba demostrando ser un sorprendente aliado. Sabía que podía marchar mucho más rápido sin el caballo o sin el mortal, pero supo controlar sus emociones. No había ningún motivo especial para correr. Si Kli Kodesh estaba cerca de la ciudad pronto lo sabría, y en caso contrario la búsqueda debería comenzar de nuevo. En ese caso, Le Duc sería una ayuda inestimable para cruzar el país y obtener refugio.

Se imponía la precaución. La atención a los detalles podía significar la diferencia entre el éxito y el fracaso, entre su existencia y su destrucción. Sabía que los poderes a los que se enfrentaba eran inmensos. Solo un loco se arrojaría a un remolino sin un madero al que aferrarse, y Kli Kodesh hacía que un remolino pareciera un tranquilo paseo a caballo.

Montaron y al momento la iglesia se perdió a su espalda tras una

nube de polvo, regresando a su vigilia solitaria en el desierto. Ni el hombre ni el vampiro miraron atrás.

\* \* \*

Poniéndose en pie al oír el sonido de cascos, Pasqual corrió hacia la puerta de la cabaña. Sus anfitriones se pusieron en pie ante el repentino movimiento. Estaban sentados en una pequeña mesa de madera y corrieron hasta la puerta a tiempo para sostenerle mientras abría y salía a la calle. El caballero hubiera caído de no ser por la ayuda, ya que se vio asaltado por un súbito mareo. No había duda de que aquel era el sonido de sus compañeros regresando. Si se quedaba quieto pasarían de largo y le dejarían solo. Tenía que hacerles saber que estaba allí, que había sobrevivido.

Vio a dos caballos de guerra acercarse y pasar junto a él sin detenerse un instante. Sobre el primero marchaba un jinete pálido y alto con una larga melena negra que flotaba a su espalda. Su mirada era de hielo. Pasqual le observó unos instantes y quedó paralizado, a pesar de la debilidad de sus rodillas, por la eternidad que percibió en aquellos ojos.

Tras el primer jinete marchaba un segundo, menor y mucho más delgado, pero con ojos atentos y vigilantes. Su cuerpo parecía de acero. Éste no miraba a los lados, sino que tenía clavados los ojos en su compañero, ignorando a Pasqual como si formara parte del paisaje.

Ninguno de los dos le resultaba familiar, y la decepción robó al joven caballero la poca fuerza que le quedaba. El caballerizo y su esposa, que aún le sostenían por los brazos, apenas lograron llevarle hasta la cama de la que había saltado hacía un instante. La mujer chasqueaba la lengua y le cubría con una única manta tosca. El hombre vigiló en la puerta hasta que los dos jinetes se perdieron de vista.

—¿Quiénes eran? —preguntó el joven.

—No lo sé —respondió—. Nunca los había visto, ni a sus monturas. Quizá sean caballeros de de Payen.

La mirada de Pasqual se hizo distante. De Payen. Su objetivo. Dejó que su cabeza se reclinara contra la blandura de la cama y sus ojos se cerraron en el instante en el que tocó la almohada. A pesar de la dureza de la misma, a su cuerpo destrozado le pareció una bendición celestial.

—Iré a verle mañana, o cuando recobre mis fuerzas —prometió.

Sus dos anfitriones sonrieron y asintieron mientras se lanzaban una rápida mirada. Su joven invitado no se movería al menos hasta dentro de un día, pero guardaron silencio. No tenía sentido molestarle innecesariamente. Ya habría tiempo de sobra para hablar cuando pensara de forma más coherente.

La oscuridad envolvió a Pasqual, que se deslizó hacia un mundo de castillos y batallas en el que vestía una cruz roja brillante y cabalgaba a la guerra en el nombre del Señor. Sabía que había llegado a un nuevo hogar, una nueva comunidad.

\* \* \*

De Payen recorría las salas de la mezquita en un terrible ataque de furia. Santos había escapado, la mitad de sus caballeros habían sido desmontados y obligados a regresar a pie a Jerusalén y la vergüenza de aquella humillación había hecho que tres de ellos abandonaran su servicio de forma permanente para regresar a Francia. Se habían reído de él y de sus hombres, y Montrovant no aparecía por ninguna parte. Había buscado por toda la ciudad, incluso apostando a sus guardias en secreto para que patrullaran el perímetro, mas sin éxito. Aquel caballero alto y oscuro había abandonado la aldea y se había esfumado. Cada vez que las cosas se descontrolaban Montrovant desaparecía. De Payen empezaba a preguntarse en qué clase de patrón había puesto su lealtad.

Tampoco tenía noticias de Le Duc, que había marchado tras él. Hugues se había negado a permitirlo, y el hecho de que ninguno de los dos hubiera regresado no hacía sino enfurecerle más por su propia estupidez. Debería haber ido en persona para exigir respuestas. Montrovant le había prometido la victoria, pero ésta no llegaba. En vez de ofrecer respuestas por ello el oscuro había huido, abandonando a de Payen para que éste explicara su segundo fracaso a Daimbert y a Baldwin, sufriendo solo la vergüenza. Que todos los monjes hubieran sido muertos y llevados a la ciudad solo era un pequeño consuelo. El Patriarca había hecho quemar los cuerpos.

Ahora Daimbert buscaba a Montrovant. No lo hacía directamente, pero era obvio por el tono de sus preguntas que buscaba información. Montrovant tenía aquel efecto en los demás. Era imponente de un modo profundo y primordial, y eso hacía que siempre que se hablara de él se hiciera entre susurros y secretos: al mismo tiempo, inspiraba una curiosidad insaciable. Sin embargo, a medida que su ausencia se

prolongaba la intriga de Hugues se convertía en furia.

Su viaje a Francia había sido retrasado. Sabía que no podía esperar mucho más, pero quería ver el final de todo el asunto, fuera cual fuese. Bernard le estaría preparando el camino y su carta debería estar llegando al Vaticano en aquellos momentos. Tenía que partir mientras los sentimientos estuviesen a su favor.

También estaba el asunto de los tres nuevos peregrinos que habían llegado a su puerta en la noche. Se habían negado a marcharse sin hablar con él, y por la expresión de sus sirvientes no había duda de que esperarían cuanto fuera necesario. Querían unirse a la orden y aseguraban haber sido enviados por Bernard. Más misterios. El sacerdote había estado extrañamente silencioso a lo largo de todo aquel asunto. Al menos terminaría con el mismo número de seguidores con el que había empezado.

Sabía que aquel iba a ser un nuevo comienzo para todos ellos. Había habido demasiados cambios.

Estaba a punto de dirigirse hacia los establos y partir él mismo a buscar cuando Phillip entró sin aliento en su cuarto. Los ojos del muchacho brillaban con una emoción apenas contenida.

–Ha llegado, señor –dijo rápidamente–. El oscuro, Montrovant, está entrando en la ciudad, y Le Duc marcha con él.

De Payen apenas reparó en el muchacho y reaccionó instantáneamente. Antes de que el sirviente pudiera decir más ya había salido y se dirigía corriendo hacia las escaleras. El rastro de Santos se habría enfriado... si es que Montrovant aún lo seguía. Había pasado demasiado desde la última vez que habían hablado, y si había más informaciones sobre aquel asunto Hugues las quería recibir en persona. Si no era así, quería conocer los motivos.

Montrovant desmontaba cuando Hugues surgió por la puerta del templo. Le Duc ya estaba en tierra, tomando las riendas de los dos caballos.

El vampiro se volvió y se dirigió directamente hacia el caballero. Se movía con una extraña intensidad que casi hizo que Hugues diera un paso atrás, aunque éste resistió y se mantuvo firme en su lugar.

–Se ha marchado –dijo Montrovant. No presentó disculpa alguna por su desaparición, ni parecía alarmado (o siquiera interesado) por la furia de de Payen. Dijo que Santos había escapado con tal indiferencia que el caballero casi lanzó un grito de frustración. ¿Era él el único al que le importaba que aquel hombre malvado estuviera libre?

–¿Le dejasteis marchar? –preguntó gélido.



–No le dejé *nada*, Hugues de Payen. Ya te he dicho antes que aquí están operando fuerzas que no comprendes. No todo es como la verdad sencilla y mascada de tu fe. Se ha desvanecido entre nuestros dedos, pero sin aquello que buscaba. Santos es un ser muy poderoso, y no ha alcanzado su edad comportándose como un estúpido.

–¿Cómo lo sabéis? –preguntó el caballero–. ¿Ha dejado algo más atrás?

El vampiro negó con la cabeza.

–No, pero le vi mientras escapaba. Solo llevaba lo que parecía ser una cabeza humana. Los carros que había arrastrado por los túneles no estaban por ninguna parte.

–Ninguno de sus hombres salió vivo de aquel lugar –dijo de Payen–. No había carros, ni tesoros.

–Entonces solo hay una respuesta posible. Alguien le atacó antes de que lo hiciéramos nosotros.

–Perdonad mi grosería, señor –dijo Hugues–, pero si alguien como vos no pudo detenerle, ¿Quién, qué podría haberlo hecho?

Montrovant no respondió. Se volvió hacia su caballo y entonces de Payen, reuniendo todo el coraje que le daban su fe y sus largos años de vida, le puso una mano en el hombro para detenerlo.

–¿Qué debo hacer ahora? –preguntó suplicante–. Fracasamos, y el primer gran enemigo al que nos hemos enfrentado ha huido.

–Seguirás con tu misión –respondió Montrovant, tolerando la mano del caballero y volviéndose para mirarle–. No has fracasado, Hugues de Payen. Has expulsado al enemigo, que lo ha perdido todo salvo su vida. Deberías estar contento y seguir adelante con tus planes. Son buenas ideas, grandes incluso, y ayudarán a formar gran parte de la historia que se avecina. Conténtate con eso. Ve con Bernard.

–Pero... –A Hugues no se le ocurría ninguna pregunta que pudiera darle una respuesta mejor. Quería creer que lo que decía Montrovant era cierto, pero cuanto más veía a aquel hombre más inestables parecían los cimientos de su fe.

–Nos encontraremos de nuevo, Hugues –dijo el oscuro–. Voy a necesitar los servicios de uno de tus caballeros. –Señaló con la cabeza a Le Duc, cuyos ojos habían adoptado un brillo extraño desde la última vez que de Payen le había visto. Ahora parecía más alto y más... severo. Éste sonrió con una inclinación desafiante de la cabeza, como si esperara la negativa de Hugues.

El caballero asintió. Nunca había confiado totalmente en Le Duc, y

prefería que siguiera a quien deseara. En la orden de de Payen no había lugar para las lealtades divididas.

Montrovant se volvió para montar de nuevo y el caballero se limitó a observar. Justo cuando Le Duc subía a su caballo, Hugues volvió a hablar.

–No sé quién sois, y he llegado a dudar de lo que parecéis ser. No sé de dónde venís, ni de quién. A pesar de todo, me siento honrado de haberos conocido. Id con Dios, los dos. Que halléis aquello que buscáis.

–Te deseo lo mismo, Hugues de Payen –dijo Montrovant por encima del hombro. Los dos jinetes se perdieron en la distancia, dejando a de Payen solo, pensativo y maravillado. Ciertamente, nada era lo que parecía.

Montrovant oyó en la distancia cómo un joven corría hacia Hugues sin aliento. Escuchó las palabras que siguieron y sonrió. De Payen lo haría bien.

–Señor... –balbució el muchacho por el miedo y el esfuerzo de su carrera–. Hay informes sobre una banda de peregrinos, trescientos, muertos en la carretera. El Patriarca ha solicitado que le acompañéis.

Montrovant casi pudo sentir en firme asentimiento del guerrero. Realmente entretenido.

\* \* \*

Mientras Montrovant cabalgaba hacia el desierto sintió una vez más la ya familiar llamada. No dudó un segundo y giró su caballo hacia Golgotha. Le Duc cabalgaba a su lado, un poco atrás, escudriñando el paisaje por el que pasaban. También podía sentir algo, aunque no tenía idea de lo que buscaban.

El terreno se fundía bajo los cascos de los corceles, y tras lo que parecieron meros instantes Montrovant vio las cruces sobre la colina, enmarcadas por la luz de la luna menguante. En la cima no le esperaba nadie, pero no cambió su dirección. Cuando ya estaba cerca se detuvo, desmontó y llegó hasta la cumbre de un solo salto.

No veía a Kli Kodesh, por lo que envió sus sentidos en todas direcciones al mismo tiempo, invocando al anciano. No recibió indicación alguna de que su llamada había sido escuchada, pero en el desierto flotaban los restos de una risa burlona.

Vio a Le Duc girarse hacia uno y otro lado, tratando de dar con la fuente del sonido. Ignorando a su sirviente, volvió a intentarlo. Cerró

los ojos y extendió los límites de su percepción, llegando lo más lejos posible sin encontrar nada.

El toque gentil de la mano sobre su hombro casi le hizo saltar por la sorpresa. Abrió los ojos inmediatamente y vio a Kli Kodesh frente a él, sonriendo sereno como si llevara allí un largo rato.

–Hola, Salomón –le saludó–. Parece que te tomaste tu tiempo para regresar.

Montrovant sacudió la cabeza, tratando de aclarar las telarañas que el anciano tejía en su mente.

–¿Dónde está? –exigió dando un paso hacia él–. ¿Dónde lo has llevado?

Al principio Kli Kodesh se limitó a sonreír, lo que estuvo a punto de llevar a Montrovant más allá del límite. Atacar a alguien como aquel vampiro sería su fin, pero cualquier cosa era mejor que aquel rostro sonriente y burlón.

Entonces el viejo siguió hablando.

–No he tomado nada –respondió–. Los secretos y tesoros de ese templo no me pertenecen, ni a ti tampoco, sino al mundo. Lo que he hecho es liberarlos de nuevo. Las edades son demasiado aburridas para mi gusto sin la magia del tiempo.

–¿Te has deshecho de ellos? ¿Los has regalado?

–No exactamente –sonrió Kli Kodesh–. He alzado un nuevo grupo de guardianes de las cenizas de los esfuerzos fallidos de tu Padre Santos. Conservarán el tesoro durante diez generaciones, pero no podrán emplearlo. Son como tú y como yo: caminan, mas no viven. No están totalmente muertos... ni no-muertos.

–¿Ni no-muertos? ¿Qué clase de sinsentido es ese?

–¿No te has preguntado, Salomón, por qué soy tan difícil de encontrar? ¿Por qué, de hecho, mis muertes pasan desapercibidas? ¿Por qué nadie viene en mi busca?

–Nunca me cuestiono a mis mayores –respondió Montrovant–. Siempre he asumido que cuando deba comprender lo haré.

–Entiende esto pues, Salomón –siguió el viejo–. Hace siglos no necesito la sangre. Ya ni siquiera necesito el toque de la tierra. Estoy tan cómodo de día como de noche. Mis seguidores compartirán muchos de estos rasgos. Los secretos que buscas son de naturaleza críptica, como son todos los grandes misterios. Buscas el Santo Grial, pero, ¿cómo sabrás cuál es cuando lo tengas frente a ti? Cuando el Redentor dijo "Tomad, bebed, pues ésta es mi sangre", ¿crees realmente que estaba vertiendo vino en una copa? ¿Crees por un solo

momento que mi beso en el jardín de Gethsemane fue meramente un beso y nada más, y que ese beso me maldijo por toda la eternidad?

–Solo tengo las Escrituras y mi memoria para guiarme --respondió Montrovant–. No tengo respuestas. No recorro esos caminos.

–Mas, sin embargo, buscas --replicó Kli Kodesh ampliando su sonrisa–. Te deseo que encuentres lo que buscas, y que te merezca el esfuerzo cuando lo halles.

Montrovant le miraba directamente, pero de repente se encontró observando el aire vacío.

–¡Espera! --gritó–. ¡Tus seguidores! ¿Dónde están? ¿Cómo los encontraré?

–Busca a la Orden de la Ceniza Amarga --respondió Kli Kodesh con una voz lejana que llegaba flotando desde el desierto–. Allí encontrarás todo lo que buscas, y más.

Así terminó todo. Montrovant se giró hacia Le Duc, que le observaba desde su caballo con una expresión confusa.

–¿Con quién hablabas? --preguntó el caballero.

El vampiro le miró y se volvió hacia el desierto, casi sonriente.

–Con nadie. No hablaba con nadie. Vamos, debemos cabalgar. Tengo que decirte muchas cosas antes de que llegue el amanecer, y para entonces deberemos estar muy lejos de este lugar.

Sin mirar atrás, Montrovant bajó por la colina. Subió a su caballo de un salto y espoleó sus flancos, haciendo que el corcel volara sobre la arena. Le Duc se volvió para concederse un último vistazo a las cruces.

Colgada del madero transversal de la cruz central había una figura pálida y frágil sonriéndole. En sus ojos veía la luz de la locura, y de sus labios surgía una risa demente.

Le Duc volvió grupas y siguió a su nuevo Maestro en la oscuridad. La risa resonaba en su cabeza mientras se alejaba. Alcanzó a Montrovant una milla más tarde y cabalgaron en silencio. Las sombras le llamaban con promesas infinitas mientras aquella carcajada le helaba el corazón.

## EPÍLOGO

Pasqual se había levantado pronto y había iniciado la marcha

antes de que sus anfitriones pudieran protestar. Sabía que aún no disponía de todas sus fuerzas, pero sentía la ardiente necesidad de llegar hasta Hugues de Payen e informarle de la pérdida de sus compañeros. Creía que si guardaba cama un instante más se hubiera vuelto loco, a pesar del maravilloso tratamiento recibido y de la comida, que a pesar de ser sencilla eran la mejor que había disfrutado en semanas.

Dejó una escueta nota en un trozo del papel que había traído para el viaje. Quería escribir una crónica de sus aventuras, pensando recopilarla después en un libro. Había algo mágico en la permanencia de las palabras escritas. Aunque sabía que su padre nunca lo había aprobado, se sentía más inclinado hacia la vida del escriba que hacia la del guerrero.

Ahora tenía la sensación de que sería afortunado si aquellas aventuras llegaban siquiera a empezar. Había estado caminando todo el día, y aunque ya veía las pálidas luces de Jerusalén en el horizonte sabía que le quedaba un largo trecho para llegar a su destino. No había traído mucha agua ni comida para no molestar más al caballero, y ya lo había consumido todo.

El calor estaba dando paso al frío de la noche del desierto, y el cansancio de los huesos del joven caballero amenazaba con tumbarle de rodillas y dejarle tendido en la carretera para los buitres. Fue entonces cuando oyó el tronar de los cascos que se acercaban; se detuvo y esperó. No sabía si se trataba de una patrulla, de bandidos o de viajeros, pero fuera quien fuese esperaba que le sobrara agua para compartir. No echaba tanto de menos la comida, pero hubiera matado por algo de beber.

Se hizo a un lado de la carretera justo cuando dos formas oscuras surgían de las sombras a lomos de sendos caballos de guerra. Pensó en llamarles, pero al final dudó. Había algo extraño en el primer jinete, en el modo en el que su capa volaba tras él como las alas de un murciélago gigantesco y en la forma en la que sus ojos brillaban como si estuvieran iluminados desde dentro. Los dos hombres le resultaban familiares, aunque no conseguía situarlos en su mente.

Los caballos se detuvieron súbitamente y el hombre alto le miró desde la silla. Las rodillas de Pasqual estuvieron a punto de fallarle cuando vio la expresión de hambre que retorció sus facciones, por lo demás atractivas. Se dio la vuelta antes de detenerse, petrificado.

Montrovant vio al joven en la carretera y algo en su interior saltó. Las palabras crípticas de Kli Kodesh y la frustración de ver todos sus esfuerzos escapársele entre los dedos eran demasiado para él, por lo que olvidó toda precaución. Baldwin, de Payen y todas sus patrullas se podían ir al infierno: necesitaba sustento.

No le hubiera importado si al menos tuviera una pista, algo de donde obtener respuestas, pero no disponía de nada. Había tratado de sacar sentido a las palabras del loco, pero no había hallado más que preguntas; la impresión creciente de que había quedado como un estúpido le quemaba como si fuera ácido.

Ni siquiera se molestó en acercarse al muchacho, o en saborear el momento. Saltó de su montura cuando ésta se detuvo encabritándose por el miedo y derribó al joven sobre la carretera. Sin más titubeos mordió la garganta de su víctima y bebió en tragos profundos.

Todo terminó en meros instantes. Le Duc, que nunca había visto a su nuevo maestro hacer algo así, estaba inmóvil y aturdido en su caballo, incapaz de apartar la mirada de aquella escena y de sacar de su mente el olor de la sangre. Sintió arcadas ante la idea de beber la sangre de otro hombre, pero al mismo tiempo su alma parecía desearlo.

El vampiro dejó tendido al muchacho a un lado mientras los últimos pensamientos moribundos surgían de su cuerpo roto. Montrovant lo bebió sin titubeos, y entonces comenzaron a formarse imágenes en su mente: un grupo de caballeros... un viejo en la carretera... La desaparición. Alzó los brazos hacia la luna y grito furioso.

Se arrodilló rápidamente y trató de devolver la vida al joven, pero ya era demasiado tarde. Había muerto para no regresar, y sus secretos habían desaparecido con él.

Se quedó arrodillado, cerró los ojos y se concentró, tratando de olvidar el sabor de la sangre fresca en sus labios. Eran doce, trece con el muchacho. Habían desaparecido, pero no podían andar lejos.

Tan rápida como había llegado, la furia pasó. Aún no tenía todas las respuestas, pero sí una pista que seguir; eso le bastaba. El tiempo siempre estaba del lado de aquel al que le sobraba.

Sin mirar a Le Duc, que pugnaba con una nueva hambre en las profundidades de su mente, Montrovant volvió a montar y se alejó al galope por la carretera. Era posible que las cosas estuvieran a punto

de volverse... entretenidas.

{Final vol.1}